

LAS CURACIONES DE CRISTO

de

Paul Sédir

- Conferencias sobre el Evangelio -

Traducción íntegra del original: *Les guérisons du Christ*

- **Damos las gracias a Les Amitiés Spirituelles por mantener viva la obra de Paul Sédir, su fundador.**

ÍNDICE

*INTRODUCCIÓN.....	4
*CAPÍTULO PRIMERO – LAS CURACIONES MÍSTICAS.....	16
– Las curaciones místicas.....	18
– Precauciones necesarias.....	20
– El origen de la enfermedad.....	23
– Las enfermedades.....	25
– Las falsas curaciones.....	28
– El demonio y la enfermedad.....	29
– Condiciones de la curación mística.....	31
– La humildad.....	36
*CAPÍTULO SEGUNDO – CORRESPONDENCIAS ESPIRITUALES.....	40
– Nuestra integridad.....	42
– Vocación de los Doce.....	43
– De la conducta de los misioneros.....	47
– La opinión y las cosas divinas.....	49
– La palabra.....	52
– Las familias espirituales.....	54
– ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?.....	55
– El espíritu impuro.....	59
*CAPÍTULO TERCERO – RECEPCIÓN DE LA GRACIA.....	65
– El centurión.....	67
– El hijo de la viuda.....	68
– ¿Dónde está el Cristo?.....	70
– Las fuerzas vivas.....	73
– Los mensajeros.....	75
– Una ocasión para caer.....	76
– La predicación del Verbo.....	79
– El Precursor.....	81
– La Penitencia.....	83
– La evolución de la mística.....	87
– La vigilancia.....	90

– El Evangelio y la inteligencia.....	91
– Nuestros contemporáneos.....	94
– El Reino de Dios, el espacio y el tiempo.....	97
– El hijo del centurión.....	101
– Hacia lo Sobrenatural.....	104
*CAPÍTULO CUARTO – EL REINO DE LOS CIELOS.....	106
– De la imitación de Jesús.....	109
– María Magdalena.....	112
– Los despojos.....	118
– El Amor divino.....	121
– La Fe que salva.....	122
– La función de la Fe.....	127
– Clarividencia divina.....	133
– ¿Por qué con parábolas?.....	136
– Parábola del Sembrador.....	140
– Parábolas del grano.....	145
– Últimas parábolas.....	146

*Está permitida la reproducción total o parcial de esta obra por todos los medios disponibles, con la condición de que no se modifique su contenido ni su intención espiritual.

Terminado el día 17 – Mayo – 2012

www.maestrophilippe-sedir.org

INTRODUCCIÓN

“Sed bendito, Dios mío, que dais el sufrimiento
como divino remedio a nuestras impurezas
y como la mejor y la más pura esencia
que prepara a los fuertes para los santos goces.

.....

“Yo bien sé que el dolor es la única nobleza
donde no morderán jamás la tierra y los infiernos
y que para trenzar mi corona mística
hacen falta todas las épocas y todos los universos.

.....

“Pues es verdaderamente, Señor, el mejor testimonio
que podemos dar de nuestra dignidad,
que este ardiente sollozo que rueda por el tiempo
venga a morir al borde de vuestra Eternidad”.

Charles Baudelaire

Las criaturas vienen al mundo para cumplir un trabajo. Sin embargo, como una fraternidad íntima las une a todas como las piedras de un templo universal, no pueden alcanzar el término de su tarea los unos sin los otros; las que terminan su trabajo ayudan a las retrasadas, de manera que la gran obra colectiva se acaba por una unión perfecta de generosos esfuerzos.

Todo ser lleva en sí el deseo de crecer e intenta satisfacerlo sin preocuparse de las molestias que procura a sus vecinos; éstos, llevados del mismo deseo, no toman más precauciones. Por ciencia infusa, el método para un desarrollo armonioso e inocente nos es conocido. Este método es la ley moral, pero no lo obedecemos. Estas desobediencias crean los sufrimientos y nuestra obstinación nos hace confundir su origen con el Mal. Por las molestias que nos hacemos sufrir los unos a los otros, aprendemos a moderar nuestros egoísmos.

Dios no puede haber creado el mundo más que por su bien, pues este mundo no Le es necesario. Dios sólo puede ser bondad; los males sólo son males para los que los sufren, no son más que medios para hacernos evolucionar, pues nadie, ni una piedra siquiera, no vive y no crece sin absorber parcelas vivientes más débiles, que sufren por ello.

Esta constatación, desoladora al principio, se suaviza cuando una ventana se abre en nosotros en el universo místico, donde reina la Providencia. Se presentan entonces los verdaderos caracteres del dolor y sus resultados espirituales; percibimos que sus ángeles saben cuando deben cavar sus surcos y se experimenta con sorpresa que las pruebas sólo son crueles en la medida en que las rechazamos. Si las aceptamos, se asimila el ser permanente del Martirio perpetuo y Sus poderosas energías. En nosotros, sólo sufre el Yo; el cuerpo no es sensible más que por las virtudes de la vida psíquica que lo llenan; el alma queda como testigo impasible. El alma es la chispa divina, no es pecadora. Es su ropaje, si puede decirse así, el espíritu, el yo, la personalidad, quien puede obedecer o desobedecer. Es él quien sube o baja, quien sufre y sobre el que se

ejerce la verdadera terapéutica. Se trata pues de elevar nuestro Yo, sacarlo del mundo donde los Yoes se despedazan entre sí y transplantarlos al mundo donde se vuelven servidores unos de otros. Este transplante es una transmutación donde el alquimista se llama Jesús.

Todos somos espíritu y materia. O la materia encadena el espíritu o el espíritu eleva la materia, siempre hay disgregación de uno o desorganización del otro, y como consecuencia, sufrimiento. Estas alternativas de dominación depuran en definitiva el mal que rebosa en nosotros. El sufrimiento es pues redentor, es un destello de Jesús.

Pero, ¿por qué Dios permite el mal, por qué permite todos los horrores en medio de los cuales nos debatimos?

Una multitud de pensadores han intentado resolver este enigma. Ninguna respuesta filosófica ha sabido todavía detener el concierto desgarrador del llanto universal; sólo las respuestas religiosas calman a los que padecen; sólo algunas almas sobrehumanas han vencido el temor de sufrir y han encontrado, por esta victoria, desde esta tierra, una felicidad permanente.

Los pensadores que no perciben en la Naturaleza más que una inmensa batalla de fuerzas divergentes y de intereses, estiman que la solución de este problema sólo está en un conocimiento más profundo de las leyes étnicas, sociales, científicas y por una alianza más sabia entre las relaciones que unen al individuo y la colectividad. Los positivistas estiman que la evolución natural traerá necesariamente estos resultados al final de una larga serie de siglos.

Los deístas, que admiten la hipótesis de un Ser supremo, se reparten en dos campos. Unos no ven en el Universo más que las emanaciones materiales de este primer motor; éste no puede intervenir en el funcionamiento de las leyes cósmicas puesto que ellas constituyen su propia biología. En este caso, todo está regido con una justicia matemática; la hipótesis de la pluralidad de las existencias se vuelve plausible; y las criaturas son los únicos autores responsables de sus sufrimientos, los cuales toman el carácter no de penalidades, sino de reparaciones de los males anteriores de los cuales los pacientes se han vuelto culpables contraviniendo las leyes implacables de la Vida.

Otros espiritualistas admiten que la Causa primera es independiente de su obra, que ella no tenía por qué hacer. No creen en la emanación, sino en la creación del mundo, porque, si Dios no es libre, no sería Dios. Este sistema, cuya forma más perfecta se encuentra expresada en los primeros versículos del Evangelio de Juan y desarrollada en la teología católica, enseña que Dios contiene no solamente todo lo imaginable, sino todavía muchas otras cosas situadas más allá de los límites de nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad. Este Dios habría podido hacer el mundo de otra manera, o no crearlo, o crear otros hasta el infinito, y nada prueba que no existan universos diferentes del nuestro.

En consecuencia, toda criatura, cualquiera, se encuentra siempre y enteramente bajo el beneplácito divino. Esta conclusión, por indemostrable que

parezca, aparece como la única que reserva a los seres la posibilidad de infinitos desarrollos, que les evita la desesperanza, que les vuelve capaces de superarse a sí mismos, pues ¿por qué Dios, a quien yo no Le soy necesario, se habría tomado la molestia de formar mi persona, sino en vista de mi provecho, por bondad? Si es bueno, lo es perfectamente. Así, encontraré en Él todas las ayudas, todos los poderes y todos los conocimientos. Las penas y las molestias que encuentro en mi camino, son las justas consecuencias de mis extravagancias precedentes o los efectos injustos de la maldad que me rodea y deben parecerme esencialmente como los trabajos preparados para mi uso personal por los cuidados de un Maestro muy sabio y que me ama. Dios, perfectamente bueno, no Se irrita contra nosotros, no nos castiga ni se vengá; Él nos deja solamente sufrir las reacciones dolorosas de nuestras desobediencias, todas las veces que no hemos querido escucharLe.

El escolar, ¿conoce los proyectos que su profesor medita sobre su futuro? ¿Es informado el soldado de los planes del general?

En el recinto universal, donde gobiernan el tiempo, el espacio, las condiciones, todo movimiento provoca su contrario. Sobre toda la extensión de este inmenso campo de batalla, las criaturas en lucha desarrollan sus energías para su crecimiento personal, como el adolescente estudioso espera obtener un diploma. Pero el resultado real de su aplicación será construirse una inteligencia limpia, rica y flexible, más útil que todos los diplomas. Incluso, en la escuela del mundo, las criaturas se construyen, sin saberlo, esas facultades maravillosas que los autores religioso nos hacen presentir cuando nos hablan de las virtudes y por el ejercicio de las cuales la Naturaleza y la Sociedad se transforman poco a poco, en el sentido de una armonía permanente y una paz universal.

Además, los sufrimientos que creemos injustos, ¿nos parecen así por la imposibilidad que tenemos de definir su causa primitiva? Incluso admitiendo que sólo esta tierra esté habitada, ¿dónde encontraré una inteligencia bastante aguda para seguir la cadena de los móviles determinantes de una desgracia?, ¿hasta solamente el trigésimo o el cuadragésimo eslabón? Y si, de acuerdo con la inmensa multitud de aquellos que han creído y que creen en un universo invisible, intento investigar en este mundo oculto las fuerzas misteriosas que producen tal o cual catástrofe material, ¿no debería casi de inmediato hacer confesión de mi incapacidad?

Además, si conozco los misterios, si sé a qué me expongo desobedeciendo la Ley, haciendo el Mal, mi sabiduría ¿no sería otra cosa que un cálculo egoísta? ¿Podría conducirme tan lejos y tan alto como quiero, adonde siento que tengo que llegar?

Pues Dios me ha creado, es de Él de quien vengo, es a Él a quien retorno y, la misma fuerza debe volver hacia El que me ha bajado hasta aquí. Yo sé que esta fuerza es el Amor y no el Conocimiento, el Amor y no el Poder, el Amor, padre de todo saber y todo poder. Si vuelco toda la energía de mi ser hacia El que me ha enviado, subo a Él y las nubes se disipan a medida que asciendo.

Así, Dios es el maestro, la fuerza misma de mis insumisiones, es por Él que yo

la tengo. Pero si voy merodeando por ahí y me hiero al franquear una valla, no puedo culpar más que a mí mismo. San Bernardo de Clairvaux, ese gran conocedor y transformador de hombres, dijo: “Que la voluntad propia cese y no habrá más infierno”. Palabras tan sencillas que es necesario meditar largo tiempo para conocer su profundidad. Sí, somos nosotros mismos quienes nos provocamos el sufrimiento, somos nuestros propios verdugos, pues ningún otro ser posee el poder ni el derecho de perjudicarnos si nosotros no le suministramos los medios para ello. Dura constatación sin duda, pero a veces es útil decir cosas duras.

La palabra “pecado” significa exactamente transgresión, infracción de la ley. La ley moral es idéntica a la ley divina y la experiencia demuestra que esta última sólo es el conjunto de las leyes universales de la vida. Sin embargo, en el pecado, hay una desobediencia y una infracción, una perversidad moral y una torpeza material. Ésta se repara mediante sufrimientos materiales, enfermedades o desgracias, pero aquélla exige para borrarlo un agente moral que se llama contrición.

El hábito de oír esta palabra desde la infancia nos la ha vuelto insignificante; expresa, en realidad, el drama más patético. La contrición comienza con el remordimiento, se afirma con el arrepentimiento y alcanza toda su intensidad con la penitencia.

Contrición quiere decir ruptura; es la dura piedra del Yo que estalla bajo el ardor del arrepentimiento y que corroe el resentimiento expiatorio de las lágrimas. Como el sílex, este Yo lleva en su centro un fuego secreto, imperceptible hoy, pero mañana capaz de incendiar el mundo y de engullir las fuerzas más vastas. Es la chispa del Verbo, la simiente de vida eterna, nuestra alma. El arrepentimiento es su primera explosión y cuánto más curtido está el corazón, más violentamente se rompe, más se abisma en el remordimiento, más se lanza hacia las reparaciones cercanas. Así el alma presenta al Yo la fealdad del mal y, si el Yo la reconoce, el corazón arrepentido sube hasta Dios; la contrición verdadera nos evita la desesperanza y nos lleva a la vida, hacia la actividad más intensa. Los grandes realizadores, los emprendedores de lo imposible fueron casi siempre antiguos penitentes, más que simples ambiciosos. Hay en el arrepentimiento una emoción contagiosa inconcebible. A veces se ve a una madre, enternecida por los llantos de su hijo, perdonarle, colmada de ternura y dedicarle nuevos tesoros de devoción. Releed la parábola del hijo pródigo. El Cielo hace más y se muestra aún menos razonable que la madre más amorosa. Releed la historia del pastor que busca la oveja perdida y la de María Magdalena. El Padre nos ama. No es un Dios soberbio y lejano. Nos ama tiernamente, con adorable inquietud, volviéndose tan pequeño como podría imaginar el afecto más perfecto.

*

La necesidad de actuar nos empuja implacablemente. Constituye la escuela de

nuestra libertad, el método de nuestro crecimiento total. A cada momento se colocan ante mí una forma de Bien y una forma de Mal, ésta seductora o fascinante, aquella silenciosa y oculta, pues el Mal no tiene ningún escrúpulo para conquistar a sus seguidores, mientras que el Bien respeta siempre nuestro libre arbitrio.

Si siempre escuchamos sólo a nuestra conciencia con la convicción de que es infalible, podremos perfeccionarnos sin sufrir. Pero tenemos la cabeza dura; nos obstinamos en creernos más sabios que Dios y las más penosas experiencias apenas bastan para convencernos de que somos los autores de nuestro tormentos. Así cada prueba es una llamada al orden y un remedio; esculpe pacientemente la estatua maravillosa que nos volveremos un día. Dios no quiere hacernos sufrir; no quiere hacernos trabajar. Sin embargo escogemos, por malicia o terquedad, el procedimiento de trabajo que provoca el sufrimiento, en lugar de realizar las mismas obras y los mismos progresos en la serenidad y la alegría. Recordemos la llamada de Jesús: “Venid a mí, los que estáis fatigados y cargados y yo os aliviaré”. Dios jamás quiere atormentarnos, Él desea solamente que nos perfeccionemos.

Todo acto arrojado en el campo del mundo es una semilla no solamente indestructible, sino que aún se multiplica con fecundidad creciente. El mal, como el bien, se vuelven más y más fuertes a medida que pasan los siglos; es normal que la reparación de una falta se complique en proporción a su antigüedad. Se ha querido explicar el problema del sufrimiento por la teoría del pago de faltas cometidas en existencias precedentes. Esta hipótesis indemostrable no hace más que retrasar la solución. Que no haya para el alma más que una sola encarnación sobre la tierra, o varias, o transmigraciones anteriores o posteriores en otros planetas –hipótesis que la Iglesia no ha condenado nunca–, que sufra uno sólo o en holocausto por las faltas de algunos de nuestros hermanos, que sea en reparación de nuestras faltas personales, o que la Providencia nos someta a estas pruebas para desarrollar en nosotros facultades desconocidas, que la suerte individual esté en función del destino colectivo de la raza o de la patria, no cambia el fondo del problema y, como éste consiste en hechos inaccesibles, se debe resolver sin que conozcamos nada, antes de haber llegado a la cima mística donde el mundo puede ser percibido.

Las injusticias que nos preocupan pueden ser sólo aparentes; nadie debe jactarse de comprender todas las causas del hecho más simple. ¿Quién dice que los malvados a quienes todo sale bien no son felices por la virtud de algún pacto insospechado de su espíritu con los dioses de lo temporal y que éstos no vendrán más tarde a pedir cuentas?. Y la apariencia de felicidad, ¿cuántas miserias no esconde a menudo? ¿Quién dice que los buenos, tan a menudo desgraciados, no lo son para que desarrollen su paciencia, su resignación, su fe en el ideal; o que no sufren en el lugar de otro, demasiado ciego para sacar la lección de la prueba: o que no gozan del privilegio de reparar inmediatamente sus propias faltas, o de pagar sus deudas espirituales en el lapso más corto de tiempo?

Nuestro yo inmortal, antes de reconocer a Dios y Cristo, ha escogido durante

mucho tiempo hacer el menor esfuerzo y se ha quedado atrás. Desde el día en el que ha visto la Luz, un deseo imperioso se eleva en él de recuperar el tiempo perdido; él sabe el precio; entrevé los gloriosos horizontes de su futuro espiritual; puede entonces que acepte, que pida un período de trabajo intensivo. El yo terrestre no sabe nada de estos dramas; y su ignorancia, que nos parece cruel, le procura al contrario los mejores resultados, porque le obliga a salir de sí mismo, a adelantarse, a evadirse a este libre mundo del Espíritu, donde reina la fe, donde toda inquietud muere, donde se respira la paz inmutable y la energía invencible.

El optimista más grande es el místico; el más voluntarioso, el místico; el realizador más poderoso, es el verdadero místico, porque vive en lo eterno y solamente allí aparece el sentido de todos los enigmas y el valor absoluto de los obstáculos.

Cualquiera que sea la teoría que se adopte, es necesario aceptar el sufrimiento. Ningún deudor paga sus deudas negándolas. Y cuánto menos personales sean los motivos de nuestros esfuerzos, éstos serán más nobles, puros y fecundos. Mirad a Cristo.

¿Por qué restringir nuestros conceptos? Los verdaderos sabios ¿no conceden a la imaginación el papel más fecundo en el descubrimiento de estas hipótesis que iluminan de un golpe todo un conjunto de hechos y permiten clasificarlos? La imaginación no es otra cosa que el espejo, a menudo empañado, donde se reflejan los paisajes invisibles. Así, ¿por qué limitar la vida a este pequeño globo? ¿Por qué los otros mundos no pueden estar habitados? No podemos conocer nada de su biología más que induciendo de lo que hemos descubierto con la física y la química terrestres. No sabemos nada del medio interplanetario; ignoramos como se comportan la termodinámica, la fotodinámica en el espacio zodiacal. La astronomía reposa sobre la hipótesis de que todo ocurre en el cosmos como en la tierra, hipótesis bien poco probable para el filósofo. Y cualquier otra hipótesis queda permitida.

Se acepte o no la teoría de las existencias múltiples, se admita o no la habitabilidad de otros planetas por criaturas semejantes o diferentes a las terrestres, es necesario convenir que cada uno recibe, y en los más pequeños detalles de nuestra vida, desde todos los puntos del universo, millares y millares de influencias corporales y psíquicas de las que solamente una pequeña parte emerge a la superficie de nuestra conciencia. ¿Qué podemos percibir de este juego infinito? ¿Qué podemos prever de las posibles consecuencias de uno sólo de nuestros gestos, que la elasticidad de los imponderables medios hace rebotar a través de los espacios y que volverá fatalmente sobre nosotros, a través de los siglos? Y el universo intelectual, el universo moral son todavía más sensibles, más impresionables que el universo material. ¿Cuánto tiempo es necesario para reparar un desorden? Todas estas complejidades ¿no hacen más difícil y más larga la reparación de un daño? ¿No simplificaremos nuestro futuro, incluso el más próximo, si vivimos con un más justo cuidado moral?

*

Sólo parece posible aplazar el dolor o escapar de él, muy temporalmente; escuchemos los relatos de los morfinómanos que han querido desintoxicarse, miremos el desierto interior de los egoístas que han petrificado su corazón. La mayor parte de los hombres se conforman cuando sufren, algunos intentan escaparse, otros buscan sufrir. Consideremos primeramente la sabiduría media. Al principio los que son desgraciados se rebelan; aprenden enseguida como soportar su destino por el estoicismo, por la nobleza de alma; más tarde se dan cuenta de las perspectivas religiosas y los inmenso beneficios de las expiaciones libremente aceptadas; al fin, la locura de la Cruz los eleva hasta los cielos místicos del sacrificio voluntario.

Pero, para respirar tan alto, un largo entrenamiento se impone; utilicemos primeramente las lecciones progresivas que cada jornada nos presenta, incluso las más fáciles; todas contienen una luz.

“...El Amor todopoderoso da a la criatura
el sentido de su desgracia, que lleva al arrepentimiento
por un camino lento y alto, pero muy seguro.”

Verlaine

Sin embargo, que los entusiastas tengan cuidado con los excesos. Si se está enfermo, hay que cuidar el cuerpo, hay que tender a superar el malestar y, si no nos curamos, si las lágrimas caen a pesar nuestro, la prueba llevará sus frutos espirituales, pues Jesús, compadeciéndose por adelantado a nuestras debilidades, ha querido hablar como si Él fuera débil también; sin temor de escandalizar el orgullo estoico, Él dijo al Padre: “Si es posible, aparta de mí este cáliz”. Realmente, más coraje es necesario para aliviar nuestro cuerpo y secar nuestro llanto, como si sólo se pudiera contar con uno, poniéndonos además en las manos de Dios, que dejarnos ir sin resistencia bajo los golpes fatídicos de la prueba.

Los espiritualistas se inclinan a creer que un sentimentalismo vago y general basta para sus deberes. Se equivocan. Es sobre todo en las vías místicas donde la energía, el coraje, la voluntad vigorosa son indispensables.

Cuando un dolor nos vence, no hay que desear su fin; empleando los medios razonables para hacerlo cesar, hay que sonreírle. ¿Sabemos si otros no sufren lo mismo o más que nosotros? Y nuestro Maestro, ¿no sufrió? ¿No sufre todavía, no sufrirá hasta el fin del mundo, infinitamente más?.

Cuánto mejor utilicemos el presente, más bello futuro nos espera. Y, si alcanzamos la aceptación perfecta, en la paciencia serena y alegre, se recibe a cambio la inalterable paz de la unión silenciosa con el Maestro del Dolor y de la Beatitud.

El egoísmo tiene unas raíces tan profundas en nosotros, hasta la médula de nuestros huesos, hasta las más altas cimas de nuestro espíritu, que hace falta, para arrancarlas, una paciencia casi infinita.

Aprendamos primero a no quejarnos. Gemir es flaquear; no impacientarse, no perder la calma, no mendigar consuelos, no ir contando largamente nuestras penas. Si queremos crecer, si queremos que haga efecto el fuerte remedio, no buscad socorros en ninguna criatura; refugiarnos sólo en el Médico sobrenatural; si Él os cura, es porque os ama. Nadie en el mundo os ama como Él y llora al veros sufrir.

Cuando el dolor se vuelva insoportable, encerraos y, en la soledad, llorad, gemid, rezad, unas horas, unos días si es necesario; pero no apareced ante los hombres, vuestros hermanos, más que con un rostro tranquilo. ¿Tal esfuerzo os parece imposible? No, muchos lo han hecho ya. ¿Os parece inútil? No, ningún esfuerzo es inútil y especialmente aquellos que se ajustan perfectamente a la dignidad de vuestra alma, con el precio de vuestras lágrimas.

En verdad, nuestras lágrimas pertenecen sólo a Dios. Pertenecen al Padre, porque están vivas; pertenecen al Verbo, porque nos salvan; pertenecen al Espíritu, porque evocan la paz; pertenecen a la Virgen, porque son fuentes de humildad. Sólo deben expandirse en la cripta más secreta del corazón y en la noche de la voluntad, porque unas estrellas manan y derraman esperanza en las desesperanzas inesperadas.

El hábito del sufrimiento procura la fuerza, porque nos demuestra nuestra debilidad; la condición para volverse fuerte es saber que se es débil. Transmuta en vigor sobrenatural nuestra natural debilidad y en fe creadora el vampiro de la duda. La duda es el veneno mortal de la energía, el pulpo equivocado de la voluntad. Construyamos más bien una fe; cualquiera será preferible al eclecticismo, al diletantismo, al escepticismo, pero escojamos el más elevado motivo de acción: la obediencia por amor. Armados con esta fuerza, nos convertiremos en triunfadores definitivos. A dolor igual, es el ateo quien sufre más; sus tormentos conservan todas las virtudes disolventes y la aridez psíquica que le vence consume preciosas energías; la nada objetiva atrae el vacío subjetivo de la incredulidad, mientras que el martirio de una idea, incluso no muy alta, es sostenido por una alegría secreta y su sacrificio siempre fecunda lo baldío del mundo moral. El sufrimiento sufrido por amor engendra una expansión espiritual ante la cual se abren todas las grandes puertas de la beatitud. Aquí comienza la labor del apostolado.

Seamos humildes también, porque no podemos cumplir nada sin ser secretamente ayudados. Desechemos enseguida las inquietudes o, mejor, veámoslas pasar, como un espectáculo. No nos aferremos, cueste lo que cueste, a nuestros gustos ni a nuestros proyectos; el bien que puedan contener, si lo ponemos “en las manos del Padre”, el Hijo encontrará mil medios de no dejarlo estéril. Hagamos lo que podamos; las cadenas de lo posible son elásticas y, si todo nos abandona, abandonemos todo a Dios.

Por otra parte, tengamos cuidado con los excesos de celo. Buscar el sufrimiento por el placer de vencerlo pertenece al orgullo; el Cristo no dijo jamás: “Sufrid, para serme agradables”, sino al contrario: “Venid a mí, los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré”; “cargad mi yugo, y aprended de mí, porque soy

dulce y humilde de corazón y encontraréis reposo para vuestras almas, pues mi yugo es holgado y mi fardo ligero”. Y todavía: “Quien quiere salvar su alma, la pierde”. Y esta parábola para los impacientes: “¿Quién es el rey que, partiendo para hacer la guerra a otro rey, no se sienta primero y no examina si puede, con diez mil hombres, ir al encuentro del que viene contra él con veinte mil?”. No se trata pues de sufrir, sino de superar el sufrimiento.

*

Igual que el grano confiado al sol sufre, por la acción disolvente de los agentes físico-químicos, una descomposición profunda antes de echar raíces y tallos, de madurar y de reproducirse al céntuplo, el Yo debe ser también confiado a la Tierra, experimentar el sufrimiento, verse disociado por el fuego del dolor, el agua de las lágrimas y la nieve de las ingratitudes, para que pueda renacer transfigurado por los rayos del Astro sobrenatural.

Así comprendido, el sufrimiento lleva a frutos maravillosos; ningún ascetismo, ningunas contemplaciones, ninguna voluntad audaz, ningún amplio intelectualismo procuran como él el saber verdadero, la fuerza, la maestría de sí. El paciente perfecto se conquista y conquista el mundo, más aún, él gana la amistad de Cristo y la beatitud. Los purgatorios, cuando se sufren, nos elevan tan alto como nos han precipitado abajo. No temáis nada, la Luz en nosotros es inmortal; podéis oscurecerla, adulterarla, ciertamente; matarla: jamás. Es la vida, la sangre mística del mundo, la medicina universal. Es la que une en un solo organismo todo el género humano; por la virtud de esta unidad misteriosa, cada individuo es alcanzado por el sufrimiento de todos, que se diluye en la masa y arrastra los gérmenes de la compasión, preparando la plenitud de las rosas del Amor crístico.

El sufrimiento paciente purifica el cuerpo y el corazón, desarrolla la humildad, el optimismo, el espíritu de oración. Pero no hay que sorprenderse si los verdaderos servidores de Dios se resienten más. Cuánto más se desea el Cielo, más rápido avanza el espíritu por el camino estrecho y, en el mismo espacio de tiempo, se encuentran mayor número de obstáculos espirituales, los cuales se expresan en lo físico por las pruebas. Hablo aquí no de cristianos platónicos que sólo ofrecen al Cielo deseos piadosos, sino de cristianos activos que quieren actuar y que actúan.

Cada dolor es una muerte parcial, prelude de un renacimiento; todo defecto moral, físicamente localizado en uno de nuestros órganos sujeto al sufrimiento, muere y renace en virtud. Es porque la capacidad de sufrir es la medida del vigor moral.

El progreso no es un avance en línea recta, es una liberación; se empuja un extremo en un sentido, después en el sentido opuesto tan lejos como se puede y, a fuerza de excesos en todos los sentidos, el ser alcanza su equilibrio. La desgracia lleva a la felicidad y las penas a la alegría. Y, como se abusa de la felicidad, como nos dormimos en la alegría, otras pruebas surgen, después

nuevas alegrías; nos volvemos dúctiles, adquirimos calma, porque el Bien, rostro de la eterna Perfección, siempre supera finalmente al Mal. Experimentamos poco a poco las lagunas de la inteligencia, las debilidades de la voluntad; somos dulcemente, pero con seguridad, devueltos a Dios, el único recurso, y percibimos al fin al Redentor. Sin Cristo, el sufrimiento no es más que un pago. Con Él, se vuelve una fuerza transfiguradora.

Preguntad a las voces más altas que la Tierra haya oído; son unánimes en proclamar la nobleza del sacrificio. Existe fuera de nosotros un Ideal objetivo, una entidad representativa del altruismo y la devoción. Este Dios de Luz parece muy a menudo más débil que el dios del egoísmo, pero, puesto que lo propio del Amor es darse, este vencido es en realidad el vencedor.

El Cristo es la encarnación de este Amor; mezclado con la multitud de las criaturas, informado de todo lo que ocurre, por la exquisita delicadeza de Su organismo espiritual, atento por su más tierna compasión a todas las penas y a todas las esperanzas, Él puede decir con toda verdad que lo que damos a un afligido, es a Él mismo a quien lo ofrecemos. Cada paciente, en cualquier rincón de la inmensa Naturaleza donde se oculte, comunica con Él; cuánto más íntimamente sufra con resignación, con más efectividad sus sufrimientos son liberados de egoísmo.

En un grado determinado, cuando los sufrimientos personales se agotan, la preocupación por los otros crece y nuestro espíritu, “con suspiros inefables”, pide tomar un poco de las pruebas que nos rodean. Se entra entonces en la carrera del apostolado, nos preocupamos cada vez menos de nuestra propia suerte; se desea más llevar al mismo Pastor que nos curó y confortó las ovejas todavía errantes:

El dolor cristiano es inmenso,
como el corazón humano;
sufre, después piensa
y, tranquilo, sigue su camino;
está de pie sobre el Calvario,
lleno de lágrimas y sin gritos:
es como una madre,
pero ¡qué madre, y de qué hijo!

Verlaine

Contrariamente a lo que profesan los filósofos del superhumanismo, el dolor sólo es fatal a los pusilánimes. Como todos los sentimientos, pide ser podado; hay que volverse impasible a los sufrimientos feos y bajos, o fútiles, así se disminuirá su número y nos purificaremos noblemente. Ningún ideal es verdadero si no es bello. Las lágrimas son preciosas; cuidemos de no secar la fuente divina, derramándola por motivos indignos. Sobre los corazones asolados por las altas angustias pasan los soplos refrescantes del Espíritu y, sólo para ellos, el sufrimiento se vuelve exultante y regenerador.

Y después, ¿qué podemos temer? La ciencia contemporánea ¿no enseña al positivista la conservación de todas las energías? ¿Qué motivo más imperioso

para quien sólo cree en la materia que superar todo sufrimiento, puesto que sus fuerzas no morirán con él y aumentarán al contrario la herencia imponderable de su familia, de su raza, de la humanidad entera? Y, para el creyente, ¿no sabe con certeza que sus resistencias en el dolor no solamente vivirán en él, sino que serán recogidas por su Dios, el gran Mártir, transmutadas, y luego esparcidas en bendiciones maravillosas sobre el mundo entero?.

Ejercámonos pues en mirar a la cara a los enemigos de nuestra felicidad aparente, no como enemigos, sino como adversarios leales cuya fuerza es proporcional a la nuestra y, desde que nos comprometemos en la lucha, se vuelve imposible que nos hagan mal, pues el mal sería precisamente no luchar.

*

Uno de los motivos más generales de dolor es la enfermedad. Ahora bien, según los médicos, todo el mundo lleva en sí una enfermedad o el germen de todas las enfermedades y se ha reconocido ya que las causas de las enfermedades son e orden fisiológico y de orden atávico; más tarde se les reconocerá un orden moral y después un orden espiritual.

Nosotros consideraremos el problema de la enfermedad desde el punto de vista más interior y más profundo.

Examinando la marcha del mundo, se descubre una justicia inmanente que hace pagar a las criaturas sus descarríos más marcados. Sin pararnos a explicar este hecho, según la teoría católica de una existencia única en la cual la enfermedad es una prueba que desarrolla las energías con las que se edifica nuestra personalidad, o según la teoría oriental de unas existencias múltiples en las que los sufrimientos son las reacciones a los excesos cometidos en las vidas anteriores, nosotros veremos como la enfermedad nos permite perfeccionar nuestra parte inmortal: nuestra alma o nuestro espíritu.

En la enfermedad, hay una utilidad física: aprendemos higiene, templanza, los cuidados del cuerpo; una utilidad moral: desarrolla nuestras energías; una utilidad espiritual que nos hace ver más lejos.

¿Cómo comportarnos cuando la enfermedad nos alcanza? Primeramente, cuidar nuestro cuerpo por todos los medios legítimos, pues es nuestro servidor y un buen instrumento de trabajo, pero solamente en préstamo, que debemos mejorar. Segundo, sufrir con resignación, contrariamente a la moral de inaceptable rebeldía preconizada actualmente. Jesús dijo: “Poseeros por la paciencia” y el Evangelio es una escuela muy dura y muy severa aplicando este precepto. Cristo dijo también: “El Reino del Cielo pertenece a los violentos”, es decir, a los que desarrollan en ellos la energía verdadera. Así, cuando la enfermedad llega, sufrir sin quejarse y esperar la curación sin impaciencia. Reconocemos, en la llegada de una enfermedad, que hay una justicia inmanente y que nadie sufre injustamente; como consecuencia, aceptamos, y nos tratamos lo mejor posible. Ésta es la verdadera actitud a tomar. Se desarrollan nuestras fuerzas espirituales y nos acercamos al Reino de Dios. Remarquemos que el

Cielo nos pone a menudo en presencia de lo imposible, de lo inevitable, para mostrarnos nuestra debilidad y nuestra impotencia, cara a cara de Quien es el Poder todo y la Realidad toda. Todos los médicos se han enfrentado a casos insolubles. Un solo recurso nos queda: apelar al socorro del Gran Médico, es decir, rezar. La enfermedad nos lleva de esta manera a la escuela de la oración, que nos conduce finalmente al Reino de la Luz y de la Paz.

En su sufrimiento, el enfermo es llevado a examinarse, a hacer un recorrido por su pasado y descubrir a menudo el acto culpable, causa inicial de la enfermedad; y este examen le conduce a arrepentirse, a reconocer su error, a volverse humilde. Y la humildad es la condición indispensable de nuestro progreso. Como nuestro deber es progresar, debemos llevarla en nosotros, constante y cada vez más profunda.

No es sin razón por lo que hay enfermedades incurables, pues hay seres que sólo pueden pagar sus deudas con el sufrimiento físico, porque la calidad del sufrimiento es siempre proporcional a la calidad del que sufre. Ahí todavía reina una justicia que podemos constatar, pero que no debe nunca impedirnos hacer todo lo posible para disminuir el mal. Por otro lado, no criticar nunca al enfermo que quizás tenga una ocasión para trabajar por su entorno, no juzgarlo, ya que este juicio puede atraer sobre nosotros la tara que sufre nuestro vecino y puede ser que en la misma situación nos hubiéramos comportado peor que él. La vida nos envía a nuestro pesar a una escuela práctica y fértil en resultados de las experiencias. Pero sufrir las pruebas o pagar las deudas no podemos hacerlo solos y sin ayuda. La enfermedad nos lleva a retornar a Dios, en quién nosotros no pensamos nunca, pues, en la vida, creemos deber los éxitos a nuestras cualidades que, en el fondo, no son más que dones y, examinando la causa de nuestros fracasos, constataremos que son casi siempre debidos a la demasiada buena opinión que tenemos de nosotros mismos.

Ahora, ¿cómo cuidar a los enfermos? Es necesario considerarlos como prefiguraciones del Cristo, que nos dijo: “Todo lo que hagáis a un desdichado, a mí me lo hacéis”. Y esto es una realidad viva y siempre actual. Cuando, por compasión, el Padre envió a su Hijo para salvar a los hombres, Él quiso que sufriera todas las formas de sufrimiento sobre la tierra y en todos los mundos. Jesús tomaba sobre Él casi todos los sufrimientos de los que curaba. Su presencia entre nosotros es siempre real y un hombre no sufre sin que el Cristo esté cerca de él y tome sobre Sí una parte de este sufrimiento. Así, todo lo que hagamos a nuestro prójimo es a Jesús a quién lo hacemos.

Y el trabajo, para nosotros, es la compasión, es abrir nuestro corazón, y es nuestro corazón quien nos da nuestro verdadero valor. He aquí hacia lo que debemos tender. Recibamos con la misma cordialidad a todos los seres y a todas las cosas, porque todos y todas son obreros de Dios. Nuestra labor más urgente es abrir nuestro corazón a un trabajo de fraternidad real y práctica que algunos de entre vosotros han comenzado ya y que espero, querráis realizar. Toda mi alegría será poder seros útil en ello, no importa de qué manera.

CAPÍTULO PRIMERO

LAS CURACIONES MÍSTICAS

Marcos 1, 21; 2, 22/ Lucas 4, 33-44; 5, 12-39/
Mateo 8, 2-4; 8, 14-17; 9, 1-17

Jesús y sus discípulos llegaron a Cafarnaúm y el día del sábado, entrando en la sinagoga, enseñaba. Todos estaban maravillados de su enseñanza, pues tenía autoridad, no como los escribas.

Había allí un hombre poseído de un espíritu impuro que gritando decía: *¿Qué hay entre nosotros y tú, Jesús de Nazareth? ¿Has venido a perdernos? Sé quien eres: el Santo de Dios.* Entonces Jesús le conminó y le dijo: *¡Cállate y sal de este hombre!*

Agitando violentamente al poseído, el espíritu impuro lo tiró al suelo en medio de la asamblea y salió de él sin hacerle ningún mal, dando un fuerte grito. Todos los asistentes, aterrados, se preguntaban unos a otros: *¿Qué es esto, una enseñanza nueva? Él manda a los espíritus impuros con autoridad y le obedecen.* Su renombre se difundió pronto en Galilea y las regiones de alrededor.

*

Saliendo de la sinagoga, fueron, con Santiago y Juan, a la casa de Simón y Andrés. La suegra de Simón estaba acostada, enferma de fiebre. Enseguida se lo dijeron a Jesús. Él, acercándose a ella, la tomó de la mano y la levantó. La fiebre desapareció y ella se puso a servirles.

Llegada la tarde, después de la puesta del sol, le llevaron todos los enfermos y endemoniados. Toda la ciudad estaba en la puerta. Imponiendo las manos a cada uno de ellos, Jesús los curaba, con el fin que se cumpliera lo anunciado por el profeta Isaías cuando decía: *Tomó nuestras deformidades y llevó nuestras enfermedades.* Los demonios salían también en gran número, gritando: *Tú eres el Hijo de Dios.* Pero él les amenazaba y les prohibía hablar así, pues ellos sabían que era el Cristo.

En la madrugada, antes de amanecer, fue a un lugar solitario y allí, rezaba. Simón y los que lo acompañaban fueron en su busca; llegando a él, lo retenían, no queriendo que los abandonase. Le dijeron: *Todo el mundo te busca.* Él respondió: *Vamos a otra parte, a las aldeas vecinas, para predicar allí, pues para esto he venido.* Fue a predicar en las sinagogas y en toda Galilea, echando a los demonios.

*

Un leproso vino a él, y arrodillándose le rogaba diciendo: *Si quieres, puedes limpiarme*. Jesús, movido de compasión, extendió la mano y le tocó diciendo: *Yo lo quiero, sé limpio*. Al instante, la lepra desapareció y el hombre quedó limpio. Jesús severamente le despidió, diciéndole: *No digas nada a nadie, ve al sacerdote y ofrece por tu curación lo que Moisés prescribió, para que sirva de testimonio*. Pero, apenas salió, el hombre fue a publicar el hecho y a difundirlo por todas partes, de manera que Jesús no podía entrar abiertamente en una ciudad; inmensas multitudes corrían para escucharle y para hacerse curar de sus males. Pero él se retiraba a lugares solitarios.

*

Algunos días después, retornó a Cafarnaúm. Se supo que estaba en casa y acudieron tantos que no cabía nadie, incluso delante de la puerta. Entonces cuatro hombres le llevaron un paralítico. Como no podían llegar hasta él, a causa de la muchedumbre, descubrieron el techo encima del cual él permanecía y, por una abertura, descendieron la camilla donde estaba el paralítico. Jesús, viendo la fe de ellos, dijo al paralítico: *Hijo, tus pecados te son perdonados*. Había allí algunos escribas que estaban sentados y hacían este razonamiento en su corazón: *¿Cómo puede este hombre hablar así? Blasfema, ¿quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios?*

Jesús vio pronto, en su espíritu, que hacían interiormente estas reflexiones y les dijo: *¿Por qué hacéis tales razonamientos en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir al paralítico: 'Tus pecados te son perdonados' o 'Levántate, coge tu camilla y vete'? Ahora, a fin que sepáis que el Hijo del Hombre tiene sobre la tierra el poder de perdonar los pecados, yo te lo ordeno, -dijo al paralítico-, levántate, coge tu camilla y ve a tu casa*. El hombre se levantó, cogió inmediatamente su camilla y salió ante toda la gente. Todos estaban estupefactos y glorificaban a Dios, diciendo: *Jamás hemos visto nada parecido*. Entonces Jesús se dirigió de nuevo hacia el mar. Todas las multitudes venían a él y él les enseñaba.

*

Al pasar vio a Leví, hijo de Alfeo, sentado al telonio y le dijo: *Sígueme*. Y él, dejándolo todo, se levantó y le siguió.

Leví hizo una gran fiesta en su casa y un gran número de publicanos y otros comensales estaban a la mesa. Ésto hizo murmurar a los fariseos y los escribas que dijeron a sus discípulos: *¿Por qué vuestro maestro come con publicanos y pecadores?* Jesús, tomando la palabra, les dijo: *No son los sanos los que necesitan del médico, sino los enfermos. No he venido a llamar al arrepentimiento a los justos, sino a los pecadores*.

Ellos les dijeron: *Los discípulos de Juan ayunan a menudo y rezan, los fariseos también, pero tus discípulos comen y beben*. Jesús les respondió: *¿Pueden*

ayunar los amigos del esposo mientras el esposo está con ellos? Vendrán los días en que el esposo no estará: entonces ayunarán.

Él les dijo también esta parábola: Nadie cose un trozo de paño nuevo en un vestido viejo, pues el remiendo nuevo se llevaría lo viejo, haciendo un destrozo mayor. Nadie echa vino nuevo en odres viejos, ya que el vino nuevo rompería los odres, perdiéndose los odres y el vino; se debe echar el vino nuevo en odres nuevos para que ambos se conserven. Y nadie, después de haber bebido el vino viejo, deseará vino nuevo, pues dirá: el viejo es mejor.

LAS CURACIONES MÍSTICAS.

Para curar por la oración, es necesaria la lealtad, la calma, la benevolencia; es necesario sobre todo tener una unión constante con nuestro Cristo, el médico sobrenatural. Esta última condición contiene y completa las otras.

Es sobre todo en sus relaciones con las mujeres que el sanador debe mostrarse leal. Es, entre todos, sobre todo él, el sanador, quien debe vigilar, contener, romper los impulsos de las fuerzas oscuras del instinto animal, siempre vivo. Debe sobre todo recordar que una simple mirada de codicia equivale al adulterio efectivo. Estas desafortunadas, estas enfermas vienen a él sin defensa, tienen necesidad de socorro, le presentan su confianza, como a un ser superior; él debe estar dos, tres, siete veces en guardia contra los trastornos magnéticos, en él y en ellas. El mal que se cometería utilizando a contrapelo su prestigio espiritual sería muy bajo, muy vil, muy cargado de largas y pesadas consecuencias.

El sanador necesita una calma imperturbable. Calma para él mismo y calma para sus enfermos. Mas que otros métodos, la terapéutica por la oración arrastra hacia lo Invisible al que la emplea; a las regiones más secretas, más inexploradas de lo Invisible y, en consecuencia, a las más fértiles en sorpresas.

La tensión de la oración a la cual el místico se obliga constantemente, eleva, afina y sensibiliza su espíritu; él recibe más que los otros hombres los contragolpes de una multitud de acontecimientos buenos o malos de los cuales los mundos sutiles son el teatro, y que vienen a fijarse sobre nuestra tierra y sus habitantes. Más alto sube el místico, más se introduce en las profundidades y más las fuerzas que su espíritu respira y asimila son activas y su modo de actuar desconcertante. Para guardar el equilibrio intelectual, anímico y corporal, el terapeuta místico sólo tiene un recurso: la sangre fría, la presencia de espíritu, una insigne prudencia, una perfecta posesión de sí mismo.

Los enfermos están todavía más sujetos a la penetración de las influencias invisibles, aunque a sus espaldas. Su desequilibrio fisiológico los vuelve vulnerables; y sus sufrimientos morales y corporales son los episodios de las luchas contra estas invasiones. Quien los asiste por la oración sólo debe mostrarse doblemente tranquilo y fuerte: por él y por ellos, por todo lo que les falta de resistencia y equilibrio. Sobre todo en la época actual, no

aceptéis lo que digan algunos enfermos sobre magia o que son víctimas de prácticas ocultas; esto sería algo bastante raro y, en todo caso, más vale sacar al enfermo de estas preocupaciones. Si decís algunas palabras a vuestros enfermos, en público o en privado, no habléis jamás de ocultismo o brujería, ni siquiera desde un punto de vista teórico o para prohibirlos.

En tercer lugar, sed buenos. Que el gran precepto indispensable del amor fraternal esté constantemente en vuestro corazón y en vuestra voluntad; el amor fraternal y puro, despojado del egoísmo familiar, del interés intelectual y del prestigio sentimental; el amor del espíritu. Interesaros por cada enfermo tanto como os interesaríais por vosotros mismos: buscad la palabra entre todas que le reconfortaría, el gesto que le alivie; tratadle con serena dulzura; ignorad sus impacencias y sus desatinos; perdonad, olvidad sus ingratitudes; abandonad vuestra comodidad para satisfacer sus pequeños despotismos. No perdáis ninguna ocasión de rezar por ellos; la práctica hace al maestro. No discutáis, no disputéis, no despreciéis. No miréis si se trata de consecuencias del alcoholismo o de los desenfrenos; ved solamente la carne que sufre, en un ser desolado.

Sed buenos como el Padre es bueno, para todos, en todo, por todas partes. Nada de ruidosa jovialidad, ni de ceño fruncido. Sonreíd. Acoged a todo el mundo como a invitados bienvenidos, pues van a daros motivos para trabajar, es decir, la ocasión de ayudar a nuestro Maestro. Su alegría de ver vuestra obediencia, que sea vuestra alegría, vuestra felicidad. Sed felices. Manteneos en la alegría de los esclavos del Amor, y la daréis sin esfuerzo, transformando las desesperanzas a vuestro alrededor.

En fin, vivid en la unidad, permaneced en la unión. Antes de levantar el dedo, de lanzar una mirada, de decir una palabra, examinad si vuestra mano, vuestro ojo y vuestra lengua están con Jesús. Nada de murmurar, ninguna blasfemia, ni en el tono siquiera; nada de palabras en vano; no habléis sobre las cuentas de los ausentes, hacedlo como si estuviesen presentes. No habléis mal tampoco de los animales, de los objetos, del tiempo: de nadie. No penséis más que en Cristo, vivid sólo para Él; obedeced Su voz en vuestra conciencia; actuad por lo mejor; nutrid vuestro Yo de alimentos que le repugnen; ayudad a vivir todo lo que vive; id delante de los tímidos y de los pobres avergonzados.

Jesús dijo a sus discípulos: “No temáis nada, yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos”. Sed estos discípulos.

Veréis curar a los incurables: no os sorprendáis; prosternaos y agradeced. Veréis malestares insignificantes resistirse a vuestras oraciones y ayunos espirituales: no os sorprendáis tampoco, prosternaos también. Quizás seréis conducidos a infiernos espantosos, o los ángeles os eleven a inefables éxtasis, no os extrañéis; prosternaos y adorad. Quizás os agotéis en los desiertos de la desesperanza; es allí donde Dios estará más cerca, prosternaos y adorad siempre.

PRECAUCIONES NECESARIAS.

Los textos canónicos, los textos apócrifos, las palabras atribuidas a nuestro Maestro, esparcidas en las obras religiosas de los primeros siglos (Agrafa), no relatan más que un pequeño número entre las curaciones hechas por Él; estos escritos no mencionan tampoco todas las que fueron conocidas de sus contemporáneos, que no dijeron nada de los procedimientos especiales de los que Jesús se servía a veces.

Crear que Él sólo empleó la oración, sería formarse una imagen muy reducida de Su poder. Nosotros, miserables, sólo debemos, sólo podemos rezar; todo control de una fuerza inmaterial constituiría por nuestra parte una violencia usurpadora. Si somos verdaderos cristianos, no cogemos un fruto, no tomaremos alimento, no comenzaremos ningún trabajo sin pedir primero permiso al Padre y Su protección, pues todas las cosas Le pertenecen y por Él lo tenemos todo. Omitir esto haría todas nuestras obras ilegítimas.

Pero Jesús, uno con el Padre, forma real del Padre en el mundo de las relatividades, maestro y señor de las criaturas, manda legítimamente; Él tiene derecho; no tiene que rendirles cuentas, pues es por Él que las criaturas tienen el ser y la vida y, cualquiera que sea Su orden, tendrían perjuicio al no obedecerLe. Sin embargo, como el hijo respetuoso que, aunque hábil para cultivar solo el jardín familiar, no hace nada sin pedir primero la autorización de su padre, Jesús, aún pudiéndose hacer obedecer de la mar y la montaña, del demonio y de la enfermedad, de los ángeles y de los hombres, no realiza jamás ningún milagro, ni toma ninguna iniciativa sin obtener previamente el consentimiento de Su Padre celestial; al momento, Él ejecuta la obra por los medios que cree convenientes.

Nosotros, ínfimos, ¿no debemos imitar esta deferencia hasta en las cosas más comunes? E incluso en una taza de tisana ofrecida a un enfermo, deberíamos rogar al Padre que tenga a bien bendecirla, pues ignoramos todo de la virtud especial de este remedio, ignoramos qué planta ha suministrado la materia prima, qué agentes han podido modificar sus propiedades, dónde ha florecido, qué manos la han tocado. La química botánica ¿no nos enseña que los jugos vegetales se modifican según el sol, la estación, las horas incluso? La química biológica ¿no nos enseña que nuestro organismo produce reacciones diferentes según las pasiones que nos agitan? De cara a un enfermo, la impaciencia actuará físicamente de otra manera que la piedad, la humildad de otra forma que la suficiencia, ¿cuánto más el apelar a Dios no volverá nuestros cuidados más eficaces?

Esta regla se aplica con más rigor todavía a las terapias no materiales, en las cuales se exige mayor prudencia. Veamos porqué:

El hecho que percibimos más clara y completamente es el de las formas de vida universal que caen bajo nuestros sentidos y dónde la física, la química y la historia natural se esfuerzan en descubrir sus secretos. Este hecho indica que el mundo de los cuerpos constituye nuestro dominio actual, que podemos servirnos

de sus producciones, que debemos mejorar con nuestra industria, y llevarlo al mundo del Espíritu por nuestro esfuerzo hacia la santidad. Tenemos el derecho de investigar en los tres reinos todos los medicamentos posibles, tenemos el deber de hacer conocer nuestros descubrimientos sin avaricia y devolver a Dios el homenaje de reconocimiento que Le corresponde.

Pero somos insaciables. No contentos con explotar los recursos infinitos de la Naturaleza física, antes incluso de haberlos agotado -pues cada uno de sus tres reinos, mineral, vegetal y animal contiene por sí solo remedios a todas las enfermedades-, nos aventuramos temerariamente en los dominios desconocidos. Así, el magnetismo, auxiliar maravilloso, pero que necesita manos puras para administrarlo sin peligro; el espiritismo que confunde a nuestros muertos y desequilibra a los médiums; las artes mágicas, que violentan a los invisibles, los aprisionan, los deportan o los matan; el hipnotismo brutal; la sugestión, que encadena en vez de liberar, que provoca la rebeldía en lugar de curar.

Sin embargo, los más poderosos magnetizadores no conocen el magnetismo como los más fuertes atletas no conocen las leyes neuromusculares. Hay también enfermedades que resisten a los médicos más sabios. Nadie puede decir con certeza lo que son los espíritus, los genios, los dioses, ni que diferencia hay entre una sugestión y una orden hipnótica, o una concentración mental o una emisión de voluntad. Sin duda, cientos de libros hablan de todo esto, pero ellos no pueden enseñaros la verdad, porque sus autores no están en la Verdad, que está en el Verbo. Tampoco yo. Sé bien que no poseo este conocimiento perfecto, pero tengo la ventaja, junto a vosotros, de saber que no sé nada. Porque nos damos cuenta de nuestra ignorancia, tenemos sólo a Cristo y, de vez en cuando, según las necesidades del momento, según nuestra debilidad, Cristo nos muestra la Verdad sobre tal o cual punto.

No os hablo más que de cosas generales, porque, por prudente que se sea, por bajo que se pueda descender en la conciencia de la propia nada, la tentación del Saber es posible siempre; una caída es posible y la posesión de un secreto entraña siempre una responsabilidad. En tanto que no cumplamos completamente todos los deberes, deberes familiares, sociales, profesionales, que engendra nuestra pequeña ciencia del mundo físico, Dios no nos desvelará ninguno de los misterios invisibles, porque no sabríamos servir sin daño para los otros o para nosotros mismos. Los discípulos a quienes el Verbo revela algún secreto, sólo ayudan y sirven a sus hermanos, sin decirlo, por miedo a que cualquier imprudencia u orgullo se valga de ello.

Se desentierran hoy doctrinas que pretenden conducir al control de estas fuerzas desconocidas. Todas están en el error. Las energías ocultas que estudia el esoterismo no son más que fluidos creados, es decir sumisos a las leyes mecánicas de la relatividad, cuya acción comporta unos límites y la puesta en marcha de condiciones precisas. Lo mismo que toda la Naturaleza, son reflejos invertidos de otras fuerzas, absolutas, reales, incondicionadas. Éstas pertenecen al Reino de Dios, al mundo de la Gloria donde Jesús es el Jefe; ellas son los agentes de Sus milagros; su acción es inasible y perfecta, no están al alcance de

quien vive fuera de Cristo y, por otra parte, entre los que trabajan bajo Su ley, muy pocos se vuelven dignos de recibir alguna. La teología las conoce bajo el nombre de gracias y dones el Espíritu Santo.

Nuestra tierra no tiene nunca más de tres servidores del Cristo lo bastante perfectos para volverse instrumentos de estas fuerzas eternas. Ninguno de ellos sin embargo iguala la perfección humana de Jesús y, por otra parte, la más perfecta criatura permanece para siempre infinitamente distante del esplendor divino de Cristo. El hombre más sabio no hace otra cosa que recitar una lección recibida por su ser inmortal; el taumaturgo más poderoso, si es cristiano, sólo maneja un fuego prestado por el Cielo o, si no es cristiano, un fuego hurtado por violencia o por astucia en las fraguas secretas de la Naturaleza. Sólo Jesús es omnipotente y omnisciente; sólo Él enseña con autoridad, sólo Él ordena con pleno derecho.

Vemos así que la humildad es la primera condición necesaria para curar en nombre de Dios; una humildad constante y plena, una humildad que contiene el perdón de las ofensas, su olvido, y que reduce el amor propio a una medida tan pequeña que los adversarios no encuentran dónde herir; una humildad que engloba todas las obediencias y todos los renunciamientos, que engendra la confianza, la alegría inalterable, la dulce paz, y que difunde a su alrededor los suaves perfumes de las campiñas eternas.

No sabemos hasta que punto todo depende del Padre; los más venerados de Sus servidores, por sorprendentes que nos parezcan sus discursos, no han visto hasta dónde se extiende, hasta dónde desciende esta dependencia universal. El mundo vive de Dios; más apretada todavía que la urdida trama de lo infinitamente pequeño, la trama de la Providencia nos envuelve y penetra por todas partes. Satán incluso, por gigantesco que sea, con su formidables rebeldías sólo llega a ensanchar aquí y allí algunas mallas de la red viva del Amor. En cuánto a las rebeldías humanas, serían risibles si no fueran penosas. No es el sentimiento de nuestra debilidad lo que debería volvernos sabios, sino más bien el de nuestra ingratitud; no son nuestros pobres y pequeños actos los que hieren el corazón paternal de Dios, sino su principio de perversidad.

EL ORIGEN DE LA ENFERMEDAD.

Un grave compromiso tácito se entabla en el momento que el discípulo se presenta ante un enfermo. Está allí en nombre de Cristo, bajo su manto, empleando las fuerzas que Sus sufrimientos han creado, tomando Su lugar, podríamos decir. La inteligencia terrestre del enfermo y los asistentes puede no ver esta formidable sustitución; pero sus espíritus la ven, los ángeles la ven, los invisibles la ven. A cada segundo se arriesga a convertirse en un usurpador. El ministerio del taumaturgo místico es una carga abrumadora; exige una perseverancia sobrehumana, una humildad sin fondo.

Sería necesario recordar algunas cosas antes de proseguir nuestro estudio. La ternura del Padre nos oculta Su grandeza y, en cuanto a Cristo, el deseo que Le consume de salvarnos hace que se vuelva tan parecido a nosotros que olvidamos Su poder y Su increíble belleza. El gesto interior por el cual volvemos nuestro espíritu hacia Dios, nosotros, átomos, de cara al Ser sin medida, es un gesto que, visto verdaderamente tal como es, debería parecernos como el más temerario y sólo deberíamos permitirlo en los temblores del temor sagrado. Pero, a fuerza de oír decir que Dios es bueno, que Su indulgencia es infinita, que Su amor nos permite todo, perdemos el respeto y nuestras relaciones con Él se vuelven de una familiaridad insolente.

Estemos en guardia reavivando de vez en cuando estas nociones elementales indispensables.

Las prerrogativas supremas que Nuestro Señor el Cristo recibió del Padre, Él nos las ofrece perpetuamente. Para recibirlas, nuestro espíritu debe entrar en el palacio guardado por legiones de ángeles; las llaves de este palacio se forjan en las obras más simples del amor fraterno; en las más difíciles también, como abstenerse de murmurar y defender a los ausentes atacados. Pero ésto es solamente visitar de vez en cuando el palacio maravilloso; hay que ser capaz de habitarlo, vivir allí como si allí hubiéramos nacido, tomar sus maneras, su lenguaje y su mentalidad. Aplicad sistemáticamente la indulgencia para los defectos del prójimo y el rigor para vuestros propios defectos; discreción en el lenguaje, impulso espontáneo hacia los más débiles. Éstos son los signos por los que se reconocen a los corazones que viven en la Luz.

Millares de veces deberéis repetir el mismo esfuerzo antes que vuestra lengua rehúse pronunciar una mala palabra, pero enseguida seréis amigos del Cristo y los ciudadanos del Cielo. De todo lo que allí hay, sus frutos, sus fuentes, sus armonías, sus energías, prototipos eternos de las fuerzas naturales que la ciencia positiva y el ocultismo se esfuerzan en captar, podréis disponer. Podréis, en el nombre de Jesús, mandar a la enfermedad, la tempestad, la muerte, los animales salvajes, sin entrenamiento, sin contención, sin fórmulas, sin ritos.

Es la manera de hablar que la Escritura llama “don de lenguas”. El amigo de Dios pronunciará, por ejemplo, el discurso en francés, y los oyentes de cualquier país lo comprenderán; le preguntarán en cualquier idioma, él escuchará la pregunta y el interlocutor comprenderá su respuesta; los animales incluso, las plantas y las piedras pueden conversar con el verdadero discípulo. Por lo demás, todo está en el universo del Espíritu; uno cualquiera de Sus innumerables poderes -pues sólo hay siete- procura a quien lo recibe el favor de toda la suma de Luz que su ser puede contener. Pero éste es otro tema.

Para curar místicamente, es decir totalmente, toda la sucesión de órganos afectados, desde el centro espiritual hasta el cuerpo material, desde el origen ancestral de la enfermedad hasta sus últimas consecuencias en la descendencia, es necesario vivir una doble vida. Hay que ver, oír, pensar, actuar sobre la tierra; hay que ver igualmente los ángeles y los espíritus inmortales, hablarles, trabajar con ellos, contemplar los paisajes celestes, escoger los objetos divinos.

Tal es la existencia del hombre libre.

Antes de llegar allí sólo podemos aliviar a los enfermos, ayudar a los desdichados y rezar por unos y otros; no podemos más que esto, pero estas pequeñas cosas constituyen el más riguroso de los deberes. Y, cuando el cumplimiento de estas obligaciones capitales nos ocasione gastos, fatigas, desengaños, regocijémonos, pues estas penas, sufridas por amor, disminuirán la deuda de nuestros hermanos. Por amargas que sean nuestras decepciones, algunas pueden parecer injustificadas a nuestra corta vista, guardemos una humilde y robusta confianza. Todavía bastante alejados de la función sublime del “soldado” que sufre en holocausto, vegetamos en la prisión por deudas; así, ningún sufrimiento puede tocarnos que no sea justo y soportable. El injusto, el insoportable, son fantasmas nacidos de nuestro orgullo o de nuestra flaqueza.

Nuestras pruebas no exceden nunca nuestras fuerzas. Muchas veces, sin que los demos cuenta, Dios por la intermediación de uno de Sus servidores, proroga el vencimiento de estas deudas, nos evita una enfermedad, un accidente, un disgusto. Por el poco bien que llegamos a hacer, a menudo nuestro Padre bueno coge el pretexto para desviar de nuestro camino la trayectoria fatal de un sufrimiento engendrado antes por una de nuestras faltas y, a causa de nuestro esfuerzo hacia lo mejor, la misericordia divina pone a pesar de todo en nuestro crédito, esta deuda impagada.

¿Qué concluir de todo esto? Que una curación es siempre un insigne favor. Los procedimientos ilícitos, como la magia o la voluntad, no curan, sólo suspenden, por un tiempo, los efectos físicos de la enfermedad; es como un ladrón que deja de robar cuando está preso. La medicina ordinaria cura el cuerpo, pero, como no alcanza lo espiritual, si el enfermo liberado no obtiene del Cielo el borrar su falta por un arrepentimiento perfecto y una vida mejor, el mal puede reaparecer más tarde con gran violencia. Si la curación llega por la oración, el paciente queda limpio, a menos que no recaiga en el mismo pecado que engendró su mal. El enfermo debe comprender que, en todo caso, el no recobra la salud hasta que alguien cargue con su deuda. En efecto, nada de lo que ha vivido, muere. La enfermedad, cuando abandona a una de sus víctimas, no muere. Pero, la resignación de los enfermos, su coraje para curarse, el arrepentimiento de sus posibles faltas, su confianza en Dios, sus oraciones suavizan progresivamente el rigor del virus mórbido y un discípulo puro, un soldado de Cristo puede incluso, por su holocausto voluntario, cambiar este veneno en bálsamo y este infierno en paraíso. Los procedimientos humanos ocultan, encadenan o atenúan la enfermedad; sólo el procedimiento místico la transforma y regenera.

Sin embargo, nadie, y el soldado de Cristo no más que el simple creyente, tiene el derecho de tomar voluntariamente el mal de otro, porque nadie es el maestro de su cuerpo. Los procedimientos de sustitución, de transplante sobre un árbol o un animal, de encadenamiento mágico, son prohibidos por la ley del Cielo; son crímenes y se puede decir de ellos con justicia: el remedio es peor que la enfermedad. El hombre libre que cura a un enfermo, paga en su lugar, pero por una transposición de méritos, por una transferencia espiritual y, cuando un

médico cura a un enfermo por los procedimientos de la terapéutica natural, se produce también un desplazamiento de deuda, aunque completamente distinto al primero; el remedio da un sobresalto de energía al organismo y el esfuerzo de éste para defenderse le vale una ayuda gratuita de la misericordia divina, pero es sólo el cuerpo, en este caso, el que es socorrido; la mancha espiritual permanece, pues sólo un hombre libre puede levantarla y, borrándola, curar completamente. No es operativo aún conocer el mecanismo detallado de estos fenómenos. Roguemos más bien, todos, que seamos nosotros los enfermos, o los médicos o sencillos servidores del Cristo.

Un día, poseeremos el Espíritu Santo; quiero decir que el Espíritu Santo nos poseerá y Él cumplirá, por nuestra intermediación, todo lo que los hombres intentan con su cerebro, su magnetismo o su voluntad. Ningún ser se resiste a las órdenes del Espíritu, ni la piedra del camino ni los soles de la vía láctea, cualesquiera que sean las circunstancias del momento. Las curaciones del Cristo, innumerables e instantáneas, llevan todas el sello del Espíritu. No olvidemos que este poder soberano ejercido por los hombres libres comporta la dolorosa contrapartida que acabo de señalaros: el martirio interior y perpetuo del Amor. El Espíritu es Amor y se posa únicamente en los corazones donde sólo vive el Amor. Pero no seamos temerarios; no intentemos imitar estas existencias excepcionales, contentémonos con aliviar a nuestros hermanos por los pequeños medios que estén en nuestro poder. No ahorrar nunca uno sólo de estos modestos esfuerzos es una tarea bastante difícil.

LAS ENFERMEDADES.

Las enfermedades son los resultados dolorosos de misterios indescifrables. Aquellos que pueden penetrar en las causas primitivas, las causas espirituales, son también aquellos que son incapaces de impacientarse ante las exigencias de un enfermo, aunque parezcan injustificadas, o de condenar a su prójimo, incluso si parece responsable de sus desgracias. Si se nos desvelaran estas causas, a nosotros, que somos vanos, agresivos, felices de nuestras comodidades, tendríamos el pretexto para deshacernos de los que sufren; nos mostraríamos tan duros, tan despiadados hacia estos pobres seres molestos que caerían sobre nosotros los más crueles destinos; los mismos obstáculos, los mismos enemigos que han hecho caer a nuestros hermanos nos harían caer, más rápido aún y más bajo, a causa de nuestro orgullo; el número de enfermedades aumentaría y nacerían enfermedades nuevas, como en épocas de juicios. La ignorancia en la que el Cielo nos mantiene es buena y prudente.

Así, cuando veo caer a un pobre hombre en la acera víctima de una crisis, pienso para mí: “Peor para él, no debería beber más”, al momento cambio la dirección de mi destino y mi ser se encamina hacia un cúmulo de circunstancias que, en un futuro más o menos próximo, se encontrará aquejado de las mismas

flaquezas y penas que han hecho de este hombre un alcohólico. ¿Resistiré mejor que él? Es probable que no, porque tendré demasiada confianza en mis fuerzas. Si, ante el mismo espectáculo, me abstengo de consentir el desprecio que sube de mi mal corazón, por temor a sufrir más tarde una tentación parecida, no soy caritativo sino hábil egoísta; el Destino me pondrá sin duda, en el desconcierto de un día cualquiera, en las mismas, con otros egoísmos calculadores.

Pero si percibo en esta forma caída en el suelo, entre los deshechos, sólo un cuerpo destrozado por el sufrimiento, un espíritu agotado por el dolor, si me esfuerzo por calmarlos, por reconfortarlos, quizás, porque no he querido ver las Tinieblas donde gime este hermano desgraciado, Dios despertará la Luz dormida en el fondo de su corazón y esta enfermedad será curada. Para obtener tales milagros, sólo hace falta el amor, fraternal y activo, libre de cálculo, de indecisiones, de remordimientos.

¿Cómo hacer para no juzgar? Todo el mundo sabe que tal enfermedad tiene tal vicio por origen; sin duda, no hace falta decirse: “Yo, no caí en esa trampa y no caeré”. Hay que decirse por el contrario que uno es muy capaz de caer. Pues, en suma, todos los miembros de la gran familia humana llevan en ellos las simientes de todos los males y todos los bienes y son siempre los más altos ante Dios los que se creen más pequeños. Nadie puede condenar a nadie, más aún cuando del mal la Providencia hace salir un bien.

La sed de conocer nos consume; para saciarla, nos lanzamos a la aventura en lugar de esperar que Dios nos enseñe algo, si nos ve preparados. Os he puesto hace un momento ejemplos de situaciones difíciles a las que nos arrojan nuestras impaciencias. Sin embargo, nuestros esfuerzos para liberarnos, por torpes que sean, desarrollan nuestras fuerzas y nos hacen avanzar, a pesar de que nos extraviarnos a menudo. La tierna solicitud divina utiliza nuestros errores en nuestro progreso.

Discípulos dóciles de Jesús, os limitaréis pues sólo a la oración para obtener la curación de los enfermos, al mismo tiempo que vuestra caridad los aliviará. La observancia de las máximas evangélicas constituye el único método, el único entrenamiento que nuestro Maestro nos propone para renovar Sus milagros. Cuando Él devuelve la salud a unos, les dice: “Tu fe te ha salvado”, a otros: “Tus pecados te son perdonados”; pero nosotros no tenemos el derecho de exigir la fe o de buscar los pecados de aquellos a quienes nos dirigimos; sólo podemos pedir por ellos, con ellos, o en su lugar, que la Misericordia los salve, apoyando nuestra petición con un sacrificio cualquiera, con un ayuno espiritual. No hay que olvidar que algunos sufren por motivos distintos a su expiación personal. Sin embargo, se presentan algunos casos tan extraños que algunas nociones pueden ser útiles para conservar intacta vuestra confianza en la bondad y la justicia divinas y vuestra certeza de que el Padre lo ve todo, que nada ocurre sin Su permiso.

Hay, en el ser humano, dos fuegos espirituales cuyas llamas arden en dos direcciones opuestas, porque son de naturaleza contraria. Uno es la vida natural, el yo, el egoísmo, el cuerpo y sus instintos; el otro es la vida

sobrenatural, el amor puro, el espíritu y sus aspiraciones. Lo que uno busca, el otro lo rechaza; el bien de uno, hace el dolor del otro. Ahora bien, una de las metas de la existencia es reunir estas llamas divergentes, hacer descender el espíritu en el cuerpo, subir la vida corporal hasta la vida espiritual, reunir las, unir las, hacerlas vivir en armonía.

Nuestro yo, nuestro libre arbitrio, aún en pañales, duda entre estas tiranteces y discierne mal cual de ellos, el cuerpo o el espíritu, exhala los gemidos que le confunden. Como el cuerpo está más cerca, tendemos a pensar que será él y difícilmente nos volveremos a las voces del espíritu, poniendo en marcha todos los recursos de la Naturaleza para aliviarlo, buscando incluso en las regiones prohibidas métodos curativos más poderosos. La oración y la purificación moral podrán por sí solas evitar este doble error: la rebelión contra el sufrimiento y el empleo de medios ilícitos, prohibidos por peligrosos.

He aquí cuál es el origen de esta batalla constante cuyo escenario es nuestra persona. Antes del nacimiento, nuestro yo, que ya existe, es informado por algunos ángeles de los trabajos que deberá cumplir durante la existencia terrestre que va a serle dada. En algunos casos muy raros, puede escoger entre diversos trabajos, pero esta elección sólo se le ofrece si la Luz en él es bastante fuerte para darle el coraje de tomar el camino más penoso, donde se purificará más. En la inmensa mayoría de nacimientos, por el contrario, la elección no es propuesta; el sujeto sólo ve las tareas que le esperan, pero, en ese momento, se encuentra en la Luz que sus guías llevan; ve las cosas desde el punto de vista del Cielo, se juzga capaz y, en general, acepta las fatigas que se le muestran. Cuando un incurable gime y se rebela en su lecho de dolor, es el cuerpo quien se resiste; puede ser que el espíritu luminoso de este mártir se regocije por el contrario en la exaltación del sacrificio aceptado; el ser extendido ante vosotros ignora este drama profundo; a la inversa, los espíritus de los dichosos, de los fuertes que se aprovechan de la vida y triunfan, se lamentan y sufren en estas tinieblas mortales que son las alegrías de este mundo.

En consecuencia, no juzguemos nunca; no queramos que nuestros enfermos curen, cueste lo que cueste; que nuestras oraciones, al principio humildes, no se conviertan en órdenes voluntarias a la enfermedad; es una pendiente donde es fácil resbalar.

LAS FALSAS CURACIONES.

¿Hay procedimientos de lucha contra el sufrimiento que el Cielo no quiere que empleemos? ¿Exige el Cielo que suframos? Responderé sí a la primera cuestión y no a la segunda. El Padre, el Cristo, la Virgen, todos los habitantes del Cielo sufren al vernos sufrir, sufren de ver sufrir a la más pequeña de las criaturas. Nos dan los medios para que no suframos, medios eficaces y sin riesgos y, si algunos remedios inmateriales nos son prohibidos es porque nos traerían, después de un alivio temporal, un mal más grave e irreductible.

Los modos de vida, como sabéis, son muy numerosos en el universo. Tenemos consciencia de algunos solamente: el físico, el mental, el afectivo, y aún hay otros físicos, otros intelectuales y otros modos de amar que los que conocemos. Sin embargo, la consciencia que el hombre posee de uno de estos modos de la vida general es el signo que se le permite usar. Es un jardín donde entra en un momento preciso de su evolución; él debe cultivarlo, tiene el derecho de servirse de las plantas, de los frutos, de las flores cuyo crecimiento ha cuidado. Pero no tiene derecho de introducirse por astucia o por fuerza en otro jardín para recoger los frutos, ya que pueden resultarle perjudiciales y los guardias golpean a los ladrones.

Así, emplear para curar el cuerpo todo lo que los tres reinos, mineral, vegetal y animal nos ofrecen, es nuestro derecho, es nuestro deber. Pero tomar el espíritu de una planta o de un animal para un trasplante a la manera de Paracelso, unir una enfermedad a una piedra o a un árbol, como hacen los hechiceros; cortar una enfermedad por medio de los espíritus elementales, como enseñan los magos; ordenar a una enfermedad en nuestro propio nombre, como se permiten los sugestionadores, son prácticas reprobadas por el Cielo: proyectan un mal sobre un ser inocente del mismo, atentan contra la libertad de una criatura, desordenan lo que la Providencia ha organizado. Estas prácticas hacen del hombre un dios orgulloso, cuando debe ser humilde y servidor de todos; al final, ellos curan sólo por un tiempo; como en la parábola evangélica, el mal atajado vuelve con otros siete compañeros y el estado del paciente empeora.

¡Dichoso el sanador temerario que paga su imprudencia enseguida, en esta vida y no en la otra!

Pero los métodos permitidos, la medicina ordinaria, el magnetismo, la intercesión de los santos, no curan del todo; hacen desaparecer el mal físico por un período más o menos largo, pero no llegan a su causa espiritual. No moraliza el ladrón o el borracho aprisionado; tan pronto como la celda se abra o la botella se haga accesible, ambos volverán a lo suyo. El castigo apenas cambia los corazones. Igualmente el tratamiento médico no toca más que el cuerpo; el tratamiento magnético sólo toca la envoltura magnética; el santo invocado no puede cambiar un alma, pues el fiel no dice: “Gran Santo, pedid a Dios que me cure”, sino: “Gran Santo, cúrame”.

La causa más frecuente de la mayoría de las enfermedades es el pecado; el corazón espiritual ha sido envenenado, su corrupción cada vez avanza más en los diversos cuerpos sutiles del hombre, alcanzando el cuerpo físico. Para que la curación definitiva tenga lugar, es necesario, o bien que el enfermo sufra la prueba hasta el límite, sin quejarse, con arrepentimiento, con alegría, o bien que un enviado de Dios descubra la falta original y lave el espíritu del enfermo como hacía el Cristo; también que una oración se diga, por el enfermo o por algún otro, lo bastante humilde para alcanzar la Misericordia divina y entonces Dios mismo cura, enviando un ángel.

Lancemos un vistazo, si os parece, sobre esta última hipótesis, pues nos interesa para nuestras visitas a los enfermos.

Para curar, para cambiar la fuerza enfermiza en fuerza sanadora, es necesaria una mirada que perfore hasta el fondo los corazones, unas manos puras, dignas de vertir sobre las manchas de la conciencia el agua de las fuentes eternas.

Únicamente el amor al prójimo procura este privilegio; o más bien no, no lo conquista para nosotros, nos hace solamente capaces de recibirlo; y todavía es necesario que sea un amor liberado de todo egoísmo, que nuestras caridades sean verdaderamente caridades, es decir gracias gratuitas. Por ejemplo, un desdichado al que, movido por un sentimiento espontáneo de compasión, le doy ayuda útil. Es posible que mi gesto sólo sea el pago de una deuda espiritual en otro tiempo contraída por mí hacia este pobre; a los ojos del Juez justo, mi caridad entonces no es más que un acto de justicia, un ajuste de cuentas, y no puede operar sobre el espíritu de este desdichado en la remisión de sus pecados. Mientras que, si soy libre frente a este hombre, si mi destino no debe nada a su destino, mi caridad hacia él es gratuita, mucho mejor entonces si él es mi deudor; en este caso, el sacrificio que hago le da poder a mi oración y el Cielo puede concederme la curación real de sus sufrimientos.

Esta gratuidad se observa muy raramente y casi siempre en el caso de un soldado del Cielo que ha vuelto aquí para cumplir una misión. Agrandad este ejemplo hasta el infinito y veréis al Cristo que enseñaba con autoridad y que ordenaba a los peores demonios sin elevar la voz.

EL DEMONIO Y LA ENFERMEDAD.

Los evangelistas hablan a menudo de curación de poseídos y la crítica moderna pretende que los enfermos curados por Cristo sólo eran en general personas neuróticas, sugestionables o histéricas. Ésto es un punto de vista muy parcial.

En Oriente, aún hoy, reina la creencia en los espíritus malvados, perseguidores del hombre, y en los genios, animadores de todos los seres y los fenómenos físicos. La Iglesia ha empleado todos los recursos de la doctrina y la disciplina para extirpar esta opinión; así, se muestra como una madre prudente, ya que cualquier teoría abre la puerta a los sueños más extravagantes y a las prácticas más supersticiosas. Sin embargo, sus teólogos afirman la existencia de seres invisibles; demonios, espíritus mixtos, ángeles y su participación constante en los movimientos del mundo visible. Esta creencia está conforme con la realidad.

Si nos comportamos sabiamente, si el conocimiento de las maravillas ocultas de la Naturaleza tiene como único efecto precipitarnos en la adoración ante su Autor supremo, si la pequeña parte en la que ejercitamos nuestra influencia no hace más que acrecentar nuestra gratitud y nuestra humildad, si las prerrogativas que el Cielo confiere a nuestro estado de seres humanos las usamos para nuestros semejantes, entonces, sí, entonces esta Naturaleza misteriosa no tendría secretos para nosotros y nos ofrecería sus tesoros sin condiciones.

Pero no somos sabios y de ahí que nuestra impotencia para tratar con las fuerzas ocultas sea una salvaguarda de nuestra imprudencia. Por otra parte, no tenemos necesidad de estas fuerzas; si nos empleamos con todo nuestro corazón en servir a Dios y al prójimo, recibimos las fuerzas del Cielo, infinitamente más preciosas y más activas.

¿Por qué, escrutando la naturaleza de los demonios, de los genios, de los espíritus, nos lanzamos a investigaciones peligrosas e inciertas, en lugar de estudiar a fondo lo que se encuentra a nuestro alcance, es decir el mal que vive en nosotros mismos? Nuestros hijos no comienzan sus clases por la retórica. Aprendamos primero a conocer nuestro deber inmediato y a mejorar el instrumento de este deber, es decir, a nosotros mismos. Analicemos el mal que escondemos. Cuando estemos frente a nosotros mismos, cuando hayamos puesto a plena Luz todas nuestras Tinieblas, otros campos se abrirán a nuestras investigaciones.

En los Evangelios se ve a los malos espíritus reconocer la luz soberana de Jesús. Entre los seres, antes del conocimiento racional y sucesivo, se produce siempre un conocimiento intuitivo e inmediato, pero cuya noción queda más o menos oscura a causa del espesor corporal que cubre nuestro organismo espiritual. La filosofía contemporánea se esfuerza por poner al día los engranajes del inconsciente; descubre poco a poco que el cerebro no es indispensable para el pensamiento o que el conocimiento puede producirse por métodos diferentes a la percepción sensible o la abstracción intelectual. En efecto, olvidamos rápidamente que los aparatos del telégrafo no son fluido eléctrico; los nervios, el encéfalo, son aparatos que la vida pone en marcha; el cerebro es el aparato mental preparado por la tierra y para nuestra forma actual de inteligencia; pero esta inteligencia es, en sí, uno de los atributos de la vida y las criaturas, por el hecho mismo de vivir, pueden siempre comprenderse con una facilidad proporcional al desprendimiento de la forma corporal de la que están revestidas. La persona terrestre de Cristo velaba el esplendor de Su persona espiritual; los espectadores de Sus obras no comprendían lo sublime más que en la medida en que ellos vivían en la Luz; pero los espíritus, buenos o malos, perciben mejor este esplendor invisible, radiante sobre su reino, mientras que el esplendor absoluto, la calidad de Hijo de Dios, lo veían menos directamente que los discípulos, en cuyo corazón chispeaba ya el destello de la Eternidad, partícula del Verbo redentor. También los demonios saben que tienen asuntos con el Santo de Dios, pero ignoran en su mayor parte que es esencialmente este Santo. ¿Por qué Dios ha creado estos espíritus malvados, por qué el mal, por qué el sufrimiento y, en definitiva, por qué la creación? La inteligencia humana no puede dar aquí ninguna respuesta satisfactoria, porque no puede ver la otra cara de estos problemas. Nadie puede ser al mismo tiempo el generalísimo y el soldado raso. Hay así, en el orden religioso, muchos enigmas insolubles, porque están situados más allá de la consciencia psicológica; y si, ante ellos, detenemos nuestras investigaciones por un acto de fe y de humildad, este acto descubrirá un día en nosotros una intuición, un contacto con la lejana e inexplicable

realidad, y comprenderemos; la vida en nosotros hablará con la vida fuera de nosotros.

Deberíamos escuchar mejor los murmullos, los temblores que provoca en nuestros corazones la cercanía de las criaturas; las sensaciones de simpatía o antipatía, de pavor o de confianza; por simples que nos parezcan pueden indicar si el ser que las provoca pertenece a la Luz o a las Tinieblas. El encuentro con un santo es más provechoso que la lectura de sus libros, porque los libros sólo son una refracción de su vida; él daría fuerza al bien que hay en nosotros y mejoraría el mal que también tenemos. Nuestra perfección es importante porque arrastra a la perfección del bien a otros seres que viven unidos a nosotros. Nosotros ocupamos en el mundo espiritual un lugar central; somos los pivotes; llevamos con nosotros, a derecha e izquierda, a lo alto y lo bajo, una multitud de criaturas subalternas; es por nosotros que los demonios pueden volverse benéficos; es por nosotros que los haces de luz de los ángeles pueden tocar los objetos corporales.

Atribuyendo las enfermedades a la acción de malos espíritus, los antiguos no se equivocaban del todo. El pecado, causa primera del desorden patológico, une a nuestro espíritu un agente del mal que se vuelve causa segunda, y la acción de este agente sobre nuestro organismo fluídico lleva a las alteraciones funcionales que la medicina conoce. Se trate de un desorden psíquico u orgánico, Jesús, para curar, expulsa siempre al genio propio de este problema. Ahora bien, este genio atacó al enfermo sólo porque la Justicia inmanente le dio derecho, si el taumaturgo le quita su presa, le deberá una compensación; el enfermo debe ser purificado de su mal espiritual y el genio ser provisto de nuevos medios de vida. Para curar de verdad, se debe por tanto poder actuar de acuerdo con el plan central del invisible donde están los tipos esenciales de las cosas y las criaturas, bajo la vigilancia inmediata del Verbo.

CONDICIONES DE LA CURACIÓN MÍSTICA.

Los escribas judíos, conforme a la Doctrina, reconocían que Dios curaba perdonando los pecados. Negar este axioma habría sido herejía. Pero les faltó coraje para seguir la lógica de este dogma, o sea, que un hombre que para curar perdonaba los pecados, debía ser Hijo de Dios y Dios mismo, porque si no atraería irresistiblemente sobre sí las iras del Espíritu. Los escribas no querían de ninguna manera que Jesús fuera este Hijo; su idolatría de los textos, sus prejuicios de casta empañaban la Luz en ellos. Ciertamente, instruirse es un deber, pero la inteligencia, instrumento admirable, puede volverse peligrosa si no se le mantiene en su lugar. El saber adquirido por el estudio o por la observación no es más que una escuela apartada del conocimiento vivo, un aprender a encaminarse hacia un mundo de presencias actuales cuyos jardines no tienen barreras ni sus habitantes secretos. La Ley nos ordena cultivar todas

nuestras energías, las del cuerpo, las del alma, las del mental, con los mismos calurosos cuidados; pues, por escasas, débiles o torpes que nos parezcan ahora, son los gérmenes de futuros poderes cuya amplitud y vigor nos sorprenderían si pudiéramos imaginarlas ahora. Y, para permanecer en el horizonte actual, lo mismo que el bosque exuberante sale de algunos miserables hayucos perdidos antes en el barro, lo mismo que el esplendor de los grandes cerebros que conducen a la humanidad sólo son las semillas rudimentarias de ricos organismos, de fuegos chispeantes con los cuales, más tarde, se formará nuestro aparato cerebral.

Jesús, Verbo encarnado, estaba en posesión del poder intelectual más activo, del cual el hombre perfecto pueda soportar su fuerza y penetración. Igual que el simple soldado no esclarece en las órdenes del general más que dos o tres de cien de los motivos que las han inspirado, nuestro cerebro no vislumbra, en sus investigaciones más profundas, más que la milésima parte de las perspectivas que consideran, en un solo momento de atención, el intelecto de Jesús. No podemos llegar a comprenderLe; las inteligencias más altas, cuando se aplican al estudio del Evangelio, no hacen más que empequeñecer sus perspectivas o amputar sus repercusiones. Los actos de Cristo nos parecen inconexos, ilógicos, contradictorios y, si en el relato evangélico, los exégetas descubren un orden cualquiera, arbitrario de hecho, es por el efecto simplificador de su racionalismo, es porque ignoran o niegan la existencia de los innumerables hilos invisibles por los que los seres son enlazados en todos los sentidos del espacio, en todas las formas del tiempo.

Jesús, mirando una criatura, un hombre, un animal, un árbol, una colina, una casa, un aspecto, percibía de un vistazo la ascendencia anterior, las relaciones actuales, la descendencia posterior de esta criatura. Había pues una enorme probabilidad de que Él no tratase a estos seres como nosotros hubiéramos hecho. Así Él llama a las multitudes, va hacia ellas; después las esquivo, les ordena no hablar de Él, Se oculta en las montañas; atrae la atención de sus enemigos más poderosos, después desaparece como asustado; pacífico, habla de guerra, de incendio y hace gestos violentos; siendo todopoderoso, tiembla; siendo dulce, interpela con términos virulentos ¿Cómo entender estas contradicciones?. Primero es necesario decirse que no son contradicciones y recordar que los seres divinos viven a la inversa de los razonables humanos, pues toda la Naturaleza es la imagen invertida del Reino eterno. Los hombres de élite creen su deber situarse en primera fila y colocarse ante las miradas de los demás subidos a un pedestal, bien porque tienen una opinión excelente de sí mismos, bien porque piensan que así son más útiles a la masa. Los servidores del Cielo, por el contrario, se ocultan; buscan la oscuridad, cualquier oscuridad donde la ignorancia, el odio o la ingratitud les sitúen, ya que es en las Tinieblas exteriores donde la Luz interior resplandece con más fuerza. Y, sin embargo, es necesario también que la Luz se afirme ante las vanas magnificencias del poder político, de la riqueza social, del saber racional, con el fin que los falsos dioses, el día del Juicio, no puedan decir que no han visto nunca la Verdad.

Ya que las vías del Espíritu son inasibles, nuestra actitud debe ser humilde, no solamente ante ellas, sino ante todo, pues no podemos aún discernir sin examen, entre todo lo que viene a nosotros, si pertenece al Espíritu de Dios o al Espíritu de este mundo. Establezcamos la humildad en toda nuestra persona. Humildad en nuestro corazón por el arrepentimiento, el arrepentimiento vivido con la reparación del daño que hemos causado a nuestro hermano. Si he robado, antes de curarme, antes que el Cielo quiera curarme, antes que Él pueda curarme, debo restituir el capital y los intereses; ninguna casuística suavizará esta necesidad. Humildad en nuestro corazón por la conciencia de todo el mal que hemos hecho, por todo el bien omitido: “¡Jamás he hecho mal a nadie!”, grita el enfermo impaciente; por desgracia, palabras funestas que instantáneamente detiene la Misericordia y corta la ayuda divina. Humildad en nuestras opiniones; a menudo los enfermos se quejan de la indiferencia de sus médicos, de su ignorancia, acusándolos de codicia, de dureza. Sin embargo, escogemos al médico sólo en apariencia; tenemos el médico que merecemos tener, al juzgarlo nos oponemos a la inspiración del Cielo; rehusar las oraciones que nos ofrecen es también impedir la acción del Cielo. Humildad en nuestro amor propio, por el perdón, por el olvido de las ofensas. Un enfermo que pide al Cielo la curación y, al mismo tiempo, no para en sus disputas, no arroja al fuego sus opiniones sobre sus desafortunados deudores, quizás podrá ser aliviado por el médico, pero no será salvado por el Cielo, ni él ni los que ama. Humildad en nuestro tormento físico, porque nuestra enfermedad, por repugnante que sea, es siempre la que hemos merecido y que purificará mejor nuestro corazón. Por otra parte, no es sin motivo que la Iglesia pide con nosotros al Señor: “Presérvanos de la muerte repentina”. Las enfermedades lentas son bellas enfermedades: nos empequeñecemos, hay tiempo de arrepentirse y orar; el remordimiento es el efecto cicatrizante de la Luz en nuestras úlceras invisibles; no hace falta apartar este hierro al rojo, por el contrario debemos aceptarlo, llamarlo, sufrirlo con alegría; así evitamos desgracias más allá de la muerte. Humildad en la búsqueda de los remedios y en la impaciencia de una larga enfermedad, el dinero que se da al farmacéutico, al médico, al cirujano, es la fuerza y la vida que circulan y arrastran poco a poco nuestros males; vivir empobrecido es siempre preferible a morir rico. En este caso, se dirá, ¿por qué tantos pobres mueren miserablemente después de largos martirios? Por muchas razones, os respondería, y sé algunas, pero no me atrevo a darlas a conocer; no sabríamos impedirnos hacer juicios sobre cada enfermo y atraeríamos responsabilidades abrumadoras. La ley que preside el origen de las enfermedades es de las más simples; por fortuna la ignoramos, ya que condenaríamos a nuestros hermanos. Sin embargo, otras leyes, como el impacto de vuelta o las reacciones espirituales, se ejercen inexorablemente. Así, si a un enfermo torturado por el cáncer, que quiere que se le cambien las vendas varias veces al día, le muestro mi irritación, o se lo digo, rechazando sus exigencias antes de escucharlas, ésto bastaría para situarme en el camino del cáncer, con el fin que yo experimente la incansable resignación que necesita un canceroso para no excederse con su

entorno. Humildad, al fin, hasta en el cuerpo y en el espíritu vital de nuestros órganos. Para que la curación médica pueda tener lugar, hace falta que el órgano enfermo desee el remedio; es necesario, sobre todo, para que la curación real y definitiva sea posible, que el órgano enfermo, recibiendo la Gracia y la Luz, se arrepiente, se resigne y llegue a olvidar su mal, como nuestro corazón olvida las penas a fuerza de confianza.

De este modo, la posibilidad de nuestra salud corporal, reside en nuestro corazón; es necesario que este corazón sea tallado, martilleado, forjado hasta volverse el tabernáculo de la Luz. Los sufrimientos de todo tipo son los duros obreros de este trabajo, y no podemos escaparnos, por astutamente que actuemos. Rechazándolos, sólo hacemos el trabajo más penoso; es mejor someterse enseguida y de buena voluntad. Además, el Cielo tiene necesidad de nuestra buena voluntad; raramente vemos a Jesús cambiar un corazón perverso; es así porque nuestra orientación mística, para ser viable, debe proceder de una decisión libre; el hombre no hace nada, en este dominio, más que por su propia voluntad; Dios nos espera, no nos toma a pesar nuestro.

Queriendo el Cielo, para ser curados sólo necesitamos un cambio de méritos, gracias al cual el cese de nuestra prueba puede ser compensado: abnegación, abstención de murmurar, recuerdo vivo de Jesús que, antaño, curó sin duda a gentes con el mismo mal, aceptación de un nuevo trabajo, equivalente al que la enfermedad nos procuró: adopción de niños, perdón de deudas, cese de pleitos, buenas obras, mediar para ayudar a otros. Así, nuestro espíritu será retirado del camino de la enfermedad y situado en el de los ángeles sanadores. Puede ocurrir que alguna criatura cargue con nuestro fardo: alguien de nuestro entorno, un soldado del Cielo, alguien lejos que no conocemos, incluso un animal, quizás nuestro perro. ¡Todo es posible, ignoramos tantas cosas!

Los procedimientos humanos alejan, debilitan, alivian la enfermedad, pero no curan para siempre; pues, después de la muerte incluso, la enfermedad puede continuar. Los medicamentos, para actuar bien, deberían ser siempre preparados con el socorro de la oración y tomando ciertas precauciones. Los remedios que provienen del reino mineral son mejores, preparados en un laboratorio subterráneo donde se está seguro que no recibirán los rayos del sol o de la luna. Los provenientes del vegetal o del animal deberían ser recogidos antes de la salida del sol y orando. En cuanto a la cirugía, ciertamente impide la muerte, pero no cura, pues sólo es una acción fisiológica. Sin embargo, si el enfermo sufre la operación con paciencia y coraje perfectos, puede que el Cielo Se contente con esta resignación para borrar su pecado; pero el arte quirúrgico no interviene para nada en este resultado místico. Señalemos de paso que se debería siempre recordar que todo está vivo; el órgano amputado continúa vivo, aunque sea una vida disminuida; continúa estando unido al cuerpo del cual formaba parte y esta unión subsiste hasta la consumación de los siglos. Este cuerpo permitirá, el día del Juicio, la resurrección de la carne. Se deberían enterrar cuidadosamente los órganos amputados, ponerlos al abrigo del sol y preservarlos de cualquier alcance. En cuanto al hipnotismo que ordena, el Cielo

no autoriza nunca su empleo. Permite el magnetismo cuando es precedido de la oración y se practica con unas manos totalmente puras. Esta última condición se vuelve a veces muy difícil de cumplir, pues nadie, hombres y mujeres, está a salvo, por digna y leal que haya sido su existencia, de sufrir tentaciones. Cristo dijo que la idea más fugaz, aunque nos detengamos, equivale al hecho; habituémonos pues a la mayor limpieza en nuestras relaciones mutuas. Tomando estas precauciones, el magnetismo se vuelve el auxiliar más maravilloso; permite por ejemplo, operar a distancia, incluso sobre enfermos desconocidos. Sin embargo, no daría más explicaciones, el orgullo es muy curioso de los misterios; no hay que darle cuerda, pues los corrompería.

Al fin, como hemos visto, el método más alto para curar es la simple oración. Es suficiente decir a Dios el nombre del enfermo, añadiendo: “Curadle, si es vuestra voluntad”. Inútil tensar el espíritu, buscar reconocer el mal o ver al enfermo ausente, sentir el paso de fuerzas curativas; no debemos intentar nada de esto, lo experimentaremos si Dios quiere. Por el contrario, en lo que debemos poner todo nuestro cuidado, nuestra energía, nuestro ardor es en vivir según el Evangelio. En la oración no es tanto su intensidad lo que importa, sino su preparación. Si consagro un cuarto de hora al día en decir los nombres de los enfermos, primero es necesario que consagre las veintitrés horas y tres cuartos que quedan en vivir de acuerdo con el Cielo, como discípulo perfecto; entonces mi espíritu estará más cerca de Jesús y me bastará exponerle mis deseos sencillamente, buenamente, sin necesidad de estados extraordinarios.

Tales peticiones son transmitidas inmediatamente, a través de los ángeles, de jerarquía en jerarquía; es muy raro que el Verbo las oiga directamente; sin embargo, es a Él únicamente o a la Virgen a Quién nos dirigiremos, y nunca a Sus ángeles, ni a Sus santos; es solamente por los méritos de la Madre única y del Hijo único que habemos de interceder cerca del Padre. Comprendéis ahora, espero, que, para curar en nombre de Dios, esperando que nuestros ojos puedan leer en la frente del enfermo y en su corazón el origen de su mal desde, al menos, su nacimiento y que nuestra boca pueda decirle: “Ve, tus pecados te son perdonados”, no es poder, ni inteligencia lo que necesitamos, sino devoción, humildad, prudencia. Ante quién no es nada, el mal tiembla y se va. Estas palabras están inscritas en la Luz. La regla es que el hombre emplee todas las ayudas legítimas que el arte y la naturaleza pueden ofrecerle, pues es necesario que la medicina alcance su perfección relativa y también que el hombre sólo se ponga en manos de Dios, porque la medicina deberá desaparecer un día ante los milagros inmediatos del Espíritu.

¿Por qué vivir en la inquietud? Somos los hijos de un Padre justo y bueno. Cuando el sufrimiento viene, esto indica que el Padre nos quiere bien, pues únicamente el sufrimiento espiritualiza y es en las grandes adversidades cuando llegan los socorros milagrosos; solamente, no les cortemos la ruta con nuestra pusilanimidad.

LA HUMILDAD.

Debemos considerar algunas cuestiones de higiene colectiva como las vacunaciones; hay que conformarse con las leyes civiles o militares, reconociendo que, si tal es nuestro destino, ningún suero nos preservará de la tifoidea o la viruela y que, si Dios quiere, podremos atravesar sin riesgo las epidemias y contagios, incluso sin haber recibido ninguna vacuna. Bien entendido, permanezcamos humildes; no negociemos con Dios; quien esquivo la molesta inyección, para él o su hijo, creyendo que el Cielo le preservará, se equivoca; quien se acerca a los coléricos sin haberse puesto la inyección preventiva no debe creer que, necesariamente, el Cielo lo inmunizará; si el Cielo juzga bueno que muera cumpliendo su deber, será una bella muerte, su pasado y su futuro podrán ser aliviados, si el Cielo lo preserva, sería una gracia, pues no somos más que servidores inútiles.

Incluso, dejando a un contagioso, debo volver asépticas mis ropas y mis manos. Que no tema el contagio para mí mismo es asunto mío, pero no debo nunca exponer a otras personas a ese riesgo, llevando sobre mí los gérmenes patógenos. Incluso si soy contagiado de una enfermedad infecciosa, no tengo el derecho a dejar que los demás se me acerquen para contaminarse; mientras mis fuerzas me lo permitan, cuidaré de la ropa blanca sucia, la escupidera, las tazas donde me sirvo; soy responsable de los accidentes que causen mis negligencias. Soy responsable del esguince o el incendio que puedan causar, las pieles de naranja o la cerilla todavía encendida que tiro.

De manera general, cada uno debe sufrir todas las formas de sufrimiento, porque nuestro corazón es tan duro que no comprendemos nunca los dolores de nuestros hermanos, ni nos compadecemos, salvo si los hemos experimentado. Cuando podemos elegir entre correr un riesgo o evitarlo, lo primero es lo más puro: comporta una fuerte confianza en Dios y además, puesto que debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, habemos de pensar que, si ese accidente es tomado por nosotros, no agobiará a uno de nuestros hermanos; así es como nos habituamos al amor divino, sufriendo en el lugar de otro. Sé bien que estas cosas son duras de comprender por el sentido común; no es más que una indicación para la perfección y excelente para aquellos que están definitivamente volcados al servicio del Cielo, con una humildad profunda y un coraje que las pruebas exaltan en lugar de abatir.

Unas confusiones entre las relaciones del hombre espiritual, del hombre fluídico y del hombre corporal pueden engendrar trastornos patológicos graves, como la apoplejía, la epilepsia y la mayor parte de las enfermedades mentales. Así, no forcéis a un niño que tiene miedo de la oscuridad a dormir sin una lamparilla; el niño puede sentir o ver presencias que los adultos ya no percibimos; hay formas semimateriales que una luz aleja; los terrores nocturnos pueden determinar en el niño crisis nerviosas y hasta tumores. No despertéis bruscamente a una persona que duerme plácidamente, ni a un sonámbulo. No es necesario tampoco traer repentinamente a la realidad a un individuo profundamente absorbido en

sus reflexiones. Los caso de muerte súbita son ya bastante numerosos sin necesidad de que los multipliquemos con gestos imprudentes. Los aneurismas tienen causas fisiológicas que conocen los médicos, pero también causas hiperfísicas; si el espíritu de un hombre va errante en los espacios interiores y es traído a su cuerpo de forma demasiado brusca, se produce un aflujo de sangre al corazón, al cerebelo o al cerebro, en la violencia del cual los vasos deben resistir, sin que se produzca la muerte.

No hay que enviar a lo lejos nuestro pensamiento con el objetivo de someter el pensamiento de otra persona, incluso si se hace esto con intención honesta. Pues mi pensamiento, errante en el espacio a la búsqueda de otro pensamiento, puede sufrir los ataques de seres hostiles, o coger gérmenes mórbidos atravesando a la aventura regiones malsanas, o perder su camino, o provocar pavor en el individuo que visita. Puede, sin querer, traerle una enfermedad. Puede hacer salir el espíritu de la persona visitada, volviéndola loca. O bien ciertos seres, aprovechándose de su alejamiento, pueden invadir mi persona y soy yo quién enloquecería. Las diversas formas de alienación mental tienen casi siempre su origen en una crisis del inconsciente. Un espíritu humano, salido de su cuerpo, puede entrar, de grado o por fuerza, en otro cuerpo; a un espíritu humano que ha querido subyugar a otro, la Justicia lo condenará más adelante, probablemente, a volverse el esclavo de algún tirano invisible; un espíritu humano que busca obstinadamente misterios prohibidos, pierde su control y desorganiza su cerebro; hay muchas causas de enfermedades mentales que escapan a la investigación del psiquiatra. Muchas acciones malvadas provocan ligaduras en nuestro órganos, que la habilidad del médico no llega a descubrir; una parálisis local, un tumor, una deformación, un reumatismo pueden a veces no ser otra cosa que los signos fisiológicos de una posesión parcial.

Terminaré estas breves indicaciones recordándoos una vez más que las doy sólo como pequeños ejemplos de la complejidad de los fenómenos vitales y de la gravedad de nuestros actos. Todo lo desconocido que descubrimos a cada paso debe hacer nacer en nuestros corazones el humilde sentimiento de nuestra ignorancia y la viva noción de nuestras responsabilidades. No debemos utilizar nunca las luces que el Cielo nos deja percibir para buscar las primitivas causas de las enfermedades ni para juzgar a nuestros hermanos. Debemos utilizarlas para reducir nuestros propios egoísmos, nuestro orgullo y pereza. Hay que ser indulgente con los otros y siempre rigurosos con nosotros mismos. Para quien se dedica a la oración por los enfermos, son indispensables pues la humildad, la mansedumbre, la prudencia. Para sí mismo, la severidad.

Para curar místicamente no necesitamos otra cosa que comprender la propia nada, no necesitamos otra energía más que la fuerza de contrariar al yo. Hay que vigilar perpetuamente esta voluntad propia, tan vivaz, tan testaruda, tan flexible, que se desliza en nuestros más puros deseos. Es verdaderamente la hidra de cien cabezas, encadenada aquí, se recupera a nuestro lado; reducida por un gesto de fuerte abnegación, reaparece algunos minutos o semanas más tarde. Ciertamente, la gran obra moral es la empresa más formidable; sepamos,

sin embargo, que cuánto más avanzamos, aumentan las dificultades y abundan las ayudas; y este incremento armónico crece hasta el nacimiento del hombre libre, ser perfecto que el Espíritu Santo construye combinando nuestra persona, nuestros tentadores convertidos por nosotros y nuestros colaboradores, con Su sople regenerador.

La humildad es tan indispensable en las relaciones místicas del Cielo con el hombre, que Dios a veces oculta a Sus servidores los hechos cuyo conocimiento sería susceptible de despertar en ellos sentimientos de gloria muy difíciles de reducir. Así ocurrió para los Apóstoles que, a lo largo de su vida terrestre, ignoraron la dignidad de su origen espiritual. Hoy mismo, en los círculos de iluminados se encuentra gente que dice ser la reencarnación de personajes célebres, Juana de Arco, María Magdalena, la Virgen María, Napoleón, Carlomagno. No hay que reírse de esta candidez; lo ignoramos todo sobre los resortes secretos del inconsciente y, de hecho, muy pocos de entre nosotros estamos indemnes de vanidades más o menos ridículas. Lo que importa es poner en guardia la buena fe del buscador. Ningún enviado de Dios conoce su propia identidad espiritual. Desde el instante que un hombre se muestra como la reencarnación de un apóstol, por ejemplo, sabremos que es o un impostor o un alucinado. Apliquémonos por lo tanto en permanecer humildes con todas nuestras fuerzas; recordemos que Judas era el más avanzado de los apóstoles y que cayó por orgullo.

Podemos ver aquí porqué el relato evangélico cuenta, después de haber hablado de Sus curaciones, cómo los judíos bien pensantes se sorprendían de ver a Jesús vivir con gente pobre y cómo Sus discípulos debían vivir en la alegría; en este momento del relato, justamente, dice la parábola del vestido nuevo y del vino nuevo.

Hay otras enfermedades aparte de los desórdenes fisiológicos. La ignorancia es una enfermedad, la grosería es una enfermedad, los prejuicios son enfermedades, tan graves como el cáncer o la tuberculosis; y lo mismo que la simple presencia de Jesús calmaba los trastornos del cuerpo, Su mirada y Su voz disipaban también los vicios de la inteligencia y las costumbres. Vemos todos los días cómo el sol y el aire llenan nuestro cuerpo de alegría física; el sol perfecto que es el Cristo beatifica infinitamente más la totalidad de nuestro ser. Su ley no es rigor ni penitencia, es alivio y dulzura; disipa las nubes, rompe las cadenas, suaviza las fatigas. Los que aspiramos a tener figura de discípulos, deberíamos llevar muy cercana la figura del Maestro para bañarnos en Su pacífico destello, para que Su alegría soberana ilumine nuestros rostros y llegue a nuestros hermanos la felicidad de las certezas eternas.

Pero el tejido nuevo arrastra consigo al trapo viejo y el vino nuevo rompe el viejo odre. Es lo que hacen los maestros no cristianos de la vida espiritual. No pueden renovar íntegramente a sus discípulos; según su poder, recosen aquí y allá, hacen remiendos, vierten un licor demasiado fuerte en una inteligencia acartonada, en una sensibilidad gastada. Sólo Jesús, que nos conoce de arriba a abajo, puede regenerarnos de arriba a abajo.

Cuando las almas vengan a vosotros, sed prudentes; ayudadles con vuestro ejemplo más que con vuestros discursos, con vuestros secretos sacrificios más que con reprimendas, con vuestras oraciones más que con vuestras enseñanzas. Sólo Cristo puede presentarnos el vino antiguo de la Sabiduría eterna; la sabiduría temporal sólo da vinos nuevos.

Esta parábola hace también alusión al exceso de poder, del cual se vuelven culpables algunos iniciados que buscan la inmortalidad terrestre. Emplean la alquimia, la magia o la voluntad. Se trata siempre de cazar el espíritu de un hombre que habita un cuerpo joven y vigoroso, para instalarse en este cuerpo. Ellos se vuelven culpables, a pesar de la sublimidad aparente de sus motivos, de un asesinato más cobarde que el de un vulgar criminal. Pero por suerte no conoceremos estos casos de conciencia.

CAPÍTULO SEGUNDO

CORRESPONDENCIAS ESPIRITUALES

Marcos 3, 13-19; Lucas 6, 12-16; Mateo 10, 1-4/ Mateo 12, 1-21;
Marcos 2, 23-3, 35; Lucas 6, 1-11/ Mateo 12, 22-32; Marcos 3, 22-30;
Lucas 11, 14-23; 12, 10/ Mateo 12, 36-37/ Marcos 3, 31-35; Lucas 8, 19-21;
Mateo 12, 46-50/ Lucas 11, 24-28; Mateo 12, 43-45

A continuación se retiró al monte y pasó la noche orando. Cuando se hizo de día, llamó a los que quiso y ellos vinieron a él. Entonces escogió a doce, dándoles el nombre de apóstoles, para estar con él y para predicar, con el poder de expulsar a los demonios y de curar toda deformidad y enfermedad.

Los doce que escogió fueron: Simón, a quien dió el nombre de Pedro; Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan, hermano de Santiago, a quienes dió el nombre de Boanerges, es decir, hijos del trueno; Andrés, hermano de Simón-Pedro; Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago, hijo de Alfeo; Tadeo; Simón el Cananita, al que llamó el celador; Judas el Iscariote, el que lo traicionó.

*

A continuación entró en una casa y la muchedumbre acudió hasta tal punto, que no podían ni comer. Sus parientes, habiéndose enterado de esto, fueron para apoderarse de él. Ellos decían que, en efecto, había perdido su espíritu.

*

Un día de sábado, cuando pasaban por unos trigales, sus discípulos tenían hambre y se pusieron, mientras caminaban, a recoger espigas. Los fariseos le decían: *Ves, ¿cómo es que hacen en sábado lo que no está permitido hacer?. Él les respondió: ¿No habéis leído lo que hizo David, cuando fue forzado por la necesidad y tuvo hambre y lo que hicieron sus compañeros. Cómo, bajo el gran sacerdote Abiatar, entró en la casa de Dios y comió los panes de la proposición que sólo los sacerdotes podían comer, y dió a los que iban con él? ¿No habéis leído también en la Ley que en sábado los sacerdotes violan, en el Templo, el descanso sabático y sin embargo son inocentes?. (Números 28, 9) Yo os digo que hay algo más importante que el Templo. Si sabéis lo que significa: 'Quiero misericordia, no sacrificio', no condenaríais a inocentes. Y añadió: El sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado. El Hijo del Hombre es maestro también del sábado.*

*

En otra ocasión, entró en la sinagoga donde se encontraba un hombre con la mano seca. Los escribas y los fariseos, para tener un pretexto de acusación, le plantearon una pregunta: *¿Está permitido curar en sábado?*. Él les respondió: *Si uno de vosotros tiene sólo una oveja y el día de sábado la oveja cae en una fosa, ¿no la cogerá para recuperarla? ¿Y no vale más un ser humano que una oveja? Está permitido entonces hacer el bien en sábado.* Dijo al hombre de la mano seca: *Levántate y ponte en medio de todos nosotros.* Después añadió: *En día de sábado, ¿está permitido hacer bien o hacer mal, salvar una vida o perderla?* Todos guardaron silencio. Entonces, dirigiéndoles una mirada de resignación, afligido por su ceguera de corazón, dijo al hombre: *¡Extiende tu mano!*. Él la extendió y la mano fue sanada. Los fariseos salieron de inmediato, concertando con los herodianos los medios para perderle.

*

Jesús se retiró con sus discípulos, al lado del mar de Tiberíades y una multitud considerable, venida de Galilea y de Judea, les seguía. Era una multitud inmensa, llegada también de Jerusalén, de Idumea, de las tierras situadas más allá del Jordán, de los alrededores de Tiro y Sidón y que, advertidos de lo que hacía, venía a él.

Dijo entonces a sus discípulos que le procurasen una barca, ya que a causa de la multitud corría peligro de ahogarse. El curó a un gran número y cada uno, de entre la multitud, buscaba tocarle, porque salía de él una virtud que los sanaba a todos. En cuánto a los espíritus impuros, cuando le veían, caían delante de él gritando: *Tú eres el Hijo de Dios*, pero, con severas amenazas, les prohibía que lo publicaran. Era para que se cumpliese lo que dijo el profeta Isaías: *He aquí mi servidor, el que he elegido, mi bienamado, en quien mi alma se complace; pondré mi Espíritu sobre él y el anunciará el juicio a las naciones; no disputará, no gritará; no se escuchará su voz en las plazas públicas; no romperá la caña quebrada y no apagará la mecha humeante hasta que haya hecho triunfar su causa; y las naciones esperarán en su nombre.*

*

Se presentó a Jesús un endemoniado ciego y mudo; él lo curó, de suerte que el mudo hablaba y veía. La multitud estaba maravillada y decía: *¿No es éste el hijo de David?*. Los fariseos y los escribas que habían bajado a Jerusalén decían: *Tiene en él a Beelzebul, y Porque es príncipe de los demonios expulsa a los demonios.* Entonces él los llamó y les dijo en parábolas: *¿Cómo Satán puede expulsar a Satán? Si un reino está dividido contra sí mismo, este reino no puede durar. Si una casa está dividida contra sí misma, la casa no podrá subsistir; así si Satán libra batalla contra sí mismo y se divide, él no puede subsistir, tocaría a su fin. Si yo expulso a los demonios por Beelzebul, ¿por quién los expulsan vuestros hijos?. Por eso ellos mismos serán vuestros jueces. Pero si yo arrojo a los*

demonios por el Espíritu de Dios, el Reino de Dios vendrá a vosotros. Nadie puede entrar en la casa del guerrero y coger lo que éste posee, si no amarra primero al guerrero; sólo entonces podrá saquear su casa.

Quién no está conmigo está contra mí y quién conmigo no recoge, desparrama.

En verdad os digo, cualquier pecado o blasfemia será perdonado a los hijos de los hombres. Si alguien pronuncia una palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonada, pero si alguien habla contra el Espíritu Santo, no le será perdonado ni en este siglo ni en el venidero. Os lo digo, el día del Juicio los hombres rendirán cuentas de toda palabra ociosa que hayan dicho. Por tus palabras en efecto serás justificado y por tus palabras, condenado.

Entonces llegaron su madre y sus hermanos que, estando fuera, le hicieron llamar. La multitud estaba sentada a su alrededor y le dijeron: *Fuera están tu madre y tus hermanos, que te buscan.* Él respondió: *¿Quién es mi madre y quienes son mis hermanos?* Después, extendiendo la mano sobre sus discípulos, dijo: *Aquí están mi madre y mis hermanos. Son aquellos que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica. Quien hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.*

Cuando el espíritu impuro sale de un hombre, va errante por lugares áridos buscando reposo y, no encontrándolo, dice: 'Volveré a mi casa, de donde salí'. Y al volver, la encuentra limpia y preparada. Entonces, va y toma otros siete espíritus peores que él, y entran y la ocupan. Así, el estado de este hombre se vuelve peor que al principio. Lo mismo ocurrirá con esta generación malvada.

Cuando así hablaba, una mujer en medio de la muchedumbre levantó la voz, diciendo: *Dichosas las entrañas que te llevaron y dichoso el seno que te amamantó.* Pero Jesús dijo: *Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan.*

NUESTRA INTEGRIDAD.

Al leer estos comentarios, sin duda los encontraréis bastante inconexos, pero apenas puede ser de otra forma. Escasea el tiempo, cuando se exponen, de manera didáctica, los horizontes que descubre el Evangelio y ya sabéis las capacidades que me faltan. Estas charlas se parecen un poco a las explicaciones de un guía que, en la cima de una montaña, enumera a sus viajeros, dos picos a la izquierda, un pequeño valle atrás, un río a la derecha, una meseta por aquí, un bosque por allá. El hombre bravo no sabe discurrir con método, pero los habitantes de la ciudad que le oyen y que son gente instruida, coordinarán sus enseñanzas y establecerán rápidamente la topografía del panorama que tienen a sus pies. Haced como los excursionistas, contentaos con las nociones dispersas que pueda daros y sacadle el mejor partido que podáis.

Dicho esto, volvamos al estudio de los poderes espirituales. El teorema de estas nociones es que el espíritu gobierna la materia, es como su centro de gravedad y el equilibrio biológico de ésta, depende de las buenas relaciones que mantiene

con aquél. Esta ley se verifica en el ser colectivo, como hemos visto hace un momento, y también en el ser individual.

A este último caso se puede referir la parábola de la casa invadida durante la ausencia de su propietario. La casa significa, entre otras cosas, el cuerpo y las facultades físicas, que son la residencia de nuestro espíritu, que es prudente en guardarla. Si se abandona, el ladrón puede acudir: son las enfermedades mentales; o si nos referimos a los gérmenes mórbidos serían las enfermedades físicas. Recordad que todo deseo, toda búsqueda intelectual es una salida del espíritu, más o menos larga y más o menos consciente.

VOCACIÓN DE LOS DOCE.

Que se entre en sí mismo para establecer el plan de una empresa industrial, para elaborar los elementos de una obra de arte, para encontrar colaboradores, para fijarse una línea de conducta, para construirse un sistema del mundo, para cualquier recapitulación o preparación, no se hará nada de valor si no nos retiramos a la montaña, pasando las noches orando a Dios.

Hay otras montañas aparte de las geográficas, otras noches aparte de las astronómicas, otras soledades que no son el aislamiento físico, tan verdaderas como nuestros Alpes, nuestras tinieblas físicas o nuestros retiros. Además, ninguna de las manifestaciones de nuestro ser consciente exige una preparación y, pues toda acción es una copia lejana de cualquier gesto de Aquel que se llama el Acto puro, toda preparación tan sólo puede imitar, más o menos torpemente, los misteriosos retiros del Verbo revestido de naturaleza humana. Pero prepararse para cualquier cosa se vuelve muy difícil cuando se quiere hacer a fondo; todo es tan complejo, todo es tan confuso e incierto, a no ser que estemos provistos de una corta inteligencia o poseídos por el fuego del genio. Intentemos un poco el análisis

Primeramente, parecerse lo máximo posible al Modelo perfecto, al Cristo en Quién se reúnen la sublimidad contemplativa y el vigor activo. Para ello, previamente, mi existencia debe ser una preparación continua por el arrepentimiento, la humildad, las buenas obras, el deseo de mejorar, por la disciplina en las intenciones y palabras, por la inocencia de los sentimientos.

A continuación, examinaré los motivos razonables de mi empresa.

Después, si me parece justa, pediré al Cielo que Se sirva de mí para realizarla sólo si Le parece adecuado.

Al final, estableceré mi plan, con todos los detalles que comporta, mediante todos mis conocimientos y experiencias.

Hecho este trabajo -en la soledad de las cimas interiores-, me volveré hacia la inaccesible Perfección, que no conozco y me convenceré que, ante ella, mis esfuerzos no valen nada. Constatación tan simple que no debe, de ninguna manera, enturbiar mi confianza. Así, de esta nada mi oración se levantará

ingenua, directa, segura de obtener respuesta. Y, en la larga soledad de mi noche, la gracia descenderá, bajo la forma de intuición o fuerza, conforme a la naturaleza de mis proyectos.

Entonces, abandonando mi montaña, volveré a la vida exterior y escogeré mis métodos, mis planes, mis ideas, mis impulsos, como Jesús hizo para designar a Sus apóstoles.

Sin embargo esto no es más que un ejemplo como todos los ejemplos, quiero decir no del todo conforme a su modelo y que sólo pretende mostraros una pequeña utilización de las lecciones incluidas en los hechos de Jesús. Mirad más bien el hecho mismo que se os propone. He aquí como yo lo concibo.

La encarnación del Verbo estaba prevista desde el origen de los tiempos, con todos sus detalles, todas sus peripecias, todas sus consecuencias. Desde el origen, las almas de los Apóstoles estaban escogidas con sus itinerarios cósmicos y sus trabajos individuales. ¿Por qué pues Jesús, en el momento de llevarlos con Él, se va al monte para meditar Su elección, parece, para pedir una inspiración que, a toda hora y en todo lugar, Le era segura y constante?

Primero démonos cuenta que, mirando al prójimo, sólo vemos apariencias o imágenes deformadas; imaginamos que los motivos por los cuales nuestros vecinos actúan son los mismos que los nuestros, ante los mismos hechos. Esto no es siempre justo, sobre todo cuando el ser que observamos es un ser superior. Y, si los actos de Cristo engendran miles de resultados entre los que nuestra corta vista no discierne más que tres o cuatro, los móviles de Cristo son en realidad mucho más numerosos de lo que nuestros análisis pueden descubrir.

Además, –y aquí tenemos el terrible problema de la predestinación (digo terrible a causa de los mortales in-folios que ha suscitado)– la preciencia divina no implica la esclavitud de las criaturas. Nuestros filósofos siempre creen que Dios no posee, como ellos, más que recursos limitados. Un grano de arena basta para parar las máquinas más ingeniosas, y el cerebro más fértil no encuentra jamás, frente a lo imprevisto, más que un número muy pequeño de argucias. Pero el Padre posee, ante cualquier circunstancia, un número infinito de soluciones para un número infinito de problemas. Cuando Él escoge un mundo, o un pueblo, o un hombre para una obra, si en un momento cualquiera esta criatura se rebela, ¿no puede coger rápidamente otra, no importa cuál, para esta obra, suministrándole las facultades necesarias? Su previsión y Su Providencia son perfectas, ningún accidente del relativo les sorprendería.

¡Ah, no sabríamos ser modestos! No debemos olvidar que nuestros mejores dones son dones, como nuestras virtudes más hermosas. Así, esta larga meditación nocturna de Jesús con Sus Apóstoles podía ser una revisión de los planes providenciales, una reparación de fallos desconocidos, una preparación para nuevas eventualidades y miles de posibilidades desconocidas para nosotros.

Los Doce, ciertamente, eran espíritus muy viejos, ricos en experiencias, maduros por largos trabajos, flexibles por haber pasado muchas pruebas. Algo en ellos provenía de los viejos profetas de la Antigua Ley que había anunciado

la llegada del Mesías; pero ese pasado tan pleno, en vistas de su misión crística, valía únicamente como la masa de arcilla de donde el genio del escultor sacará una estatua sublime. Por grandes que fuesen, por venerables, por sabios, gracias a la relación con otros espíritus humanos, para que la Sabiduría eterna pudiera servirse de ellos, hacía falta una revolución total de su pequeña grandeza y sabiduría humanas. La noche de Jesús en el monte Tiberíades fue empleada para esta refundición.

Éste es uno de los motivos por los que el Padre sustrae en Sus embajadores la noción de su identidad espiritual y la memoria de su pasado.

En esta noche desconcertante, conservar una fe alegre sería el primer don con que cuenta el apóstol. Ha olvidado muchas veces, pero también aprendido, que la Luz viene o se va de una manera casi siempre ilógica; de repente estalla sin relación aparente con nuestras fatigas, nuestras perezas o nuestras miserias. El servidor de Cristo sabe esto y sonrío apaciblemente al radiante día, igual que a la espantosa tiniebla; aunque sea capaz de caer, su serenidad constituye ya un raro privilegio. No lo confundáis con la impassibilidad búdica o estoica, tampoco la ignorancia cristiana se parece al escepticismo filosófico.

Analizando nuestras certezas y dudas, llegamos hasta el axioma que se deriva de unas y otras; imaginando un axioma contrario podríamos deducir una serie divergente de razonamientos, tan lógicos como el primero. Este ejercicio dialéctico, que los hindúes han practicado antes que los griegos y latinos, nos lleva a esta conclusión plausible y posible, pero incierta.

Diletantes y ecléticos se equivocan. Su indecisión entre la tesis y la antítesis significa que no han sabido encontrar el tercer punto de vista conciliador, la síntesis. El filósofo cristiano utiliza esta búsqueda para establecerse en la pobreza mística del intelecto. Por ejercicios análogos el servidor de Dios llega a la pobreza mística del corazón. Y, desde que, tanto uno como otro pueden decir con sinceridad: No soy nada, o: No puedo nada, la Luz desciende, más o menos pura, según la profundidad de la ignorancia o el vacío de la propia voluntad.

He aquí el carácter fundamental del Soldado de Cristo. El apostolado sólo es una de sus funciones; le quedan grandes sacrificios por efectuar, pesadas fatigas que sufrir, antes de recibir un grado en el ejército de la Luz; y todavía otros trabajos antes de volverse un hombre libre. Pero no vamos a clasificar a los miembros de la falange mística; nos bastará con conocer la jerarquía general con el fin de no tomarnos por quienes no somos.

*

Hay una oposición entre las grandezas de la Tierra y los poderes del Cielo. Los heraldos de Dios van siempre a los pequeños, a los pobres, a los frustrados, a lo que se llama el pueblo o la mala sociedad. Pero esto no es para encontrar más fácilmente seguidores, como dicen los sociólogos. Es porque los pequeños son más dignos de interés que las clases dirigentes, tienen el corazón más libre de ambición o avaricia, son más accesibles a la verdad; tienen menos altivez; se

ayudan entre sí más fácilmente; han tenido menos tiempo que los ricos para instruirse; es porque la vida es dura para ellos, es porque todo el mundo los ha explotado más o menos.

Los apóstoles eran todos gente pobre. El que tenía mejor posición entre ellos era Mateo, el recaudador de impuestos, y este empleo era despreciado universalmente. Sin embargo esta gente tenía el alma vieja; habían soportado numerosas encarnaciones, habían percibido la gloria del Señor, Le habían acompañado en Su largo descenso a través de las órbitas sin número de los planetas. No juzguéis a nadie. Su simple e inmediata obediencia a la primera llamada del Maestro muestra que habían sido escogidos antes. Buscad hoy al empleado que abandonaría su puesto, su paga y su jubilación para seguir a otro hombre, tan mal visto, tan ignorado de los “bien pensantes” como Jesús lo era en aquel momento.

Pero esto no es nada. Es posible que, dentro de un momento, en la calle, o bien más tarde, dentro de un siglo, no importa dónde, Jesús o uno de sus amigos pase ante vosotros y os diga: Sígueme. En ese instante, creedlo bien, todas las realidades de la Tierra se desvanecerán; Lo seguiréis sin dudar, pues la Luz en nosotros reconoce la Luz fuera de nosotros. Pero, si queremos que esto llegue, no hay que creerse que se está sano; hay que darse cuenta de las enfermedades que se tienen y esforzarse en curarlas. El médico vendrá, para que ni los deformes ni los pecadores sean ofrecidos en holocausto a la Justicia. Su medicamento es la Misericordia. Los que se creen justos o santos no tienen necesidad de Él, hasta el día en que reconozcan su error.

El duodenario de los discípulos inmediatos se encuentra en todas las antiguas iniciaciones: en el lamaísmo, el brahmanismo, mazdeísmo, judaísmo, orfismo, en el Perú, China, Tracia, Noruega.

Entre los hombres, Juan era el más joven y la tradición le llama virgen y bienamado. Según los gnósticos, representa la caridad, como Santiago la esperanza y Pedro, la fe¹.

Bartolomé es lo mismo que Natanael; su nombre significa Diosdado; era el hermano gemelo de Tomás. Tadeo o Lebeo quiere decir amante. Santiago y Simón el Celote eran hermanos de Cristo. En cuánto a Iscariote, su nombre puede venir de Sakar: salario, de Iscara: estrangulación, o de Iscoreti: cinturón de piel.

Estos doce representan también, en el mundo, los rayos del Verbo y, en el hombre, las facultades que actúan en la vida mística del regenerado.

Los apóstoles eran, o más bien son, pues su espíritu vive siempre alrededor de su Maestro, seres muy elevados; sin embargo, no habían entrado nunca en el Cielo. Fueron, en la profundidad de los siglos, hombres que evolucionaron con fatiga, como todos nosotros, que pagaron su deuda a la Naturaleza, que hablaron a los otros de Dios y que recibieron la muerte en recompensa. Sin embargo, cuando volvieron, hace dos mil años, ignoraban esto de sí mismos.

¹ PseudoCipriano (*de singularitate clericorum*), PseudoAtanasio (*dialogi III de Sancta Trinitate*), San Basilio (*de contubernaliibus*) extendían a todos los apóstoles el calificativo de Boanerges (hijos del trueno), que el Evangelio da a Juan y Santiago. Pero sólo ellos merecen este sobrenombre, a causa de su parentesco con Jesús.

¡Qué lección para nuestra pretendida ciencia!

Un poco después, los evangelistas dan los verdaderos principios de la asociación. "Todo reino dividido contra sí mismo perecerá". La unidad espiritual es pues indispensable para la vitalidad de un movimiento colectivo. Cuando los hombres amasan dinero, acumulan erudición o se reúnen en gran número, en realidad están dando al Tiempo la ocasión de ejercer su poder de disolución.

Diría también que no es necesario, para que un grupo viva, que sus miembros se conozcan ni que haya un jefe visible. Es suficiente que cada una de sus unidades realice sin desmayo el principio espiritual que es el alma de la fundación.

El ejemplo principal de tal asociación es el que los Rosacruces han llamado La Iglesia del Santo Espíritu, lo que otros místicos y algunos Padres de la Iglesia han llamado la Iglesia interior.

No dediquéis vuestras fuerzas a reunir camaradas, a discutir estatutos, a reglamentar precedencias, a enviar circulares. El más alto ideal que podéis evocar es el Cristo. Haced Su voluntad, cada uno en lo que le concierne con los demás. Los que están penetrados por el mismo entusiasmo que vosotros, terminarán un día por encontraros y estaréis todos unidos en la armonía de vuestro amor por Él.

DE LA CONDUCTA DE LOS MISIONEROS.

He aquí un punto sobre el cual me parece importante atraer la atención de los místicos. Vemos, en varios lugares del Evangelio, que Cristo autoriza a Sus apóstoles a proveerse de alimento en sábado o a recibirlo de la gente a los que llevan la Luz. No olvidemos que se trata de los apóstoles, es decir, seres excepcionales comprometidos en un oficio de Luz, no por voluntad propia, sino por la voluntad del Cielo. No nos creamos parecidos a ellos. Entusiasmarse con la concepción poética de un servidor de Dios errante a través del mundo y esperar que aquellos a los que se dirige le provean de todas sus necesidades, sería casi un abuso de confianza. San Pablo mismo, dando, según unas palabras del Señor, a los que anuncian el Evangelio el derecho de vivir del evangelio, se sometía a un trabajo manual para, como declara expresamente, no ser una carga para nadie. Sin embargo, los san Pablo son raros.

Cuando sentimos la menor pena por alguien, creemos haber hecho un acto de servicio a Cristo. Haría falta ver la vida interior de los soldados de Cristo para darse cuenta de la intensidad de su esfuerzo; los más cercanos a ellos no ven estas fatigas, pues "nadie es profeta en su tierra". Pero si por una parte vemos que, como está escrito: "Cuando ayunes, unge tu cabello y perfuma tu rostro" y por otra que el ministerio de la oración exige un ayuno espiritual constante, podemos imaginar que ningún jefe temporal, ningún hombre de Estado está cargado de tanta inquietud como el cristiano oscuro que lleva una vida de apariencia burguesa, pero a quien, secretamente, Dios ha confiado un trabajo

cualquiera para hacer avanzar a sus hermanos. Por extensas que sean nuestras esperanzas y ardiente nuestro deseo de bien, la humilde sabiduría que debe servirnos de regla hará que nos quedemos en el lugar que la Providencia nos ha escogido, aceptando con buen corazón los trabajos más monótonos, pues también éstos tienen necesidad de recibir la Luz de nuestro ejemplo. Si el Cielo quiere otra cosa de nosotros, sabrá inclinar las circunstancias y nos hará conocer Su voluntad de una forma tan simple y tan cierta como el jefe en la fábrica, por ejemplo, nos daría sus órdenes.

Así, rezad por los enfermos, ayudad a los pobres, consolad a los afligidos, orad por las necesidades públicas, dad vuestra opinión de cristianos cuando os la pidan, pero guardad vuestra profesión y ganad el pan de vuestra familia con vuestro trabajo hasta que Dios decida otra cosa.

El niño de Dios está fuera de toda ley, porque se ha vuelto niño de Dios después de haber obedecido todas las leyes y porque su corazón vive en el mundo del que salen todas las leyes. Sirve a su Señor; sin embargo, el servicio del Señor es únicamente la caridad. Como consecuencia, toda costumbre y toda regla se borran ante las exigencias de la caridad. Pero el hombre ordinario tienen el deber de ser prudente; no debe imponer fatigas excesivas a su cuerpo ni privaciones a los miembros de su familia, a menos que lo consientan, pues nada le pertenece; sólo es un gerente, el intendente de su casa, de sus hijos, de sus empleados, de sus animales domésticos, y todo exceso de trabajo que impusiera a unos u otros, sería bajo su responsabilidad. “La imprudencia sólo se le permite al Soldado”.

Jesús mismo seguía esta regla de prudencia y oportunidad. La mayoría de las veces, cuando Lo reconoce alguna criatura, le ordena que calle. Nada es más grave, en efecto, que estos reconocimientos por una criatura de la identidad espiritual encerrada en una forma corporal. Podemos equivocarnos; podemos tomar una irradiación magnética o mental por la Luz pura, según que vivamos en el magnético o en el mental. Debemos ser humildes para ver la Luz. Hoy muchos sabios han infectado Europa y América con teorías que se dicen cristianas; sólo son los adelantados de sabios más numerosos y más fascinantes que la tentadora Asia tiene en reserva en sus templos, en el fondo de sus desiertos, en lo alto de sus montañas sagradas. Sin embargo, la mayor parte de ellos saben quien es Cristo, pero son esclavos de sus sistemas, aunque se crean libres, y el amor propio les impide reconocerLe públicamente. Antaño los demonios gritaban ante Jesús, por la boca de sus poseídos: “¡Tú eres el Hijo de Dios!”. Era el esplendor de Su virtud, insoportable para estos espíritus oscuros, lo que les arrancaba este testimonio. Pero los adeptos son hombres, son más libres que los demonios; su libertad es otra, poseen el terrible privilegio de poder discutir con ellos mismos, de poder cerrar los ojos a la evidencia.

Que su ceguera no nos escandalice. Muchos de nosotros nos comportamos igual. A menudo vemos el prestigio en lugar del milagro y lo maravilloso donde sólo actúa lo divino. Muchos de los contemporáneos de Jesús veían en Él a un curandero, un mago, un agitador, un cabalista. Estemos atentos para estar

entre aquellos que, habiendo encontrado sobre esta tierra una imagen corporal del Señor, ya no la reconocerán hasta el día del Juicio, cuando se les pida cuentas del tesoro que recibieron en depósito.

Por otra parte, la bondad del Padre es tal que oculta toda llama que pudiera herir nuestros ojos enfermos. Es por Su solicitud que Jesús no quiere que se publique Su título de Hijo de Dios; sólo quiere parecer entre todos como el servidor del Padre, sin que se sospeche su rango entre estos servidores. Quiere parecer un hombre que el Padre ha escogido entre otros, amado por Él y colmado de Sus dones; pero no quiere que se vea que es el primero de todos Sus servidores, Su príncipe y Su fuerza, que es el Elegido por excelencia, el Bienamado ante todos los otros; que es capaz de recibir infinitamente todas las complacencias del Padre, porque tiene la misma naturaleza Infinita; que es el único entre todos los servidores que puede recibir la plenitud del Espíritu porque es igual al Espíritu y que, si todos los servidores deben algún día juzgar tal o cual rincón del mundo, es decir, reorganizando, sólo Él, Jesús, juzgará al universo entero y al conjunto de las naciones.

El texto de Isaías citado en el Evangelio nos muestra este cuidado y su indulgente tolerancia. En efecto, el Elegido del Señor es el bienamado, porque es el único que cumple perfectamente la voluntad de Dios; es por esto que posee la plenitud de la vida celestial. Él no disputa, sabe bien que las discusiones no sirven más que para agriar el amor propio y que la Verdad se afirma en nosotros después de nuestros esfuerzos hacia la bondad, pero no después de nuestras búsquedas intelectuales. El Elegido del Señor no grita en las plazas públicas, no busca la popularidad y la Luz entra en el corazón del hombre en silencio y por dentro. El Elegido del Señor cuida con solicitud las ramas medio rotas de nuestras facultades debilitadas y vuelve a encender con paciencia la lumbre siempre dispuesta a apagarse de nuestros corazones agonizantes. El hombre sólo se perfecciona por su esfuerzo libre, comprende únicamente lo que experimenta, sólo aprecia el valor de las cosas después de haber probado su ceniza; los consejos y amonestaciones no le sirven de gran cosa, sólo cree a medias. Es así como el Elegido del Señor, antes que nos dirigiera en esta tierra Sus emocionantes palabras, ha tenido el cuidado de darnos primeramente el ejemplo por el tremendo sacrificio de Su descenso hasta aquí abajo y de Su martirio.

Así, apliquémonos en actuar según el bien, más que en hacer discursos, nuestro ejemplo será la mejor propaganda, nuestra acción la más dulce y más sana y los frutos de nuestro apostolado más numerosos.

LA OPINIÓN Y LAS COSAS DIVINAS.

Los refranes, como las supersticiones, sitúan a veces sin razón observaciones particulares al rango de verdades generales. Así, raramente la voz del pueblo es la voz de Dios. Para hacer verdadera esta frase, sería necesario establecer una

diferencia entre el pueblo y la masa de gente. En ésta, podría decirse, se mezclan todas las clases de la sociedad, bajo el imperio de cualquier embriaguez, por sus instintos inferiores; mientras que “pueblo” tiene un sentido más sano, más vivo, más profundo, sinónimo poco más o menos de lo que llamamos todavía las clases trabajadoras. El pueblo sería el conjunto de los que dan vida a la nación: primeramente trabajadores manuales, sin duda, pero también trabajadores administrativos e intelectuales. Tanto el obrero como el campesino suelen decir que los hombres de manos blancas son perezosos; pero hay muchos funcionarios, ingenieros, patronos, eruditos, médicos, artistas, cuyas jornadas tienen dieciséis horas, no ocho, y que se agotan tanto como un minero o un ferroviario. Ciertamente, la fatiga muscular es penosa, pero la fatiga nerviosa no cansa menos; además en el fondo, todo trabajo confiere una nobleza mística y atrae sobre nosotros la luz de lo Real.

También, porque vive con fuerza y propaga la vida, el pueblo reconoce a los portadores de luz; la multitud, por el contrario, los vilipendia porque obstaculizan sus caprichos; cuánto más entusiastas se vuelven las aclamaciones populares, por el brillo más puro y más generoso de la Luz, tanto más furiosos son los abucheos de la masa. Jesús, singular entre todos estos heraldos, suscitará siempre las oposiciones extremas: hijo de Dios para unos, hijo de Beelzebub para otros, loco para sus parientes, lo removió todo antes de reorganizarlo.

El pueblo, todos los que se preocupan de su deber familiar y social, el trabajo y la nación al fin, discierne la Luz porque lleva en sí sanas facultades: primero, la energía, el coraje de no escatimar esfuerzos; y el buen sentido, el sentido de lo real y lo vivo. Esto es justo, pues para recibir nuevas fuerzas, primero hay que gastar las que se poseen, pues la rectitud vivida dan una visión recta de las cosas y las gentes. Jesús Se queda del lado del pueblo; a la sutileza de los argumentos fariseos, Él siempre opone el buen sentido. Cuando se Le acusa de expulsar los demonios por el príncipe de los demonios, replica: ¿Satán puede volverse su propio enemigo? ¿No veis como el Infierno huye? Entonces, es el Cielo quien desciende hasta vosotros.

De esta manera somos conducidos hacia una gran sencillez que libera la inteligencia llena de razonamientos y aumenta la fuerza del actuar. Dios o el diablo, el bien o el mal, la caridad o el egoísmo: estas divisiones necesarias bastan para dirigirnos; a más compromiso, más indecisión y más cuidado. Sólo hay dos campos y entre ellos, un intervalo vacío. Si no se está en el bando de Cristo, nos estamos enrolando en el Otro; así sería para cualquiera que no se dé explícita y completamente al Cristo y, cualquiera que trabaje con otro objetivo que no sea servir al Cristo, por numerosos y bellos que fuesen los frutos de su labor, se pudrirán.

He aquí una de las razones prácticas por las que la fe en Cristo, Dios y hombre a la vez, me parece tan importante. En el conjunto de los innumerables movimientos que constituyen la existencia universal, la calidad es más importante que la cantidad. Ahora bien, las cosas no pueden tener más que dos

calidades: pueden ser divinas o naturales; y, como son las intenciones las que califican nuestros actos, todo acto que no tenga al Cristo como objetivo, muere al final de un tiempo más o menos largo, porque sólo el Verbo confiere la sobrenaturalidad. Si se considera este mismo conjunto de actos en su futuro, se vería en su mayor parte como sus frutos se dispersan al capricho de las circunstancias exteriores. Sólo algunos, muy raros, aúnan sus resultados, los coordinan, los organizan y se perpetúan a lo largo del futuro, porque han sido expresados en nombre de Cristo y para Su servicio.

Todos aquellos que siguen esta disciplina en las intenciones, confiesan que es tan dura como importante. La energía, la perseverancia, la vigilancia no son suficientes. Estamos raramente de acuerdo con nosotros mismos; varias voluntades se debaten en nosotros, buenas y malas; se afirman por turnos, a veces al mismo tiempo y nos agitamos en las contradicciones. Así, ¿no habéis notado cómo nuestros actos difieren de nuestras palabras?. Éstas juran y blasfeman, pero, menos mal, la cólera no llega hasta los puños, otras veces ofrecen los más bellos discursos, pero se cometen mil mezquindades. No somos ni totalmente buenos ni totalmente malos, fluctuamos. Sin embargo, Dios no ama la pusilanimidad ni la habilidad, debemos volvernos homogéneos.

Jesús conoce bien nuestras taras humanas, causa a la vez de nuestra miseria actual y nuestra grandeza futura; desea ayudarnos a reconstruir nuestra unidad, estableciendo en nosotros este cielo unitario evocador del Reino eterno donde todos son uno, en ellos mismos y entre ellos. No faltan ocasiones para aprender a simplificarnos, a reducir los gestos de nuestra vida interior bajo la obediencia del mismo principio, por un sólo método, hacia el mismo objetivo. Así, después de haber planteado, como hemos visto, las grandes antinomias universales, después de haber demostrado que la realización de nuestra unidad propia se hará uniéndonos a Él, la Unidad absoluta corporeizada, nos lleva hacia la conquista de la unidad psicológica por medio de dos lecciones, en apariencia extrañas a este objetivo: uno sobre la importancia de la palabra, otro sobre los parentescos espirituales. Armonía de nosotros mismos con nosotros mismos, armonía de nosotros mismos con nuestros semejantes, doble meta hacia la que nuestro Maestro nos encamina indirectamente. Él nos sabe vanos e indóciles; Su ternura quiere evitarnos la revuelta o el desánimo, y hacernos ganar los pequeños méritos de una búsqueda algo más larga: la gran ruta es más fácil que el atajo.

Antes de situarse frente a una forma cualquiera del Absoluto, el hombre debe olvidar todo el relativo, hacer de su cerebro una página en blanco y de su corazón un corazón de niño. También, antes de emprender las dos lecciones indicadas antes, Jesús ataja primero nuestra desesperanza anunciándonos el perdón de todos los pecados, de todas las blasfemias, con excepción del pecado contra el Espíritu. Esta excepción no debe asustarnos, pues tal pecado nos es imposible de cometer: el Espíritu permanece inaccesible a toda criatura no regenerada. Entre las personas divinas, el Cristo es la más cercana y, sin embargo, nadie Lo conoce, ni nadie Lo conocerá antes del día en el que las

puertas del Cielo se abran. El Padre queda aún más incognoscible y el Espíritu todavía más, si puedo permitirme hablar de tan pobre manera. Quien atacare al Espíritu sólo podría atacarLe porque Lo conoce y sólo Lo conocería quien habría visto todo, aprendido todo y experimentado todo. Su ataque sería como el suicidio de su ser entero, y él mismo se lanzaría a la nada. En realidad, todo lo que los más sublimes contemplativos dicen del Espíritu no vale nada. Limitémonos pues a inquietarnos por las faltas que sí podemos cometer: de éstas somos plenamente responsables.

Vayamos con Dios, o con el Diablo, comprendamos esto; somos responsables. Si atacamos a Cristo, sabemos lo que hacemos, somos responsables. Expresar nuestros verdaderos sentimientos, o mentir; hablar mal de los demás, hablar por hablar, tenemos plena consciencia de esto, somos plenamente responsables y es justo que el día del Juicio tengamos que rendir cuentas de la menor palabra. Este anuncio de condena no contradice el anuncio de perdón, dicho en las líneas anteriores. Para perdonar, en efecto ¿no es necesario haber sufrido la ofensa?. El Padre no se ofende por nuestras rebeldías; nos deja probar un tiempo las consecuencias dolorosas; después, cuando percibe un arrepentimiento verdadero y la voluntad de actuar mejor, Él perdona, es decir, lava nuestro corazón y restablece todos los desórdenes que nuestra falta había engendrado en nosotros, en nuestro cuerpo, a nuestro alrededor, tanto en el visible como en el invisible. Haber recibido el perdón del Cielo es un favor maravilloso y grave; estemos atentos para no perderlo, vigilemos nuestras ideas, nuestras palabras y nuestros actos. El control de nuestros gestos es relativamente fácil; el control de nuestros pensamientos, que se elevan espontáneamente de nuestro corazón, es casi imposible; si queremos esforzarnos un poco, intentemos el control de nuestras palabras; obtendremos poco a poco, por esta disciplina secreta, que la gente a nuestro alrededor insulte menos lo que no comprende.

LA PALABRA.

No nos damos cuenta del valor de un año, ni de un mes, ni de un simple día, pero, cuando seamos llevados al país de los muertos, el tiempo terrestre, que a menudo malgastamos, nos parecerá de un valor inestimable. Ya veis que insisto siempre en el esfuerzo voluntario; no temáis, si seguís una disciplina estricta, que se agote en nosotros las fuentes del entusiasmo y la inspiración; por muy gigantescos que sean los trabajos que podamos cumplir con la conquista de nosotros mismos, el menor soplo del Espíritu descendiendo sobre nosotros los rebasará infinitamente. Así, podemos, sin ningún inconveniente, ponernos manos a la obra con todas nuestras fuerzas sometiendo al Evangelio nuestras facultades físicas, morales e intelectuales.

Entre estas facultades hay una de la cual casi todo el mundo abusa, que pertenece propiamente al hombre terrestre: la palabra. Casi en todos los demás

lugares, las criaturas tienen otros medios de expresarse, pero aquí abajo la palabra ocupa un puesto central en el mecanismo de la vida. Por esto la Ley promulga: “Por tus palabras serás justificado y por tus palabras, condenado”. En nuestro estado actual, efectivamente, somos menos responsables de nuestros actos que de nuestras palabras y aún menos de nuestras ideas, sobre las cuales apenas tenemos control.

Nuestros pensamientos surgen de nuestro corazón, aunque no queramos. Lo que podemos hacer, cuando son malos, es no detenernos en ellos.

Podemos reflexionar sobre nuestros actos pues necesitamos un tiempo para llevarlos a cabo; a veces nos ocurre que, queriendo hacer un bien, hacemos un mal. Hacer algo, bueno o malo, exige la colaboración de un gran número de energías de las que no tenemos una conciencia clara. No nos conocemos, ignoramos lo que nuestros antepasados nos han legado, no somos en absoluto maestros de nuestra vida corporal, no sabemos casi nada de esta vida secreta.

Pero sí sabemos lo que decimos, podemos gobernar nuestra lengua bastante mejor que los miles de movimientos oscuros del resto de nuestro cuerpo; y estas palabras, tan rápidamente formadas, brotan en suma de nuestro corazón; están vivas, son inmortales, ¡por desgracia!, pues la mayoría son malévolas u ociosas.

Debemos saber que la palabra en su origen fue dada al hombre para crear, a imagen del Padre. No me atrevo a decir todas las maravillas que la palabra habría podido producir, si no la hubiéramos desvirtuado. Ahora necesitamos remontar la pendiente; será duro; intentémoslo de todas formas.

Cuántas palabras malvadas, cuántas palabras inútiles. No habría que injuriar a ninguna criatura: ni al tiempo, ni al barro, ni a un animal molesto, ni a una herramienta que se maneja torpemente, con más razón tampoco a ninguno de nuestros hermanos. Respecto a las teorías, limitémonos a decir lo que nos parecen, de acuerdo a lo que percibimos o no de la Verdad; en cuanto a los criminales y malhechores, excusémosles. Cristo estigmatizó a los fariseos, los mercaderes del Templo, los hipócritas, pero nosotros no somos el Cristo.

Cerca de cada uno hay constantemente un ángel bueno y un ángel malo, que ven y oyen todo lo que hacemos y todo lo que decimos. Los ángeles buenos están siempre juntos; los malos a menudo están separados. Cuando hablamos mal de un ser que no puede defenderse, sea porque está ausente, sea porque pertenece a otro reino distinto al de los hombres, su ángel está allí, nos ve, nos escucha. Como poco, tres ángeles de Luz son testigos de nuestra maledicencia, la cual nos separa de ellos, intercepta la Luz; aunque quisieran ayudarnos, no podrían; cada murmuración añade una piedra al muro que elevamos entre ellos y nosotros. Nos separamos del Cielo, nos condenamos. Después abandonamos a nuestros interlocutores y así tenemos tres, cuatro o más parejas que están divididas y que habrían podido estar juntas. Para que la armonía sea restablecida, hay que esperar que el juego de las circunstancias pueda volvernos a poner en presencia de estas mismas personas y que el ofendido ofrezca su perdón al murmurador.

En cuanto a las palabras ociosas, nos condenan porque son un despilfarro.

Bromear para dar ánimo a un camarada fatigado es útil, hablar por cortesía es justo pues el discípulo debe tenerse por inferior a cualquiera. Pero hablar para hacer ruido atrofia el poder de atención y nos vuelve poco a poco incapaces de seguir los pensamientos.

LAS FAMILIAS ESPIRITUALES.

Todos los seres están en relación unos con otros, cualquiera que sea la forma bajo la cual aparecen. Un hombre tiene relación con los planetas, un dios la tiene con alguna de las formas de nuestra materia. La ciencia de una parte de estas correspondencias constituye el Ocultismo antiguo.

La Cábala, por ejemplo, enunciaba la anatomía filosófica de uno de los dioses de la actual creación, el Adán Kadmon. Los rabinos creían que este ser llenaba el mundo, aunque sólo fuese, efectivamente, uno de sus aspectos.

Los Brahmas, por otra parte, enseñaban la embriología del Universo, punto e vista todavía más rico en desarrollos.

Los antiguos iniciados chinos, intelectuales puros, enseñaban la matemática cósmica, la geometría psíquica, la mecánica divina.

No es indispensable estar familiarizado con los métodos mentales de los antiguos Sabios. Si se tiene la presencia de espíritu necesaria para no dejarse fascinar por su resplandor, algunas veces engañoso, constituyen una excelente gimnasia que hace posible un ligero avance.

Pero podemos muy bien contentarnos con las nociones siguientes.

Cada ser humano pertenece a una familia invisible que debería corresponderse con la familia visible donde nace. Cada grupo está compuesto de individuos parecidos, es decir provistos de los mismos instrumentos de trabajo, porque tienen la misma tarea o, si preferís, porque siguen la misma ruta. Parten del mismo lugar de evolución y se dirigen hacia la misma meta temporal. El primero de cada grupo, el mayor, entrena a los otros.

Ésta es la base de las ciencias adivinatorias, pero recordad cuáles son las restricciones de su empleo.

Sin embargo, en una familia, es posible que alguno de sus miembros tome la delantera y, si los otros no pueden alcanzarle, se reúna con un grupo más avanzado. También es posible que encuentre un atajo por el que sus padres no puedan seguirlo, ganando tiempo. También puede encontrarse con algunos caminantes. Una familia no es fija y, sobre todo, no es hoy lo que fue en el momento de empezar.

Las rutas espirituales son como las rutas aquí abajo. Las que unen las grandes ciudades, donde la vida parece amplia y el dinero abundante, son llanas, muy frecuentadas y rodean los obstáculos del terreno. Pero, si queremos evitar los rodeos, explorar un país desconocido, o intentar un esfuerzo mayor, la ruta se vuelve enseguida más solitaria, más dura y más fatigosa.

Es lo mismo que pasa en el Invisible. A medida que nos alejamos de los confines

del mundo, que nos aproximamos a su centro, las vías se vuelven cada vez menos cómodas y los viajeros más raros. Todos los caminos están trazados, pero se recorren con mil penalidades a causa de los matorrales, los torrentes, los neveros, los ladrones y las fieras.

El coraje que necesita el viajero para abandonar el camino trillado es, místicamente, la llamada del Verbo. Cada paso, cada esfuerzo del hombre atrevido es realizado por la fuerza indecible de esta voz. Poco a poco él va dejando el bastón, los zapatos, la ropa que llevaba al caminar; el aire de los países desconocidos que atraviesa cambia incluso la calidad de su sangre; las escaladas, los descensos, los pasos a nado decuplican sus fuerzas; la atención del peligro agudiza sus sentidos, lo mismo que el trabajo material hecho con intención pura da salud y atrae, para la siguiente existencia, un cuerpo normal y vigoroso. Esta lenta alquimia que transforma poco a poco el ser entero, es el crecimiento del Cristo interior. De esta forma, como veremos, quien hace la voluntad del Cielo es el hermano menor de Jesús, pues Lo imita; es la madre de Jesús, porque cada dolor, cada esfuerzo, cada célula muerta en el trabajo, cada sacrificio transmuta un poco Su materialidad tenebrosa, aumentando la Luz central que es el Verbo.

¿QUIÉN ES MI MADRE Y QUIÉNES SON MIS HERMANOS?.

Se puede representar el mundo como un bosque donde están situados en una confusión en apariencia inextricable toda suerte de plantas, arbustos y árboles. Sin embargo, un orden escondido dirige este caos; la naturaleza del terreno, su inclinación, el régimen de las aguas, de los vientos, de la luz favorecen o contrarían la germinación de los granos y su crecimiento. Es lo mismo para el género humano, con la particularidad que somos plantas dobles, terrestres y celestes a la vez, hundiendo sus raíces por abajo en lo físico, en el humus del Destino; por lo alto, descendiendo de lo espiritual, produciendo dos tipos de flores en la claridad del día. De esta manera, cualquiera que sea el trabajo al que nos dediquemos, oficio manual o metafísico, arte o ciencia, realización o especulación, sus frutos participan del Cielo y de la Tierra. Y nosotros mismos, contruidos con elementos anteriores de la evolución, del atavismo, de la herencia, nos vemos actualmente dando el último toque en medio de un doble descenso. Las fuerzas cósmicas superiores vienen a la cuna de cada niño y, además, una luz sobrenatural, una gracia divina le es ofrecida por el ministerio de su Ángel.

Para toda criatura hay tres factores: las fuerzas evolutivas del pasado, la fuerza presente del individuo, las fuerzas involutivas de los mundos supra-terrestres y, cuando se trata del hombre, un cuarto factor: el don divino que el Cristo nos presenta, pero que nosotros no siempre aceptamos.

Así, cerca de cada cuna se reúnen dos largas líneas de parientes: una línea según la carne y otra línea según el espíritu. Si la máquina del mundo no

hubiera sido falseada por los innumerables desobediencias de nuestra raza, estas dos líneas coincidirían. Tal armonía es rara; también encontramos demasiado a menudo incompatibilidades de carácter, odios, diferencias de valor entre los miembros de una familia.

Éste es el caso general; hay casos excepcionales. Una nación puede necesitar un estimulante, una ayuda; puede merecer un iniciador o un carcelero. Entonces, en una familia cuyos miembros presentan las propiedades y las facultades convenientes para el trabajo que él deberá cumplir, llega o un espíritu humano muy avanzado que retorna sobre sus pasos para dar coraje a los atrasados, o alguna criatura extrahumana, un genio quizás, un dios, o un demonio, que aporta una ciencia nueva, un gran progreso social, una forma de arte desconocida o, alguien que, por el contrario, inculca a la gente las duras lecciones del sufrimiento.

Dejad que os pida ahora dos cosas de forma rápida. Primero, no aplicaros jamás, ni a vosotros ni a vuestros hijos, la vanagloria de ser una de estas excepciones. Os repito que el alma más vieja, el espíritu que en los mundos superiores gobierna tales funciones o que, en los mundos inferiores provoca tales cóleras, cuando toma un cuerpo aquí abajo olvida poco a poco su estado anterior. Ésta es una ley rígida; nadie, desde el uso de razón, puede levantar el velo que separa las existencias y los mundos; ninguna videncia, ningún arte oculto puede hacer reaparecer lo que fuimos. Sea para preservarnos de las tentaciones del orgullo o de vilezas demasiado pesadas para nuestra debilidad, sea para hacer crecer en nosotros la fe sobrenatural, sea para evitarnos la desesperanza, el Cielo no quiere que conozcamos con certeza nuestro pasado ni nuestro futuro. Así, no busquemos nunca saber quienes somos, o quien es tal héroe o tal genio; no necesitamos juzgar.

A continuación podéis aceptar, si queréis, la teoría de las existencias múltiples, o rechazarla, no importa. El cristiano no debe preocuparse por su futuro, sino solamente del día presente, a cuya perfección consagra todas sus fuerzas. Lo más sencillo es no ocuparse de la reencarnación, no predicarla, no escrutar los misterios. Esta teoría, en efecto, no ofrece ninguna precisión. ¿Podría ser de otro modo? No sabemos de qué estamos constituidos, de dónde vienen nuestras energías; no conocemos lo invisible, hemos olvidado nuestros ancestros, ignoramos nuestros descendientes, no vemos a nuestros guías. Además, nuestros caminos no son individuales, sino colectivos; andamos y vivimos en grupos, en familias espirituales; nuestros mayores nos entrenan y nosotros, a la vez, tiramos de los menores; el jefe de grupo, el mayor de la familia, puede cambiar las funciones de cada uno de los miembros, cambiar su lugar, modificar sus cargas.

Supongamos a un hombre que muere; el conjunto de su personalidad comporta varias series de elementos que se podrían repartir en dos grandes clases: los elementos momentáneos, que la muerte restituye a su medio de origen, como el cuerpo, las nociones automáticas, las energías superficiales; y los elementos permanentes, las adquisiciones profundas, que aumentan el yo inmortal, porque

son de naturaleza extra-terrestre. Sin embargo está escrito. “A quién no tiene, aún le será quitado”. Si el ángel conductor de la familia espiritual ve que cualquier adquisición vuelve a su poseedor orgulloso o avaro, puede cogerla, en todo o en parte, y darla a otro individuo de esta familia. Es por esto que el sujeto que se reencarna casi nunca es idéntico a sí mismo; entre la muerte y el renacimiento, puede ser disminuido en algunas cualidades y ampliado en otra. En un mismo cuerpo no puede haber jamás dos Yoes, pero en todo lo que rodea a estos Yoes puede haber los repartos más variados. Estas aparentes anomalías tienen, como resultado moral, desarrollar en nosotros el indispensable sentimiento de la fraternidad, pues cada uno contiene un poco de las partículas físicas o fluídicas que, en gran cantidad, hacen posible estas semejanzas. Las simpatías y las antipatías espontáneas no tienen otra causa.

Por otra parte -pues todo esto pertenece al orden natural-, según el orden sobrenatural, el fruto de una existencia, la luz de todas las buenas acciones cumplidas en la humildad se reencuentra, o más bien, se une al Yo de manera permanente. Pero si, un día, este Yo cede al orgullo y cree que esta luz le pertenece, el Cielo se la retira casi del todo y la da a otro más humilde; aquí también “a quién no tiene, aún le será quitado”.

Éstas son las líneas generales según las cuales se operan las “revoluciones de las almas”. Pero tenemos el caso singular por excelencia que Cristo aporta a este plan primitivo, por el cual Él confiere a Sus discípulos perfectos la posible renovación por un privilegio excepcional dependiente del Espíritu Santo.

En medio de una reunión popular, advertido que Su madre y Sus hermanos lo llaman, Jesús replica: “¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?” Palabras muy duras para el sentimiento humano, pero, debo decirlo, conforme a la realidad de los hechos.

Ni a nosotros ni a mí nos gustan las controversias; no buscaremos si estos “hermanos” eran hermanos o primos. Los católicos afirman que la santa madre de Cristo no ha tenido jamás otro hijo y que su virginidad fue perpetua; los protestantes, por el contrario, pretenden que tuvo varios hijos de su esposo ¿Quién decidirá entre los méritos de la virginidad y los de la maternidad? La recomendación de San Pablo, que se manifestó siempre a favor de la primera, me parece, si me atrevo a decirlo, una derrota, pues nadie está seguro de, si se ha triunfado sobre diez mil tentaciones, no sucumbir a la diez mil y una. Si todas las mujeres rehusaran la maternidad ¿cómo los espíritus que, a las puertas de la tierra, esperan con impaciencia venir a purificarse por el dolor, efectuarían su evolución? Por otra parte, es cierto que la castidad corporal economiza ciertas fuerzas y permite transformarlas en obras psíquicas: toda la sabiduría precristiana está de acuerdo en cuanto a eso con la sabiduría católica. Pero estos cambios de dinamismos nerviosos en dinamismos fluídicos no llegan más allá que el magnetismo o el mental no llegan a lo sobrenatural, son hiperfísicos, no divinos. Además, ¿quién juzgará si los dolores de la maternidad, las vigilias y las angustias de una madre, tan a menudo fuera de proporción con las alegrías del amor conyugal, valen más o menos que los renunciamientos de

la virginidad monástica, con sus luchas y sus rigurosas penitencias?.

Pero volvamos a nuestro tema.

Si Jesús es Dios, si Su cuerpo terrestre fue formado en el seno de Su madre por una acción especial del Espíritu Santo -y se debe creer esto contra toda razón fisiológica-, no tenía, con toda evidencia, nada de común con Sus parientes terrestres.

¿Por qué entonces escoger, viniendo a este mundo, la vía común? Para renovarla, para santificarla, para divinizarla. No sería conveniente exponer estos misterios; sólo los conoceremos cuando seamos unos con otros amigos indefectibles. Pero los esposos cristianos pueden saber que el estado del matrimonio encierra posibilidades milagrosas. Cristo no teme hacer alusión, proclamando que Su madre y Sus hermanos son aquellos que practican la palabra de Dios. Entendida en su plenitud, esta frase expresa el secreto de la verdadera regeneración.

Imaginad, efectivamente, un discípulo perfecto, hombre o mujer. Sólo considera el servicio a Dios; no se permitirá ni un pensamiento, ni una palabra, ni una acción que no sea para el prójimo y por amor de Dios; no contento de cumplir los trabajos que se presenten, escogerá siempre, entre dos fatigas, la más penosa al egoísmo; al fin, cuando ninguna labor lo reclama, se ingeniará en inventarla para el bien genera y, llevando esta existencia de sacrificios perpetuos, se tendrá incluso por un servidor inútil. Un ser así se transforma enteramente poco a poco, se regenera y se recrea. Sus facultades mentales, sus poderes anímicos, sus fuerzas corporales y hasta el último glóbulo de su sangre y la médula de sus huesos, todo es limpiado de manchas ancestrales y pecados personales. El Espíritu otorga una vida nueva, divina; el Verbo nace en el centro de este ser, volviéndose el padre y la madre y el hermano y hermana de Cristo, porque toma en adelante de Cristo todas sus virtudes, como el brote nuevo toma su sustancia y sus cualidades de la cepa antigua en la que fue injertada.

Espero que no veáis en estas cortas explicaciones el materialismo que sin duda percibirían ciertos metafísicos. El Evangelio no es ni una física ni una metafísica, esto lo comprende todo el mundo. Pero aún me atrevo a decir que no es más un espiritualismo que un materialismo. Todos estos puntos de vista son de análisis humano. El Evangelio es una mirada divina sobre las cosas, un realismo. Es uno, es completo, y contiene todos los sistemas conocidos y aún muchos de otros. Recordad que Dios no es solamente todo esto y todo aquello o solamente esto combinado con aquello, sino también una infinidad de modos inconcebibles. El Evangelio es la palabra de Dios.

Cuando el Cristo dice algo, todo se encuentra allí: pensamiento, sentimiento, acto; principio, ley, hecho; tesis, antítesis, síntesis. Asimilemos Su enseñanza como un alimento triple, comunión con el Verbo por el intelecto, por el amor, por la acción y así vendrá el lugar feliz donde estos grandes ternarios desaparecerán, y dónde comprender, amar y actuar no serán para nosotros más que un solo gesto.

EL ESPÍRITU IMPURO.

Es remarcable que justo después de habernos hablado de nuestra verdadera filiación espiritual, después de habernos enseñado que haciendo la voluntad de Dios entramos en la familia del Verbo, Jesús nos revela las costumbres de los espíritus impuros. Éstas se sitúan a la inversa de las costumbres de los espíritus puros. Éstos buscan el trabajo y la fatiga, aquéllos el descanso, empleando cada vez más la astucia y la violencia. Los primeros se ofrecen, sin imponerse jamás, dan, mientras que los otros toman. Para éstos, la persona humana, la nación, la época, todo es una casa donde viven como parásitos. Para los primeros todo es una casa a poner en orden y adornarla, para el día en que el Maestro descienda.

Así, cazar al enemigo una primera vez no asegura nuestras victorias; hay que hacerlo dos, tres y siete veces y las últimas luchas se vuelven más duras que las primeras. Si me estuviese permitido exponer la constitución del hombre, veríamos claramente cuan juiciosas son estas máximas evangélicas que nos prescriben los trabajos más simples y cotidianos; veríamos que estos ejercicios elementales despiertan nuestras energías más profundas sin turbar el sano funcionamiento del organismo. Quizás es preferible que no conozcamos estos secretos, si poseyéramos la llave de los enigmas, no tendría ningún mérito vivir según la Ley, nuestra santidad sería tan sólo un egoísmo inteligente y si, por otra parte, transgrediéramos las órdenes, nuestra culpabilidad sería total y nuestro perdón imposible.

No os explicaré pues el sentido individual del pasaje citado; haría falta describir todo un mundo que os parecería fantástico y del que no conviene abrir las puertas, pues la Providencia las mantiene cerradas para la mayor parte de nuestros semejantes. Pero todo se corresponde, un mismo plan preside todos los modos de vida y curvas análogas guían los diversos desarrollos. Intentemos más bien aplicar a nuestro siglo lo que Jesús nos enseña de las costumbres de los espíritus impuros, al espíritu que generalmente lo anima, a su filosofía, a su estética.

Los caracteres más acusados de la mentalidad contemporánea inspiran más bien inquietud que esperanza, la cultura general se enrarece, los hombres apenas se reencuentran en las ideas generales; cada uno se especializa, sea por la variedad inmensa de profesiones, sea por la minuciosidad de las investigaciones teóricas, sea por la calidad de las inteligencias, ciertamente agudas, pero a menudo estrechas. Mirad el gentío, en el cine, en el estadio, en las carreras; veréis en él perfiles violentos, maxilares duros, bocas pesadas, ojos astutos y aún más a menudo en las mujeres que en los hombres. El predominio del instinto y la pasión se afirma por todos lados, hasta en el cabello y el vestido, la moda acusa la forma del cuerpo, la mandíbula, la boca; los andares y las formas se han vuelto brutales, los brazos se balancean, los hombros cabecean; no se vigilan ya estos gestos impulsivos que los buenos modales se esforzaban hasta ahora por armonizar. Se sabe correr, saltar obstáculos, lanzar

la pelota y el balón, el disco y la jabalina, se sabe golpear; ya no se sabe andar por la acera ni comportarse en una casa.

Estos estigmas físicos se encuentran también en las opiniones políticas, artísticas o literarias. Escuchad a los hombres, leed sus obras; en casi todos, un error inicial es tomado como una verdad; ninguna disciplina de trabajo, de pensamiento o de vida es admitida y, sobre todo, cada uno cree ciegamente en su propio genio. Ninguna novela que se pueda considerar una obra maestra, ninguna banalidad que no se nos muestre como una originalidad inédita, ninguna tesis de éxito que no sea un sofisma. Se dan los más nobles pretextos para justificar cualquier disparate. Francia está invadida por los saqueadores del mundo y los más locos de estos salvajes son los que más ruido hacen, se instalan en los mejores lugares, vituperan al país donde viven sin vergüenza, en lo material y en lo espiritual y persiguen con odio todo lo que subsiste del alma de nuestra raza.

Sé bien que Francia, acogiendo a estos huéspedes mal educados, ayudando a vivir a estos famélicos, obedece a su misión de iluminadora. Quienquiera que respire el aire de nuestra patria recibe, a menudo inconscientemente, una gracia sutil que lo espiritualiza. Repartir estos tesoros entre los que los codician, dejarse asaltar y devorar, recoger la ingratitud y el odio de los parásitos que la vampirizan, es el papel de Francia, es su imprescriptible destino. Los mismos franceses ayudan a esto, sea por su excesiva admiración por las producciones extranjeras, sea por los juegos paradójicos demasiado sutiles de sus intelectuales. Si tratásemos los detalles, no terminaríamos nunca, pero todo lo que nos entusiasma del extranjero, desde las invenciones industriales hasta las formas de arte y las especulaciones espirituales, son ideas francesas, desconocidas para nosotros, y que otro pueblo nos presenta bajo un nuevo nombre. Nuestra claridad de alma se parece a veces a la inocencia.

Los ejemplos de este ilusionismo abundan y golpean sobre todo en el terreno de las letras. Los críticos eruditos han mostrado como Alemania y Oriente invaden desde hace un siglo el pensamiento francés. Es un fenómeno normal pues, sobre la tierra, las revoluciones de fuerzas, desde las magnéticas hasta las metafísicas, siguen la marcha del sol, del este hacia el oeste. Pero Cristo vino un día para poner abajo lo que estaba arriba, y arriba lo que estaba abajo. En lo social, Francia, situada en el occidente del mundo, cumple este gesto crístico, pues, según la marcha natural de las cosas, habría debido recibir siempre y, por el contrario, siempre ha dado. Siempre dió y dará cada vez más. Nuestra tarea, verdaderos franceses y verdaderos cristianos, parece ser prevenir las invasiones intelectuales que amenacen su misión.

Entre los pensadores que han moldeado los jóvenes cerebros de hoy nombraremos, hace un siglo, a Châteaubriand, Stendhal, Proudhon, Balzac, Michelet, Victor Hugo, Renan y, más cerca nuestro, Anatole France, Maurice Barrès, Charles Péguy, A. Gide, R. Rolland ¿Cuántos más aún? Ahora bien, casi todos son anticristianos, al mismo tiempo antifranceses, a pesar de su patriotismo o su religiosidad. Los más peligrosos poseen la maestría de estilo

que presta al error el encanto de la verdad, como la ropa de la mejor modista vuelve seductora a la mujer más indigna. Todos hacen del diletantismo el código de su existencia, pero cada uno utiliza un procedimiento propio para agotar las fuentes del entusiasmo y la energía.

Uno extrae de los sentimientos y las acciones la parte un poco ridícula que se encuentra generalmente en ellas y que las esteriliza; descubre el vicio por el que algunas veces se realizan las acciones heroicas en apariencia y, con una vuelta de jugarreta desleal, achaca a cualquier función social las mezquinerías señaladas en casa de su representante, o identifica como insuficiencias de un ministro la institución que no puede cambiarse. El funcionario es indigno porque el régimen es criminal: éste es el silogismo que el talento prestigioso del sofista cocina con la libertad del pensamiento, independencia de carácter e imparcialidad crítica. La confusión de los errores con verdades, la negación de las realidades de sentido común, la conversión en sistema de un eclecticismo confortable, la aceptación de utopías como el pacifismo o el internacionalismo, son los resultados de tales derribos.

Otro diletante, nacido artista escéptico, irónico y desencantado, es decir egoísta, se volvió, en su edad madura, tradicionalista, patriota y católico, ¡jamás, por desgracia! por una generosa conversión, sino por motivos estéticos. No sintiendo ya el vigor necesario para conquistar el poder, él ha renovado las actitudes del vizconde de Châteaubriand. Creer en Dios tontamente es bueno para los electores; eso no se grita, tampoco rehusar la mano en un salón a una canalla comprobada. El gran escritor tiene una sensibilidad noble y rica, y una amplia inteligencia, pero también una falta de lógica. Puesto que desprecia a la mayoría de sus contemporáneos, el amor perfecto por su país y su religión le resulta imposible; desdeñar no es comprender. Sin embargo la calidad de su estilo y la distinción de sus ideas han conquistado todo un público de jóvenes, también para los cuales, por desgracia, las realidades del Cielo y de la Patria no son más que símbolos.

Tenemos ahora otra pareja con anteojeras más apretadas aún.

Es un gran prosista, nutrido de Grecia y Roma y se ha hecho el doctrinario de un partido agresivo. Incluso sus enemigos reconocen su inmenso talento. En cuanto a sus discípulos, lo tienen por un igual de los más grandes hombres de Estado. Sin embargo, él vive en una gran confusión de valores con la mayor serenidad. Jefe de un partido político que combate para el trono y el altar, este escritor nos demuestra todos los días que un rey nos es indispensable y siembra al mismo tiempo sus alegatos de sentencias anticristianas y de máximas donde el agnosticismo roza el ateísmo. Un dominico, el P. Laberthonnière, ha reunido un grueso libro de citas heréticas tomadas de este defensor del catolicismo.

Tenemos también a un gran enfermo sutilmente peligroso, pues seduce al mismo tiempo que evita los entusiasmos que provoca. El demonio de la perversidad lo posee, además a menudo habla de ello. Hijo de una línea de protestantes concienciados, las disciplinas le exasperan, aunque conoce su virtud; quiere sentirse libre para actuar, llegaría hasta el asesinato si no

percibiera de inmediato que el acto una vez efectuado le encadenaría, y pasa su vida precipitándose, luego parándose, ofreciéndose para después rehusar. Este hombre, desdichado a pesar de toda su inteligencia y de la excelente opinión que tiene de sí mismo, no ve que esta búsqueda de la confusión, de lo perverso, de los estados de ánimo arriesgados lo encadena aún más que las violencias realizadas, pues lo convierte en un esclavo de su triste orgullo. No puede ver seres normales sin tentarlos, agitando ante ellos mil fantasmas coloristas; ve el bien y el mal, pero el bien le parece aburrido, demasiado sencillo y sano, sólo las riquezas del mal lo atraen. “La hipocresía, dice, es una de las condiciones del arte”, y este gusto por lo artificial, por la mentira, lo lleva a invertir el sentido de los textos evangélicos. Como Oscar Wilde, uno de sus hermanos espirituales, toma a Jesús por un artista y las parábolas por cuentos deliciosos; como la santidad atrae a los demonios, lo divino atrae a estos literatos, les gusta pervertirlo un poco.

Muchos de los grandes pensadores extranjeros son de espíritu falso: Edgar A. Poe, Emerson, Carlyle lo son algunas veces; W. Blake, Nietzsche, Schopenhauer, Hegel, Kant, Dostoievsky, Tolstoi lo son en el centro mismo de su genio, y tienen seguidores en Francia. Renan es uno, y de los más célebres; a su vez, él ha falseado a toda una pléyade de escritores de los cuales he citado ya a los más influyentes.

Sin embargo, solo entre todos, Charles Péguy no toma una actitud orgullosa. Ciertamente cree en su misión, conoce su fuerza y su inteligencia, pero no se tiene por un superhombre, no declara, como Stendhal y otros, escribir para los siglos futuros, trabaja para el presente, porque sabe que “el día de mañana cuidará de lo que le toque”. También ha captado las más altas realidades humanas y sobrehumanas, de Francia y Cristo imágenes exactas y, siendo universitario en humanidades, nos hace comprender mejor que muchos sociólogos, la dignidad del trabajo; mejor que los eclesiásticos, el carácter humano de la santidad, mejor que muchos extáticos, el comercio de la gracia y la intimidad de las personas divinas. Pero nadie es profeta en su tierra.

Los falsos grandes hombres, cuya suficiencia, amor propio y orgullo se ofenden con las barreras que les opone el genio de la raza, se revuelven, buscan con rencor pretextos para una independencia que creen sublime, pero que sólo es pueril y, por una hipocresía casi tan inconsciente como profunda, no temen colocarse a remolque de estas poderosas y funestas individualidades que, desde todos los rincones del mundo, asaltan al buen sentido, a la verdad, al bien, a la Luz.

Cuánto más célebres son, más perjudiciales resultan. Tales pensadores sirven, sin saberlo, a ciertos propósitos del Adversario. No desesperemos, sin embargo; sin duda sirven también, a sus espaldas, a los propósitos de la Providencia. Pues las gentes son enviadas a la Existencia para aprender, conocer, vencer todas las seducciones, burlar las trampas. Para llevar bien este trabajo, dos métodos se presentan: uno consiste en vendarse los ojos, taparse los oídos, rehusar todo lo que no es la Ley del Cielo; es el método más rápido y más

seguro, pues seguido hasta el final, procura la visión real, el conocimiento exacto de todos los tentadores fantasmas que atestan la ruta. El otro, seguido generalmente, experimenta, ensaya, gusta de todos los frutos, abandona al sufrir las consecuencias desagradables de estos intentos y, a fuerza de experiencias más o menos dolorosas, la sabiduría viene poco a poco.

Yo prefiero el primer método y os lo recomiendo. Así, el sufrimiento es reducido y el viaje acortado en gran medida. Ciertamente, hay belleza en jugar a Faustos, Manfredos, Zarathustras e Inmoralistas, pero es un juego engañoso, pues termina siempre por confundirnos. Los falsos héroes pretenden ser los únicos en dar muestras de energía; no se dan cuenta que en los momentos en los que hacen sus más grandes esfuerzos de independencia, el orgullo los está encadenando con triple vuelta. Quien quiere hacerse el libre, se hace esclavo.

Es para invitaros al primer método por lo que me abstengo a veces -demasiado a menudo, he oído decir- de comunicaros tales o cuales misterios a los que el Evangelio hace alusión. Puedo comprender mal, en relación con vuestras comprensiones, puede que no me dé a entender. Podéis leer u oír algo distinto a lo que digo; podéis aplicaros unos relatos que no se dirigen a vosotros.

Desconfiemos de esa forma de la envidia que se llama curiosidad.

Hace veinticinco años que os lo digo, y Ernest Hello lo dijo primero. Desconfiad de todo lo que viene de Oriente. Desconfiad del pensamiento alemán y de sus amigos, no solamente de los muertos: Kant, Hegel y Nietzsche, sino de los vivos: O. Spengler, Keyserling, Rudolf Steiner y de cualquiera que se pretenda “por encima de la melé”, desconfiad del encanto eslavo y del falso cristianismo, desconfiad de los deliciosos Tagore y Gandhi, confunden a Jesús con Buda, la obediencia a Dios con el abandono a los instintos y el amor fraternal con los remiendos desordenados del fanatismo demagógico.

Todos hablan elogiosamente de Cristo y el Evangelio, pero los explican confundiendo los conceptos o separando las proposiciones. Ciertamente, el Reino de los Cielos sólo está abierto a los pobres de espíritu, pero no a aquellos pobres que están atados a la riqueza. El menor empleado que atesora de su irrisorio salario es rico; Pasteur, que sabía no saber nada, era pobre. Y los escritores de los que hablo, que predicán el abandono al momento presente, la vanidad del esfuerzo y el vacío de toda certeza, que permanecen invenciblemente persuadidos de su propio genio, son ricos a quienes los Cielos de la Verdad y la Belleza les resultan inaccesibles.

Todavía, franceses, vuestro sentido crítico es bastante ágil para identificar los sofismas y vencer las seducciones de la forma. Pero hay extranjeros cándidos que “marchan a fondo”, americanos, suizos, daneses, suecos, checos que, de buena fe, aceptan las paradojas y admiran los rodeos de las jugarretas estético-filosóficas. ¡Ah, los libros hacen estragos! ¡Qué velos no tejerán ante lo Real! Lo que necesitamos sería mirarnos, de vez en cuando, a solas con nosotros mismos, sin teorías, sin poses, sin parcialidad.

Nuestros “malos pastores” hablan mucho de mirarse a sí mismo, pero lo que llaman “sinceridad” es dar las riendas a todos los instintos; dicen que ¡si están

en nosotros, son buenos!, es la aquiescencia a cualquier deseo y sobre todo a los malos. La sinceridad, ¿no es saber que los pretextos que damos para pensar mal, sentir mal o hacer mal son hipócritas? Lo que ellos llaman “libertad” es el falso coraje de cumplir nuestras pequeñas mezquindades como si fueran nobles, mientras que, realizándolas, nos cargamos de cadenas. Lo que ellos llaman “belleza” es la idolatría complaciente del yo artificial que con gran trabajo han compuesto, mientras que la belleza divina es el esplendor de lo real. Al final, llaman Dios a ellos mismos: “Dios, dice R. Rolland, es nuestro yo superior, encarnado en nosotros, en esta hora de su vida milenaria... Piensa en las cosas eternas y tú serás eterno”. ¡Qué confusión! Humanizan, naturalizan el Evangelio, lo subjetivizan.

¡Pobres artistas, pobres hombres con inmenso talento, hay que compadecerlos! A nuestra raza puede ocurrirle como al poseído del Evangelio: Alguien, hace dos mil años, expulsó de entre nosotros al espíritu impuro; pero el intruso ha llamado a siete cómplices que intentan reinstalarse todos juntos en la vieja y comfortable casa. ¡Quiera el Cielo que la próxima generación resista estos incesantes asaltos!

CAPÍTULO TERCERO

RECEPCIÓN DE LA GRACIA

Mateo 8, 5-13; Lucas 7, 1-10/ Lucas 7, 11-17/ Lucas 7, 18-30;
Mateo 11, 2-15/ Lucas 7, 31-35; Mateo 11, 16-19/ Juan 4, 43-54

Entró Jesús en Cafarnaúm, donde había un centurión cuyo siervo, que le era muy querido, estaba enfermo y a punto de morir. Habiendo oído hablar de Jesús, le envió algunos Ancianos de entre los judíos, para pedirle que fuese a sanar a su siervo. Éstos, abordando a Jesús, le rogaron con instancia, diciéndole: *Merece que le concedas esto, porque ama a nuestra gente y nos ha edificado la sinagoga.* Jesús respondió: *Iré y lo curaré.* Y partió con ellos. Estaba cerca de la casa, cuando el centurión envió algunos amigos para decirle: *Señor, no te molestes, pues no soy digno que entres bajo mi techo, y tampoco me he creído digno de ir a ti. Pero da sólo una orden y mi siervo será curado. Pues yo, que no soy más que un subordinado, tengo bajo mis órdenes a los soldados y si le digo a uno: Ve, él va; si le digo a otro: Ven, él viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace.* Jesús se admiró de estas palabras y dirigiéndose a los que le seguían dijo: *En verdad os digo que no he visto a nadie, ni siquiera en Israel, con una fe tan grande. Os declaro que vendrán muchos desde el Oriente y desde el Occidente y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob, en el Reino de los Cielos, mientras que los hijos del Reino serán arrojados a las tinieblas exteriores. Allí serán los llantos y el rechinar de dientes.* Y dijo Jesús al centurión: *Ve y que se haga tal como has creído.* Y, a esa misma hora, el siervo fue sanado.

*

Al día siguiente, se dirigió a una ciudad llamada Naín, yendo con él gran número de sus discípulos y una considerable multitud. Cuando llegaron a la puerta de la ciudad, vio que llevaban un muerto, que era hijo único de su madre, viuda. Gran cantidad de gente de la ciudad estaban con ella. Viéndola, el Señor se compadeció y le dijo: *No llores más, se acercó y tocó el ataúd.* Los portadores se pararon y él dijo: *Joven, te lo ordeno, levántate.* El muerto se levantó de su asiento y se puso a hablar. Jesús se lo entregó a su madre. El temor se apoderó de todos y glorificaban a Dios, diciendo: *Un gran profeta ha surgido entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo.* Los comentarios de lo ocurrido se extendieron por toda Judea y por todas las regiones de alrededor.

*

Los discípulos de Juan habían dicho todo esto a su maestro, que estaba preso. Juan llamó a dos de ellos y los envió a Jesús para decirle: *¿Eres tú quien debía venir o tenemos que esperar a otro?.* Cuando estaban con Jesús, le dijeron: *Juan*

*el Bautista nos envía a tí para decirte '¿Eres tú quien debía venir o tenemos que esperar a otro?'. En ese mismo instante, Jesús curaba a varios enfermos, impedidos y poseídos, y a muchos ciegos les devolvió la vista. Entonces les respondió a los mensajeros: *Id y decid a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los lisiados andan, los leprosos son sanados, los sordos oyen, los muertos resucitan, el Evangelio es anunciado a los pobres. Bienaventurado aquel para el que yo no sea motivo de escándalo.**

Cuando se fueron los mensajeros, Jesús habló de Juan a la muchedumbre: *¿Qué habéis ido a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué fuisteis a ver? ¿Un hombre con ropas suntuosas? Los que visten con ricos vestidos viven en los palacios de los reyes. ¿Qué fuisteis, entonces, a ver? ¿Un profeta? Sí, os digo, y más que un profeta. Es aquél de quién está escrito (Malaquías 3, 1): 'He aquí que envío a mi mensajero para que te preceda y prepare el camino delante de ti'. Os digo que, entre los nacidos de mujer, no hay nadie más grande que Juan. Pero el más pequeño en el Reino de los Cielos es más grande que él. Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos es tomado con violencia y los violentos se han apoderado de él. Todos los profetas y la Ley han profetizado hasta Juan y, si queréis comprender, él es Elías que había de venir.*

*

¡Quién tenga oídos, que oiga!. Haciéndose bautizar por Juan, todo el pueblo que le escuchó, incluso los publicanos, han reconocido la justicia de Dios, pero los fariseos y los doctores de la Ley, al no hacerse bautizar por él, han rechazado el propósito de Dios.

¿A quién pues compararé los hombres de esta generación? Se parecen a los niños que, sentados en la plaza pública, se gritan unos a otros: 'Os tocamos la flauta y no danzasteis, os tocamos lamentos y no llorasteis'. Y, en efecto, vino Juan el Bautista, que no comía pan ni bebía vino, y decíais: 'Está poseído por el demonio'. Vino el Hijo del Hombre que comía y bebía como todo el mundo y decís: 'He aquí un amante del buen comer, bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores'. Pero la sabiduría de sus obras les hace justicia.

Fuese Jesús a Galilea y, cuando llegó, los galileos le acogieron, por todo lo que habían visto hacer en Jerusalén durante la fiesta a la que ellos también asistieron. Jesús se volvió de nuevo a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino.

*

Había en Cafarnaúm un cortesano cuyo hijo estaba enfermo. Oyendo que Jesús venía de Judea, fue a su encuentro y le rogó que bajase y curase a su hijo, que estaba muriéndose. Jesús le dijo: *¡Si no veis con vuestros ojos milagros y prodigios, no creéis!. El cortesano le dijo: ¡Ven, Señor, antes que muera mi hijo!.*

Jesús le respondió: *Ve, tu hijo vive*. Creyó este hombre en la palabra que Jesús le había dicho y se fue. Estaba el hombre de camino, cuando encontró a sus siervos, que le anunciaron que su hijo estaba vivo. Él les preguntó a qué hora se había sentido mejor y ellos le respondieron. *Ayer, a la hora séptima, la fiebre se le quitó*. El padre constató que era la misma hora en que Jesús le dijo: *'Tu hijo vive'*. Desde entonces, creyó él y todos los de su casa.

Era éste un nuevo milagro, el segundo que hizo Jesús a su regreso de Judea a Galilea.

EL CENTURIÓN.

Creo que la historia del centurión de Cafarnaúm indica todas las condiciones necesarias para obtener las gracias del Cielo.

Este hombre desea que su fiel siervo sane, como nosotros deseamos que nuestros siervos fieles, nuestro cuerpo, nuestras facultades no sufran. Es un hombre de bien; ayuda a las gentes dónde vive, como nosotros debemos ayudar a los que nos rodean. Es humilde, no se siente digno de presentarse ante el Señor, ni de recibir la visita salvadora. Sólo pide una palabra: sabe que la distancia no existe para el Todopoderoso y que, por lejano que esté el lugar adonde Le llamemos, Su presencia es siempre inmediata. He aquí siete ejemplos a imitar.

Verdaderamente, tal fe es admirable y nos consideraremos muy felices si se eleva en nosotros espontáneamente. Para obtenerla, hay que hacer como el centurión: nuestro deber, con toda sencillez. La mentalidad que nos muestra primero las cosas bajo un aspecto complejo es útil, cierto, y libera nuestro cerebro; sin embargo, no es más que una escuela, un aprendizaje. A quien toca la Luz, ve la complicación del mundo, pero no se enreda ahí; el vínculo vivo que le ata a la Unidad le descubre como ajustar cada detalle al conjunto y ningún imprevisto le desconcierta.

Así, de un vistazo, el centurión vio a Cristo como el jefe que da órdenes a sus numerosos siervos y soldados, órdenes que éstos ejecutan con una inteligencia y una prontitud más perfectas todavía que aquéllas, aún siendo admirables, de los subalternos del oficial romano. Este hombre no se ha perdido en el bosque de las teorías esotéricas o religiosas; de una primera mirada, se da cuenta que las enfermedades son seres, que su curación es un acto espiritual, que, en el mundo del Espíritu, el espacio y el tiempo se desvanecen, que la palabra de Dios es la vida misma y el acto puro.

Todo lo que puede hacerse para obtener la verdadera fe, la fe viva y práctica, se resume en tomar la costumbre de una conversación permanente con Dios: hablar a Dios como a un interlocutor presente. Practiquemos esto: cinco minutos mañana y tarde no son suficientes. Lo mismo que un adolescente vigila sin cesar su lenguaje y su mantenimiento, igualmente cada uno de los segundos que, veinte veces al día, separan nuestras diversas ocupaciones debe llenarse

con un regreso rápido hacia el Cristo, con un impulso de nuestro coraje, con una reactivación de nuestro interior. Es sin duda una larga disciplina, pero la adquisición de cualquier maestría, incluso la más material, ¿no exige también una perseverante obligación? Se nos dijo, hace ya muchos años, que “sonreír a los enemigos es el comienzo del camino que lleva a la fe”. Semejante serenidad sólo puede realizarse por un comercio perpetuo con Dios, a fuerza de elevar nuestros corazones por encima de las pequeñeces y pobres vicisitudes terrestres, a fuerza de solicitar el milagro, a fuerza de saborear nuestra nada.

La humildad, en efecto, constituye la tierra nutricia de la fe. Los hijos del Reino, destinados por la Providencia a acoger aquí abajo al Dios viviente, si son lanzados a las tinieblas exteriores, es a causa del orgullo que han sentido al verse la nación elegida. Y las naciones extranjeras, venidas del Oriente y del Occidente, si el Padre las admite en Sus festines es a causa de su humildad.

De esta manera, lo que hace crecer la fe es el sencillo cumplimiento de nuestros deberes, una verdadera humildad, el pensamiento vivo de nuestro Padre. Y la fe, a su vez, nos permitirá extender alrededor nuestro los milagros de la bondad divina. Vamos pues, ¿no?, pongámonos manos a la obra. Creo descubrir a menudo en vosotros una cierta inquietud, una cierta timidez ansiosa, de duda en fin; esto esteriliza todas vuestras penas. Volved a tomar aliento, aseguraos, calmaos, ¡y a la obra! ¿Qué podéis temer? ¿La fatiga? A menudo la habéis vencido. ¿El fracaso? Servís a un excelente maestro que mirará vuestras penas antes que vuestro éxitos. Servís al maestro más sabio; cuando Él no os hace conseguir una victoria brillante, es que la derrota aparente es mejor para vosotros y vuestros adversarios.

EL HIJO DE LA VIUDA.

En general, nos falta la plenitud interior, este sentimiento de alegría tranquila y radiante que reconforta el alma del asceta como la euforia llena el cuerpo del deportista. Sin embargo esta plenitud es el resultado de ejercitarse en el sentido de las realidades espirituales.

Tomemos un ejemplo aproximativo. Así, la resurrección del hijo de la viuda de Naín. El evangelista cuenta este hecho extraordinario en doce o catorce líneas, pero, cada una de las palabras de estas frases ¿a cuántas glosas no darían lugar si se extrajera todo el sentido que implican? El nombre de la ciudad, los discípulos, la muchedumbre, el muerto que es llevado, hijo único, y de una viuda, los asistentes, la compasión de Jesús, Su apóstrofe: *No llores más*, Su intervención cuando nadie Le pidió nada; Él se acerca, toca el ataúd, los portadores se detienen; cada una de las palabras de la orden taumatúrgica y Jesús, que “lo devuelve a su madre”, el temor de los espectadores, y todo el resto.

Aplicad cada uno de estos detalles al hombre espiritual, al hombre moral, al

hombre intelectual, a los fluidos, al hombre corporal, a su vida cotidiana, al plano social, a la materia, al conocimiento, a la tierra, ¿qué sé entonces?. La madre viuda del resucitado puede ser tomada por la creación, separada de su Señor por el pecado, por la Iglesia, por un pueblo, por el alma extraviada. En alquimia, en psicología mística, en economía nacional, podemos imaginar las aplicaciones de este episodio. Pero estas investigaciones, aunque no sean del todo juegos simbólicos, sólo satisfacen la curiosidad intelectual. Para alimentar nuestro corazón, sólo valen las intuiciones de los diversos órdenes de realidades contenidas en tal palabra o tal gesto del Cristo, intuiciones que surgen espontáneamente de las profundidades de nuestro ser, cuando nuestra voluntad se une a la voluntad divina y pliega a ella todos los poderes conscientes de nuestra persona.

Hay en Jesús una unidad que engloba y supera el Universo. Todo lo que Él hace y todo lo que Él dice sacude a la vez las formas del espacio y del tiempo. Así, resucitar un muerto no es un acto simple. A cada ser humano van unidos centenas de criaturas terrestres o extraterrestres, visibles o invisibles; con él mueren estas criaturas, como con él han nacido; hacer revivir un muerto exige hacer revivir todos estos acompañantes y auxiliares, es provocar numerosos sobresaltos, es determinar más dolores que alegrías. Las resurrecciones magnéticas o mágicas, o bien ignoran esta complejidad, o bien no se cuidan de ella. Pero la mística sí se preocupa, y es porque sólo se permite pedir al Cielo.

Sin embargo, para que sus demandas sean escuchadas, y luego atendidas, le es preciso vivir al mismo tiempo en el Cielo y en la tierra, no ir del uno al otro, sino estar simultáneamente arriba y abajo, respirar las dos atmósferas, ver las dos realidades; esto es posible, es fácil incluso pues, verdaderamente, para el Cristo, las dos no son más que una.

Volved pues poco a poco vuestras miradas más penetrantes, que las criaturas con las que vivís se os vuelvan translúcidas; que la trama de las circunstancias no os oculte las líneas de la fuerza divina; que encontréis a cada minuto y en cada lugar el punto secreto por dónde cada uno de éstos se une al infinito y cada uno de aquéllos a lo eterno. Por el momento, vuestra regeneración no está cumplida, apenas comienza; la Luz sólo habita en un rincón muy pequeño de vuestra persona, no poseéis la plenitud más que en un mínimo territorio. Tenéis que superar dulcemente todo el resto de irrealidades que lo ocupan sin llenarlo.

Así, podéis verlo en este momento, por la crisis del cambio francés: hay una multitud de compatriotas que han creído en la realidad de la cuestión cambiaria. Sin embargo la moneda sólo es un signo, y el cambio, signo de un signo. En los periodos inciertos, como el nuestro, acaba por no corresponder en nada a la riqueza real de una nación. Los franceses se han dejado tomar por un símbolo, por una imagen, una sombra. Si hubiesen voluntariamente ignorado las maniobras de la Internacional financiera, si se hubieran comportado como si estas maniobras no hubieran tenido lugar, no habría habido repercusiones en nuestras bolsas ni en los movimientos de Amsterdam u otras partes y el ataque contra el franco sólo hubiera encontrado el vacío y se habría disuelto.

Es lo mismo en el orden espiritual. Comportaos como si las cosas pasajeras fueran todopoderosas y harán de vosotros sus esclavos. Comportaos, por el contrario, tomando las cosas divinas por las únicas reales y Dios mismo os hará todopoderosos. Él cumplirá vuestros deseos, como un padre colma con alegría a su hijo obediente de recompensas y regalos.

Los hombres religiosos más inteligentes y cultos no llegan apenas a concebir estos absolutos de plenitud y unión; se figuran que es necesaria la fe en los socorros humanos para regenerar el mundo temporal y es que hay más doctores y administradores que verdaderos místicos. Pensaba recientemente en estas particularidades leyendo un libro de Henri Massis. Este espíritu despierto, erudito, juicioso, de un sentido católico muy sano, declara que la simple realización por cada fiel de las máximas del Evangelio no bastaría, por completa que sea, para renovar el estado social, ni para devolver a la nación su prosperidad, ni para rectificar los errores de sus filósofos o de sus artistas. Y es que el Sr. Massis no ha sentido nunca el poder del Verbo Jesús, es demasiado intelectual para recibir la simplicidad del espíritu. Él se alimenta todavía de alimentos vacíos, su fe cristiana se apoya primeramente sobre las ideas de los comentaristas y sólo estudia el texto divino a través de las glosas de los Padres y los cánones de los concilios.

En las actividades cotidianas no actuamos mejor. Colocamos intermediarios entre Dios y nosotros, no nos decidimos a ir derechos a Él y, si tenemos el propósito, no osamos realizarlo, de suerte que, cuando el Cristo viene a nosotros, es Él quien hace todo el camino; como los amigos y la madre del joven de Naín, que se lamentaban sin pensar que el Maestro de la Vida pasaba cerca de ellos. Es la compasión de Cristo la que nos ayuda cuando nos ve desesperados, mientras que, si vivimos con Él, estaría feliz de dar a nuestros gestos el poder y la perfecta belleza de Su cooperación.

Llamad al Cielo, aspirad a Él, inspirad Su luminoso Espíritu. La gimnasia respiratoria recomienda vaciar primero a fondo los pulmones, antes de llenarlos de aire puro. Primero limpiarnos de todo lo que es el yo. No digo de todo lo que es la tierra, pues la tierra y las criaturas son obras de Dios y contienen los reflejos de Dios, sino de la codicia, la posesividad, la avaricia vital que corrompe todo. Enseguida os llenaréis de las plenitudes eternas y todo lo que en nosotros estaba para la muerte, será devuelto a la vida, como el joven de Naín.

¿DÓNDE ESTÁ EL CRISTO?.

¿Cuántos espíritus inquietos se plantean en la actualidad esta misma pregunta: Este taumaturgo, este pensador, ¿es el Maestro, es Quién debe venir? Juan el Bautista, el más grande de los hombres se interroga como hombre instruido y circunspecto, sabiendo que el milagro material no prueba siempre la legitimidad espiritual del taumaturgo. Sin embargo, la respuesta de Jesús es una respuesta sencilla que, concordando con los hechos, tiene un valor muy grande como

prueba. ¿Por qué? Porque la simplicidad de Jesús va más allá del sentido crítico de los psicólogos, mientras que la simplicidad de los ignorantes es una simplicidad parcial, negativa y superficial, no superando el conocimiento racional; la simplicidad del discípulo, al contrario, deja tras de sí la autoridad del intelecto.

Cualquiera que desprecie el trabajo cerebral, y generalmente las diversas formas del trabajo humano, testimonia que nunca ha experimentado ningún interés con pasión. Aquellos que debutan en las vías espirituales tienen tendencia a considerar con desdén a los investigadores de laboratorio, a los intelectuales e incluso a los observadores concienzudos de las reglas morales o religiosas. Un escritor serio, el barón Seillière, nos muestra con una serie de profundos estudios, los estragos cuya causa estuvo en la indisciplina de las emociones durante los siglos XVIII y XIX, y cómo confundimos los términos de romanticismo y misticismo. Sus comentadores no señalan esta confusión y de esta forma el público sigue repitiendo el viejo error que hace de un místico un imaginativo y un impulsivo. Sin embargo no hay misticismo verdadero sin regla rigurosa, sin ascetismo.

El hombre no es un cuerpo, el hombre no es un espíritu, el hombre no es un alma. Es estas tres sustancias mezcladas, o más bien, combinadas. Es una sustancia única que no se parece a ninguna de las tres sustancias madres, pero que no podría ser sin la participación de éstas tres. Todo análisis es un artificio para comprender lo Real, disociándolo, y todo lo que concierne al Cristo es únicamente realidad y vida. No consideréis ninguna palabra de los Evangelios como expresiones de hechos, de sentimientos o de ideas, sino como realidades, como cosas vivas, seres vivos.

Por eso Jesús responde a los enviados del Bautista: “Id y decid a Juan lo que habéis visto y oído”. Estos mensajeros debían haber adquirido en la escuela de su maestro -o más bien encontrado- este sentido de lo real, esta aprehensión inmediata de la vida particular de cada hecho y cada ser, del cual recibimos el germen antes de descender en los ciclos de la existencia, pero del cual nosotros sólo poseemos la plenitud después de haber recorrido todos los caminos y haber reintegrado el reino de lo Absoluto.

Esta actitud, a la vez acogedora y discreta, esta mirada que pasa sobre los seres, limpia de todo vaho personalista, esta comprensión nutrida de experiencia, más que indulgente, fraternal y humana, humilde y llena de dignidad a la vez, es lo que necesitamos adquirir para recibir el rayo de Luz eterna del cual cada criatura, cada circunstancia es el tabernáculo cierto. Lo que podéis leer en Claude Bernard, Henri Poincaré o Duhem sobre el estado de espíritu científico, aplicadlo a todos los estados del espíritu humano, y percibiréis lo que debe ser vuestro compromiso en la vida. Deshacerse de los particularismos es el trabajo más difícil. Vemos constantemente a hombres de élite encerrarse entre cuatro paredes y, esto es lo peor, no darse cuenta que están encerrados. Ved al Ángel de la Escuela, Santo Tomás de Aquino; es un cerebro único, pero no se mueve de la plataforma aristotélica. Ved a Napoleón I,

el modelo de instrumentos del Invisible; para él sólo cuenta la razón, la sangre fría, la voluntad, las cosas terrestres, las más tangibles. Los escritores religiosos que comentan el Evangelio sólo descubren en él máximas morales o tesis dogmáticas, según su mentalidad del momento, nada más. Cualquiera que obtenga del Evangelio una adaptación no acostumbrada, a sus ojos se convierte en un visionario, un ocultista o un teosofista. Tal es el poder prestigioso de la mágica Inteligencia.

Ciertamente su papel de intérprete de la Vida es importante e indispensable, pero ella no se contenta con esto y, por las aparentes satisfacciones que ofrece a nuestra imperiosa necesidad de certezas inmediatas, hace desaparecer poco a poco esta Vida, única Realidad, detrás de las imágenes que nos ayuda a formar. La actitud del intelectualista se parecería a la de un ingeniero que olvidara la realidad de la locomotora para creer únicamente en sus ideaciones y ecuaciones. La verdad es que la Vida esencial se refleja sobre espejos diversos: el espejo del pensamiento lógico, el espejo de la sensibilidad estética, el del carácter moral, el de la sensibilidad corporal; grandes imágenes a su vez disociadas en innumerables reflejos por las innumerables facetas de sus grandes lentes.

El error de los esoterismos no es creer en la preeminencia de los hechos hiperfísicos sobre los conceptos conscientes, sino buscar hechos primordiales partiendo de la materia. El Evangelio nos pone en presencia de estos hechos, los cuales nos introducen en el Reino de Dios, estancia del Verbo, donde todo palpita de la vida más real; nos presenta los fenómenos de este mundo central y permanente, como los principios de nuestras metafísicas, de nuestras teologías, de nuestras morales y nuestras ciencias; nos aclimatan a la Unidad divina por la búsqueda de nuestra unidad personal. El Evangelio nos coloca junto a Dios por el centro; los ocultismos no pueden dirigirnos hacia Él más que por el exterior, ¡y con algunos riesgos!

Me gustaría que reflexionáseis sobre estos puntos, con el fin de responder mejor cuando se nos reprocha que unimos en traje de Arlequín los diversos disparates de doctrinas heterogéneas. Santa Francisca Romana, Santa Hildegarda, Catherine Emmerich y muchas otros han descrito copiosamente los rincones del Invisible; no he dicho nunca que fueran por esto ocultistas o teósofos. San José de Cupertino ha realizado otros muchos fenómenos como los más ilustres mediums; no he dicho nunca que fuese espírita, sabiendo muy bien que un hecho material puede tener mil causas espirituales diferentes. Los teólogos que nos critican deberían mostrarse también imparciales. No llevamos por fuerza a nuestros interlocutores al confesionario: esto no quiere decir que seamos protestantes; recomendamos una disciplina ascética, o el recurso a la Virgen: el Sr. Wilfred Monot nos ha catalogado por estos motivos como católicos especiales. Cuánto más envejezáis más reconoceréis cuánto la imparcialidad, la independencia y el buen sentido son raros. También Jesús nos recomienda con fuerza no juzgar. Nos parecemos todos al fogoso Arthur Meyer, hablando de pintura. Hacer abstracción de nuestros gustos al ver las cosas, apreciarlas fuera de nuestros intereses, compararlas sin seguir nuestras pasiones, es difícil,

extremadamente difícil, y merece toda nuestra atención.

Procuremos atravesar la niebla, a esto se pueden reducir todas las exhortaciones del Cristo. A nuestros cinco sentidos, a nuestra memoria, a nuestra lógica, a nuestro juicio, Él responde: “Ved, y decid a vuestro maestro (el corazón) lo que habéis visto”.

Sin embargo -perdonad mi preocupación por ahorraros lo máximo posible algunos pasos en falso-, que vuestros progresos hacia la libertad de espíritu no os dé un ridículo orgullo. Contemplad a Jesús de Nazareth; está allí, atosigado por cientos de miserables e impedidos que gritan bajo el duro sol, entre el polvo, las moscas y el fuerte olor de la muchedumbre. Curar a un enfermo, de cuerpo y alma, no es tan fácil como decir a un chófer: “Lléveme al bulevar de los Capuchinos”. Por poderoso que fuera Cristo, Le era preciso de todos modos considerar a cada uno de estos miserables, examinarlo a fondo, desde el deshecho físico actual hasta el deshecho moral, antiguo, lejano, profundo; por poderoso que fuera, era necesario sin embargo que Su gesto salvador, que Su palabra milagrosa alcanzase los centros desconocidos del minusválido, dominando hasta los más alejados de sus resultados visibles e invisibles. Para el discípulo, no es tan difícil sanar. Él se impone algunas molestias, pide al Cielo y el Cielo lo concede. Pero Jesús, a la vez hombre y Dios, implora y otorga, ¡qué tensión, qué inimaginable actividad!

Sin embargo, con toda esta preocupación, Él acoge tranquilamente a los mensajeros del Bautista, les dice algunas tranquilas palabras y continúa Su trabajo. Así, que nada os confunda. También vosotros, haced vuestro trabajo, responded a todos, pero solamente lo que sea necesario; guardad vuestra apacible serenidad; guardad en vosotros, al abrigo del tumulto, la eterna Presencia a causa de la cual montones e criaturas os llaman bienaventurados. Y, progresivamente, todos estos problemas, de los que nos ocupamos juntos, se resolverán en una certeza total y perfecta.

LAS FUERZAS VIVAS.

Consideremos los modos que Jesús enumera de Su obra redentora.

Con los mensajeros de Juan, cita a los ciegos, los lisiados, los leprosos, los sordos, los muertos, los ignorantes; los cura y proclama como centro de esta estrella la felicidad de los que aceptan Su palabra.

Antes de ser enviado al mundo, el hombre recibe del Padre seis chispas que las existencias harán crecer, y que se pueden señalar así:

la facultad de percibir las formas de las criaturas;

la facultad de actuar, de obrar en el mundo allí donde nos encontramos, lo que equivale al avance del Yo a lo largo de la ruta donde le sitúa el Padre;

la facultad orgánica por la que nuestras funciones vitales se equilibran y nos dan la triple salud;

la facultad de escuchar el lenguaje de las criaturas, es decir, para esta tierra

el conjunto de nuestras facultades mentales;

la facultad creadora por la cual desarrollamos y embellecemos la vida alrededor de sí; poder tan diferente de la simple actividad vital como la caridad lo es del egoísmo;

y por último, la facultad de nacer a una vida nueva, de recibir las energías regeneradoras capaces de crearnos por segunda vez en el Absoluto después de haber sido creados primitivamente en el Relativo. La recepción plena en nuestra alma, nuestro espíritu y nuestro cuerpo de verdades vivientes del Evangelio determinan este renacimiento.

Estas seis facultades se corresponden dos a dos. La primera y la sexta pertenecen a la Cruz, más particularmente al Espíritu Santo; la segunda y la quinta van juntas, pues no poder avanzar, como los lisiados, es, en lo Invisible del Verbo, no vivir; pertenecen al Hijo, que es la Vía y la Vida; la tercera y la cuarta son del Padre y dependientes entre sí, pues la corrupción fisiológica máxima lleva a la incapacidad intelectual.

Sin embargo, cada una de estas fuerzas vivas del ser humano le es dada por un sol, pues hay, en el universo, siete soles y no uno sólo. El que nos ilumina es el amarillo, pero hay otros seis cuya luz corresponde más o menos a cada uno de los colores del prisma; están igualmente dispuestos por parejas en el espacio, en los focos de tres elipses cósmicas cuyo trazado permanecerá desconocido todavía por largo tiempo. Todos los astros que han clasificado los astrónomos son aquellos cuya radiación es sensible a nuestro ojo; existen otros muchos mundos, todos tan reales como esta tierra, unos más densos, otros menos, todos se influyen, casi todos habitados, todos han recibido o van a recibir la visita del Verbo redentor.

La pareja de soles más próxima de nosotros es nuestro sol amarillo visible y el que los hindúes llaman sol negro o sol de los muertos. Este último ejerce sobre toda la vida terrestre una acción tan importante como la del sol visible. Actualmente, algunos discípulos pueden percibirlo a ciertas horas. Para que nuestro ojos adquieran esta sensibilidad, sólo es necesario la resignación en las pruebas y el amor al prójimo.

Estas nociones no pueden apenas servirnos en la práctica, y nos equivocaríamos infaliblemente si se quisieran utilizar para uno mismo, pero alimentan la esperanza y dan unos puntos de apoyo a la humildad. En una época en la que tantos de nuestros hermanos, felizmente dotados, se extenuaban para conquistar algún tesoro inaccesible, es útil decirse en toda ocasión que los únicos dominios donde un cristiano tienen el deber de desplegar sus fuerzas y el derecho de gastarlas hasta la muerte, son la lucha contra sus propios defectos y sobre todo la ofrenda al prójimo de sus comodidades, de sus riquezas y de su propia felicidad.

Sería menester que nosotros también salvemos, como nuestro Maestro, a los ciegos, los lisiados, los enfermos, los sordos, los muertos y los ignorantes. Esto es posible, pues Él nos anuncia, en otra circunstancia, que haremos milagros más grandes que los Suyos. Solamente, no nos detengamos. Gracias a Dios,

percibimos algunos de nuestros defectos; estemos seguros que sólo vemos los menos graves. La caridad agudizará nuestras miradas, una caridad que se extiende a toda criatura, a todo objeto, a todo estado de alma o de espíritu, a todo acontecimiento, como se aplica a miseria física.

Vosotros que lleváis en el corazón la herida del sufrimiento universal, os preguntáis si nunca se arrancará de la triste humanidad y os respondéis que permanecerá mientras que un solo hombre aún disfrute de la vida sin preocuparse si uno solo de sus hermanos disfruta con él. Comprendéis que la fortuna, la felicidad, el poder, la inteligencia incluso son venenos para el corazón espiritual, venenos no por sí mismos, sino por la posesividad que engendran en los que recurren a estos temibles tesoros. Comprended aún esto: Jesús no ha venido a quitar el dolor del mundo, como un cirujano a extirpar un cáncer; Él es esta miseria, magnífica, terrible y lamentable; ha venido para enseñarnos a curar el horrible cáncer, no ha operarlo, sino a curarlo, por esa transformación profunda y total de todo nuestro ser, que se opera obedeciendo la Ley, es decir, aceptándolo todo en el mundo y sacrificándose por todo el mundo.

LOS MENSAJEROS.

Así, no nos quejemos más de vivir en una época que, en tantos aspectos, se parece a la que vivió Cristo. Ni el mal humor ni la crítica edifican. Sólo pueden destruir. Cualquiera cosa, incluso la más espantosa o la más cruel, contienen una Luz; buscad la chispa, en lugar de maldecir la sucia ceniza. Los defectos de nuestro tiempo, de nuestros contemporáneos, de nuestros políticos, de nuestros artistas, de nuestros sabios, en tanto que tales, intentad, si no dejar de verlos, al menos no airearlos. Esta gente, cínicos, ávidos, sin elegancia, sin cultura, son instrumentos; Dios los dirige mientras que ellos se creen libres; si Dios les permite ofuscar el día con sus vilezas, es porque nuestras perfecciones son aún muy exiguas y su pálida radiación deja subsistir los gérmenes perniciosos que ensordecen los bajos lugares.

Ved, en los inmensos campos de la Creación, donde las ciudades son sistemas planetarios, donde los ríos son océanos de fuego, donde nuestro mundo no es más que un fruto rodando por el camino, como están siempre las multitudes, como está siempre el Precursor y sus Mensajeros, como también está Jesús. ¿Qué son, a tal escala, las pequeñas convulsiones de nuestros contemporáneos? Pero, diréis, ¿qué son nuestro miserables esfuerzos? Desengañaos. Sí, nuestros miserables esfuerzos no son más que polvo, pero se vuelven formidables si dejamos que sea Jesús quien los cumpla en nosotros.

En nosotros está también la muchedumbre ruidosa, vulgar y cínica; está también el Precursor en alguna habitación desnuda de nuestro espíritu; están sus Mensajeros y, cuando los Mensajeros abandonan el recinto de nuestra consciencia, Jesús se levanta y habla. Haced que, en cada uno de vosotros, los

Mensajeros partan.

UNA OCASIÓN PARA CAER.

La desgracia, para nuestros contemporáneos, es que casi nunca quieren escuchar la Voz sobrenatural.

Las consecuencias de las opiniones humanas son graves en la medida de la gravedad de sus objetos. Esto es una observación evidente para las cosas ordinarias que pertenecen casi siempre al orden práctico, considerado como el único real y todavía es una observación más verdadera para las cosas espirituales, en particular para los juicios que hacemos sobre Jesús.

Pienso en esto leyendo lo que la prensa dice de un drama que se titula *Jesús de Nazareth*, recientemente representado en el Odeón. La crítica produce, por costumbre, un montón de tonterías, pero rebasa la medida cuando el tema la supera. Nos burlamos de los políticos y los estrategas de café, sin embargo, cuando las mismas cabezas anémicas discurren sobre las cosas religiosas, infinitamente más complejas y más alejadas de los hábitos mentales de la gente, todo el mundo encuentra esto muy natural. La libertad de examen es buena si únicamente los que son competentes la ejercen, a condición también de que sean imparciales. Hoy sirve sobre todo de pretexto para la incompetencia. Renan pasa por iniciador para los “espíritus libres” de ayer, como Anatole France para los de hoy.

“Somos demasiado inteligentes para creer”, declaran. Ser inteligente quiere decir aceptar sólo lo que puede percibir su razón o sus cinco sentidos. La inteligencia, de esta manera, depende de la agudeza de los sentidos o de la libertad de la razón; no se moverá, desgraciadamente, más que en unos límites muy estrechos. Si declarasen que las cosas religiosas los superan, entonces, sí, mostrarían unas inteligencias libres de prejuicios, pero, muy al contrario, tratan y tratan todo lo que los sobrepasa. Esta actitud no tiene nada de científica, es lo menos que se puede decir.

Son incurables, porque no quieren curarse. Pero decimos, en su excusa, que son también un poco ciegos, sus ojos no son aún sensibles más que a la luz física y su consciencia, más que a la luz mental. A pesar de esto, son responsables de su ceguera, porque la Providencia les informa siempre, de una manera u otra, de la existencia de otro sol distinto al sol de la inteligencia, pero ellos rehúsan examinar estas informaciones. Olvidan que únicamente se progresa, aunque sólo sea el espesor de un cabello, superando los propios límites. Una inteligencia independiente y sana, primero las discierne y se vuelve, por este reconocimiento, capaz de una renovación, gracias a la cual le será permitido ampliarlas. Para renacer, hace falta aceptar morir.

Una de las más mortales utopías del ser pensante es su obstinación en fabricar sistemas. Para construir una casa, hacen falta piedras o ladrillos, objetos precisos, medibles, netos; para construir un sistema, además de ideas, hacen

falta palabras: nada más impreciso. Lo maravilloso es que con tan pobres materiales se consigue, de vez en cuando, un bello edificio. Pero, aunque el arquitecto sea Heráclito o Aristóteles, Santo Tomás o Duns Escoto, Descartes o Spinoza, Kant o Bergson, nunca nadie logra hacer entrar todo el universo en su edificio.

En sociología se muestra una impotencia análoga. Las mismas palabras significan, bajo plumas diferentes, cosas totalmente contrarias. El materialismo marxista de Lenin y el espiritualismo jurídico del presidente Wilson -por citar sólo a dos fallecidos- ¿no tienen el mismo objetivo, no hablan de justicia, felicidad universal o paz?.

En literatura -por escoger la más popular de las formas artísticas y por citar sólo a personas muertas-, cuando leemos a Maurice Barrès o Marcel Proust, ¿no constatamos que uno desfigura las grandes entidades que celebra, considerándolas sólo en su superficie psicológica y no en su centro divino, mientras que el otro, atraído por lo anormal, nos da únicamente sus sorprendentes análisis de la sensibilidad como las nociones de un espectador extremadamente inteligente, pero al que no le interesa una aplicación práctica?. En ciencia, Einstein, al menos hasta donde los profanos pueden entenderlo, nos revela verdades conocidas desde el diluvio. ¿Necesito el cálculo integral para comprender que una cantidad infinita permanece siempre infinita cualquiera que sea la cantidad que le quite? Freud se da un trabajo enorme para explicar lo que muchas buenas mujeres incultas saben muy bien; Bergson llama en su ayuda a toda la biología para decirnos que la intuición puede iluminar; William James confunde obstinadamente lo maravilloso y lo divino.

Ya me paro, cada una de las ramas de la actividad humana, ¿no daría lugar a observaciones parecidas?.

El hecho, la sensación, la idea, son superficiales, puntos de contacto, no centros. Esto es lo primero que deberíamos admitir. Por otro lado, para un pensador instruido, la impotencia de expresar una verdad ¿no es el signo de una laguna en su concepción?.

Todos estos grandes trabajadores, todas estas inteligencias de élite aplican su esfuerzo a una de las caras externas de los problemas que quieren resolver: la faceta física -fenomenismo, economía, administración, sensibilidad, materia estética, ritos-, la faceta intelectual o emotiva. Ninguno quiere aceptar la realidad del Dios vivo y, sin embargo, todos saben muy bien que la comprensión intelectual no es la comprensión real.

Para prepararse en obtener esta última, son necesarias las siguientes cosas.

Aceptar el mundo sensible como real.

Aceptar el mundo de las entidades colectivas -raza, patria, religión-, como real.

Aceptar el mundo de los conceptos estéticos como real.

Aceptar el mundo abstracto de las leyes y de las metafísicas como real.

Aceptar el mundo de los sentimientos como real.

Aceptar el mundo de la imaginación como real. Y conceder a este epíteto las

cualidades de organismo y de vida que posee por ejemplo el animal humano. Pues todo esto existe a la vez en nosotros y fuera de nosotros. Y todo es orgánico. Una percepción, una emoción, una idea, una volición no son ni resultados físico-químicos de reacciones celulares, ni contactos de ondas; son encuentros de seres individuales, de dramas, de combates, de uniones, de nacimiento, de muertes. Se me replicará: antropomorfismo. Pero si el antropomorfismo se encuentra en todas las épocas y bajo todas las latitudes, ¿no será la expresión terrestre de una verdad cósmica?

En suma, toda la actividad psicológica tiende a engendrar comprensiones, nociones, en cuya solidez concurren la inteligencia, la emotividad, la sensibilidad, pro de manera auxiliar. Este alumbramiento que es la certeza, exige un padre y una madre, ¿por qué inventarles seudónimos, si estos padres se llaman la Luz eterna y el amor de lo perfecto?

Los que no admiten que Jesús es Dios, sea porque Lo consideran como los panteístas, sea porque dejan este título para uso de la Iglesia, sea por otros motivos que no creo conveniente repetir, Jesús los declara desdichados más que culpables. Desdichados porque van a un mal camino y a incomprendidos sufrimientos y, también, un poco culpables, porque podrían ver con claridad si confesaran no ser infalibles.

La aparición de la Luz es siempre salvadora. Salva inmediatamente a la minoría que la acepta en el momento en que aparece. Salva poco a poco a la innumerable mayoría que la rehúsa al principio. Este rechazo, en efecto, relanza al incrédulo a una noche más oscura, en cuyo seno se debate para emerger un día en el que, con menor violencia, el aún rehusará. Así, oscilando de sombras a luces cada vez más cercanas, al final de un cierto número de ciclos, de seis o múltiplos de seis, los ciegos se rinden y la Luz los sana.

El retorno de estos hijos pródigos daría, sin duda, una gran alegría al Padre y Sus ángeles, pero no serían felices, pues deben agotar el arrepentimiento y reparar algo las confusiones que sus vagabundeos han sembrado en el mundo. Sólo está de inmediato en la beatitud quien, por el esfuerzo sobrehumano de la humildad, recibe al Cristo desde que Lo percibe. Pues, y éste es el gran misterio de la amistad de Jesucristo, el individuo, disfrutando de la plenitud de su consciencia psicológica, puede vivir al mismo tiempo en la tierra y en el Cielo. Las raíces del árbol se entristecen en la oscuridad del suelo, entre las piedras y los parásitos; las hojas del árbol trabajan en la luz y el aire; las ramas y las raíces pertenecen al mismo árbol. Y las partículas que han sufrido en las tinieblas suben poco a poco hacia el sol, mientras que en el otoño las hojas caen, se disgregan, formando el humus nutricio del cual las raíces reabsorberán los jugos durante el invierno. Así es el discípulo, pero a la inversa. Es un árbol cuyas raíces se elevan al infinito del Cielo y que da a la tierra sus maravillosas flores y sus frutos milagrosos. Él vive en la alegría total, pues se nutre en lo alto -o en su centro- de las beatitudes del Amor y, en lo bajo, él ofrece a la materia lo que trae del Cielo, por los sacrificios igualmente dichosos de este mismo Amor

LA PREDICACIÓN DEL VERBO.

Así pues, después de haber enviado a su maestro los discípulos de Juan el Bautista que fueron a interrogarle de parte del príncipe del Arrepentimiento, Jesús, dirigiéndose a la muchedumbre, gritó justamente: “¡Dichoso aquél para quien yo no sea motivo de escándalo!”².

Muchos sabios declaran reconocer que la vida está por todas partes; esto no es reconocer al Verbo más que en el círculo de las percepciones sensibles. Muchos artistas y poetas cantan o retratan las bellezas de la armonía universal; esto no es reconocer al Verbo más que en la esfera de las emociones anímicas. Muchos filósofos descubren una organización viva en el juego de las leyes abstractas; esto no es reconocer al Verbo más que en el cielo helado de la metafísica. Reacciones físico-químicas, ondulaciones y vibraciones de energías cósmicas, emanaciones y conceptos, subjetivismos y panteísmos, todo esto no son más que sombras proyectadas sobre pantallas diversas por el Ser divino que viaja a través del mundo.

Los que reconocen a Jesucristo como Hijo único de Dios, encarnado y resucitado, salen de la Sombra y entran en lo Real.

Sin embargo, muchos cristianos confiesan esta fe sólo de boquilla, por costumbre, por obediencia; otros, más concienzudos, son llevados a esta verdad por un sistema de pruebas morales o demostraciones lógicas. Otros, en fin, sintiendo que la verdad sólo es tal si se expresa con la vida, se preocupan por dar a la vida esta verdad indispensable uniéndola a sus ideas, sus sentimientos, sus palabras y sobre todo sus acciones. Éstos son los discípulos, los servidores, los amigos de Jesús.

Cuando digo: quienes no aceptan esta verdad pertenecen al Anticristo, no lanzo sobre ellos un anatema, los clasifico simplemente. No hay que condenar, sino compadecer; no hay que esquivar, sino iluminar.

La religión es una cosa viva; en el mundo es donde la vida es más intensa. En ella el acto es más importante que la idea, el fervor más importante que la regla. ¿No escribió S. Agustín: “Ama y haz lo que quieras”? Pero hay que amar activamente y no solamente en intención.

Los grandes líderes utilizan diversos métodos para conquistar a las masas. Unos imponen un sistema de reglas y disciplinas precisas, otros, conducen la opinión general con una hábil publicidad y otros, que son los verdaderos apóstoles, practican y convierten con la atracción viva del ejemplo. Siendo eruditos, oradores o hábiles dialécticos, los incrédulos que convertiréis lo serán por la inteligencia y en su inteligencia. Para los que se vuelven verdaderos discípulos, será necesario pronto o tarde hacer el esfuerzo de salir de los dominios intelectuales para entrar en el reino del corazón. Siendo autoritarios, los resultados obtenidos serán aún más superficiales y precarios.

Pero llevad en vuestro corazón la ardiente convicción que no sois nada, que no

² Se puede traducir también por: ¡Dichoso aquél para quien yo no sea motivo de caída!, o bien: ¡Dichoso aquél para quien yo no sea una ocasión de caída! (Nota del traductor)

poseáis nada, que no podéis nada, que Jesús es todo y puede todo. Vivid según la costumbre en medio de gentes de vuestra condición, mostrándoos serviciales con todos, indulgentes, previniendo las demandas de los avergonzados pobres, dando incluso un poco más que lo que se nos pide. Sin duda encontraréis a quienes os explotarán y se burlarán de vosotros; podréis dejar de acogerlos el día en el que su maldad os resulte completamente indiferente; pero otros, sin que jamás hayáis intentado decirles un sermón, se preguntarán por qué actuáis de esa forma, y os lo dirán. Entonces, lo que les respondáis germinará en ellos y habréis injertado un nuevo árbol sobre la Cepa eterna. Habréis instruido a vuestros hermanos en el conocimiento del Verbo.

Insistimos en que el cumplimiento del Evangelio lo procura todo: salud, suerte, dinero, conocimientos, elocuencia, cuando estas cosas terrestres son útiles a uno cualquiera de nuestros hermanos, o incluso cuando nos son necesarias a nosotros mismos. Bien entendido, en este último caso, con la condición de que no se utilicen con la esperanza de una recompensa personal. La primera condición para hacerse oír del Cielo es el desinterés.

A menudo los incrédulos, los más instruidos, los más hábiles, se encuentran confundidos por una persona sencilla, ignorante, pero auténtico discípulo, iluminado por su Maestro. Aún más, en previsión de los innumerables ataques que la Verdad crística está llamada a sufrir en el siglo XX, el Cielo ha querido que esta confusión del Saber humano por la simplicidad mística se multiplique. Se trata de una aplicación de la célebre parábola: “Cuando estéis antes los tribunales, no os inquietéis de lo que habréis de decir”.

Esta promesa es para nosotros. Para hacernos capaces de recibir la inspiración del Espíritu Santo. Todo nos es ofrecido y basta con consagrar todas nuestras fuerzas en preparar en nuestros corazones lo menos indignamente posible el tabernáculo para estos dones sobrenaturales.

Es imprudente hablar de Cristo, Hijo de Dios, sin discreción. Se puede provocar la burla; se puede hacer un mal, como si damos un alimento demasiado fuerte a un bebé; se puede escandalizar si no se ofrece al auditorio el ejemplo de una conducta perfectamente digna del Ideal que se afirma. No hace falta tampoco mostrarse temeroso. La verdadera predicación es nuestra existencia. Si nuestros actos provocan preguntas, responded, con calma, con medida, sin acritud, sin altivez.

La alegría que Jesús concede a los que Lo reconocen no es solamente futura, es actual también. Así como las pequeñas miserias de la vida no enturbian nunca el entusiasmo del artista, la serenidad del filósofo, la fuerza del que realiza, volcados en alguna gran obra, igualmente nuestro comercio con Jesús coloca en su verdadero lugar, que es pequeño, todos estos inconvenientes, estos roces, estas picaduras que tantos de nuestros contemporáneos sitúan fuera de ellos mismos. Y esta paz profunda y viva no se asemeja a la indiferencia ni a la impassibilidad del estoico.

EL PRECURSOR.

Ciertamente, es humano buscar alrededor de uno un apoyo a las debilidades y una guía a nuestra inseguridad. Antes de Cristo, los hombres se agrupaban siempre detrás de los superhombres y, después de Cristo, su falta de fe los ha mantenido en la misma temerosa dependencia. Nosotros, modernos, no actuamos mejor. Por otra parte, hay tantos doctos personajes que afirman la necesidad de guías visibles que estamos excusados de no tener intermediarios. Además, nuestra voluntad desordenada, incoherente, nuestros entusiasmos anémicos o cambiantes, nuestra sugestibilidad nos vuelven, por desgracia, incapaces de seguir la vía del Evangelio, demasiado simple para nuestras complicaciones, demasiado recta para nuestras dudas. Tal como somos, nos serían necesarios analistas comentadores que, poco a poco, clarifiquen nuestra inteligencia analítica; nos harían falta guías fuertes que inventen ejercicios artificiales propios para darnos aplomo y nos harían falta ejemplos imperfectos, pues nos imaginamos el ejemplo de Cristo demasiado perfecto para nosotros.

Nos parecemos al aprendiz de nadador que sólo quiere hacer los movimientos de natación en seco. Hay un paso para franquear la entrada del Reino y bajo la inmediata tutela de Jesús. No osamos nunca saltar el foso. Nada es más fácil, sin embargo, pero no nos atrevemos.

Hijos de la Naturaleza, sólo aceptamos escuchar a otros hijos de la Naturaleza, más mayores sin duda, pero, de todos modos, hijos de la Naturaleza. Por esto, con compasión para esta pueril debilidad, Jesús promueve antes de Él un precursor.

¿Quién es éste? No un iluminado, no un orador como tantos otros que atraen a las masas, halagando sus rencores en los azares de su pasión, como las cañas que se curvan en todos los sentidos siguiendo los vientos. Tampoco es un poderoso según el orden temporal. Pero un vidente según el orden espiritual, un profeta, un hombre dirigido por el Espíritu divino. Y más que un profeta, un enviado, en quién la misión accidental y local, se vuelve misión perpetua y universal. En resumen, “el más grande entre los nacidos de mujer”.

Hemos visto ya esta figura sobrehumana cuya grandeza ha llenado de admiración a los más bellos genios eclesiásticos.

Juan no tuvo necesidad, según el Crisóstomo, de ningún maestro humano. San Ambrosio y Orígenes afirman que, desde la Visitación, tenía pleno uso de todas sus facultades. Nació profeta, según San Paulino y el abad Guéric d'Igny. El célebre Gerson enseña que recibió el lugar de Lucifer. Según la tradición, ocupa su asiento a la izquierda de Cristo y a su derecha se sienta María. Como dice S. Agustín, es tan grande que más grande sería Dios.

En todo caso, es “más que un profeta”, pues ha visto toda la Verdad; es el heraldo de la nueva Ley. Hasta él, el orbe de la Naturaleza estaba cerrado. Flor suprema del esfuerzo de las criaturas, que se abre a la primera mirada de su Maestro en camino hacia esta tierra, teniendo las premisas necesarias para la aceptación del Cielo. Es el indicador del camino, bañando nuestros doloridos

ojos a fin que el brillo del sol no los cierre. Para él, el velo del más allá nos ha sido levantado.

El Bautista pues no es más que un hombre, aunque único. Y, si el Evangelio es leído a la luz de la Eternidad, aparece como un hombre que ha vivido todas las experiencias, cumplido todos los trabajos, sufrido todas las pruebas, vencido todos los monstruos, descifrando todos los enigmas, ascendido todas las cimas.

Más grande que Moisés y que Salomón, más grande que Fo-Hi y Lao-Tsé, que Krishna o Buda, que Zoroastro, Odín o Mahoma. Esto es, si se es cristiano, lo que la fe en Jesús nos ordena pensar. Esta opinión, lo reconozco, es contraria a la crítica, contraria a los testimonios de la historia, contraria a la razón común. De acuerdo. Pero es la verdad. Interroguemos a la misma ciencia histórica que invoca el racionalismo, ¿no vemos ahí que todas las celebridades, todos los líderes, todos los reformadores han tenido a su lado, tras ellos, inspiradores secretos, consejeros anónimos, que los dirigían dándoles los medios principales de su esplendor? Todo va en el mundo por parejas. Cristo mismo, ¿no Se refiere sin cesar a Su Padre celestial? Y Juan Bautista ¿no proclama a Quien viene tras él, y del que dice que no es digno de desanudar el cordón de Su sandalia?

Sin embargo, cuánto más real es la grandeza, menos conocida es. Juan Bautista, el más grande de los hombres, es de los más desconocidos. Y los pequeños en el Reino de los Cielos, que Cristo declara más grandes que el Precursor, son totalmente desconocidos. Se me objetará: Cristo, que dices tan grande, el más grande, es sin embargo célebre desde hace muchos siglos, y conocido por todos, pues centenas y centenas de pensadores y de sabios Lo han estudiado y han estudiado Su doctrina y Su historia. Estoy de acuerdo, Cristo parece muy conocido y gozar de la mayor celebridad, pero es una celebridad humana, un conocimiento externo. En realidad, al igual que Su personalidad física permanece totalmente oscura, Su personalidad espiritual queda, hasta el fin de los mundos, también oscura y mal comprendida, es incomprensible al hombre, a pesar del genio de los doctores y el amor de los santos. Entre los discípulos, admirables y venerables, y su Maestro, el mismo abismo subsiste separando su relativo de Su absoluto; por bellos y puros que sean, quedan como criaturas ante su Creador. Sólo comprendemos una imagen infinitesimal del Verbo, de Cristo, de Jesús. Meditemos estas ideas extraordinarias. Quizás no nos suministran numerosas aplicaciones prácticas, pero nos habitúan al espíritu del Evangelio, que está siempre en las antípodas del espíritu de humanismo.

El Reino de los Cielos, universo de las grandezas infinitas, se llama Realidad; la Naturaleza, pequeño espejo donde se percibe sin embargo la imagen de las innumerables nubes y del inmenso firmamento, lugar de las grandezas finitas, refleja el Cielo invirtiendo las formas, en el orden de los conceptos, en el orden moral y en el orden de las sustancias. Así, los grandes, los poderosos, los sabios según la Naturaleza son pequeños, débiles e ignorantes según Dios. El Evangelio abunda en ilustraciones de esta verdad. Y nuestro Precursor será grande ante Dios en proporción a su insignificancia ante los hombres; él

disminuirá a medida que su Maestro Se afirmará; cumplirá en todos los aspectos de su actividad el trabajo de retorno a los principios de integración espiritual que, en moral, se llama arrepentimiento y penitencia.

Comprendámoslo bien. Dios nos ha dado el germen de la libertad; Él Se prohíbe hacer nada por nosotros si nosotros no le expresamos primero nuestro libre consentimiento, nuestro libre deseo de ser socorridos por Él. Esta expresión es el arrepentimiento, los remordimientos, la penitencia, los renunciamentos, los sacrificios, las resignaciones, todo el ascetismo, al fin. Sin embargo, todas las criaturas han pecado, todas tienen de qué arrepentirse, y a todas las criaturas, pues todo vive, el Precursor da ejemplo y lección de esto.

He aquí lo que hace singular su dignidad; a todas partes donde su Maestro quiere descender, acude primero y Le abre el camino. Pero no se trata solamente de discursos, son trabajos reales, fatigas espirituales más agotadoras que las fatigas del cuerpo. Actúan sobre los estados del alma: la inquietud, la compasión, la exhortación, el arrepentimiento, la oración. Son actos, obras formales de nuestro espíritu. Ésta es la labor del Bautista en todos los lugares, tanto en los reinos inferiores como en el corazón del hombre, tanto en los mundos invisibles como en esta tierra. Para un esfuerzo tan formidable, es preciso que él sea el más grande de los hijos de los hombres.

LA PENITENCIA.

El Precursor, ángel del arrepentimiento y la penitencia, es el héroe de estas tragedias secretas, de estos cataclismos íntimos que, en el ser de los convertidos, devastan todo, arrastran todo, dejando al desnudo la roca del egoísmo, del orgullo, del amor propio y esta roca es todavía destrozada por los explosivos del remordimiento y de la contrición total.

Hay dos regímenes de penitencia en los cuales nos podemos sumir: la penitencia que nos imponemos a nosotros mismos de acuerdo con los remordimientos que un rayo sutil de la piedad divina alumbró en nuestro corazón; y la penitencia más dura que el Cielo nos impone para purificar los más secretos repliegues de nuestra persona moral. Así Juan predica el arrepentimiento a la muchedumbre, reservándose la práctica de las austeridades despiadadas para él.

Darse cuenta del mal que se comete parece muy difícil para nuestra naturaleza y la indisponen; la insensibilidad se combina aquí con la ceguera y el orgullo con la flaqueza.

Hay una aclimatación de la consciencia al mal; hay, en el mal, una fuerza de corrupción que hace, a medida que se tergiversa, el retorno a la salud espiritual cada vez más arduo. Es muy raro que se quiera deliberadamente ser malo, pero es muy frecuente que no se quiera ser mejor. No nos representamos lo que es la redención, lo que fue el descenso del Verbo, ni la universalidad, ni la individualidad de sus efectos.

Nos repugna privarnos del menor confort, así que podemos imaginar lo que fueron las infinitas austeridades y las innumerables disminuciones que el Verbo Se impuso a lo largo de Su inmenso viaje hasta aquí. ¿Qué genio tan vasto podría concebir tal serie de sacrificios? Y, venido a la Tierra, Jesucristo no trabaja ni sufre solamente para el confuso conjunto de Sus contemporáneos, o para la multitud de generaciones futuras; sufre por cada individuo, por uno, por otro, por mí personalmente; cada uno de nosotros es concernido por uno de los dolores crísticos; Jesús ve cada una de nuestras maldades y hace algo para el bien.

Cada uno de nuestros sentimientos y de nuestros actos, de nuestros pensamientos y voluntades, pueden ser, por decisión nuestra, una nueva herida para Él, o bien una colaboración en Su obra universal.

Debemos pues practicar el arrepentimiento de nuestras faltas, no por las consecuencias penosas que nos puedan traer, sino porque hacen mal a los demás y hacen sufrir a nuestro Salvador y Amigo, en Su cuerpo espiritual, en Su corazón que nos ama infinitamente.

Debemos arrepentirnos, con la cabeza y con el corazón, por motivos de razón y sentimiento.

Así, en cuanto a los primeros, toda falta es una desobediencia. Desobedecer significa, o creerse más sabio que Dios o no saber gobernarse. Ésto quiere decir que se perturban voluntariamente los propósitos de Dios, que se restringen, que se colocan fuera de nuestra influencia. Además, nos disminuimos, nos debilitamos, tarde o temprano, pues introducimos en nosotros gérmenes de corrupción y nuestra luz sobre los otros se oscurece.

Después del arrepentimiento viene la expiación, sea la que nos imponemos a nosotros mismos, inventando los medios de reparar el mal que hemos hecho a otros o sometiéndonos a una disciplina rigurosa para vencer nuestros defectos, sea la que Dios nos impone, por la penas y las pruebas materiales, enfermedades, reveses, persecuciones, o por las pruebas interiores: tristezas, aridez, noches y tentaciones.

He aquí ahora lo que se puede conocer teóricamente del régimen interior de la penitencia. Más sutil que el primero, necesita el fervor. El discípulo debe ser devorado por el deseo de Dios; hace falta quemarse, que el ardor de su amor haga de él un verdadero discípulo, volviéndolo capaz, por el número y la intensidad de sus sufrimientos, de recorrer en algunos años el camino que los tibios tardan siglos en efectuar. Digo siglos porque, sea aceptando la teoría de los renacimientos, sea aceptando la teoría del purgatorio, y aunque el tiempo no sea el mismo en otros mundos que en esta tierra, la purificación del corazón es un trabajo infinitamente complejo.

Para que las pruebas materiales traigan su fruto, es suficiente sufrirlas, pero con resignación, con calma, y, si se puede, con alegría. Los “soldados del Cristo” son discípulos de élite que, no contentos con soportar lo que llegue, piden un poco más que sus fuerzas de sufrimientos, para superar lo posible. Son aquellos que, no contentos con sufrir por ellos mismos, piden sufrir en lugar de sus

hermanos y así aliviar al Cristo. El corazón de estos seres es una llama brillante e incandescente. ¡Que todo nuestro deseo sea parecernos a ellos!

Las pruebas interiores nos llegan, como las precedentes, independientemente de nuestra voluntad; es Dios quien nos las envía, consiste en diversos hastíos e impedimentos para unirse a Dios por la oración o el trabajo moral. Así tenemos las distracciones involuntarias, los escrúpulos, la impotencia aparente en amar a Dios, en hacer bien a los demás; la tristeza, el desánimo ante la vista del mal que hay en nosotros; el resentimiento de sentirse aislado; la duda, sea por los fenómenos de nuestra vida interior, sea por nuestra salvación, sea incluso por el tema de las verdades primeras, como la existencia de Dios o Su bondad; la certeza de estar perdido; el deseo doloroso de Dios; una antipatía involuntaria hacia Dios. Y también las diferentes tentaciones que Dios permite al Adversario que nos presente.

Estas penas constituyen el glorioso privilegio de los violentos. Que yo vaya en mi pequeño tren, diciéndome que tengo todo el futuro por delante, que la paciencia divina arreglará las cosas, que lo que no hago ahora, lo haré más tarde o que otro, quizás, lo haga por mí, que mis gestos tienen poca importancia, que estoy cansado, que otros trabajan aún menos que yo: todo esto es tibieza, es indolencia. La violencia es comprender que sólo el minuto presente nos pertenece, que de él depende todo nuestro futuro; que el tiempo perdido no vuelve jamás; que es cobarde dejar hacer nuestro trabajo a otros; que a nuestros menores gestos, si tenemos la preocupación de Dios, Él les da el más alto valor; que únicamente la naturaleza y la carne son perezosas, pero la voluntad, el impulso del amor puro, no sienten jamás la fatiga; que nadie puede cumplir exactamente el trabajo que me incumbe; que ninguna consideración existe ante la más ligera posibilidad de disminuir el dolor del mundo y la fatiga de Jesús. La violencia es realizar en hechos todas estas nociones.

La tentación rechazada, por baja que sea, no mancha el corazón; la suciedad sólo comienza con la aceptación. Dios, por otra parte, no permite al Diablo atormentarnos más que cuando somos bastante fuertes para defendernos.

En cuanto a estos terribles estados del alma, enumerados antes, mirémoslos desde el punto de vista del Cielo. Entonces veremos claramente los caracteres del verdadero discípulo. Al igual que las grandes inteligencias son modestas, también parece que los héroes de la caridad sólo hacen pequeñeces por el prójimo. El amor de Cristo y las otras virtudes están tan profundamente incorporadas a la persona moral del verdadero discípulo, que le parece estar casi desprovisto. Aquí los extremos se tocan y el santo ignora su belleza como el criminal instintivo ignora su fealdad. Cuando las nieblas heladas de la noche mística descendan sobre vosotros, sabed que se ama a Dios por el solo hecho de querer amarlo, siempre que se afirme este querer mediante las obras, y la angustia de no sentir que se Le ama es el amor más verdadero.

Estemos felices si la visión de nuestros defectos no causa tanto malestar como antaño la vista de los defectos del prójimo. Estemos felices cuando las alegrías de la amistad nos sean prohibidas, cuando obstáculos insuperables hagan

fracasar nuestros proyectos, cuando nos quedemos estancados, cuando toda la vida terrestre, toda la ciencia y el arte que hemos amado nos resulten insípidos. Concentremos toda nuestra calma cuando lleguen la duda, el desánimo, la desesperanza, cuando nuestro espíritu se vuelva incapaz de atención o continuidad. Es porque Dios nos quiere completamente humildes, en Él, no esperando más que de Él la alegría profunda y tranquila, la ciencia, la fuerza y la confianza.

Si los escrúpulos os asaltan, haceos pequeños y comprended que Dios es bueno más que justo y que, si se cae con buena intención, no nos tendrá en cuenta el error. Si todo pierde su sabor, incluso lo benéfico, incluso la oración o vuestros sacrificios, haceos pequeños y continuad a pesar de todo haciendo el bien, privándoos, rezando, estando absolutamente convencidos de que no sirve para nada.

En cuanto a la obsesión y a la posesión diabólicas, no son pruebas más graves que otras, al contrario, parecen más graves, pero no es nada y son siempre entrecortadas por los socorros más raros y más fuertes.

Resumiendo, si queréis, estas observaciones sobre las que se han escrito cientos de volúmenes, os doy sólo lo esencial y aún así quizás habré sido algo prolijo.

Pongamos un discípulo cualquiera. Él intenta la caridad práctica, la oración y la lucha contra sus defectos, situándose en lo que los teólogos llaman la vía purgativa. Dios le envía de vez en cuando algunas ayudas, atendiendo sus demandas. Él está en el nivel medio cristiano.

Si éste discípulo intensifica su esfuerzo, de repente el deseo habitual que lo lleva hacia Dios se convierte en un deseo ansioso de la presencia divina, entre una sensación de aridez, resentimiento y distracciones pasajeras. Al mismo tiempo, siente que los gustos que le llevaban a ciertos trabajos de cuerpo o espíritu, las atracciones que las metas humanas de la existencia tenían para él, se desmoronan y caen. San Juan de la Cruz llama a este periodo la primera noche. Hay que tener calma y esperar, sin negligencia en el deber.

Cuando cese, nos encontramos, sin haber hecho nada a propósito, provistos del sentimiento claro de la presencia divina, pero con variaciones de dureza e intensidad. Siguiendo la forma interior del sujeto, la unión se detiene ahí, o bien se profundiza. En este último caso, el discípulo pasa por las purificaciones interiores de las cuales hemos hablado ya, que son la segunda noche de San Juan de la Cruz; la unión divina se desarrolla y puede llegar hasta el éxtasis; las comunicaciones con el mundo sensible se vuelven más o menos intermitentes.

Con el éxtasis, sin embargo, se producen otros fenómenos conocidos en la terminología católica bajo los nombres de ligadura de las potencias, heridas, estigmas, raptos, encantamientos, visiones, revelaciones, taumaturgias, etc... Cualquiera que sea la forma del fenómeno, se trata siempre de una toma de posesión de la persona del místico por un rayo divino. Esta toma afecta a la motricidad, a uno o varios sentidos, a una o varias facultades mentales o psíquicas, no importa, sus caracteres permanecen siempre:

la imposibilidad del discípulo de ponerse a sí mismo en este estado, la más o menos incomprendibilidad del fenómeno, la eliminación de la imaginación y de las facultades intelectuales y poco trabajo voluntario; el corazón se limita a quedarse unido a Dios. Los resultados son siempre un crecimiento del amor de Dios y del prójimo y del deseo de perfección.

Al final puede sobrevenir, después de los éxtasis, la tercera noche, llamada unión transformadora, séptima morada o unión espiritual. Es la última etapa; si se alcanza, es por mil transiciones insensibles y confiere privilegios sorprendentes. La unión consciente con Dios persiste incluso en medio de los trabajos profanos, como si el discípulo estuviera desdoblado; resulta una especie de deificación de su ser mental y psíquico, proveniente de esta conversación o más bien de esta compañía permanente con Dios. Sin embargo, no se ve a Dios, pero se sabe, se siente, se tiene la certeza de Su presencia y se comprende lo que dice sin ninguna escucha. El discípulo no está perdido en Dios, como la gota de agua retornando al océano, como pretenden los yoguis. Está injertado en la Cepa eterna; el árbol joven vive de la vida de la Cepa, pero no es la Cepa.

Me detengo aquí. En realidad, las etapas de la unión mística no son plataformas a las que se accede a saltos, todo transcurre por grados cuya continuidad y cuya naturaleza varían con cada discípulo, pues cada discípulo es un mundo aparte. Esta vía es extremadamente difícil y delicada, llena de riesgos y obstáculos; es necesaria la soledad conventual. También el Padre actúa en nosotros, laicos -que no somos libres ni siquiera de seguir un régimen alimenticio-, por otras vías que llevan a la misma meta, y, quizás, más alta aún.

Comprendamos esto: Dios ha querido, para una parte de la humanidad, un conjunto de conocimientos y de prácticas religiosas que constituyen el admirable organismo de la Iglesia: teología, liturgia, ascetismo, mística, desarrollando funciones, unidas en conjunto y dependientes entre sí. Pero, lo mismo que puede existir una teología tan verdadera como el tomismo, aunque diferente, puede existir una liturgia, una ascética o una mística distintas a las del catolicismo y tan buenas. El Evangelio contiene unas y otras.

LA EVOLUCIÓN DE LA MÍSTICA.

Para limitarnos a la Mística, de la que hay tantas variedades como teologías, ciencias y artes, especifiquemos expresamente que el misticismo cristiano se reconoce en este único signo, necesario y suficiente: que el discípulo, sabiendo la divinidad real de Jesús, encuentra en Él y sólo en Él la verdad, el camino y la vida. De las tres grandes confesiones cristianas -las tres partes de los vestidos del Crucificado echados a suerte por los soldados de César-, ni la ortodoxa ni la protestante han estudiado con detalle la mística, porque los fieles de la primera son, por decirlo así, como niños piadosos y las tendencias del libre examen conducen a los fieles de la segunda a un moralismo seco, o al racionalismo más

crítico. Sin embargo, citaremos, en los países germánicos, a Gilles Gutman, H. Mathadanus, Jacob Boehme, Abraham de Frankenberg, J. G. Gichtel, más tarde Oetinger; en Inglaterra, Jeanne Leade, Pordage; en Suecia, Swedenborg; todos son místicos pues han creído en el Cristo, Hijo único de Dios, y han llevado a buen fin exploraciones muy curiosas de ciertas regiones del Reino de Dios. Su método práctico se parece bastante al de los franciscanos.

El misticismo católico ofrece al buscador un gran número de sistemas que, aunque todos tienen el mismo objetivo y utilizan las mismas ayudas, varían por el método. Este cuerpo de doctrina y de trabajos se desarrolló poco a poco. Los apóstoles y los primeros discípulos eran místicos, pero, tocando con la mano la Luz que les alumbraba, absorbidos totalmente en su dulce esplendor, bañados en su calor revivificante, presionados por las necesidades del presente, no pensaron nunca en hacer análisis.

Pasaron diez o doce siglos antes de disertar sobre las etapas del itinerario del alma a Dios. Serían necesarios volúmenes y la labor de un instituto entero para trazar un cuadro completo del cuerpo doctrinal del misticismo católico, desde los Padres del desierto hasta Santo Tomás de Aquino y de él hasta los doctores definitivos, como San Ignacio, Santa Teresa, Rodríguez, San Francisco de Sales, Scaramelli, Surin y tantos otros. Además, como tendemos a tomar contacto directamente con la Savia eterna del Árbol de la Cruz, tenemos necesidad de vistas de conjunto más que de análisis extremadamente exhaustivos. Nos falta el tiempo para seguir estos últimos.

Nos será suficiente discernir en el rico organismo del misticismo católico tres corrientes generales:

- La Escuela dominica, que sigue a Santo Tomás, busca la unión divina por la oración y las buenas obras, pero utilizando los recursos del pensamiento, santificando el estudio, llegando al Absoluto por la metafísica.
- La Escuela franciscana es devota, se hace materialmente pobre, y se ama a Jesús tan fuertemente que se acaba por recibir de Él la pobreza espiritual.
- La Escuela ignaciana es voluntarista, el practicante de los *Ejercicios* quiere; sus penitencias corporales, sus estudios, su disciplina moral tienden a exaltar su voluntad a lo más alto, para volverla dócil a la acción de la gracia.

Aquí encontramos también las tres partes de las ropas de Jesús. Pero hay vestidos sin costuras, tejidos por la misma Virgen Madre y cuyos hilos son los discípulos más sencillos, más ingenuos, más próximos a la persona sagrada del Maestro. Cualquiera que sea la Iglesia exterior que los haya visto nacer, pertenecen a la Iglesia interior.

En toda escuela se encuentra, de vez en cuando, un discípulo que opera la conexión con la escuela central. Así el dominico Vicente Ferrer, con una elocuencia formidable y una doctrina íntegra, sorprende a todos con sus milagros y nos lega, en su *Tratado de la Vida espiritual*, una regla perfecta de

mística. Así, se encuentran, dentro de los hijos de San Francisco, doctores eminentes, como el P. Yves y el P. Joseph. En los jesuitas están oradores como Bourdaloue, místicos como los PP. Surin, L. Lallemant, de Caussade. De manera más general y para el conjunto de sus hijos, cada periodo de la historia de la Iglesia ofrece un gran doctor, un gran predicador, un gran contemplativo, un gran taumaturgo, de forma que entre todos los órganos de este vasto cuerpo, el equilibrio se establece tan cerca de la salud perfecta como la atmósfera turbia de este mundo puede permitir.

Pero, entre estas vías diversas, nuestra vía parece más propia de nuestra condición. La teoría y las formas exteriores de la piedad reducidas a lo esencial nos dejan más fuerzas disponibles para la obra práctica y el entrenamiento interior. Sin embargo, a todas las vías imaginables se aplica la reveladora parábola: “La violencia fuerza el Cielo”, pues podemos violentar cada una de las formas del yo. La carmelita violentará la delicadeza de su cuerpo, la visitadora, la de su voluntad, el jesuita, la de sus propios gustos; pero, si el discípulo de la cuarta Escuela -la de la ropa sin costuras-, quiere tomar al asalto la Fortaleza eterna, será inexorable consigo mismo, deberá sufrir todas las tiranías en sus necesidades tanto como en sus pasiones o en sus opiniones; se observará y todo lo que surja sin cesar en él de la raíz tenebrosa del egoísmo, del personalismo, lo cortará inmediatamente. Se mostrará tanto más autócrata contra sí mismo cuánto más le consume el ardor de unirse al Verbo. Tal es la escuela del Precursor y Jesús nos la recomienda en otra circunstancia, cuando exclama: “Si tu mano te hace pecar, córtatela...” El Evangelio no se dirige ni a los pusilánimes ni a los inertes.

Ya sé que muchos cristianos prefieren tratar sus defectos con más diplomacia. Se ofrecen mil pequeños socorros psicológicos a su vacilante voluntad, mil pequeños tónicos a su débil celo, y la Iglesia muestra hacia esta muchedumbre de almas mediocres, agitados por las preocupaciones más mezquinas, la paciencia, la previsión, el ingenio de la madre más admirable. Además, es Dios quien le inspira el espíritu de esta educación precavida, engendrada por la ternura: “No rompáis la rama quebrada”.

Sin embargo, quienquiera que sienta en su corazón una llama más fuerte, debe imponerse la elección del camino del Precursor. ¿No está escrito: “Los tibios, los vomitaré de mi boca”? Este camino, el de la acción total, de la acción incesante, es el más seguro, el más corto, pero también el más duro. Hace falta energía y flexibilidad para el realista, y para el contemplativo recogimiento, serenidad e indiferencia. Pero nuestro Rey nos mira, Él nos envía ayudas y nos podremos encontrar cara a cara con Él -después de unos siglos quizás, aunque el tiempo cambia para cada mundo- mucho más pronto en todo caso de lo que habríamos osado esperar. Y, como recompensa, Él nos ofrece la gloriosa misión de volver a bajar entre la gente retrasada, para insuflarle coraje y hacerle franquear algún mal paso.

He aquí el aspecto individual de la misión del Precursor; su aspecto colectivo es una reproducción multiplicada. Los profetas aportan a un pueblo, a una raza, el

alimento espiritual; en el individuo, los profetas son las intuiciones. Nos falta el tiempo para seguir, a lo largo de la historia, la actividad multiforme de la Providencia, pero, lo mismo que hay individuos que son indiferentes, otros entusiastas y otros bastante llenos de ardor, hay naciones que se estancan y otras que toman atajos. Entre éstas hay una célebre en la epopeya europea y a otra, sin embargo, la vemos sufrir sin comprender nada de sus convulsiones. En todas partes y siempre, el Cielo envía profetas para guiarnos y, una vez en la vida de una raza, envía un Precursor para el último asalto. Sin embargo, al igual que el Bautista era Elías, el Precursor es siempre el Precursor, sea cual sea su apariencia momentánea. También su Rey, nuestro Salvador, es siempre el Cristo, nuestro Jesús.

LA VIGILANCIA.

En todos los lugares donde los seres esperan la aparición de Cristo, éstos deben vivir bajo el régimen del Precursor, en la vigilancia y en la oración. Velar es estar despierto; es también conducir nuestros sentidos y nuestras potencias como el pastor a su rebaño, llevando sin descanso las caprichosas bestias hacia el único pasto; es hacer el oficio de domador que repite la orden al perro despistado, mil veces si hace falta, sin impacientarse, con calma, pero con firmeza.

En nosotros mismos somos dos o, más bien, uno por un lado y por el otro un grupo, un rebaño, una multitud. Según la sabiduría pagana, o mundana, la voluntad por aquí y el resto por allí:

el cuerpo, con sus sentidos e instintos;

el carácter, con sus pasiones, costumbres, vicios y virtudes;

el intelecto, con sus pensamientos, conceptos y arquitecturas mentales;

el psiquismo, con todo lo que aporta el mundo invisible, luces y sombras a la vez, en la zona fronteriza que une en nosotros el inconsciente al consciente.

Pero, para la sabiduría cristiana, además de estos cuatro grupos, hay todavía otro más rebelde para ser dirigido, el de las voluntades. Pues el centro de nuestro ser se encuentra dentro del querer, dentro de la voluntad, en el centro de nuestro corazón espiritual.

Así, acostumbraos a volveros espectadores de vosotros mismos. Que ante una cosa, interna o externa, vuestro observatorio sea el punto de vista de Dios. Incluso el ímpetu que parece admirable, o la pena gastada en el prójimo, ganando en pureza, valor espiritual o frutos materiales, debemos someterlos a la piedra de toque de: “Que sea hecha vuestra voluntad y no la mía”, lo que siempre corresponde a una mirada del Verbo.

Haciendo esto no temáis volveros inertes o indecisos; les pareceréis inertes a los ruidosos e indecisos a los impacientes, pero vuestro corazón continuará ardiendo durante la espera de la respuesta divina y vuestra energía será más

vigorosa y más lúcida. Además, ¿no está Dios siempre más alto y más lejano? Sea como sea la embriaguez de un éxtasis, no es más que un velo de Su esplendor, desplegado delante nuestra por los ángeles. Las palabras que Él quiere decirnos, no las articula más que adaptándolas a nuestro pequeño entendimiento. El verdadero rostro de Dios nos es invisible y Su verdadera voz inaudible, en la medida que no somos hombres libres.

Usemos pues nuestros ojos y nuestros oídos. Es preciso, debemos hacerlo, ya que está escrito: “Quien tenga oídos, que oiga”. Pero, por puras y buenas que sean nuestras intenciones, no olvidad nunca que nuestros ojos y nuestros oídos, como nuestra inteligencia, como nuestra emotividad, como la voluntad, como la consciencia, son organismos imperfectos, a los que les es imposible recibir lo perfecto.

Sabréis pues, sin que nada altere vuestra confianza, entrar en el desierto y en la noche mística; sabréis, en todo, coger lo difícil y lo penoso, ¿no es así?, pues cuando nuestro Amigo parece más lejano, se mantiene a nuestro lado, pero bajo una forma no perceptible, más alta y más pura.

EL EVANGELIO Y LA INTELIGENCIA.

Uno de los reproches más frecuentes que el anticlericalismo dirige al Evangelio es la supuesta condenación de éste contra la inteligencia, la energía y el éxito material.

Os creo ahora convencidos de que, muy lejos de ser una doctrina de perezosa abdicación, el Evangelio por el contrario predica la energía más perseverante y más alta, tanto para nuestra vida moral como para nuestra vida de caridad.

Tampoco el Evangelio condena las iniciativas del trabajador, en el orden que sea; muy al contrario, pues el Maestro dirige sus reproches al empleado pusilánime que ha enterrado su talento y elogia al empleado activo que hace fructificar el suyo.

Tampoco el Evangelio condena el saber, ni las fecundas tareas del filósofo o el artista.

Lo que condena es el uso que hacen los hombres de los frutos de sus trabajos. Los tesoros que acumulan, en lugar de guardar sólo lo necesario y deshacerse de lo superfluo. Ésto es lo que impide a los ricos entrar en el Reino de los Cielos. El orgullo que engendra en el artista la feliz realización de sus primeras obras maestras lo hipnotiza, le oculta las posibles renovaciones de su genio y le cierra el camino de la belleza eterna; se condena a sí mismo a un atolladero al que lo arrastra su temperamento y del que no puede salir, aunque tenga cualidades. Si el artista es humilde, si tiene consciencia de que sus dones no le confieren ningún mérito y sus fatigas son simplemente la puesta en valor del “talento” que le ha sido confiado y sólo constituyen su deber normal, los muros que le impiden la llegada de la inspiración divina caen y podrá retratarnos, no las

bellezas de los sentidos, de la Naturaleza o de la pasión, sino las bellezas perfectas y puras de Espíritu.

La misma humilde apertura del alma y la misma aspiración respetuosa frente a los misterios del conocimiento total, renuevan también la inteligencia de los hombres de laboratorio, de los pensadores, y libera su intuición.

Estudiando la vida de los grandes realizadores, líderes de pueblos o de industrias, veréis que las causas de sus triunfos o de sus fracasos se reducen en suma a la agudeza de su visión, o a su ceguera. Aquélla fue mantenida por el sentimiento justo de la debilidad humana, mientras que ésta fue la consecuencia de un orgullo poco inteligente.

Cuando el Evangelio glorifica a los pobres, los ignorantes, los que sufren y los que ejercen profesiones criticadas, no está haciendo retórica revolucionaria. Es porque la debilidad y el dolor, cualesquiera que sean sus formas y motivos, y aunque muy a menudo somos nosotros mismos los provocadores, conmueven la ternura del Padre y la compasión del Hijo, llamando el Espíritu. Es porque el corazón del pobre no está aplastado por una caja fuerte, porque el corazón del ignorante no se queda petrificado en un sistema cualquiera, tenido por definitivo y sin embargo siempre provisional; es porque el corazón que sufre se desmaterializa y se desprende de los privilegios del mundo; es porque sobre quien caen los desprecios de la gente "honorable", crecen, desde el fondo de su lúgubre miseria, los suspiros de una esperanza invencible.

El propósito de Dios para nuestra raza es, en la medida que podemos discernirlo, conducirla, mediante el conocimiento vivo, a un poder de bienaventuranza más amplio que el que gozaba cuando pertenecía aún a las jerarquías angélicas. Vivíamos entonces en lo eterno, en el infinito, en lo perfecto, en el absoluto. Pero -puedo permitirme decir esto en una época en que todas las paradojas son aceptadas-, este absoluto no es un mundo uniforme. Los sabios orientales y nuestros matemáticos se equivocan cuando consideran a Parabrahma o las grandezas infinitas como estados fijos o cantidades inmóviles. "Hay varias moradas en la casa de mi Padre". La casa de nuestro Padre no es la Naturaleza, ésta forma el dominio alrededor del Palacio que habita el Señor. Sí, en la Eternidad se mueven incesantes eternidades; en el Infinito se enredan espacios sin medida; en la Perfección resplandecen perfecciones innumerables, diversas y todas completas; en la Beatitud sin límites del Amor cantan eternas beatitudes todas perfectas y siempre crecientes.

El Padre lanza a puñados, en los surcos de la Naturaleza, los granos de Luz que esencialmente somos. Todos estos granos difieren, pueden parecerse, pero ninguno es idéntico a otro. Y nosotros caemos en este campo de tremenda inmensidad, donde cada mota de tierra es un sistema de mundos y cada surco una nebulosa. Después viene el oscuro trabajo de la germinación.

Sin embargo el Sembrador comienza por un extremo del campo y termina por el otro. El Segador entrará por un extremo del campo y terminará por el otro. Cada alma recibe pues un destino particular, más o menos largo, más o menos arduo, para cuyo cumplimiento recibe de la Naturaleza, bajo la orden de Dios,

las fuerzas y las facultades necesarias.

De esta forma, todo lo que hay de útil y de beneficioso en nosotros es un préstamo, y nuestro único mérito consiste en hacerlo fructificar. Todo lo que tenemos de perjudicial y de maléfico es un reactivo y nuestro desmerecimiento no es conocer nuestras maldades, sino consentir al mal seductor.

A las almas que el Padre destina a conducir una parte del rebaño, las provee de virtudes más activas: físicas, sociales, anímicas, intelectuales, volitivas, espirituales. Pero este trato de favor constituye para estas almas escogidas su temible prueba porque implica un viaje más largo y experiencias más numerosas y porque se tiene la constante tentación de creer en su fuerza, en su inteligencia, en su importancia, en sí mismos y de llenarse de sí mismos. Sin embargo, cuando la criatura se vuelve plena de sí, lo Increado no desciende más a ella. No queda ya lugar para más.

Entonces el Padre no puede, por decirlo así, emplear más a esta criatura, congestionada por el orgullo, en el oficio para el que Él la había preparado; Él la abandona a sí misma, a la fatalidad que se moldea con sus propias manos, a los dioses despiadados, a los agentes del talión, hasta que reconozca su falta y se humille. Pero, en el intervalo, Él otorga la función de este sirviente a otra alma, pobre y desnuda, reemplazando las virtudes y las facultades naturales, ausentes, por un don de Su gracia sobrenatural.

Esto es lo que se produce generalmente, pero existen excepciones. Hay un pueblo, desde Jesús, que no ha fallado al mandato divino; hay algunos discípulos, al menos uno por siglo, que han cumplido el suyo. Sin embargo, pueblo y discípulos fieles son desconocidos y deben permanecer desconocidos.

Habéis visto como Israel, por ejemplo, escogido primitivamente para volverse portavoz universal del Redentor, ha sido destituido de este privilegio por su endurecimiento, mientras que poblaciones paganas, pero humildes y arrepentidas, fueron las propagadoras del cristianismo. Así el Señor hace caer a los fuertes y eleva a los débiles, coloca a los primeros en el último lugar y a los últimos en primera línea. He aquí por qué oculta Sus secretos a los sabios y los revela a los ignorantes. También los Fariseos y los doctores rechazaron el propósito de Dios respecto a ellos.

En lo que concierne a vuestra vida interior personal, sabéis de sobra que somos poca cosa y que, a pesar de nuestra nada, debemos dedicarnos por entero a nuestra profesión, a nuestras máquinas, nuestros campos,, nuestros libros, a los que tienen necesidad de nosotros.

Pero, aunque hayáis alcanzado este bello equilibrio de energía invencible y tranquila indiferencia, la multitud a la que pertenecemos está lejos todavía de esta armonía. La raza blanca ha conocido, sobre todo hasta ahora, el ardor de los descubrimientos, de las conquistas e iniciativas; ha penetrado en todo el mundo, ha sabido someter: pueblos lejanos, fuerzas desconocidas, secretos de la materia, arcanos del pensamiento. No ha recordado la promesa de su Cristo: "Busca primero el reino de Dios y todo lo demás te será dado por añadidura". Si hubiera buscado sólo ésto, habría recibido la maestría de las fuerzas, el

conocimiento de los secretos, la compasión de los misterios que hoy ignora totalmente.

El enemigo de Cristo ha visto bien este error. Y se ha ido agravando. Ha movilizado el alma de Asia, engalanada de prestigiosos atractivos, llena de perfumes, vestida de esplendores artificiales más fascinantes que la sobriedad de sus ideologías. Los pueblos eslavos, germánicos y anglosajones se han dejado prender por estos encantos aureolados de dulzor, de tolerancia y serenidad. El espíritu tradicionalista y crítico de los Latinos los inmuniza algo. Pero, velemos. El famoso peligro amarillo, ante el cual sonríen la mayor parte de los hombres de Estado, quizás vendrá de Asia en general o quizás sólo a través de los sentimientos, la estética, la filosofía o la psicología, antes de ahogarnos en la sangre de las más gigantescas batallas.

Tengamos nuestros corazones estrechamente unidos a las máximas de Cristo.

NUESTROS CONTEMPORÁNEOS.

Todo observador tiene el derecho de escoger su punto de vista; nosotros intentamos mirar siempre las cosas desde el punto de vista de la eternidad. Es un observatorio mejor que Sirio, que fue escogido por Renan. Sirio está muy lejos sin duda, pero, situado en nuestro mismo espacio, su alejamiento empequeñece y hace parecer lo que aquí ocurre bastante insignificante; entonces todo pierde su importancia y el observador renaniano llega rápidamente al escepticismo. El punto de vista de la eternidad, estando, por el contrario, situado a una distancia infinita, inconmensurable, se encuentra igualmente próximo de todos los rincones del espacio finito; nada se empequeñece, cada fenómeno conserva su importancia exacta y permite una apreciación exacta de cualquier cosa.

Sin duda, diría el ilustre irónico, pero, ¿cómo haréis para tener el punto de vista de Dios? ¿Poseéis una receta misteriosa, sois seres sobrehumanos o unís buenamente vuestra fe con vuestra imaginación?

El problema no es tan difícil como se imaginan los racionalistas. Para resolverlo, es suficiente atenerse a la letra del Evangelio, concederle una significación total, plena, universal. De este modo, para el tema que propongo hoy a vuestra reflexión, nuestros contemporáneos, a primera vista, nos aparecerán divididos: por un lado está la mayor parte, la aplastante mayoría, los que no creen que Jesús es el Hijo único de Dios y Dios mismo; por el otro lado está un grupo muy pequeño que cree en esta incomprensible divinidad. Por una parte, una multitud e inquieta, que se dedica infinitamente al mal por fugaces resultados; por la otra, una ínfima minoría silenciosa que sólo piensa en el Cristo, que no trabaja más que para Cristo, que lo ama todo por Cristo.

La calidad de las obras de estos últimos demuestra la verdad de su punto de vista. Aquéllos, en suma, por brillantes que sean sus éxitos, pronto se

desvanecerán en el olvido, se hundirán en el barro, se salpicarán con la sangre de sus víctimas y todas sus agitaciones sólo engendrarán más agrias agitaciones.

Cuando Jesús compara a Sus contemporáneos con niños que arman escándalo en la calle y que se despechan si no llaman la atención de los mayores, traza del mismo golpe el retrato de nuestra generación actual. El siglo XX se parece sorprendentemente al primero: una gran civilización política y cesariana, ciudadanos cuya única preocupación es eludir las leyes, jefes cínicos o utopistas, un gusto mórbido por lo excesivo, lo artificial, lo desconocido, una incompreensión satisfecha de Dios, guerras terribles, catástrofes -y después, aquí y allí, perdidos, ignorados, islotes de Luz, sobre los cuales desciende el rayo, invisible para la gente, de la certeza sobrenatural.

Hay, entre tales periodos cronológicos, correspondencias que algunos investigadores han señalado: así, en filosofía, Barlet en su *Evolución del pensamiento*; en historia, los trabajos del mayor Brück. Y los sabios chinos piensan que el esquema de la evolución es una espiral enrollada alrededor de un cono, cuya base es la cima que supera nuestros medios de investigación; si se escoge cualquiera de las generatrices del cono, los puntos donde corta la espiral ofrecen una serie de semejanzas entre ellos.

La vida cósmica es un perpetuo recomenzar, pero con elevaciones de nivel; el conocimiento del pasado sirve pues para guiarnos en el presente y, cuánto más envejece el individuo, más dura el cuerpo social y más sabio debe volverse. Tanto uno como otro mejoran sin duda, pero menos de lo que lo harían si no se dejaran seducir indefinidamente por “los juegos, las danzas y los cantos”, como dice Jesús. Es a causa de esta disipación, de esta dispersión, por lo que la inteligencia de las cosas divinas se desarrolla tan poco. Hoy, como hace veinte siglos, cuando un hombre se arrepiente e intenta, por restituciones y privaciones voluntarias, atenuar el mal que ha cometido, la gente dice que está loco, que la religión es triste, que fanatiza, que no hay que seguir a un Dios vengativo y duro. Hoy, como hace veinte siglos, cuando un hombre penetrado del Espíritu anuncia un Dios de misericordia y amor, vive en la paz de la inocencia y difunde a su alrededor los milagros del perdón y la salvación, las mismas gentes pretenden que este hombre es un hipócrita que vive cómodamente bajo el manto de la religión.

Estas maledicencias, estas calumnias no deben hacer cambiar al discípulo sincero. Si le inspira el amor fraternal, muy lejos de censurar a sus críticos abiertamente, se prohibirá incluso juzgarles e su conciencia, a fin de no hacerlos responsables del escándalo que pueden provocar sus críticas y de no alimentar la discordia que ellos han credo. “Las gentes -pensará este discípulo-, son lo que pueden ser y comprenden lo que pueden comprender; no tengo la misión de rectificarles, sino de acudir en su ayuda cuando tengan necesidad. Si atacan mi cuerpo, mi deber será defender a este servidor, sin atacarme a mí mismo. Pero si atacan mi persona moral, mi Yo, no tengo que defenderlo. Vale más que la maldad caiga sobre mí que sobre uno de mis hermanos. Y luego, si me

consideran un fanático, ¿no es porque mi celo indiscreto les choca? Si consideran que llevo una vida fácil, ¿estoy bien seguro de no haber sacado nunca ningún provecho de las comodidades que me trae el Cielo, de los favores que me concede?”.

Así, si este discípulo considera que, estando entregado completamente a Dios, todo lo que le llega es bueno, todo debe serle alegría, todo un motivo para despojarse del orgullo y de dar las gracias. Éste es el camino de la Paz; las circunstancias que se anuncian son tales que debemos desde ahora estimarnos muy felices de haber recibido la fuerza de dar los primeros pasos.

Pero hagámonos muy pequeños, por dentro, y permanezcamos en la paz.

Mirad al Precursor, su vida de penitencias escandalizaba; ved a Jesús, Su vida simple y normal escandalizaba también. Los dos tenían toda la razón, eran las críticas las que hacían daño, pero estos escándalos contradictorios engendraban, por reacción, entusiasmos más sólidos.

Nosotros no tenemos una misión pública para provocar estos saludables escándalos. Sin embargo, el descontento con nosotros mismos, nuestros miramientos, nuestro malestar, son causas que pueden provocarlos; son pequeños escándalos que provocamos sin darnos cuenta en los pequeños círculos de nuestras relaciones visibles o invisibles. Somos todavía demasiado importantes, demasiado de este mundo, estamos demasiado hacia fuera en nuestra vida espiritual. En nuestra vida exterior, la familia, la profesión, las relaciones mundanas, hemos de comprender que hay que cumplir con los demás y observar las conveniencias, a fondo y haciendo lo que podamos. ¿No es el espíritu con el que todas estas cosas deben ser vividas lo que importa? Buscaremos pues adaptarnos. Lo primero, como insisto en deciros tan a menudo, es hacerlo todo para Cristo, para obedecerLe, para ayudarLe, para que Él vea que Lo amáis un poco.

A continuación, salvo para aquellos sobre los que tenéis ciertas responsabilidades: niños, servidores, subordinados, comprended que el ejemplo es el mejor de los sermones. Sin duda, un toque cordial hace algo, pero al tocar, por poco que sea, la moral de alguien, nos situamos por encima y le juzgamos, provocando reacciones enojosas y deudas contraídas por la crítica.

En fin, y esto resume todo, sed pequeños; si no conseguís solos poner el orgullo bajo vuestros pies, haceros empujar, haceros pisotear por los demás. Considerad que no somos nada, cómo nada de lo que somos es nuestro, cómo nada de lo que hacemos es meritorio. Sí, haceos pequeños dentro de vosotros mismos, privad vuestro yo de sus alimentos terrestres, hacedle ayunar, dadle de comer lo que no le gusta, obligadle a penosos trabajos.

Pero que nadie se de cuenta de estas rigurosas disciplinas. Si un esfuerzo cualquiera se vuelve tan duro que se puede leer en vuestro rostro su huella, id rápidamente a encerraros y, allí, si que nadie os vea, trabajad en vosotros, haced entrar en razón a vuestro yo, reflexionad, rezad, hasta que el sentimiento de certeza y de paz llene de nuevo vuestro corazón serenado.

EL REINO DE DIOS, EL ESPACIO Y EL TIEMPO.

Hasta ahora, generalmente, se atribuía al espacio y al tiempo un modo único al cual se conformaban todas las distancias y todas las duraciones. La astronomía clásica medía las distancias planetarias y sus períodos con el mismo metro que utilizaba la geodesia y con los mismos ciclos que servían para la cronología.

Algunos pensadores se han preguntado si las cosas transcurren en los otros planetas como en la tierra. Una observación atenta de ciertos fenómenos mecánicos, eléctricos, magnéticos o incluso psicopáticos parece indicar que el espacio y el tiempo se desarrollan en dependencia recíproca y que pueden manifestarse bajo otros modos interiores a aquéllos que registra nuestro yo. Estas observaciones, por aventureras que parezcan, confirman las antiguas teorías del esoterismo, que afirmaba y pretendía probar que hay mundos en más o menos tres dimensiones, con unas duraciones donde lo anterior, lo actual y lo ulterior se ordenan de otra forma, tanto en calidad como en cantidad, con respecto al orden habitual. Esto es exacto, como es verdad que en mecánica la masa de los cuerpos y su energía son idénticas; que todas las fuerzas naturales son sustancias, materias pesadas, que toda forma de la materia ponderable es fuerza para la forma más densa y materia para la más sutil. Las teorías físicas vienen de modificarse radicalmente; todavía se modificarán de aquí a medio siglo. Pero a igual que, dentro de la ciencia positiva del laboratorio, está la ciencia no menos positiva del esoterismo, dentro de éste, o fuera, está la ciencia mística que es, como las dos precedentes, experimental. Nunca hay ciencia sin experiencia.

Otros hombres, más raros que los pensadores y los adeptos, han vuelto, en lo que concierne al espacio y al tiempo, como en muchas otras cuestiones, a la fórmula de la opinión común: no hay más que un espacio y un tiempo. Sin embargo precisan: en el Reino de Dios. En el resto de lugares, cada universo posee su propio modo de extensión y duración. Estos hombres saben que puede experimentarse un estado del ser donde todo sea actual y presente o donde el pasado milenario coincida bajo la frente del vidente con el indescifrable provenir; lo mismo que París y Pekín, Tebas y las ciudades futuras de Australia pueden coincidir bajo su mirada. Este estado se llama la vida eterna y, por un prodigio inexplicable para la razón, desde Jesús, a este estado imposible pueden acceder todos aquellos que saben querer absolutamente.

Este querer absoluto consiste en la crucifixión de todo lo que es el yo, por medio del amor-sacrificio. El yo, construido con los egoísmos, los atavismos, los residuos de análisis y de experiencias personalistas, utiliza sus fuerzas para resistir a la reactivación del no-yo; él va y no puede ir más que hacia lo múltiple; el sacrificio, por el contrario, nos conduce hacia la unidad de la vida eterna, porque ésta no es otra que la permanente, la continua, la idéntica, de dónde salen las épocas, los lugares, las criaturas. La salvación dada por el Cristo nos permite, desde esta tierra, vivir al mismo tiempo en lo Increado. A causa de esto, esta salvación es la única real; las salvaciones ofrecidas por otros

salvadores sólo son paradas, soluciones provisionales, resoluciones inestables de la inestable humanidad.

El tipo de voluntad que exige el esfuerzo místico no reconoce límites a su desarrollo, se esfuerza sin cesar, tiende hacia el más allá de lo posible, niega el absurdo, arriesga el todo por el todo y, de cada exceso de tensión, renace más nueva y más fresca. Lo mismo que, en el entrenamiento atlético, el tórax se ensancha, los huesos y los músculos crecen célula a célula, la voluntad del discípulo, cuyo germen es dado, o innato, se desarrolla por cada una de las pequeñas energías liberadas del yo mediante cada pequeño sacrificio. Este crecimiento es concreto. Toda nuestra persona contribuye a ello, las fibras de nuestros músculos, los glóbulos de nuestra sangre, las ondas de nuestro magnetismo, las chispas imponderables de nuestras facultades mentales. En su raíz, la voluntad es la fe. Unos nacen con fe en el dinero, otros con fe en el arte, otros con fe en Dios; nuestro mérito, nuestra utilidad es poner en marcha, más o menos paciente y valientemente, este germen espiritual. Cuánto más sublime es el ideal, más graves son los riesgos. El conquistador de lo divino se pondrá en guardia de considerar los objetos de su fe como creaciones subjetivas de sus deseos idealistas. Sí, Dios y la vida eterna están en nosotros, pero también y en primer lugar, fuera de nosotros; no son nuestros, han descendido en nosotros y, para remontar a su propio lugar, quieren la colaboración de nuestro libre arbitrio, de la chispa de lo Increado sin la cual no somos seres humanos, sino animales pensantes.

El místico planea por encima del universo inteligible, como el filósofo por encima del universo sensible. A fe le prueba todo, la fe le hace todo real, hace comparecer ante él toda cosa y toda criatura. Su existencia terrestre recibe y se vuelve la vida misma de su eternidad, porque él la hace testimonio continuo de la veracidad de las palabras eternas. Su ser entero, inteligencia, alma y cuerpo, las ha captado y las incorpora aquí abajo; a cambio, ellas lo toman y lo realizan en lo alto. Este hombre vive en un mundo único, creado por la encarnación del Verbo, en equilibrio entre lo finito y lo infinito, entre el Tiempo y la Eternidad.

Es posible que estas explicaciones no expliquen nada, pues la proeza espiritual de la que hablo pertenece al dominio del Ser más que al del Saber, y la teoría no da, como la práctica, un conocimiento completo. Un escritor no se contenta con leer obras maestras, sino intentando escribir. El místico, que primero es voluntarioso, se vuelve necesariamente un hombre de acción. Le interesa más la vida que el conocimiento, aunque la emoción y el pensamiento se mezclan siempre. Quizás las consideraciones siguientes parecerán más exactas.

La ciencia ha descubierto hechos que dan a las ensoñaciones más fantásticas de los poetas y los videntes una verosimilitud inesperada. Hoy se sabe que la luz, el magnetismo o la electricidad poseen un peso, que el tiempo es una magnitud relativa, que los cuerpos en movimiento se deforman, que la inmovilidad perfecta no existe sino el movimiento continuo; que todo vive, incluso los cuerpos llamados inorgánicos; que la materia más inerte, un cristal, un raíl, ofrece, en las modificaciones de su estructura interna, fenómenos que se

asemejan al boceto de los actos biológicos como la cicatrización de una herida, o de actos mentales como la memoria. Se vuelve al gran símbolo antediluviano de Caín, la fuerza centrípeta, el tiempo devorador, y de Abel, la fuerza centrífuga, el espacio asesinado sin tregua. Se comienza a comprender, filosóficamente hablando, que hay un espacio y un tiempo inteligibles, abstractos, luego un espacio y un tiempo concretos, medibles, relativos a nuestra facultad de percepción; la psico-fisiología experimenta, efectivamente, que la más pequeña duración de la que nuestro psiquismo puede tomar consciencia es igual a dos milésimas de segundo y el más pequeño intervalo de espacio mensurable tiene algunas milésimas de milímetro.

La física y la química, invadiendo así el dominio de la psicología, nos conducen, después de Leibniz y Spinoza, a la negación del libre arbitrio. Cuando decidimos algo, dicen los científicos, lo hacemos por motivos conscientes que conocemos, in embargo, nuestro ser consciente es un conjunto determinado, fatal, proveniente de la educación, del medio, de las costumbres, de la instrucción recibida. Decidimos también, añaden, por un impulso del inconsciente, el cual se produce por la herencia general combinada con las innumerables herencias desconocidas de todas las energías que vienen de todos los puntos del universo construyendo nuestra personalidad. Seríamos pues un conjunto de fuerzas latentes, siempre dispuestas a exteriorizarse, y de fuerzas actuales, desencadenadas por las primeras y por las reacciones exteriores. En efecto, tal es la posición psicológica del hombre natural.

Los mismos pensadores enuncian que el acto justo, normal, verdadero, resulta de un conocimiento exacto de las realidades del medio en las que este acto se cumplirá. “Se actúa convenientemente en la medida que sabemos verdaderamente” (Abel Rey: *La filosofía moderna*). Ésto es justo lo contrario de lo que enseñan Boutroux y Bergson. Lo difícil es obtener este conocimiento exacto de las realidades exteriores o interiores. Bergson se equivoca, me atrevo a decir, al suprimir el juicio, aconsejando la obediencia al impulso vital. Boutroux también se equivoca, aconsejando el uso de la razón, llamando razón a un sentimiento intuitivo, es decir impreciso, de la verdad. William James y los pragmáticos se equivocan al pretender que el criterio del acto, es la utilidad de sus resultados prácticos. Estas tres escuelas fallan no solamente desde el punto del positivismo, son también desde el punto de vista místico. El criterio del acto verdadero, es su altruismo (siempre opuesto al instinto vital), es la limpieza de sus intenciones, es su bondad más que su utilidad.

Pero si, en mí, se elevan ideas de obediencia a Dios, de caridad, renunciamiento o sacrificio, poco importa que haya ahí un juego fortuito de mi inconsciente, o una consecuencia de mi educación, o una iluminación mística; si, analizando mis intenciones hasta las raíces de mi temperamento, mi carácter y mi mentalidad, tomo la decisión contraria de aquélla a la que me empujarían estos elementos fatídicos, ¿no me acercaré a un estado de libertad? Sin duda, mi acto no será totalmente libre, pues mi conocimiento no será completo, ni mi voluntad todopoderosa, pero habré dado un paso hacia lo nuevo, lo no-experimentado,

hacia la liberación. Habré arrancado algunas de mis energías de la tierra del determinismo y habré empezado a llevarlas a la tierra de la libertad. Esto parecerá todavía más plausible si admitimos, como nuestros físicos, que el tiempo, el espacio, la masa y la energía son inseparables e interdependientes, pues yo decido ir a lo opuesto del sentido donde me empujan mi herencia, mi medio, mi inercia y mi energía.

Por otra parte, esta teoría mística, o más bien este impulso de mi potencia afectiva no tendría un poder tan grande si fuera irreal. En el orden científico y racional, no puede haber ni contingencia, ni milagro, ni libre arbitrio, ni divinidad. Pero, en el orden afectivo, o místico, o metafísico, hay Dios, hay milagro y hay libertad. Son ilusiones, dirá el positivismo. No, el hombre no puede sentir ni vivir cosas que no existen; el corazón y el cerebro colaboran, no se confundirán nunca el uno con el otro. No renovemos las faltas lógicas de Victor Cousin.

Imaginemos ahora, en el límite, a un hombre que, en cualquier ocasión, se decidiera en contra de sus tendencias innatas o adquiridas; un hombre en el cual la potencia afectiva, adiestrando la potencia volitiva y la realizadora, sería lo bastante fuerte para actuar siempre hacia el altruismo, el sacrificio y el renunciamento. Tal hombre, discípulo perfecto de Cristo, no merecería los reproches que los sabios hacen con razón a los artistas y a los metafísicos. Sería un cerebro lúcido y juicioso, ¿no es el ideal del espíritu científico una independencia íntegra y una rigurosa imparcialidad? Sería una voluntad clara y recta, la gente que se dice enérgica ¿no es de ordinario esclava de alguna pasión? Sería un corazón entusiasta, pues nada sublime puede ser intentado sin entusiasmo. Un hombre así, capaz de dominarse en el tumulto de las tormentas afectivas, capaz de actuar a pesar de los venenos del fracaso, de la fatiga y la melancolía, ¿no rompe sus cadenas espirituales? Ciertamente, sí. Él las desgastará, eslabón por eslabón, y todas una tras otra, desde las más exteriores y las frágiles a las más secretas y sólidas. Extenderá poco a poco su dominio hasta el inconsciente, pues sus actos contendrán una parte cada vez más amplia de libre arbitrio.

Pero ¿qué dice el Cristo?: “Buscad la Verdad y la Verdad os hará libres”. Y, efectivamente, el hombre solo no puede volverse libre; puede llegar a la muralla de su prisión y que alguien le abra la puerta: es el Espíritu Santo. La ceremonia de esta apertura ya la conocéis, os he hablado antes de ella. Es el bautismo del Espíritu, donde preside el Verbo, nuestro Cristo.

Se dirá que ésta es una teoría muy aventurera y simplista. No, si nos referimos a la tradición unánime de los experimentadores de Jesucristo. No, incluso, si aceptamos las conclusiones de una filosofía basada en la ciencia. Ésta última nos muestra que, en el universo, no hay compartimentos estancos entre lo verdadero y lo falso, lo exacto y lo inexacto, lo visible y lo invisible, lo continuo y lo discontinuo, lo vacío y lo lleno, lo orgánico y lo inorgánico, la materia y la fuerza, el cuerpo y el alma, el mal y el bien; pero, entre estos términos binarios, antaño separados, esta filosofía nos muestra unas series de gradaciones

numerosas y delicadas. Esta filosofía está en marcha hacia el descubrimiento de la unidad de la vida. Un día, se percibirá que el espacio y el tiempo no son abstracciones, sino medios sustanciales, como la energía, la luz, los campos magnéticos. Se les reconoce ya propiedades hasta ahora exclusivas de la materia: la inercia, el peso, la estructura. Entonces se poseerá una vista “evangélica” de las cosas; se sabrá que todas viven una vida orgánica y, en diversos grados, inteligente; en lugar de constatar el determinismo por todas partes, se percibirá por doquier la libertad; se comprenderá que, según la palabra de San Juan, toda forma y todo ser contienen juntas una vida, una verdad, un camino.

Los episodios donde Jesús escucha, ve y actúa a distancia, y donde el efecto milagroso se produce en el momento mismo de Su acción, se explican por los hechos de los cuales intento indicar el mecanismo. Los mundos no son más que sombras invertidas de los objetos eternos: ¿cómo podría ser divina una cosa que nuestros sentidos o nuestra lógica midieran? El reino de Dios penetra el universo y nosotros mismos hasta lo más profundo; se trata solamente de aceptar esta bendita invasión; se trata de instalarse en lo irracional. Construir, como hacen los apologistas, un conjunto de hipótesis que conducen a los conceptos místicos, no es la fe. La fe no busca pruebas, es siempre ingenua, total; las palabras de Dios le aparecen tan reales que al pensamiento no se le ocurre ni siquiera un obstáculo o un retraso en su cumplimiento. Solamente, para que se digne descender y habitar en nosotros, es preciso primero haber aprendido a no tenerse en nada con respecto a nosotros mismos.

Y estos milagros que Jesús ordena en el tiempo y en la distancia son verbos de unidad, de absoluto y eternidad que hemos de vivir, incorporándolos a nuestras personas perecederas, a nuestra encarnación.

EL HIJO DEL CENTURIÓN.

Un día, remontando hasta Galilea, Jesús cura a distancia al hijo de un oficial de Cafarnaúm. Esta ciudad puede representar a la tierra y este oficial, el yo; su hijo moribundo, el intelecto. En cuánto a Jesús, es Jesús. En efecto, aquí abajo, nuestra inteligencia está a menudo a punto de desfallecer y nuestro corazón muchas veces tiene necesidad de una reacción desde fuera, de un milagro, para volverse sensible a la Luz. Pero creer solamente después de haber recibido una prueba del poder divino, no es fe. La fe es creer y estar convencido sin pruebas, por la simple palabra de Dios. Desde el momento en el que hay un razonamiento, incluso aproximativo, no hay fe. Frente a un milagro, sin duda, el escéptico discute, invoca coincidencias, observaciones mal dirigidas, explicaciones científicas; pero aquellos testigos del milagro en los cuales la Luz no está totalmente enterrada bajo las cenizas, sienten estremecimiento intuitivo por el que se manifiesta al hombre corporal las expresiones del hombre

espiritual. Un favor de este calibre nos coloca al lado de la fe; pero el descubrimiento de la intervención divina por el análisis de las causas de un hecho maravilloso no es fe.

Cuando os encontréis de cara a una dificultad insoluble, o en vísperas de un vencimiento sin un céntimo para pagarlo, o vencido por la enfermedad hasta el borde de la tumba, y sabéis que la prueba es merecida, que antes habéis actuado mal y que la ruina o la muerte serán justas, si tenéis fe, mi ejemplo no significa nada, ya que el hombre libre sólo posee la fe, y entonces la angustia, la desgracia y el sufrimiento no tienen poder sobre él, en la medida que él quiere aliviar al prójimo llevando su fardo. Si no tenéis fe podéis dejaros ir o luchar con toda vuestra inteligencia y vuestra energía, o bien pedir socorro a no importa quién tanto en el visible como en el invisible. A los inertes, el Cielo los abandona; a los orgullosos que creen en ellos mismos, el Cielo los abandona también; a los temerosos, los socorre lo suficiente para que tengan a pesar de todo la ocasión de poner en acción sus fuerzas. Pero los que sois discípulos, sabéis que, a pesar de vuestra tibieza, el Cielo os ve, os vigila y no dejará que os perdáis. Como consecuencia, esforzaos por estar tranquilos, esforzaos para que vuestras familias y amigos no lean en vuestro rostro las angustias; mostraos alegres y de buen talante, como de costumbre y, para llorar, esperad a quedaros solos en vuestro cuarto. Decid al Cristo: “Señor, he merecido estas pruebas y más aún; soy indigno de que pongáis vuestra mirada sobre mí, pero podéis curarme, salvarme de la ruina, consolarme de la desesperación. Me someto a vuestra decisión, salvadme si lo juzgáis bueno. Actuaré menos mal, mejor, enseguida, os lo prometo, con vuestra ayuda”. Estas palabras son bellas, este sentimiento es bello, los santos se conducen así. Pero esto no es todavía fe, es sólo el camino por el que se sube hacia ella.

Si pudiéramos comprender, definir, o simplemente imaginar lo que es la fe, no pertenecería a lo sobrenatural. Hagamos pues el esfuerzo necesario para recibir su don. Vayamos siempre hasta el límite de lo posible, hasta el límite de nuestra resistencia y nuestro coraje; esta ofrenda de todo lo posible evoca irresistiblemente lo imposible.

Practiquemos los gestos de la fe, un número cada vez más grande de nuestros hermanos va a tener necesidad de que llamemos a los ángeles de la fe, y nuestra patria también. Estemos a la altura de las circunstancias.

*

La curación a distancia puede efectuarse de diferentes maneras. Si el operador es un hombre ordinario cuyos poderes psíquicos están en vía de desarrollo pero que no sigue el camino del Evangelio, actuará por el magnetismo, por los invisibles o por la voluntad.

El procedimiento magnético se emplea haciendo pases como si el enfermo estuviera allí, en la habitación; enviando a buscar al doble del enfermo a través de un sonámbulo; llevando el fluido sobre él por un sonámbulo; haciéndole

tomar una bebida magnetizada; haciéndole llevar un objeto magnetizado; magnetizando una prenda o un objeto impregnado de la vitalidad del enfermo. Existen otros procedimientos para soltar los fluidos contenidos en el agua corriente, en las piedras, en las plantas, y manipularlos.

En la actuación por los invisibles tenemos la invitación espiritista, la transferencia, la evocación o la conjuración mágicas y la invocación a los auxiliares unidos a cada colectividad religiosa en las formas prescritas.

Actuar por el pensamiento consiste en construir una imagen mental de la sanación y proyectarla sobre el paciente. O bien se puede también argumentar, como hacen los científicos cristianos, pero a distancia.

Para actuar por la voluntad, se ejerce la sugestión, verbal o mental, o bien ordenando a la enfermedad que se vaya.

Ninguno de estos métodos es, en sí mismo, lícito; unos constituyen propiamente abusos de poder y los otros son imprudencias. Por otra parte nada es lícito sin el recurso a Dios. Sólo debe practicarse una terapéutica sana y sin riesgos espirituales que se conformará a las doctrinas del Evangelio, que admitirá la vida, la inteligencia y el libre arbitrio en toda criatura, que practicará la caridad universal, que sólo esperará de la oración. Puede usarse el magnetismo, ya que es una fuerza normal, como la muscular, la nerviosa y las facultades cerebrales, pero debe emplearse con toda humildad, conjuntamente con la oración. Debemos abstenernos de procedimientos mediúmnicos, porque no sabemos a quién llamamos; de procedimientos mágicos, mentales o voluntariosos, porque son coactivos y ninguna criatura tiene el derecho de tiranizar a otra. De este modo, ¿debe ser la oración el único recurso del discípulo que intenta curar? Ciertamente sí, pero si se presentan casos donde la curación fuese inoportuna, entonces puede emplearse el simple magnetismo humano.

El discípulo avanzado, el “soldado”, dispone de un magnetismo desconocido, más sutil y poderoso, que ha sido traído a la tierra por el Cristo y del que sólo están dotados aquéllos que practican perfectamente el precepto de la caridad. El magnetismo ordinario obedece a ciertas leyes: las de la polaridad, de lugares, de días, de horas; actúa con más o menos fuerza, según el estado fisiológico o el entrenamiento del operador. El magnetismo místico es libre, ni el tiempo, ni la distancia, ni las circunstancias, ni nada físico lo traba; cualesquiera sean la edad, la salud, las condiciones del medio donde se encuentran sanador y paciente, él cumple su acción porque viene en línea recta de las obras de Cristo. No buscad sin embargo atraparlo por vuestros propios medios, se os escaparía. Ejecutad la ley de Cristo, tan a fondo como podáis, y rezad. Es todo. Cualquiera otra tentativa es inútil.

Y, además, todo lo que os digo no vale más que como introducción y habituación al estado del ser que será el nuestro cuando hayamos recibido la facultad de actuar sobre el Reino y sobre la Tierra, simultáneamente y con plena consciencia. Entonces viviremos en el Plano Uno.

HACIA LO SOBRENATURAL.

Cristo es el único de los fundadores de religiones que se ha atrevido a pedir a Sus fieles el sacrificio de su persona por la caridad, el optimismo sobrehumano por la esperanza, la negación, o más bien la superación, de todos los conceptos intelectuales, la inversión de todas las imposibilidades prácticas, por la fe. Las otras religiones se apoyan en la metafísica, como el taoísmo; en la filosofía, como el budismo; en los datos experimentales de una ciencia secreta, como el brahmanismo, o el mazdeísmo; en una afirmación voluntariosa y dogmática, como el mosaísmo o el islamismo; en el sentimiento de comunidad con todas las demás criaturas, como algunas sectas contemplativas, filiales de las religiones madre. Cristo únicamente sitúa al hombre ante Dios, sin otro intermediario que Él mismo, que es uno con Dios; Él desvela el secreto formal de la creación en nosotros, mostrándola como la sombra limitada por el espacio y por el tiempo del reino ilimitado, eterno, infinito, que Él habita; nos hace comprender que todos los valores creados son inversos a los valores increados; Él propone al género humano, seducido por las frías claridades de la abstracción y ávido sobre todo de comprender, un modo de conocimiento vivo producido por el vuelo del alma hacia las realidades sobrenaturales y por la disciplina del yo más inflexible y estricta.

El Evangelio sólo obliga a una vigilancia, a una atención, a una crítica de sí mismo tan lúcidas y tan imparciales como puede ser la observación del verdadero sabio que acecha los secretos de la materia y, al mismo tiempo, nos anima a nutrir una sensibilidad tan rica y un entusiasmo tan lírico iguales a los del artista y el poeta. El Evangelio tiende a hacer de nosotros seres equilibrados y completos.

El verdadero místico es sano. Si un vidente no muestra en el curso ordinario de la vida, ponderación, buen sentido, realismo, se puede creer que sus visiones son falsas. Cuando el éxtasis es verdadero, no debilita las facultades mentales, al contrario, las reafirma. Estudiad con detalle la vida de San Bernardo, Santa Colette, Santa Teresa, de Mme. Acarie, de San Vicente de Paul, del cura de Ars –por no citar más que célebres ejemplos–, y veréis en estos servidores de Dios, que una crítica superficial tendría por neuróticos, a maestros en el arte de resolver las situaciones más difíciles, en materia de dinero, de psicología, de acuerdos familiares, sociales o políticos. Pero, si su piedad fue ferviente, si el deseo del Cielo los consumió, si su sensibilidad fue la más exquisita, ejercieron sobre sí mismos el gobierno más autocrático: sobre su complexión, sobre su carácter, sobre su intelecto.

Para comprender algo del Cristo, no hace falta estudiarLo, como han hecho los Renan, Ledrain, Loisy, o los Alfred Charbonnel; no sirve de nada tampoco explicarLo a los Taine, como hace el P. Didon. Jesús no es un personaje perteneciente sólo a la historia; Su medio, Su raza no han influido sobre Su formación; las parábolas no son alegorías y es sacrílego querer, como escribe este dominico, dar a las palabras de Jesús “más relieve y más brillo”. Es preciso

ver al Hijo de Dios tal como es, viajero infatigable recorriendo los mundos, cargado de todos los dolores, tomando sobre sí las pruebas más pesadas para nuestras espaldas orgullosas, agotado por sacrificios y vigilias, pero sacando de Su amor misericordioso, del fondo de Sus agonías, la fuerza de resucitar sin cesar para nuevos martirios.

La locura de la empresa cristiana, la debilidad de sus medios de fundación prueban la suprahumanidad de su Fundador. Y, si esta obra subsiste desde hace diecinueve siglos, a pesar de las faltas de sus obreros, es porque contiene algo de divino. Mantener esta Luz imperecedera, despejarla de las cenizas y los oscuros humos terrestres, ésa es la tarea del cristiano. Esta tarea se llama la conquista de la santidad. Dios organiza toda la creación para llevarnos a la santidad. Dios nos persigue por todas partes; el criminal, el perverso, el superficial, el perezoso, todos somos como Su presa; Él nos acecha, nos acosa de espesura en espesura, hasta que al fin, cansados de las vanas delicias del mundo, caemos derribados bajo el rayo tan dulce de Su amor. Somos los bienamados del Padre, somos la única preocupación del Hijo, las bienaventuradas víctimas del Espíritu.

Pero, para ver la Verdad, hay que franquear el umbral que cierran los prestigiosos velos de las apariencias. Analicemos nuestras certezas y dudas hasta el axioma que se encuentra necesariamente en el origen de ambos. Luego, tomemos el axioma opuesto; podremos deducir, por continuidad lógica, certezas y dudas contrarias a los puntos de partida de nuestras primeras inducciones. De estas antítesis se concluye de ordinario que todo es plausible y posible, que todo es incierto. Para entrar en la falange mística, hace falta encontrar un tercer punto de partida, un tercer orden de axiomas que reúna y concilie las tesis irreconciliables precedentes. Así, entramos intelectualmente en la pobreza evangélica. Sabéis de qué forma se entra moralmente. Desde entonces, comenzamos a poder decir: no soy nada, no puedo nada. En este doble vacío surge la Plenitud; en esta doble noche estalla el Rayo; la oración comienza sus balbuceos se emprende el Camino, la Verdad aparece, la Vida desciende los horizontes temporales se difuminan, mientras que, en nuestras miradas maravilladas, crecen los paisajes inmemoriales de la Fe.

He aquí la escuela a seguir para poder aceptar la encarnación del Verbo, para comprender los milagros de Jesucristo, para hacer posible la cercanía del Espíritu por el que más tarde nos será permitido reproducir nuestro Modelo.

Hablando tan detalladamente de las curaciones hechas por Jesús, no he querido más que hacerlos el Universo místico más accesible. De este Reino de la Gloria, cualquiera puede entrever el esplendor que lleva por siempre en su seno la nostalgia salvadora y este inmortal tormento le prosternará algún día ante el árbol de la Cruz, cuyos frutos se llaman paz, felicidad, omnisciencia, omnipotencia y libertad.

CAPÍTULO CUARTO

EL REINO DE LOS CIELOS

Lucas 7, 36-50/ Lucas 8, 1-3/ Mateo 13, 10-15; Marcos 4, 10-13/ Lucas 8, 4-15;
Mateo 13, 3-9; 18-23; Marcos 4, 3-9; 14-20/ Lucas 8, 16-18/ Marcos 4, 21-23;
Mateo 10, 26-27; Mateo 5, 15-16/ Marcos 4, 24-25/ Mateo 13, 31-32;
Marcos 4, 30-32; Lucas 13, 18-19/ Marcos 4, 26-29/ Mateo 13, 34-35;
Marcos 4, 33-34/ Mateo 13, 33; Lucas 13, 20-21/ Mateo 13, 24-30; 36-43/
Mateo 13, 44/ Mateo 13, 45-46/ Mateo 13, 47-50/ Mateo 13, 51-52.

Un fariseo invitó a Jesús a comer con él. Estando en su casa se sentó a la mesa. Una mujer de la ciudad, de mala vida, sabiendo que Jesús estaba en casa del fariseo, se fue hacia él con una vasija de alabastro llena de perfume. Llorando, se colocó tras él, junto a sus pies, y bañando con lágrimas los pies de Jesús los enjugaba con sus cabellos, los besaba y los untaba con el perfume. Viendo esto, el fariseo que le había invitado pensaba para sí: *Si este hombre es profeta, sabrá que esta mujer que le toca es pecadora.* Jesús, dirigiéndose a él, le dijo: *Simón, tengo algo que decirte.* Simón respondió: *Habla, Maestro – Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro, cincuenta. Ninguno tenía con qué pagar, perdonando a ambos la deuda. ¿Cuál de los dos lo amará más?* Simón respondió: *Supongo que aquél a quién condonó más.* Jesús dijo: *Has juzgado bien.* Después, volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: *¿Ves a esta mujer? Cuando entré en tu casa, no me traíste agua para mis pies, pero ella con sus lágrimas los bañó y con sus cabellos los enjugó. Tú no me besaste pero ella, desde que ha entrado, no ha cesado de besar mis pies. No untaste mi cabeza con óleo, pero ella ha ungido mis pies con el perfume. Por esto te digo que le son perdonados sus muchos pecados, porque amó mucho, pero a quien poco se le perdona, poco ama.* Luego dijo a la mujer: *Tus pecados te son perdonados.* Los convidados se preguntaban entre ellos: *¿Quién es éste para perdonar los pecados?* Él dijo a la mujer: *Tu fe te ha salvado, vete en paz.*

*

Iban él de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, predicando y anunciando el Evangelio del Reino de Dios. Con él estaban los Doce y algunas mujeres que habían sido liberadas de malos espíritus o sanadas de enfermedades: María, llamada Magdalena (de Magdala en Galilea), de la que salieron siete demonios; Juana, mujer de Cusa, intendente de Herodes; Susana y otras muchas que le asistían de sus bienes.

*

Se juntó una gran muchedumbre, que vino a él de todas las ciudades. Entonces,

dijo esta parábola: *Salió un sembrador a sembrar su simiente. Mientras sembraba, una parte cayó a lo largo del camino, siendo pisada y los pájaros del cielo la comieron. Otra parte cayó sobre un pedregal donde no había mucha tierra, creció inmediatamente porque la tierra no tenía profundidad, pero el sol la calentó y, al no tener raíz, se secó. Otra parte cayó en medio de espinas y las espinas, creciendo con ella, la ahogaron. Otra cayó en buena tierra. Ésta creció y dió fruto, de un grano dió cien, de otro sesenta, de otro, treinta. Diciendo esto, clamó: ¡Quién tenga oídos para oír, que oiga!*

Sus discípulos se acercaron, diciéndole: *¿Por qué les hablas en parábolas?. Él respondió: A vosotros os es dado penetrar los misterios del Reino, pero los otros sólo los conocen en parábolas, de manera que viendo no vean y oyendo no entiendan. En ellos se cumplió la profecía de Isaías que decía:*

*'Con vuestros oídos oiréis y no entenderéis nada
con vuestros ojos miraréis y no veréis nada;
porque se ha endurecido el corazón de este pueblo,
se han vuelto sordos sus oídos
y han cerrado sus ojos,
por miedo a que sus ojos vean
por miedo a que sus oídos oigan
por miedo a que su corazón comprenda
por miedo a convertirse
por miedo a que yo los sane'*

Escuchad el sentido de la parábola del sembrador: la simiente es la palabra de Dios. Los que la reciben a lo largo del camino son los que la escuchan, pero enseguida viene el Diablo que quita de sus corazones la palabra, por miedo a que crean y sean salvados. Otros reciben la simiente en lugares pedregosos: son aquellos que, después de haber escuchado la palabra, la acogen con alegría, pero no echan raíces en ellos, sólo tienen fe por poco tiempo; cuando una aflicción o una persecución sobreviene a causa de la palabra, se retiran. Otros reciben la simiente entre espinas: son aquellos que han oído la palabra y luego se han ido y se han dejado seducir por los cuidados, las riquezas y los placeres de la vida, de forma que ahogada no da fruto y ya no puede madurar. Al fin, los que han recibido la simiente caída en buena tierra. Son aquellos que retienen en su honesto y buen corazón la palabra escuchada y da fruto por su perseverancia, uno treinta, otro sesenta, el otro cien por uno.

Nadie, cuando enciende una candela, la cubre con una vasija o la coloca bajo la cama; al contrario, se pone en un candelabro, para que los que entren vean la luz. Porque no hay nada oculto que no deba ser descubierto ni nada secreto que no deba ser desvelado y puesto a la luz del día. Poned atención a lo que oís, pues al que tiene se le dará y al que no tiene, incluso lo que cree tener, le será quitado. ¿A qué se parece el Reino de los Cielos o con qué lo compararé? Es semejante a un grano de mostaza que un hombre coge y siembra en su jardín. Es la más

pequeña de todas las simientes, pero cuando va creciendo, es la más grande de las hortalizas y se vuelve árbol y los pájaros del cielo anidan en sus ramas.

Siguió diciendo: Con el Reino de los Cielos pasa lo que ocurre cuando un hombre lanza la semilla sobre la tierra. Duerma o vele, noche y día, el grano germina y la planta crece, sin que sepa cómo. De ella misma la tierra saca su fruto: primero es una hierba, seguidamente una espiga y luego el trigo llena la espiga. Y, cuando la tierra ha dado así su fruto, coge en seguida la hoz, pues es la hora de la siega.

*

Es con un gran número de parábolas de este género como les anunciaba la palabra, en la medida que ellos podían comprenderla. Sólo les hablaba en parábolas. Así se cumplía lo que dijo el profeta:

*Abriré mi boca para hablar en parábolas,
y revelaré las cosas ocultas desde la creación.*

Luego, en la intimidad, él explicaba todo a sus discípulos. Entonces dijo: *¿A qué compararé el Reino de Dios? Es semejante al fermento que coge una mujer y lo pone en tres medidas de harina hasta que todo fermenta.*

Les propuso otra parábola: *El Reino de los Cielos se parece a un hombre que habiendo sembrado buenas semillas en su campo, mientras que su gente dormía, su enemigo sembró cizaña entre el trigo y se fue. Cuando el trigo creció y dió fruto, entonces apareció la cizaña. Los siervos se dirigieron al señor de la casa y le dijeron: 'Señor, ¿no es buena semilla la que sembraste en tu campo, de dónde viene pues la cizaña?'. Él les respondió: 'Es un enemigo el que ha hecho esto'. Ellos le dijeron entonces: '¿Quieres que vayamos a arrancarla?'. 'No, respondió él, no sea que arrancando la cizaña, arranquéis el trigo también. Dejad que crezcan los dos hasta la siega y en el tiempo de la siega, diré a los segadores: Arrancad primero la cizaña y atadla en haces para quemarla, luego recoged el trigo para guardarlo en el granero'.*

Cuando hubo despedido a la multitud, entró en la casa y sus discípulos se acercaron a él, diciéndole: *Explícanos la parábola de la cizaña en el campo. Él les respondió: El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre. El campo es el mundo. La buena semilla son los hijos del Reino. La cizaña son los hijos del Maligno. El enemigo que la ha sembrado es el Diablo. La siega es el fin del mundo, los segadores son los ángeles. Lo mismo que se arranca la cizaña y se quema en el fuego, en el fin del mundo el Hijo del Hombre enviará a sus ángeles y arrancarán de su reino todos los escándalos y a todos los que cometen iniquidad y los arrojarán en el horno de fuego. Allí serán los llantos y el crujir de dientes. Entonces los justos, en el Reino de su padre, resplandecerán como el sol. ¡El que tenga oídos, que oiga!.*

El Reino de los Cielos es parecido a un tesoro escondido en un campo. El hombre que lo encuentra, lo oculta y después, desbordante de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo.

El Reino de los Cielos es semejante a un marchante a la búsqueda de bellas perlas y que, habiendo encontrado una de gran valor, vende todo lo que tenía y compra esta perla.

El Reino de los Cielos es semejante a una red que se echa al mar y que recoge peces de todas clases. Cuando está llena, los pescadores la sacan y luego, sentándose sobre la playa, recogen todos los peces buenos en canastos y tiran los malos. Así será en el fin del mundo, vendrán los ángeles a separar los malvados de los justos y arrojarán a los malos al horno ardiente. Allí serán los llantos y el crujir de dientes.

¿Habéis comprendido todo esto?

Sí, respondieron ellos.

Entonces les dijo: Así, todo escriba instruido en el Reino de los Cielos es semejante a un hombre, dueño de la casa, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas antiguas.

DE LA IMITACIÓN DE JESÚS.

Es tan cierto que nuestras actividades son las evoluciones de nuestro espíritu inmortal a lo largo de las rutas del Invisible, que el hecho de pasar de una vía ancha a la vía estrecha se le llama conversión. En algunos momentos, el hombre, agotado o herido, vuelve sobre sus pasos y, cuando este retorno se efectúa por los motivos más altos, o, si preferís, en nuestras regiones psicológicas más profundas, los estados de remordimiento, arrepentimiento, desolación y disgregación íntima que se sufren corresponden a esta marcha hacia atrás, en el curso de la cual estamos obligados a restituir a las criaturas víctimas de nuestros egoísmos las fuerzas o las sustancias que les hemos sustraído indebidamente. A esta restitución se le llama penitencia.

Antes de que el Verbo descendiera sobre la tierra, los humanos estaban obligados a pagar integralmente sus deudas; esta ley fue llamada “karma” por los hindúes, pena del talión por Moisés. Y, como los pecadores, durante el tiempo que tardaban en pagarlos, contraían nuevas deudas por nuevos pecados, ya que el mal una vez sembrado se desarrolla por él mismo y se multiplica, los pagos se multiplicaban también, indefinidamente, y el sufrimiento humano iba extendiéndose por un período indefinido. El hombre, en resumen, no puede salvarse solo. Pero los sufrimientos voluntarios e inocentes del Verbo encarnado en Jesucristo tienen por efecto poner a disposición del pecador arrepentido los socorros inagotables de la misericordia divina, que la teología llama gracia, porque son siempre gratuitos. Éstos vienen en efecto del Absoluto; por consiguiente, el menor de entre ellos vale, por su naturaleza, infinitamente más que los méritos de una criatura del Relativo, por colosales que las imaginemos. Entendido esto, podemos ponernos a estudiar el episodio de la Cortesana en casa del Fariseo. Aquí se encuentran numerosas enseñanzas.

Jesús no iba solamente a casa de los pobres y a casa de la gente modesta; Él aceptaba también las invitaciones de los ricos; no se guiaba por motivos de utilidad o de respetabilidad; no halagaba ni a los conservadores ni a los revolucionarios, pues tanto unos como otros a veces tienen razón y otras veces se equivocan; y tampoco Él estableció el paraíso social basado únicamente en reformas económicas o políticas. No escogió a Sus discípulos, a Sus familiares ni a Sus anfitriones ocasionales según consideraciones exteriores. Para Él, los hombres, las cosas, las circunstancias no eran más que pretextos para enderezar un error, encender una luz, sembrar una semilla. Este mundo, que nosotros trabajamos, que muchos creen el único, no era en Sus manos más que un reverso; Él tejía sobre el otro lado de la trama, en el derecho, porque veía lo que nosotros no vemos. Por eso muchos de Sus gestos parecen incomprensibles y muchas de Sus palabras irracionales.

Podemos adoptar una línea de conducta paralela a la Suya aunque en un plano mucho más bajo; pero entonces desconfiamos de las sordas tendencias de nuestra personalidad que desvían las intenciones más rectas. Cada uno es atraído por un medio social o mundano en función de sus gustos, cultura, afinidad o sus opiniones de todo orden. Quien tiene malas compañías se excusa porque él no es enteramente responsable de la bajeza de sus simpatías; y tiene razón, debemos ser indulgentes, pero aquel cuya sensibilidad es delicada y su espíritu refinado no tiene tampoco un gran mérito en frecuentar seres superiores; y quien ama sus comodidades más méritos por vivir con los ricos. Estos tres individuos siguen simplemente el género de egoísmo que le es propio. Si voy a cenar preferentemente en elegante compañía, debo tener la franqueza de confesarme que es porque amo el lujo y el refinamiento, y no para imitar a Jesús que Se sentaba también a la mesa de los ricos burgueses de Su época. Si, por el contrario, me gusta ir descamisado a los antros, que no caiga en la hipocresía de pretender que es porque Jesús vivía con gente pobre. Me perdonaréis el considerar con tanta insistencia ejemplos tan simples, pero, ¡nos engañamos tan fácilmente, nos mentimos a nosotros mismos con una duplicidad tan ingenua!

Si, por el contrario, sin escuchar nuestras preferencias, vamos allí donde se nos llama, sobre todo donde podemos suavizar un resentimiento, abrir una ventana a la esperanza, favorecer una resignación, calmar un odio, reducir prejuicios, embellecer una hora vulgar, allí, en fin, donde nos repugna acudir, entonces imitaremos a Jesús. ¿Creéis que para la delicadeza sensible de Jesús no era doloroso estar entre la fealdad inevitable de los desdichados oprimidos? ¿Creéis que para el generoso ardor de Su alma desbordante de compasión no era un martirio el duro egoísmo de los grandes, que no lo comprendieron, pero a cuya invitación Él acudía sin embargo? Se le encontraba aquí y allí, en cualquier lugar en dónde se elevara el menor suspiro hacia la Luz, escuchando solamente este suspiro, no viviendo más los diversos desamparos de los miserables o de los poderosos, despreocupado de Sus propias aversiones, atento a la sinceridad de los gemidos.

Así, leyendo los Evangelios, no nos atemos tanto al encanto de los relatos, a lo maravilloso de los episodios, como al espíritu secreto que engendran unos y animan a los otros. Hace falta tiempo para comunicar con este soplo delicioso de la eterna bondad; hace falta una gran perseverancia en el esfuerzo perpetuo de vivir los preceptos; pero cada uno de estos esfuerzos recibe inmediatamente su salario, un doble salario: el deseo de avanzar más y la compasión más profunda de la Gran Obra universal.

Tenemos a Jesús a la mesa del Fariseo. Que se represente la escena tan exactamente como nuestros conocimientos en arqueología nos lo permitan, que nos ayudemos para esto de los relatos de los orientistas, de los novelistas, de los videntes, o de los simples viajeros, no importa. Todo eso son artificios, legítimos sin duda, pero exteriores, para conmover nuestra devoción. Dos o tres escritores han imaginado incluso a Cristo venido a nuestra época, viviendo nuestra vida y dando a nuestra sociedad el ejemplo o la enseñanza conveniente a nuestras costumbres y vicios modernos.

Intentemos mirar a nuestro Modelo con ojos más espirituales. Más allá de los aspectos visibles de Su historia, penetremos hacia Su corazón en su esplendor inconmensurable, subamos hacia las cimas de Su espíritu donde reposan todos los misterios, consideremos la sublime singularidad de Su persona, la más unida, la más coherente que podamos imaginar y, al mismo tiempo, la más diversa y la más sutil.

En este Israelita tenemos a Dios mismo y al Hombre completo. Permanece para siempre idéntico a Sí y sin embargo Él Se encuentra, sin disminución ni alteración, en el centro de lo que sufre y lo que aspira, en la persona de Su anfitrión, en las personas de los invitados, en la persona de la mujer. A todas partes donde Él va, el Hombre-Dios está en Él, pues por todas partes crece la queja del sufrimiento. Es Jesús quien, en el corazón endurecido del rico, difunde la ceniza de la saciedad; es Jesús quien, en el corazón herido del miserable, hace gemir a la desesperación; es Jesús quien, en el fanático corazón del criminal, hace dudar a la cólera; con el fin de que de nuestras aversiones terrestres nazca el deseo de los bienes del Cielo; que nuestros cansancios hagan llamar a la esperanza; que nuestras impotentes iras, llevadas a su paroxismo, se vuelvan los primeros soplos de la dulzura todopoderosa. Así es al menos la marcha de las cosas para la humanidad destronada; la obediencia fiel al Evangelio nos permitirá evitar estas penosas reacciones, sin duda, pero muy raros son aquellos que se vuelven capaces de recibir la Luz sin antes andar extraviados en la Tinieblas.

En este Fariseo, pues, está el Verbo, pero nadie Lo discierne, porque las almas mediocres del anfitrión y de los convidados son incapaces de ir más allá. Sólo María Magdalena veía claro. Ella cometió todos los excesos, bebió del resentimiento, su alma ardiente no quiso el lúgubre orgullo de la desesperanza y el Cielo le envió el arrepentimiento. Ella se lanzó a él como antes se lanzó a los destellos del mundo, ella pecó mucho y el Verbo mucho le perdonó y porque recibió de Él un perdón sobreabundante, Lo amó como nadie antes Lo había

amado.

Para nosotros el amor de Dios, y nuestro amor futuro por Él, son cosas totalmente ignoradas. La indiferencia de nuestra alma, la debilidad de nuestro cerebro no pueden ni nutrirse ni moverse en el mundo vertiginoso del amor espiritual. Los más puros de entre nosotros, cuando han querido decirnos algunos ecos de las armonías no reveladas, se han visto reducidos al pobre y dudoso lenguaje del amor humano. Decir del amor divino que es todo sacrificio es anunciar que el sol alumbra; la elocuencia se banaliza hasta el lugar común, cuando intenta describir la vida del amor; ésta difiere más de la vida del cuerpo y del intelecto, como la metafísica difiere de la ciencia o el cálculo integral de la aritmética. Nuestras potencias afectivas, que nos parecen tan sublimes, tienen la necesidad de distenderse, de recobrar su impulso, de superar su cansancio; sufren con más crueldad los fracasos cuánto con más candor son ofrecidas a la ingratitud y a la incomprensión. ¿No vemos al mismo Jesús desfallecer a la vista de todas las oscuridades con las que el género humano responderá a las ternuras de Su amor? Cada discípulo sufre también su vigilia en el Huerto de los Olivos.

Pero, cuando el Cielo desciende sobre la Tierra, el amor fraternal y el amor divino, convertidos en el mismo amor, se avivarán hasta una altura hoy inconcebible. El amor de cada uno de los elegidos, renovándose por sí mismo, tan joven en cada una de sus efusiones, aumentado sin cesar por el amor correspondiente de los demás elegidos, no conocerá más la fatiga ni la inquietud. Estas almas, elevadas más allá de su límite temporal propio, se iluminarán de infinitos a infinitos en una concurrencia armoniosa cuyos equilibrios sucesivos, lejos de restringir sus impulsos, siempre exaltarán su ardor y su espontaneidad. Pero esto es el final. Nosotros sólo estamos en el punto de partida.

MARÍA MAGDALENA.

El Cielo está con los que más sufren; mientras que estamos aún en camino, Él hace abstracción de nuestras faltas, para ver sólo nuestro desamparo. Sus soldados actúan con frecuencia en todo lugar, pero, sobre todo, como su Maestro, en el pueblo, que hace vivir a todos y del que se ocupan tan poco; ellos van con los marginados, que escandalizan a los hipócritas, y que quizás solamente están caídos por falta de cuidados. Por eso, Jesús, en la casa del Fariseo, acoge a la cortesana. ¡Qué escándalo para el hombre honesto, para este puntal de la sociedad! Y también, en la mujer, ¡qué admirable certeza intuitiva de obtener Su perdón!

Quien va lejos en el mal es capaz de ir aún más lejos en el bien. La justicia de Dios no emplea los procedimientos de la justicia humana; ésta sólo conoce la ley del tali3n, apenas desde hace algunos siglos admite las circunstancias atenuantes. El Cielo, a contrapelo de nuestra lógica, da Sus cuidados al terco

que parece el menos digno. Cuanto más extraviado, atascado o enfermo esté el ser, incluso por su falta, más atento está el Cielo a su primer arrepentimiento, a su primera demanda.

Así es el amor divino, así debe ser el amor humano. Su carácter es el sacrificio de sí mismo. Sus modos de acción son infinitos. Su poder no tiene límites. Su esencia es el deseo ardiente de servir al ser amado, perder y perderse para siempre por obedecerle.

El Amor es capaz de llevar todas las cadenas, es el más libre de los seres. No conoce ni lo imposible, ni el tiempo, ni la distancia; resiste a la muerte, brilla hasta en el Infierno; ni la mediocridad lo oscurece.

El verdadero Amor no es inquieto, resplandece en la serenidad, irradia en la paz, se inmola en la beatitud; los obstáculos son un alimento más para su llama. Posee la única verdad, la inmutable certeza, el poder irresistible. Lo bendice todo, pues todo le parece una ocasión para crecer.

Es a causa de su capacidad de sufrimiento que la mujer está más próxima al Cielo que el hombre. Y es una razón para escucharle más, que no se hace. Pero no es preciso que salga de su papel; no debería tener que ganarse el pan fuera del hogar; está ahí para embellecer de ideal las vulgaridades de la vida cotidiana con sus cuidados. Si quiere hacer seriamente su labor, tendrá más trabajo que el marido. No tiene nada que ver en las salas de conferencias, en los comités, en las listas de reivindicaciones, de protestas y otros trampantojos. ¿Se tendría que inquietar por estas pamplinas feministas?

Si es verdaderamente buena, ¿no siente ella, en el fondo de su corazón, que Dios está con los humildes, con los oscuros obreros?

Toda acción, incluso aquella que parece indiferente e inútil, tiene resultados; es su intención la que la hace más o menos fructuosa según su sinceridad y grandeza. Ved lo que recibe la cortesana por ungir los pies de su Maestro.

Por un lado, está el hombre bien pensante, rico, honorable, como debe ser, uno de los “pilares de la sociedad”, por el otro lado, está una mujer fuera de la ley, despreciable, que causa escándalo, un despojo de la sociedad; en el medio, el Ser más que humano, cuya sola presencia le juzga a uno y a otro, desvelando el espíritu secreto de cada uno. Ésta es la doble oposición a menudo demasiado incomprendida que sirve de pretexto a las tiranías de los fuertes y a las revueltas de los débiles. Aquí se reúnen el poder material y la grandeza espiritual. La muchedumbre cree que la fortuna, los altos cargos, la superioridad cerebral implican grandes cualidades morales, y la gente de clase superior se inclinan a infravalorar al pueblo. Tanto unos como otros se equivocan. No comprenden el sentido inverso de los poderes temporales y los espirituales. Los de abajo no se dan cuenta de la fuerza corruptora del oro y de la gloria; los de arriba cierran los oídos a las quejas de los desdichados. Sin embargo, la gran antinomia humana no es la inteligencia y la ignorancia, es la dureza del corazón humano o su bondad. Los ricos no son necesariamente refinados; los pobres no son necesariamente groseros. Así, nuestro Fariseo, que ocupa una buena posición, que está instruido, que tiene una conducta correcta y

opiniones razonables, vejeta más lejos de Dios que la hija escandalosa, que desafía las buenas maneras y vive al día. No debemos entender que el Cielo prefiere los irregulares a la gente conveniente, pues hay ricos únicamente preocupados en hacer el bien y pobres devorados por todas las bajas pasiones, pero esto significa que la posesión de privilegios sociales seca a menudo el corazón, mientras que las miserias y las penas sufridas por un ser que se descarría, acaban siempre por despertar en él la chispa del Verbo, por espesa que sea la capa de cenizas con la que las más vergonzosas idolatrías hayan podido recubrirla.

El fariseo es un racionalista; la cortesana es una mística en ciernes. Al primero le falta la noción de los límites de la inteligencia, a la segunda le falta la noción de la disciplina; pero el primero, puesto que se siente orgulloso de todas sus prerrogativas humanas, no percibirá a Dios junto a él, mientras que la segunda, en la que la explosión del arrepentimiento rompe y consume todo, a la luz de este incendio descubrirá ante ella a su Señor y Salvador.

Esto no significa que se desprecien las ventajas sociales, los dones naturales, la instrucción o la educación, sino que no debemos atribuirles más que un valor humano y relativo. Esto no significa que se deba correr tras lo pretencioso bajo el pretexto de tener experiencias y de alcanzar la sabiduría por la saciedad, pero no es necesario cubrir de oprobio a los desequilibrados, los desclasados y a todos aquellos que se bambolean al flujo y reflujo de sus apetitos; es posible que en esta multitud lamentable el desequilibrio les haga rebotar hacia Dios, que el desclasamiento les devuelva a las playas de la gracia y que sus aversiones les darán la sed de las fuentes eternas.

Cada uno de nosotros está también en esta ciudad donde viven los fariseos, en sus bellas casas bien ordenadas y las cortesanas, en viviendas de lujo o en cuchitriles. En nosotros, también el Maestro ha pasado alguna vez; Se sentó en aquella de nuestras habitaciones que había preparado, desde el principio, con los más ricos ornamentos, que había amueblado con la razón, con la lógica, con la memoria, con la sabiduría realista que nos dan una figura superior frente a otros seres. Pero estas bellas facultades, orgullosas de sí mismas, no han reconocido a su creador, mientras que, en los rincones menos nobles de nuestra persona, como las fuerzas tumultuosas del instinto, hasta ahora ávido de todo el universo físico, y únicamente ocupado en conquistarlo y en saciarse, divisamos en lo alto una luz extraordinaria, se disfruta de una dulzura indecible, se oye una voz inefable. Es porque lo más material y grosero que hay en nosotros siente lo más sutil y el Espíritu puro.

Esto vale también para el orden social y étnico. Los pueblos y las razas que el Padre eligió en principio para abrir a los otros el camino de la salvación y a los que suministró todos los dones útiles para este propósito, poco a poco consideraron estas gracias como suyas, desarrollando un orgullo que los volvió incapaces de cumplir su oficio providencial. Entonces el Padre, no queriendo que, por la falta de un solo pueblo, se perdieran los demás, envió a Su Hijo. Siendo desconocido para Su propio rebaño, el cristo se dirigió a las ovejas

perdidas, a los Gentiles y éstos, a causa del espesor de la tiniebla en la que se debatían, aceptaron la Luz. Así, el niño que nace en una familia rica y cree que esta fortuna y estos honores los posee por él mismo, acaba enorgulleciéndose y sus ojos se vuelven ciegos a la Verdad; la Verdad busca entonces un pobre humilde y paciente, se da a él y lo hace su heraldo.

En suma, todas las criaturas, de las más pequeñas a las más grandes, venidas al mundo con dones análogos, sufren una prueba parecida, saliendo casi siempre vencidas, y retardando así su felicidad real y su perfección.

Desconfiemos pues del encanto que se desprende de nuestras propias cualidades; habituémonos a distinguir de nuestro yo inmortal los instrumentos que le fueron prestados para cumplir su trabajo. Este cuerpo, con su fuerza, su ingenio, su belleza; los órganos sutiles por los que disfrutamos las delicadezas y los esplendores de la Naturaleza y el Arte; las facultades mentales que nos hacen comprender, clasificar y dirigir las energías de la Materia, que nos elevan hasta las serenas especulaciones de lo abstracto; esta energía volitiva cuyo ejercicio nos procura alegrías intensas, pero peligrosas, de conquista y de dominio: nada de todo esto nos pertenece. Pero, desgraciadamente, aunque reconocemos teóricamente nuestro estado de deudores natos, de prestatarios a perpetuidad, nos conducimos prácticamente como si fuésemos los legítimos propietarios de nosotros mismos. Nos parecemos al fariseo que, observando a Jesús acoger el homenaje de la cortesana, concluyó que no veía quién era esa mujer; nosotros solamente creemos en las apariencias, sólo juzgamos sobre las apariencias, nos apegamos a las apariencias.

Distinguir de hecho lo transitorio de lo permanente es una búsqueda tan importante que todos los iniciadores de Asia la han erigido como principio de sus sistemas. Esta noción es la base del taoísmo, del brahmanismo, del budismo, del lamaísmo, y los sufíes del Islam la recogen. Se encuentra también en el Evangelio, pero implícitamente, más bien como una inducción filosófica que como una regla práctica. Jesucristo nos hace abrazar inmediatamente lo concreto. Él prefiere enseñarnos primero a vivir, que enseñarnos a pensar. En efecto, todos los hombres no son aptos para la meditación, pero todos pueden ver la pena de su hermano, todos pueden socorrerlo un poco; la Caridad es la iniciadora suprema.

Sin embargo, habrá que dar a las inteligencias inquietas algunas aclaraciones. Intentemos primero darnos cuenta de qué manera Dios, la única Realidad, Se comunica con el hombre y le inculca el sentido íntimo de las apariencias ilusorias.

Es preciso, aunque esto me parezca muy pretencioso, que intente decir algo sobre la esencia divina y sobre la Trinidad, con el fin de evitaros el recurrir a las obras específicas de los padres de la Iglesia y de los teólogos.

Sin iniciar ninguna demostración, enunciaré simplemente lo que creo, lo que tengo pro la Verdad, es decir lo que me parece más probable, aquello que no da pie a pretextos para los errores del subjetivismo y del panteísmo, lo que me parece, en fin, más conforme con la idea esencial del Cristo.

El Ser supremo es el único completamente inmaterial. Como dice Jesús a la samaritana: “Dios es espíritu”. Y, puesto que Jesús declara ser uno con el Padre, concluyo que la Trinidad no es, en suma, más que una imagen, la mejor de las imágenes sin duda, pero una imagen, tan clara como es posible a nuestra inteligencia, de la vida de este Ser supremo.

Él es simple en Su esencia, uno, homogéneo, me atrevo a decir, independiente y libre, suma de todas las perfecciones que puede concebir nuestra sensibilidad, nuestra afectividad, nuestro intelecto y nuestra voluntad; suma, por otro lado, de la infinidad de perfecciones que la criatura humana no podría nunca concebir; suma de todo lo posible y de todo lo imposible, de todo lo que ha sido, de todo lo que es, de todo lo que será, de todo lo anterior y de todo lo ulterior, de toda la duración y de toda la eternidad, de todo lo finito y de todo lo infinito, de todo lo relativo y de todo lo absoluto. Y este inmenso conjunto sólo forma los órganos y las facultades de este Ser en sí mismo y esencialmente inaccesible a nuestras investigaciones.

Nosotros solamente podemos concebir una imagen algo más clara y cercana a través de las actividades de Dios por las cuales Él ha querido estar más cerca nuestra: por el verbo. El Verbo es Dios: enteramente inmaterial, libre, omnipotente, –y Hombre: enteramente material, compuesto de todas las variedades de la materia, desde las más densas, como las del cuerpo, hasta las más fluidas, como las de la psique, lo mental y la voluntad. A mi parecer, todo lo que no es espíritu puro es materia; el Espíritu puro es la única sustancia eterna, libre, suficiente por sí misma, que se desarrolla por el solo juego de su actividad innata, mientras que las demás sustancias, las más sutiles incluso, como las fuerzas mecánicas, el pensamiento, la voluntad, son sumisas a las leyes, naciendo, se usan, se ejercen y tienen necesidad de otras sustancias para continuar existiendo o para renovarse.

El Verbo es la persona de Dios que Se ocupa de la creación, sea para darle existencia, sea para conservar esta existencia o sea para transfigurar la existencia temporal, discontinua y provisional en vida eterna, continua, definitiva y sin cesar nueva. En el curso de esta función, es el Padre quién ordena, el Hijo quién trabaja y el Espíritu tiene la doble virtud de ordenar y realizar. El Padre crea, el Hijo repara, el Espíritu salva. Pero, antes, el padre ha decretado, el Hijo a suministrado la sustancia viva de la criatura y el Espíritu la ha organizado armoniosamente.

El mejor medio, en mi opinión, de hacerse una idea de las operaciones divinas, es recoger, a lo largo de los cuatro relatos evangélicos, los pasajes relativos a las propias obras de cada una de las tres Personas. El trabajo no es difícil ni extenso. Por otra parte, siempre es mucho mejor recurrir a las fuentes y obras originales que a los comentarios y a los manuales de crítica o vulgarización.

Sin embargo, en cuanto al tema de nuestra conversación, creo que es más difícil captar el movimiento de la vida divina en el mundo o en el hombre que en ella misma.

La tradición cristiana anterior a Santo Tomás de Aquino, conviene en reconocer

un cuerpo, un alma y un espíritu en el conjunto humano, pero no define exactamente lo que es el alma y lo que es el espíritu. Algunos autores sitúan al espíritu por encima del alma, otros sitúan el alma por encima del espíritu. Parece que la opinión general de los místicos atribuye al espíritu la preeminencia y lo designa como el asiento del Yo, bajo el nombre de Espíritu propio. En esta hipótesis, la regeneración y la salvación consisten en la eliminación del espíritu propio y su reemplazamiento por el Espíritu de Dios. El hombre perfecto aquí abajo sería un cuerpo y un alma saturados por el Espíritu Santo, lo que infundiría en los dos otros principios todas las virtudes y las sabidurías que pueden recibir.

Los teólogos, estudiando el texto del apóstol Pablo (I Tesalonicenses 5, 23) que enumera cuerpo (*soma*), alma (*psyché*), espíritu (*pneuma*), ven en *psyché* el alma sensible o sople vital y en *pneuma*, el alma intelectual y superior. El trabajo de la salvación consistiría entonces en gobernar el alma de manera que no obedezca nunca al cuerpo y sí al Espíritu de Dios. Así nuestro cuerpo puede ser aclimatado por la salvación, por la resurrección, en el Reino de Dios. Así, el hombre que realiza los preceptos de Cristo, es semejante al árbol nuevo injertado sobre la cepa franca, poco a poco cesará de sacar su vida del mundo para sacarla del Cielo y se convertirá en celeste y espiritual conservando su cuerpo y su alma regenerados. El Espíritu le unirá al verbo.

Somos la imagen de Dios por nuestro cuerpo y nuestra alma; nos parecemos a dios cuando Su Espíritu desciende en nuestra naturaleza humana y la transmuta. Cuando obedecemos al Evangelio, Dios nos posee, en la medida en la que cada uno de nosotros puede recibir esta posesión; el Espíritu influye sobre nuestra persona y, como el sol, por su luz y calor, hace crecer las semillas enterradas en el suelo; este Espíritu, por Sus dones o Sus gracias, hace vegetar la simiente eterna que el Padre, desde el origen, depositó en el centro de nosotros mismos. Así crece, en nosotros, el Cristo interior.

Todo nuestro mérito consiste en mostrarnos dóciles a la gracia. Esta docilidad, bien entendida, abraza los esfuerzos más heroicos en la lucha contra el egoísmo y en el amor fraterno.

En cuanto a las criaturas distintas al hombre: los tres reinos físicos, los invisibles, las fuerzas terrestres o cósmicas, el Cielo actúa ahí, sobre todo, por la intermediación del hombre. Cada uno de nosotros es el centro de un pequeño universo que es arrastrado en nuestras ascensiones o en nuestras caídas; cada discípulo distribuye, aunque casi siempre inconscientemente, sobre todas estas criaturas no-humanas, el sol, la vida divina tamizada, adaptada a sus diversas receptividades cuando pasa a través del intelecto, el alma e incluso el cuerpo del discípulo. De ahí, la importancia de nuestra conducta cotidiana y el peso de nuestras responsabilidades.

Así, por una parte, a medida que nos volvemos los templos del Espíritu, las impurezas exteriores cada vez son más incapaces de mancharnos; por otra parte, y según el mismo progreso, nuestro ojo discierne cada vez mejor el fondo verdadero de las criaturas. Llevad a su límite estas dos consecuencias y

comprenderéis la actitud y la fuerza de Jesús. Lo intentaremos, ¿verdad?, modelar nuestro ser íntimo a la imagen de lo que progresivamente vamos descubriendo de Su alma.

LOS DESPOJOS.

En materia de moral religiosa, los fieles tienen una tendencia tenaz a creerse manchados por los contactos externos; los libros de Moisés, Manú, Zoroastro han fortalecido este error por la multiplicidad de sus prescripciones rituales. Sin duda, lo mismo que un aire impuro vicia nuestra sangre, la cercanía de un criminal, el uso de ciertos alimentos, el frecuentar ciertos lugares vician nuestro doble y disponen nuestro psiquismo a las faltas; las enfermedades psíquicas pueden nacer de vecinajes psíquicos, como un leproso o un pantano pueden causar enfermedades físicas. Pero esto es el horizonte de la Naturaleza. El instinto de odiar no es un pecado, es seguirlo lo que constituye el pecado; el cáncer no es un pecado, pero la rebelión del enfermo sí lo sería. Desde el punto de vista de Dios, el pecado es nuestro consentimiento a cualquier mala solicitud, venga de nuestro yo o del no-yo. Él nace de nuestro centro más íntimo, de nuestro libre arbitrio.

Los novelistas de hoy escuchan a los médicos y a los psiquiatras. Según estos sabios, toda infracción a la moral proviene de una sola causa: un desequilibrio fisiológico. Esto no es exacto. Tenemos a un ser humano cuya ruta espiritual debe encontrarse con el demonio de la muerte. El porqué de este encuentro no lo buscaremos, pues a aquéllos que estamos convencidos de la justicia del Padre y su bondad, nos basta saber que cada uno debe sufrir, antes de entrar en el Cielo, las pruebas de todas las tentaciones. Si este ser humano, destinado a encontrar a la muerte, no lleva en él la posibilidad de convertirse en un asesino, la prueba no agarrará en él, será inoperante. Este encuentro se producirá, el sentimiento de la justicia inmanente nos lo indica, si existe en él una tara moral, una tara psíquica o una tara fisiológica, por las cuales el demonio de la muerte podrá agarrarse a él. El desequilibrio mórbido del criminal o del vicioso es un efecto, no una causa. No hay más que estudiar los auténticos retratos de los santos, se encuentran allí a menudo estos estigmas, en dónde nuestros legalistas médicos ven la disminución de la responsabilidad de sus clientes; pero el criminal se ha dejado vencer por su instinto, mientras que el santo ha triunfado y ha transformado en virtud su vicio nativo.

Así pues, como pensaba el Fariseo, los seres ordinarios se dejan efectivamente manchar por el impuro exterior, porque no luchan contra la atracción interior que esta impureza exterior provoca. Pero los seres extraordinarios, los profetas, no están manchados, al contrario, ellos purifican, porque se han vuelto sin pecado. Se han vuelto maestros de todos sus organismos físicos, psíquicos y mentales. Los hombres ordinarios se alimentan de pan, de carne, de hierbas, o

de sensaciones, sentimientos, ideas; todo esto es externo. Los otros sólo se alimentan de lo interno, de las únicas esencias realmente internas: las del Espíritu puro. El servidor perfecto del Padre puede, incluso antes de haber recibido su libertad completa, ser nutrido en su cuerpo físico por el Espíritu, como lo es en sus órganos invisibles. La vida mística, en efecto, no se limita a nuestras regiones superiores, tiende a invadirnos por entero y el Cielo no está solamente más allá, está aquí mismo, de este lado. La voluntad de Dios debe cumplirse sobre todas las tierras, hasta en aquélla con la que se hizo nuestro cuerpo; el reino de dios debe establecerse sobre los planetas, sobre los estados sociales, sobre nuestras personas carnales.

Permitidme insistir en el origen del pecado. Nuestro ser no contiene todo. El hombre y el universo son las dos mitades de este todo. No percibimos, no concebimos más que las cosas de las que poseemos la contrapartida en nosotros mismos. El niño en cuyo cerebro el número de células donde se localizan las ideas matemáticas sea reducido, no comprenderá nada de álgebra. El mismo hecho deja a un espectador muy tranquilo y a otro lo llena de furor; este último lleva en su espíritu el germen de la cólera y el otro lo tiene aletargado. Igual ocurre para todos los estados del alma, los deseos, las ciencias, las artes. Lo que constituye la bondad o la maldad de un hecho, es mi consentimiento a la solicitud venida del exterior, o provocada en mí por una circunstancia cualquiera. Frecuentar a un santo, no me hace santo; ésto me dispone a escoger la santidad si el germen se encuentra ya elevado en mí. Para volverme santo, debo consentir, debo querer. Frecuentar a un criminal no me hace criminal; ésto me inclina hacia el mal, pero, para volverme criminal, es necesario que consienta, que lo quiera o, como ocurre demasiado a menudo, por desgracia, basta con dejarme ir, pues los gérmenes malvados están en mí más desarrollados que los buenos.

La cortesana no podía manchar al Maestro y, a Su vez, el Maestro no podía hacer brotar la emoción del arrepentimiento.

¿Qué enseñanza sacaremos de esta acogida? Examinemos las circunstancias.

Se pueden repartir los ejemplos que nos da el Cristo en dos categorías; en la primera, todo lo que nos propone reproducir, según nuestras fuerzas y bajo la condición de una total sinceridad; en la segunda, todo lo que únicamente Él tiene el poder y el derecho de ejecutar y que nosotros sólo podremos hacer cuando hayamos recibido el bautismo del Espíritu.

Pero, incluso para los actos de la primera categoría, hay que tomar ciertas precauciones, a causa de nuestra flaqueza y la facilidad con la que nos engañamos a nosotros mismos. Así, algunos hombres de buena voluntad quieren imitar a Jesús e imprudentemente frecuentan los bajos fondos del infierno social con el propósito de hacer brillar una esperanza en los ojos apagados de los desesperados, o de reavivar la noción moral en la conciencia entumecida de los criminales o los perversos. Ciertamente, el impulso de estos hombres es digno de elogio, pero cuánto fracasan en estas generosas tentativas, sea por haber presumido de sus propias fuerzas, sea porque, creyendo hacer un

gesto fraternal, en realidad obedecen a una codicia oscura de la que no han sabido desprenderse en lo profundo de ellos mismos. Tanto en uno como en otro caso, se equivocan del todo, respecto a ellos mismos y respecto al miserable que quieren ayudar, pues no se salva a nadie a la fuerza. El Destino no tiene piedad con nuestros errores, sólo el Cielo concede Su indulgencia.

Al filántropo de celo imprudente, que se deja arrastrar por los medios corrompidos que quiere sanear, la rigurosa ley de la causalidad le obliga a cargar más tarde con las consecuencias personales de su fracaso y, además, le tendría por responsable de caídas más profundas, pues serían causadas por su debilidad, en los desgraciados que sólo ha sacado del arroyo para dejar que vuelvan a caer en él.

Pero no nos inclinemos tampoco hacia un exceso de prudencia. Si el discípulo avanzado, el “soldado de Cristo”, debe correr al encuentro de las luchas y los riesgos espirituales, todo cristiano tiene el deber de no apartarse de ninguno de los marginados sociales que encuentre en su camino. Si el buen burgués se aparta del vagabundo hace mal y atrae sobre sí el destino de este hombre y quizás los mismos vicios que han llevado a este hermano a la mendicidad. Otros ejemplos acuden naturalmente al espíritu, inútil enunciarlos ¿verdad?.

El “soldado de Cristo” es un viejo cristiano bajo el arnés místico; ya ha trabajado, posee una experiencia, y Jesús, tomándolo a Su servicio, le da armas. La batalla es su tarea, debe mostrar coraje y, para él, la imprudencia no existe. Un hombre así irá pues al encuentro de las complicaciones; rebuscará por todas partes a los desesperados, los renegados, los viciosos, ignorantes, rebeldes, los inertes, para sacarlos de sus pantanos y, si sucumbe en las tentativas temerarias adonde le arrastra su celo, los ángeles le socorrerán y Jesús volverá sobre la tierra antes de dejar que se pierda.

No nos sorprendamos de las libertades que el Cielo nos da para nuestros cumplimientos, Él quiere nuestros servicios sólo si nosotros Se los ofrecemos en un gesto libre. Sin duda hay un mínimo que nos es preciso suministrar bajo pena de recular en el camino místico; éste sería, para el caso que nos ocupa ahora, no rehusar nunca tender la mano a los desechos de la sociedad cuando nos la soliciten. En cuanto al máximo, es sin medida, porque el amor fraterno y verdadero encuentra siempre algo para dar, incluso cuando se creería que ya lo ha ofrecido todo. Pero el Cielo nos deja ser maestros de nuestras devociones, el Cristo no considera a Sus servidores como asalariados, Él los eleva a la dignidad de amigos, porque ama sus servicios si son hechos libremente, es decir, por amor. También este favor sin precio que él nos hace, de admitirnos en esta increíble paridad de volvernos Sus Amigos, nos obliga infinitamente. Si veis en el Cristo al Maestro, si Lo sentís indulgente y bueno, servidLe como servidores. Pero si veis en Él a nuestro Dios, vuestro Amigo personal y particular, ¿no os será preciso para responder a esta incomprensible intimidad de Su inmensa gloria, un ofrecimiento íntegro de vosotros mismos cada vez más amplio y profundo, una serie creciente de sacrificios que jamás saciarán vuestro amor, que jamás colmarán los deseos sin reposo de vuestra caridad?

Nuestro deber místico es pues tender hacia lo máximo. “A lo imposible nadie está obligado”, dice el sentido común. Nosotros, si somos estos servidores que Jesús llena llamándolos Sus Amigos, es a lo imposible a lo que estamos obligados. Es a ésto a lo que debemos tender, y viviremos mejor esta vida paradójica en la medida en que lleguemos a ser cada vez más íntimamente humildes y seamos capaces cada vez más de olvidarnos de nosotros mismos.

EL AMOR DIVINO.

Intentemos, ahora que podemos disciplinarnos un poco, amar a nuestro Maestro: por una parte, hay que agarrar a la bestia bien fuerte; por otra, hay que dejar al ángel extender sus alas. El amor que la criatura puede sentir hacia su Creador difiere radicalmente de todos los demás amores. Las pasiones de los hombres y mujeres, por puras que un idealista las imagine, se mezclan siempre, bien en su nacimiento, bien en el curso de su plenitud, de algunos vapores de la carne, de algunas armonías de las vibraciones magnéticas, que pertenecen a lo terrestre. Si Beatriz o Vittoria Colonna hubieran sido viragos, dudo que Dante o Miguel Ángel hubiesen podido ponerse de acuerdo con ellas, incluso según los modos inmateriales del Arte o la Espiritualidad.

El amor al prójimo, si el amor de Dios no lo vitaliza, se vuelve de prisa filantropía, esa industrialización de la caridad. En cuanto a la amistad, el hecho de que todo el mundo hable de ella me inclina a creer que nadie la conoce. Platón, tan alto, me parece demasiado metafísico, Cicerón demasiado razonable y Montaigne demasiado individualista. La amistad de dos no puede ser más que una corrección ennoblecedora del individualismo. Cuando este bello sentimiento une a más de dos personas, entra en el orden cristiano, porque entonces la colaboración de Dios se vuelve necesaria para que nuestros invencibles egoísmos no la maten.

En suma, no podemos engendrar nada en lo ideal si no llamamos a Dios en ayuda de nuestras exaltaciones. ¿Cómo pues amar a Dios, y cuándo Lo amamos?.

Un estado de plenitud interior y de alegría, de fácil oración y optimismo, indica sin duda amor por nuestro Maestro; pero a menudo es un amor superficial o externo, que nace de coyunturas afortunadas en nuestros cuerpos invisibles y que los primeros soplos de la adversidad pueden apagar.

Cuando las obras caritativas, los trabajos ascéticos, la oración pierden sus atractivos, si me esfuerzo a pesar de todo en someterme, aunque sienta asco, aunque crea estar seguro de su inutilidad, es éste un amor de Dios más sólido y ya más profundo. Los anticlericales creen que las largas oraciones nocturnas y diurnas de las órdenes contemplativas tienen por efecto encender en el alma de los monjes y las monjas los fuegos de la imaginación, vemos bien que nunca han experimentado la cosa. Por el contrario, estas lentas salmodias, estos breviarios

y rosarios hacen poco a poco caer los vagos ardores del novicio, despejándolo de sus prejuicios piadosos, haciéndole ver el problema místico en su simplicidad, en su tremenda desnudez, disipando su devoto romanticismo, dejándole el día libre para la fría razón y el sentido crítico, indispensable para la vida interior, y llevando al final el hogar del amor divino de las regiones externas de su persona hasta los centros más internos.

El verdadero amor de Dios es engendrado por el amor al prójimo. Hay varios tipos de compasión; la más común es una simple sensibilidad física, que se debe transformar en una simpatía más íntima, más profunda, más serena.

Es necesario llegar a no ver más las faltas ni los defectos de los que ayudamos, aunque sin dejarse engañar. No hay que condenar a los desdichados, es preciso percibir en ellos los miembros mismos de nuestro Cristo, socorriendo sus personas y sus destinos terrestres. Si se puede alcanzar esta visión central, nuestra caridad no volverá más sobre sí, ni habrá fatigas ni contrariedades; actuaremos lógicamente, con nuestra fe, que sabe cuánta Luz se oculta en toda tiniebla, cuánta Belleza en toda fealdad, cuánta Verdad en el error, cuánto Poder en la flaqueza. Amando a nuestro prójimo, amaremos a Dios, y este amor divino reforzará aún más nuestro amor humano y se purificará.

María Magdalena, adorando públicamente a su Maestro, reconoció estas cosas todavía no reveladas; su magnífico corazón abrazó el misterio mismo de las relaciones de Dios con Su criatura, y es por esta causa que su amor fue el germen de los futuros éxtasis de todos los contemplativos que, hasta ahora, se unieron al Señor, cada uno según su fuerza. Las cosas más amplias comienzan siempre con un pequeñísimo incidente.

LA FE QUE SALVA.

Si una criatura pudiese recibir la plenitud de una palabra de Jesús, sería transportada al Cielo al instante, disfrutando desde esta tierra de la paz perfecta, la fe total y la Salvación definitiva. Pero nadie puede oír más que algunos ecos del Verbo. A causa de nuestras incapacidades, Jesús puede ofrecernos, y nosotros podemos coger, solamente una paz intermitente y una esperanza de salvación, aunque cierta, porque nuestra fe es débil, parcial y discontinua.

Jesús predica el amor al prójimo y el amor a Dios. Estos dos amores inseparables bastan para realizar todos los proyectos de la Providencia, colman todos los deseos y las necesidades de las criaturas, llevándolas todas juntas a su supremo cumplimiento. Nuestro Padre bueno ordena así la marcha del universo, porque somos menos incapaces de amar que de creer. También Jesús, en cuyas máximas se sobreentiende la fe, sólo la nombre en algunos casos relacionados con la idea de salvación: enfermedad, accidente, ceguera espiritual. Además si, para amar a Dios, primero es necesario creer en Él, para fortalecer y

precisar esta creencia al principio nebulosa, es necesario someter nuestro yo para servirLe por amor, mediante actos concretos, cada día más que la víspera, cada hora más que la precedente. En el orden religioso, fe y caridad no se separan nunca, porque ambas son el doble rostro del Amor: amor a dios, amor al prójimo: La doctrina del catecismo añade aquí, la esperanza; me atrevo a pretender que el discípulo verdadero, el soldado del Cristo, no tiene necesidad de esperar.

¿Qué esperaría? ¿Su propia salvación?. Sus más audaces aspiraciones, ¿no es cierto que su Padre puede colmarlas al instante? ¿La salvación de los otros? ¿No la asegura su fe?. Podrá ser privado de la dulzura de las visiones, del esplendor de los éxtasis, del sencillo bienestar de la oración común, podrá ser desprovisto de esa inteligencia que consuela por las certezas de una doctrina, podrá ser encerrado en la más opaca de las noches, que su fe le afirmará la compañía constante de su Maestro. Y esto basta.

Un sabio que ha observado numerosos casos de un mismo fenómeno adquiere la certeza. Pero la fe, es la certeza de lo que no se ve, de lo que no se comprende, de lo que la lógica demuestra imposible. En tanto que esta certeza no ha invadido en nosotros amplios territorios, no nos puede dar la fuerza para conducirnos según el absurdo de la Sabiduría antiseccular, y ésta es sólo la sombra de la verdadera fe. Podemos decir, literalmente, que nadie en la tierra sabe lo que es la fe, puesto que aquel que la poseyera solamente “gruesa como un grano de mostaza” se haría obedecer por toda la Naturaleza física.

Al principio de la escuela de la fe –y nosotros estamos todos al principio–, las ilusiones nos engañan frecuentemente. Los impulsos del corazón, por sinceros e inflamados que sean, no incendian a menudo toda nuestra persona. Es necesario el tiempo, mucho tiempo, para que este fuego abraza todo lo árido y podrido que hay en nosotros. Varios novelistas y dramaturgos contemporáneos son célebres por haber descubierto que hay en nosotros no solamente dos tendencias contrarias, sino un gran número de personalidades no coherentes, cuyas complejas discordias explican las rarezas de nuestra conducta, cualquiera que sea la educación que hayamos recibido, cuando estamos presos en una crisis pasional. Este descubrimiento no es nuevo, los viejos psicólogos, hoy desdeñados, han descrito estas efervescencias.

He aquí aun nuevo converso, transfigurado por las certezas al fin recibidas y que, de lo más profundo de su joven entusiasmo, se da a su Dios. Este cristiano, todavía ignorante de la complejidad de ella empresa, se imagina de buena fe que se entrega definitivamente e íntegramente y que, desde entonces, por medio de una vigilancia atenta, todo va a marchar a velocidad uniforme. ¡Desgraciadamente, no! Su persona es un campo de batalla donde se pelean no dos adversarios, sino millares de ellos. Decir que hay en nosotros carne y espíritu es demasiado simple; cada célula del cuerpo posee una voluntad propia, cada hueso, cada capilar, cada músculo, cada nervio, cada grupo fisiológico tiene la suya; cada sentido, cada sentimiento, cada facultad mental, cada potencia intelectual especial en cada una de las ramas de la actividad especulativa o

práctica, tiene su voluntad; además, el enorme inconsciente, cuya conciencia psicológica sólo representa un mínimo sector, posee su voluntad general y sus innumerables voluntades particulares que rigen los órganos inmateriales, las funciones secretas, los poderes desconocidos cuyo conjunto constituye el hombre invisible. Y la conciencia citada antes, sólo registra una mínima fracción de estas miríadas de voluntades, a las cuales puede ser sensible el sistema nervioso aún imperfecto.

Nuestro converso está en relación con Dios únicamente en algunos puntos de su ser, pero esto bastará para asegurar más tarde la gran obra mística. Todavía quedan en él millones de otros puntos que, por el momento, no sienten a Dios. Algunos puntos no pueden sentirLo más, otros no Lo sienten aún. Se trata de educar éstos y de reeducar aquéllos. Para eso sirven las reglas morales, las disciplinas ascéticas, los métodos de examen, de meditación y de oración. Comprended cuán indispensable es al discípulo conducir su piadosos impulsos hasta la acción, gobernarlos según el ideal, llegar a ser maestro de sí mismo, de su cuerpo y de sus sentidos, de su intelecto y, ante todo, maestro de sus pasiones.

La mayoría de los cristianos posee una fe sentimental que les basta para conducirse, por intervalos, según el Cielo, un cierto número de ellos, cuya inteligencia es más exigente, utiliza esta disposición de su alma para reforzar su convicción por los sólidos razonamientos de la teología; pero aquellos que inclinan sin desfallecer sus instintos, sus gustos, palabras, opiniones y actos a la regla inflexible de la fe plena que Cristo nos propone, son bastante raros. Haría falta que, vigilando con una atención siempre despierta todos sus movimientos internos y todos los aportes exteriores, el discípulo los confrontara con el ideal de la fe y que los conformara a la fuerza, para las cosas menores y para las más importantes. Una disciplina tan continua y tan despiadada es imposible de realizar; primero porque la maestría perfecta de sí mismo que exigiría, es justamente el problema a resolver; el cultivo de la voluntad pide su tiempo; además, para discernir lo que, en los móviles que nos impulsan, nos dirige hacia la fe o nos aleja de ella, sería preciso poseer el Conocimiento vivo, que es justamente uno de los resultados de la fe.

Tomemos un ejemplo.

Estoy en la calle. El pensamiento de pasar a la otra acera me agarra de repente. Puedo llegar a rehusar este capricho, pero, si no soy capaz de discernir el móvil secreto, ¿cómo descubriré que quedándome o atravesando haré o no haré un acto de fe?

Somos seres complejos. Sólo en geometría la línea recta es siempre el camino más corto de un punto a otro; en el mundo moral, en la vida, el camino más corto es a menudo bastante sinuoso. También el Padre, que desea hacernos aptos para recibir un día la fe completa, es la caridad lo que nos recomienda ahora.

Las sombras del Amor eterno saturan este universo perecedero mucho más de lo que lo hacen las sombras de la Fe. Retomemos nuestro ejemplo suponiendo

que el discípulo se mueve no hacia la fe, sino hacia la caridad. Las causas posibles de su deseo de cambiar de camino se reducen entonces a dos: evitar una molestia, o procurarse un placer; causar una molestia a otro o ayudarlo. Y se decidirá por el itinerario que le será menos agradable o por el que le dará ocasión de socorrer a su prójimo. La regla de la caridad es mucho más clara para nosotros, tal como somos actualmente.

La conciencia psicológica y la conciencia moral funcionan como dos polos del Yo. El Yo, el egoísmo, el individualismo, el egotismo, como queráis llamarlo, es totalmente nosotros mismos, el principio de todos los obstáculos, en nuestro avance espiritual. Es opuesto a la caridad, como la duda a la fe, como el desánimo a la esperanza. Pero la duda es exterior al egoísmo, es un temor del yo o una vanidad del intelecto; perseguirla y vencerla exigen una experiencia más completa, mientras que cualquiera discierne una tendencia egoísta de una tendencia altruista. Para luchar contra el yo, basta decirle: No. Para atajar la duda, si se razona, se la refuerza, y negarla simplemente pueden hacerlo sólo las voluntades muy robustas.

En esta disociación de la misteriosa unidad divina que, para comprenderla mejor, se nos propone por el dogma de la Trinidad, la fe pertenece al Padre, la paz al Hijo y la salvación al Espíritu. La práctica de la caridad espiritualiza al yo, volviéndose capaz de ver lo Irrevelado cuando éste se presenta ante él, bajo una de las formas del Verbo y, con la luz del Consolador, recibe la pacificación.

Todo el mundo vive por una fe. Algunos creen en su comercio, otros en su arte, en la amistad o en una teoría. Incluso el escéptico cree en su escepticismo. Sin embargo todas estas creencias, desde las más vulgares a las menos frecuentes, desde las más materiales a las más impersonales, tienen algún día su límite. Y ese día, que los que lo han vivido califican como una muerte, en realidad es la aurora feliz de una liberación y de un renacimiento. Los humanos son ingratos, cuando esta fe, que durante muchos días les ha dado la fuerza para vivir, se desmorona en ellos, la insultan y la maldicen. Deberían bendecirla. Si rechazan lo Inmutable ¿no se condenan a los cambios? Si aman los fantasmas, ¿no niegan lo Viviente?.

Sin duda, la gran confianza que sostiene al artista en el curso de sus dolorosas ascensiones, que comunica al pensador la serena paciencia de su actitud desinteresada, decepciona mucho menos que los efímeros triunfos de la fortuna o la celebridad. Los tipos puros del poeta, del pintor, del sabio, del filósofo nos llevan al respeto, pero ¿cuál de ellos, si no ha sido cristiano, podrá atestiguar en su último día, que muere seguro de haber comprendido su ideal? Ciertamente, esta voluntad, que ningún fracaso vence, es una de las noblezas más altas del hombre, pero le da una felicidad tan sobria, tan seca, a veces tan áspera que hacen falta almas graníticas para satisfacerla. Sin embargo, si nuestro ideal es Dios, la alegría que Su cercanía nos procura es viva, armoniosa, rica, humana, accesible a todos y nos hace capaces de fraternizar con todas las formas de la vida.

Sin la fe mística, el más formidable realizador no reúne más que nubes, el

artista más sublime no llega más que a una sombra de la eterna Belleza, el pensador más profundo sólo concibe un reflejo de la Verdad eterna. Con ella, los más humildes trabajos, las tareas más groseras se transfiguran y sus frutos maduran al sol del Espíritu puro.

Antes de volverse convicciones, las diversas fes de los hombres se elevan como vocaciones. Cada uno de nosotros, desde antes de su nacimiento, es llamado al mismo tiempo por los dioses y por Dios. Pero escuchamos más bien las voces de los dioses porque habitan las envolturas del mundo y nuestro corazón también habita una de estas envolturas, mientras que le Verbo se mantiene en el Centro del mundo, fuera de nosotros, y en el Centro de nuestro ser, dentro de nuestro to, así que Lo escuchamos mal.

Si el artista oye la llamada de Dios, sólo se hará sensible a la llamada de lo Bello, ¿sus angustias no prueban su impotencia? ¿No encontraría una ayuda sin medida en los enriquecimientos que los Ángeles aportarían a su sensibilidad poco completa, a su pensamiento demasiado unilateral, a su técnica ligada a su temperamento? Si el inventor, el filósofo, el sabio escucharan la llamada de Dios y resituaran sin descanso sus búsquedas y sus meditaciones en el eje de la Eternidad, por una vida conforme al orden del Cielo, ¿no percibirían posibilidades hasta entonces no concebidas, ideas nuevas para sus espíritus, experiencias decisivas y cruciales? Seguramente, puesto que, desde Jesús, cualquiera que trabaje para Él, tiene éxito por Él.

La salvación no es solamente par más tarde y más allá de los mundos, pues Dios no está solamente arriba y abajo: Desde Jesucristo, Dios está aquí y ahora. Hay una presencia divina para las criaturas que han terminado sus inmensos trabajos cósmicos; hay también una presencia divina para las criaturas que todavía trabajan. En los campos, en los talleres, hay una presencia divina; hay una para el campesino y para el obrero, para el padre, para la madre y el hijo; para el matemático, el químico y el astrónomo, para el industrial, el negociante y el administrador; hay una para el príncipe y para el ciudadano, para el monje, para el soldado, para el marino. Cada hombre, sobre esta tierra y sobre las otras tierras cuyo centelleo puebla las noches, cada hombre y cada mujer nace capaz de percibir esta presencia, de comprender, amar e imitar una de las formas del Verbo eterno, uno de los rostros de nuestro Jesucristo.

Pero ninguno de estos seres por millones percibirá el Rostro augusto si no escucha la llamada, si no se esfuerza hacia la fe, pues la fe viene por el entendimiento. El que escucha dándose por entero, el que se esfuerza por escuchar. De esta tiranía, la historia sólo nos muestra a algunos de los genios que alumbraron sus avenidas y que tuvieron la fuerza de ejercerla totalmente. Algunos, pues hasta en el carácter más ilustre, se pueden descubrir fallos.

Señalando las manchas de estas magníficas llamas, no quiero desviar vuestra admiración. Hay que amar a estos hombres, a todos, y tomar de cada uno la lección que seamos capaces de recibir.

Tanto San Pablo como Da Vinci, San Agustín como Goethe, Homero como Rabelais, Montaigne como Corneille, Shakespeare como Miguel Ángel, Loyola

como Baudelaire, San Vicente de Paul como Napoleón, Santo Tomás como San Francisco, todos se pueden considerar como antorchas en el camino del Ideal supremo, modelo total, fuente y fin de los ideales particulares: en el camino de Jesucristo.

Y sobre todo, por encima de todo, hace falta querer actuar mejor que estos gigantes. Esto no es una paradoja. Por débil que seamos, se puede, a la mirada del Padre, volverse más grande que el más grande de los hombres, si se realizan mejor las posibilidades recibidas de Sus manos. Ésa es la obra de la fe.

Continuaremos tomando las palabras de Jesús, hasta las más simples, en su sentido total y también en su sentido más personal, aplicándolas al pasado, al futuro y, sobre todo, al momento presente. Todo acto, todo estado del alma vivido de acuerdo con la verdadera fe da la paz de Cristo y Su salvación a la parte de nosotros mismos que actúa según Su palabra. La fe que Él nos propone comprende todas las demás fes naturales o humanas, o más bien éstas no son más que las sombras invertidas de aquélla. La muchedumbre vive en estas sombras. Nosotros también, sin duda, pero poseemos el poder de vivir en el seno de este pueblo de fantasmas con una luz secreta, en la paz y según el Amor. Vendrá el día en el cual la Realidad va a invadir todo con un inmenso cataclismo que será la salvación del mundo y de las criaturas.

LA FUNCIÓN DE LA FE.

Con las palabras *Pistis* o *Fides*, la antigüedad clásica designaba la creencia. Los muchos numerosos pasajes del Nuevo Testamento donde figuran estos términos significan pues tanto la adhesión intelectual como la adhesión sentimental al concepto crístico. El uso secular de la cristiandad ha enriquecido el sentido de estos bellos vocablos.

Para el católico, la fe es un asentimiento intelectual ordenado por la voluntad (Santo Tomás). Para el protestante, la fe es un hecho moral, un cierto estado del alma, precedido del asentimiento y seguido de la obediencia (Hastings). El acto de fe católico es: me confío a la ciencia y a la veracidad de Dios, admito Su palabra. El protestante quiere, para que haya fe, que a continuación de esta creencia nazca en mí un sentimiento de abandono a Dios, de certeza de Su apoyo, de humildad, de confianza en Su misericordia.

Católicos y protestantes están de acuerdo en cuanto a la necesidad de la confianza en Dios y en los méritos de Jesucristo para obtener el perdón y en la imposibilidad de reparar el mal que se ha cometido, sin este perdón. Pero los protestantes creen además que el perdón y la salvación son seguros y ciertos siempre que haya esta fe-confianza. Piensan que, sin ella, nadie puede ser salvado. El Concilio de Trento no admite ninguna de estas dos proposiciones.

El apóstol de los Gentiles da una definición de la fe (Hebreos 11,1) de la que se han presentado diversas traducciones. Me parece instructivo reproducirlas aquí:

Tres traducciones católicas:

- “La fe es la sustancia (o la realidad, o una firme espera, según otros eclesiásticos) de las cosas que se esperan, una convicción (o una demostración) de las que no se ven”. (A. Crampon)
- “*Est autem fides sperandum substantia rerum, argumentum non apparentium*” (Vulgata)
- “La fe es el sostén de las cosas que esperamos, la evidencia de aquéllas que no vemos” (El P. Amelote)

Varias traducciones protestantes:

- “La fe es segura confianza en lo que se espera, y no dudar de lo que no se ve” (Lutero)
- “La fe es un pilar de las cosas que se esperan y una certificación de las cosas que no vemos” (Biblia de Gabriel Brun, 1586)
- “La fe es un seguro cierto de las cosas que se esperan, una firme convicción de lo que no vemos” (Ménégoz)
- “La fe es una viva representación de las cosas que se esperan, una demostración de aquellas que no se ven” (Osterwald)
- “La fe es una seguridad firme de las cosas que se esperan, una demostración de aquellas que no vemos” (Versión sinodal)
- “La fe es una firme espera de las cosas que esperamos, una demostración de las que no vemos” (Segond)
- “La fe es una firme persuasión en las cosas que se esperan, una demostración de las que no vemos” (Olttramare)
- “La fe es una convicción relativa a lo que se espera, una certeza respecto a los hechos que no vemos” (Reuss)
- “La fe es la firme convicción en las cosas que esperamos, la certeza absoluta en hechos que no vemos” (Stapfer)

Para comprender bien el pensamiento de San Pablo, tenemos que decir que él añade a la fe, para que esté viva, la caridad de las obras (Gálatas 5,6; I Corintios 13,13). Si nos vamos al mismo tiempo a las palabras de Cristo que hacen depender la salvación de la fe (Juan 3,16), de la obediencia a ley de Dios (Mateo 19,16), del socorro de la gracia (Juan 6,44; 15,5), de la penitencia (Mateo 4,17; Marcos 1,15), del bautismo (Juan 3,5; Marcos 16,16), de la perseverancia (Mateo 10,22), concluiremos lógicamente que la salvación exige los recursos combinados de la misericordia divina, de nuestras potencias intuitivas, de nuestras facultades intelectuales, de nuestra fuerza sentimental y de nuestra energía, es decir: Dios y el hombre íntegros.

Consultemos a los comentaradores de Cristo, los teólogos.

San Basilio (*Homelia de Fide*) define la fe como una disposición por la cual creemos en las verdades reveladas de Dios. San Juan Crisóstomo enuncia: “La fe consiste en creer lo que no vemos, en confiarse a la autoridad de quien nos hizo la promesa” (*In Genesim*, cap. 6, homilía 36). La misma concepción de una

fe dogmática domina el símbolo dicho por San Atanasio, compuesto en la Galia o en España en el siglo IV o V, y la doctrina de San Agustín (*de utilitate credendi; de fide rerum quae non videntur; de videndo Deo*) y de su discípulo San Fulgencio (*de fide ad Petrum*).

Santo Tomás (*Somme*, 2ª parte, cuestión I a XVI) considera así la fe:

Su objeto formal o motivo de credibilidad es la verdad primera, es decir, Dios; su objeto material, lo que creen los fieles. Las verdades de las que trata la fe han sido divididas en varios artículos y dispuestas en el Símbolo. Creer, es dar una firme adhesión a la palabra reveladora. El acto de fe es meritorio. El hábito de la fe, por relación con la fe misma, ha sido definido en la Epístola a los Hebreos (11,1): “La sustancia de las cosas que se esperan, la demostración (o la convicción) de aquellas que no se ven”; es la primera de las virtudes, tiene al intelecto por sujeto y es la más cierta de las virtudes intelectuales. El hábito de la fe estuvo en los ángeles antes de su glorificación, está en los demonios que están obligados a creer en la palabra revelada y transmitida por la Iglesia, pero no está en los hombres más que con la condición de que admitan todos los artículos del Símbolo. Una ayuda de esencia sobrenatural nos es ofrecida para permitirnos abrazar la verdad divina. Es la gracia. La fe tiene como efecto producir en nosotros el temor de estar separados de Dios. Los dones correspondientes a la fe son: el don del intelecto y el don de la ciencia, el cual, más especulativo que práctico, ayuda a discernir lo que debemos o no debemos creer. Los vicios opuestos a la fe son: la infidelidad, la blasfemia, la ignorancia y defecto en la inteligencia. La antigua ley no contenía ningún precepto que observara la fe: se ha debido establecer en la nueva.

De esta forma, la fe, en el sentido católico, no es un acto puramente intelectual, sino un acto donde la voluntad influye sobre la inteligencia; el acto por el que creemos un dogma presupone un movimiento del alma hacia Dios; puede tener por lo tanto un valor moral y religioso y una virtud salvadora inicial. Es por esto que Santo Tomás dice que “la primera unión del alma con Dios se hace por la fe” y que “el primer principio de la purificación del corazón es la fe, que quita la impureza del error; seguidamente, si es perfeccionada por la caridad, la fe produce la purificación perfecta”. La fe-creencia, aunque inferior a la caridad, por ejemplo, tiene un derecho de prioridad; en el orden del desarrollo psicológico, se va de lo imperfecto a lo perfecto; la fe-creencia es la puerta que nos introduce en el cristianismo; funda y sostiene los demás actos virtuosos. Ella comienza la justificación, luego la acaba con la esperanza y la caridad.

El Concilio de Trento definió: “La fe es creer que una cosa es verdad”. “La fe, si no va unida a la esperanza y a la caridad, no nos une nunca perfectamente a Cristo y no nos hace nunca miembro vivo de su cuerpo” (c. 8,n. 800). Sin embargo “es una verdadera fe, aunque no sea una fe viva y quien la tiene sin caridad es cristiano” (can. 28,n. 8-38). “La fe es el comienzo de la salvación del hombre” (c. 8,n. 801) y “anatema a quien pretenda que el impío es justificado sólo por la fe, entendiendo que nada más es requerido, sin cooperar para obtener la gracia de la justificación” (can. 9,n. 819)

El Concilio Vaticano definió: “Por fe, que es el comienzo de la salvación del hombre, la Iglesia Católica entiende una virtud sobrenatural por la cual... creemos que lo contenido en la revelación divina es verdad” (sess. 3, canon 3). Y: “La fe es una virtud sobrenatural por la que, prevenidos y ayudados de la gracia de Dios, tenemos por verdadero lo que ha sido revelado” (Concilio Vaticano: Const. Dei Filius, cap. 3)

En resumen, la Escritura y los órganos de la tradición suponen o enseñan que la fe es una adhesión del espíritu a los dogmas revelados.

Veamos lo que dice la Reforma.

Calvino guarda el concepto de una fe intelectual, pero, en ciertos pasajes (*Institución cristiana, 1,4, cap. 1*), introduce un elemento místico: “Obtenemos la salvación...en tanto que conocemos a Dios, nuestro Padre benevolente, por la reconciliación que fue hecha en Cristo y porque recibimos a Cristo como se nos ha dado en justicia, santificación y vida”. Entre la tendencia intelectualista y la tendencia mística oscilará la teología protestante en los siglos XVII y XVIII. Al comienzo del XIX, los teólogos ingleses acordaron la preeminencia del pensamiento sobre el sentir, llevando el movimiento a la ortodoxia. Schleiermacher (+1834) enseña que la religión consiste esencialmente en la vida del corazón o en el sentimiento. Samuel Vincent, pastor de Nîmes, declara: “Los dones de la fe son sencillos y no discursivos; no vienen nunca del juego de nuestras facultades intelectuales” (*Del protestantismo en Francia, 1829*, p.335). Para él, el cristianismo es mucho menos una doctrina que una vivencia y separa al Evangelio de los símbolos escolásticos.

Luego Alexander Vinet (+1847) afirma que la fe es “propiamente una visión interior de las verdades de la salvación, una comunión del corazón con la verdad, una vivencia más que una opinión” (*Estudio sobre Blas Pascal, p.199*). Igualmente, para Schérer y para Coloni, la fe es un acto moral que consiste en la unión con Jesucristo (Schérer: *Revista teológica, 1850*, t.I, p.65 y ss.; 1851, t.III, p.98 y ss.; Coloni: 1851, t.III, p.1 y ss.). Para Auguste Bouvier, la fe es “el don del pensamiento y del corazón al Dios del Evangelio y la unión del alma con Jesucristo”, y la teología es “la manera de traducir este sentimiento engendrado por el Evangelio en ideas, en concepciones sistemáticas” (J.E. Roberty: *Auguste Bouvier, teólogo protestante*, París, Alcan, p.89)

Es así como el protestantismo liberal ha venido a distinguir la fe de las creencias. Eugène Ménégoz (*Publicaciones diversas sobre el fideísmo y su aplicación a la enseñanza cristiana tradicional*, 3 vol. París, Fischbacher 1909; *Reflexiones sobre el Evangelio de la salvación*, idem 1879) admite incluso la salvación de un hombre que negara la existencia de Cristo, siempre que “su corazón fuese lo bastante ardiente para darse enteramente a Dios” (t.1, p.274). Pero reconoce que la fe contiene un elemento intelectual: la creencia, que juega un papel de elemento activo en la formación de la fe mística. En todo caso, el hombre es salvado por la fe, por el arrepentimiento y el don del corazón a Dios, cualesquiera que sean sus creencias, errores o herejías; el creyente es salvado únicamente por la fe, por la consagración del alma a Dios, independientemente

de sus teorías o sus opiniones.

En este sistema, la fe cristiana no difiere sustancialmente de la del mahometano o el budista; tanto uno como otro, en efecto, ante las especulaciones del pensamiento, se sienten elevados por encima del mundo sensible y se unen a Dios con un verdadero abrazo. Aquí, la fe es el don del corazón, la comunión con Dios; la creencia, el dogma, sólo es el envoltorio; la fe es inmutable, el dogma diverso. Se consideran a las doctrinas escritas como la expresión momentánea de una experiencia; todas ellas se declaran espiritualmente de acuerdo con los escritores sagrados, ¡aunque estén expresadas de otra manera o los nieguen!

Auguste Sabatier, fundador del “Simbolismo”, se sitúa en el mismo punto de vista que el creador del “Fideísmo”. La fe es el sentimiento religioso y, como tiende a expresarse en fórmulas, busca la ayuda de los antropomorfismos o de los símbolos, sin imprimirles de hecho ningún carácter fijo. Hay en la fe un elemento permanente y un elemento transitorio. El fideísmo se une sobre todo al elemento permanente, el simbolismo insiste en el elemento transitorio (Ver *Boceto de una filosofía de la religión según la psicología y la historia*, París, Fischbacher, 1897; *La doctrina de la expiación y su evolución histórica*, idem 1903; *Las religiones de autoridad y la religión del espíritu*, idem 1905).

“No hay necesidad, para ser religioso, de creer en Dios en el sentido tradicional de la palabra. Todo hombre que se consagra interiormente y se da a su ley, a la ley ideal de la humanidad, lo quiera o no, hace acto de fe religiosa en la medida exacta de la energía y la sinceridad de esta consagración”(*Religiones de autoridad*, p.493)

Así el fideísmo ha abierto el camino al agnosticismo religioso. Théodore Flournoy escribió: “Fe y autosugestión son necesariamente sinónimos” (*Observaciones de Psicología religiosa*, en *Archivos de Psicología*, t.II,p.133, Genève octubre 1903). Todos los objetos de creencia son clasificados en misterioso dominio de lo incognoscible y la razón debe abdicar de sus pretensiones de comprenderlos.

En resumen, la doctrina católica proclama que la fe es un asentimiento del espíritu a las verdades reveladas e inmutables; el espíritu las abraza no porque las vea, sino porque Dios se las enseña. Esencialmente la fe es “voluntaria”. Implica, ciertamente, un elemento intelectual, pero si éste se vuelve individual y rechaza la tradición, introduce en la fe la variedad de sus vicisitudes. De ahí el agnosticismo, donde el acto de fe se presenta desprovisto del carácter de obligación. Un acto que resulta de un “elemento infinitamente variable”, como lo llama Flournoy, es tan engañoso como verdadero; pues lo que es actualmente verdadero, ¡se vuelve falso dentro de un instante!. De ahí el racionalismo en materia religiosa que aumenta hoy el número de los espiritualistas no católicos, incrédulos de la divinidad absoluta de Jesucristo. De ahí el modernismo, que da a la fe un simple sentimiento del corazón, sin disciplina intelectual y, pronto, sin disciplina moral. Condenando el modernismo, la Santa Sede ha puesto a salvo la muy preciosa, la irremplazable noción de Jesucristo, Hijo único de

Dios, encarnado y resucitado.

*

¿Cuál es la función de la fe en la tarea de nuestra salvación?

La controversia entre católicos y protestantes se despliega entre estos dos textos:

- “El hombre no está justificado por las obras de la ley, sino por la fe” (San Pablo: Gálatas 2,16)
- “El hombre está justificado por sus obras y no solamente por la fe” (Santiago 2,24)

Sin embargo San Pablo dice también: “Aun cuando tenga fe para trasladar montañas, si no tengo caridad, no soy nada” (I Corintios 13,3). Y: “Permanecerán tres cosas: fe, esperanza y caridad, pero la más grande entre ellas es la caridad” (Idem. 13). Y: “En Cristo Jesús no tienen valor ni circuncisión, ni no-circuncisión, sino la fe que actúa con la caridad”(Gálatas 5,6). En otra parte el mismo apóstol escribe: “La fe es imputada en justicia” (Romanos 4,5). La fe no tiene por sí misma la totalidad de las condiciones necesarias a la salvación, pero Dios nos hace la gracia, por el Cristo, de tenerla como suficiente. Si creo que el Cristo es Dios y que Él sólo puede llevarme al Reino de Dios, esta convicción, que mi voluntad impone a mi razón, sirve como freno a mis egoísmos, como excitante para mi pereza, abriendo en mí las ventanas a los rayos de la Gracia y haciendo posible mi regeneración.

Según San Pablo, la inteligencia del cristiano dice: “No comprendo, pero acepto”. El corazón del creyente abraza la persona divina del Salvador y Lo ama; el cuerpo del creyente se pliega a las obras que le ordena la inteligencia, llevada más allá del espacio y del tiempo, y el corazón, llevado al amor perfecto. Las obras que San Pablo llama obras de la Ley son las que se cumplen por temor, por interés; las obras de la fe son aquellas cuyo motivo es sobrenatural; en las obras de la caridad, del amor, Santiago y Pablo están, en realidad, perfectamente de acuerdo. El primero no olvida escribir que la paciencia, la facultad de sufrir largo tiempo y sin quejas es la prueba de la fe, su examen y su demostración, pero que debe ser acompañada de obras perfectas (1, 3-4). No deja de reconocer un elemento de creencia intelectual en la fe, pero, cuando la fe se reduce a este elemento, como ocurre en los demonios, es incompleta y estéril. Leyendo las Epístolas, hay que recordar que San Pablo se dirige a los Gentiles, a los no creyentes, que piensan salvarse por las observancias formales; les enseña pues la virtud de la fe, la purificación, la espiritualización de los motivos. Santiago se dirige a los judíos formalistas y ritualistas, mostrándoles la necesidad de realizar sus preceptos inertes, de hacerlos revivir. Uno y otro quieren hacer entrar en el alma de sus oyentes la posibilidad, la certeza de la salvación eterna. Pero el primero asegura esta salvación por un acto perfecto y total del hombre interior, en el que esta misma perfección lleva en sí la actividad de las buenas obras materiales; para él, las obras perfectas son el

fruto normal y espontáneo de esta unión mística en la fe y en el amor. El segundo asegura esta misma salvación por la perfección de las obras, lo que implica la perfección de la fe. Aconseja actuar para Dios y la fe viene a continuación.

San Pablo, no debemos olvidarlo, era un intelectual, un filósofo, iniciado en el esoterismo judío. Santiago, mucho más realista, prefería el ascetismo y el esfuerzo práctico. Él se ocupa más del hombre. Pablo se ocupa primero de Dios.

En suma, es posible que el Padre no juzgue capaz al converso más que de ver a Buda, Bab o Mahoma, o a un Cristo empequeñecido por las imaginaciones humanas. Pero si el Padre lo juzga capaz de entrever al verdadero Cristo, la iluminación que se produce entonces podrá dar luz a su intelecto, su voluntad o su corazón. Y este converso comprenderá desde ese momento a San Pablo, Santiago o a Jesús mismo. No hay desacuerdo posible en los textos sacros; sólo hay incomprendiones del lector debidas bien a su falta de inteligencia, bien a su orgullo.

Y después, ¿quién nos prueba que los Apóstoles ignoraban la diferencia entre los paraísos temporales y la felicidad eterna?

Entre tantos misterios que Jesús les comunicó, y de lo cual ningún relato nos ha llegado, ¿no les hizo nunca comprender que la obra de la salvación es una empresa casi siempre secular? Consagrándonos a Dios ahora, aquí abajo, ¿podremos realizar esta consagración en toda la extensión de su personalidad, en todos sus conceptos, sus sentimientos y sus actos? Admitiendo el Purgatorio, la inseguridad sobre el modo de la duración que rige en este lugar, ¿no sitúa la imaginación cerca de los sistemas de la pluralidad de existencias? El converso puede comenzar el trabajo de su salvación con las obras, cuya irradiación le abrirán uno tras otro los apartamentos interiores a la Luz; puede comenzar por la construcción de un sistema de pensamiento, como por ejemplo, el tomismo, después del cual se verá lógicamente inclinado al amor de Dios y a los trabajos caritativos; puede comenzar, en fin, por abrazar su corazón, que exaltará su inteligencia hasta el umbral de lo Irrevelado y que infundirá a su cuerpo el coraje para todas las fatigas, para el servicio al prójimo; ¿no vemos que esta empresa de la salvación, como todos los viajes, tiene su comienzo, su medio y su fin? El primer paso puede ser intentado por la esperanza, o más bien por el deseo de esperanza, por la necesidad de la fe, por la piedad carnal, comienzo de la caridad; pero los pasos intermedios, y el último paso, es la fe, la esperanza y la caridad, unidas en la práctica, que dan al peregrino la fuerza para realizarlas. Del resto, los más grandes servidores de Dios no son más que una etapa más o menos alejada del punto de partida.

Así, las meditaciones de los más sabios y los más piadosos de los hombres llegan siempre a las conclusiones del simple buen sentido común, cuando este sentido común funciona sobre la base de la humildad y el hábito del cumplimiento de los preceptos crísticos. Cuando se comienza por comprender, por amar o por actuar, el ejercicio de una de estas tres funciones arrastra y mejora las otras dos. El hombre sincero no debería concebir nunca el menor temor sobre su

futuro espiritual. Vistas a la sombra de Jesucristo, todas las cosas son sencillas y ciertas.

CLARIVIDENCIA DIVINA.

En este episodio de la cortesana arrepentida, podéis encontrar el fruto actual de vuestra experiencia: el duro pago de las faltas que parecían deslices; la felicidad tan fuerte que sigue a los períodos pesimistas; la espiritualización de nosotros mismos que afina nuestros sentidos y nuestro juicio; la intimidad más permanente con Cristo, los fracasos materiales que nos sitúan a la fuerza frente a nuestra impotencia; la lenta y secreta reactivación de todo nuestro ser que nos conduce a la homogeneidad sólida y una del verdadero Amigo.

Cuánto más avanzo, más creo que las observaciones más simples, más directas y más evidentes son las más ricas en sustancia. Así, en la anécdota que recordamos, el hecho primordial es que sólo Jesús discierne los verdaderos sentimientos de la cortesana. Entre los asistentes, unos se escandalizan, otros deploran un despilfarro, o no entienden nada. Lo que consume a esta mujer, sólo Jesús lo ve a través de su extraño gesto susceptible de tantas interpretaciones desfavorables. Sin embargo, una agudeza semejante queda destinada a nuestras pobres miradas, tan débiles aún. Es verdad que el ojo es el espejo del alma. Todo lo que hacemos y pensamos sale a nuestros ojos. Reparto mi bolsa, detengo mi cólera, excuso una falta, hago lo que sea conforme al mandato divino: cada una de estas pequeñas fuerzas, humanas en el momento de su emisión hacia fuera, el Espíritu Santo en ayuda de mi buena voluntad, las integra sublimadas en mi alma; desde este centro, irradian sobre mis diversos organismos y los espiritualizan. De igual manera, pero en sentido contrario, las faltas me materializan y todo el largo trabajo secreto, hacia la Luz o hacia las Tinieblas, llega a los ojos, les da claridad u oscuridad.

Los ejercicios psíquicos de los iniciados no hacen más que volver el sistema nervioso sensible a unas vibraciones diferentes a las del plano físico, pero todavía y siempre dependientes de las leyes generales de este mundo. Los ejercicios místicos: oración, caridad, humildad nos abren a la acción del Espíritu, agente libre de toda ley. Las fuerzas creadas, incluso las más altas, se agotan al actuar, una recuperación externa les es indispensable; el Espíritu, por el contrario, Se nutre de Sí-mismo y, cuánto más Se da más aumenta Su fuerza. Si me dispongo a recibir al Espíritu con el único de mis órganos capaz de asimilarlo: mi corazón de Luz, no tendré que preocuparme de ningún detalle; siempre que mi conducta permanezca en la rectitud del Cristo, tanto exterior como interiormente, el Espíritu me aportará todo el Cielo, puesto que Él es el vínculo del Padre y del Hijo. Me curará en lo moral y en lo físico, aumentará la vida en todo mi yo, me volverá inteligibles todas las formas de la vida fuera de mí, pues es el Amor, la esencia misma de la vida eterna. Todo esto, lo hará

respetando mi pequeña libertad porque es la Libertad perfecta. Respetará no solamente la libertad central de mi corazón que suspira por la Luz, sino también todas las pequeñas libertades individuales de mi juicio, de mi memoria, de cada una de mis facultades mentales, de mis facultades propias en cada ciencia, cada arte, cada realización material o anímica, todas las pequeñas libertades de cada uno de los órganos corporales, de cada una de las partes de estos órganos, hasta de los más microscópicos.

He aquí porqué el ardor de nuestros deseos no nos procura de inmediato la vista de Dios. Sólo somos almas; somos varias almas, varios espíritus, varios cuerpos y centenas de partes en cada uno de nuestros tres centros; somos un mundo y, cuando el yo quiere, para alcanzar el objeto de su deseo, es necesario que una importante mayoría de todas estas energías con las que opera quieran en la misma dirección que él. Un rey que quiera hacer una conquista, necesita que la mayor parte de su pueblo la desee también.

Así, el tiempo es necesario para nuestra espiritualización. La cortesana nació con un corazón sediento de absoluto; su intelecto también deseaba la belleza perfecta, como su alma y su cuerpo deseaban la perfecta felicidad. ¿La tomó desde su adolescencia su futuro Maestro para llevarla inmediatamente al Cielo? No, dejó que agotara la copa de la decepción. La inteligencia de esta mujer tenía necesidad de probar el vacío de los sistemas, como su alma de morir en los juegos terrestres, y la profundidad de sus caídas engendrará el impulso necesario para la altura de sus exaltaciones futuras.

Se pueden encontrar un gran número de aplicaciones a la anécdota de la Magdalena en casa del Fariseo. He aquí una relativa a la civilización intelectual.

El alma esencial de todo ser, individuo, raza, pueblo, planeta, ciencia, arte, es un modo del Verbo. El espíritu personal de cada una de estas criaturas posee, en este modo del Verbo, su esposo legítimo; pero él es también constantemente tentado por una cortesana, que es el fermento infernal de egoísmo codicioso que arrastra a la criatura hacia el culto al yo o hacia los placeres materiales. Así, la cultura griega, tan delicadamente bella, rica y serena es la concubina de la raza blanca, de la que la doctrina evangélica es la esposa legítima.

Sin embargo, el instante del arrepentimiento siempre llega para la cortesana, que arroja a los pies de su Maestro el fruto de sus prostituciones, tesoros que los racionalistas, como Judas, deploran ver dilapidados. Pero esta pérdida sólo es aparente; toda esta preciosa belleza, extendida a los pies del Verbo, se transmuta a tiempo en Luz pura, eterna y viva. Y éste es uno de los más poderosos milagros que hace el adorable Terapeuta.

La existencia del discípulo es, de este modo, una serie continuada de muertes y renacimientos; cada uno de sus vigorosos esfuerzos se convierte en una prosternación al pie del Amado que lo lleva hacia Su corazón y, por este místico y estrecho abrazo, el discípulo percibe, en la mirada del Amigo, en una línea de Su rostro, en un pliegue de Su vestido, la luz tan buscada que le revela el poder, la ciencia, el arte cuya posesión le apasiona desde hace tanto tiempo.

De manera que la transformación de un corazón es otra cosa que lo que se percibe desde fuera. Las luchas, las recaídas, las palabras persuasivas, no son más que el reflejo reducido de un vasto drama interior donde participan centenares de figurantes. Ahí el hombre ordinario sólo sirve de comparsa. El misionero, que lleva la carga de esta conversión, lo dirige todo, se encuentra por todas partes, se ocupa de todo, pero un hombre así ha debido antes aceptarse hasta el Espíritu. Desde ese momento todo en él es posible, puede regenerar un alma, una roca o un planeta. Os digo esto para que sepáis bien que nunca estamos solos, y que la ayuda divina llega siempre en el momento que nuestra resistencia cede.

Os he retenido más tiempo que de costumbre sobre este episodio de la Magdalena para indicaros con el ejemplo, aunque someramente, con que profunda atención hay que leer el Evangelio, con que amor hay que escrutarlo, con que estrecho abrazo tenemos que unirnos a su espíritu para percibir, en la sencillez de sus versículos, los grandiosos universos que libremente se mueven en él.

Contemplad la múltiple repercusión, en el espacio y en el tiempo, que poseen los actos de un mensajero del Absoluto. Sin repetir las recriminaciones de las actuales feministas a propósito de la esclavitud de la mujer en épocas pasadas, observad lo oculto de esta anécdota.

Jesús, ese día, acogió todos los arrepentimientos de las futuras pecadoras, cuyos clichés erráticos fueron evocados por las voces alternantes del arrepentimiento y del amor, apretujándose en masa, en ese momento, en la segunda atmósfera de la sala del festín del fariseo.

El obrero sólo actúa sobre la materia con la fuerza de los músculos, el ingeniero, más instruido, emplea una máquina que cumple el mismo trabajo a la orden de una sencilla manivela. Igualmente, en el Invisible, el hombre ordinario actúa con la ayuda de ritos, prácticas, fórmulas y aún los resultados obtenidos son siempre superficiales y precarios. Pero a quién el Padre ha comunicado un Arcano puede hacer, instantáneamente, sin esfuerzo, milagros más maravillosos incluso que la renovación de un corazón.

¿POR QUÉ CON PARÁBOLAS?.

Esta forma de enseñanza es la más antigua, la más popular y la más comprensible. Estas metáforas, analogías extraídas de la vida cotidiana contienen una parte de verdad que se agranda o se reduce siguiendo la fuerza de la mirada que las contempla. Así podemos contar con todo lo que nos ha sido dado comprender, ver y escuchar.

Los mismos discípulos no captaron de inmediato el sentido completo de los discursos de Jesús. Solamente después de haber recibido del don de lenguas, percibieron lo que les era útil en las palabras de su Maestro para el

cumplimiento de su misión.

Así, el Cielo da a algunos inteligencia, bien porque han trabajado antes para esto o bien porque tienen que ejercer una acción. Otros, deben dar prueba de buena voluntad buscando lo mejor. De forma natural deberíamos escuchar las cosas del Cielo; si no las comprendemos es porque hemos cerrado los ojos y los oídos durante siglos, por no molestarnos en ver y oír.

Escuchad y mirad. La luz puede veniros bajo las formas más vulgares y más inesperadas. Puede hablar por la boca de un hombre de talento o por la de un pobre vagabundo. Todo es digno de nuestro interés. El que, en este momento, oye y no escucha, ¿quién sabe si, en un año, o un siglo, no buscará con angustia recibir lo que hoy no es capaz de percibir?. Es preciso luchar un poco contra nuestras inclinaciones momentáneas y coger lo que la vida nos aporta. Es siempre mejor que lo que envidiamos.

Desde el punto de vista absoluto, las cosas, los seres, los acontecimientos, las ideas, las emociones, los colectivos, todas las formas de la existencia universal sólo aparecen según su identidad real en el plano central del mundo, en su corazón y en nuestro corazón. Su verdadera estatura se refleja enseguida de diferentes maneras en todos los otros planos. Por ejemplo, un paseo es un placer para el cuerpo; para el hostelero donde vamos a comer es una ganancia, para las hierbas que pisamos es una plaga. Una prueba es, en el otro lado, desbrozar un campo de zarzas; una epidemia aquí abajo, sólo es una siega allí; nuestras alegrías son hechas con el dolor de otros seres. La ciencia verdadera es aquella que nos hace ver, detrás de los reflejos, el espíritu vivo de las cosas. Esto depende de la pureza de nuestra mirada interior, de nuestra afinación moral y del favor del Espíritu.

La situación social e internacional actual es el resultado del mismo impulso hacia el libre individualismo que engendró la Reforma, la Francmasonería, 1789, 1848, la Internacional, nuestra República; pero este impulso, tan noble, tan generoso, ha sido arrastrado, por reacción contra el catolicismo tradicionalista, a admitir únicamente la razón y a reemplazar el culto a Dios por el culto a la Humanidad. Por otra parte, la historia nos lo muestra, el principio de autoridad, en política como en religión, tiende, también, hacia lo excesivo. Estas luchas, estos equilibrios de doctrinas hostiles están en la naturaleza misma de las cosas terrestres. En la Naturaleza no hay ni círculos, ni esferas, sí elipses u ovoides. Además de la Naturaleza, interviene Dios. De hecho hay curvas y sólidos no cerrados. No hay más que parábolas y, yo diría, paraboloides. Por eso el Verbo habla con parábolas.

Y no es un simple juego de palabras. Seguramente el nombre de Rambouillet no viene de Ram, como la palabra cristal no viene de Cristo, ni todos los vegetales donde domina el color rojo son igualmente buenos para la sangre. Pero en las analogías, las homonimias, las homofonías hay a veces una luz. Por todos lados hay luces, únicamente todo es extremadamente complicado aquí abajo; las formas terrestres, consideradas desde arriba, como resultados, son los productos de innumerables fuerzas. Si la hoja de un roble es de un verde determinado y la

hoja de un sauce de otro, puede haber dos o tres mil causas para esta diferencia; también sus virtudes difieren, además el color no es lo único significativo, está la forma, la textura, los nervios, el sabor, el olor, la densidad... Sin embargo el hecho de que las dos especies de hojas sean verdes, indica que tienen una propiedad común, una sola.

Cuando en el Evangelio se dice: Jesús se expresaba en parábolas, hay que remarcar primero que estas parábolas no deben ser ejemplos, ni similitudes, ni comparaciones, ni simbolismos, ni alegorías, en fin, retórica. A continuación, decirse que entre el lector y Jesús hay una larga distancia, un espacio muy amplio que no es un desierto, sino un mundo, varios mundos, poblados de luces, sustancias, fuerzas, habitantes, y que todo esto puede desviar el rayo visual y deformar el sonido de la palabra divina. Es preciso saber también que, desde que el oyente hace lo que debe, Jesús suprime la distancia, la disminuye incluso en la medida que nos inclinamos bajo Su dulce ley. Las visiones intuitivas no perciben muy lejos. Tenemos que volver nuestras intuiciones tan puras, tan espirituales, tan vigorosas que vayan hacia la verdad allí donde se encuentra, es decir, en el Centro de nosotros mismos, donde brilla la chispa del verbo. Si los románticos, los monistas, Bergson y William James, y nuestros jóvenes surrealistas hubieran comprendido que está lo Creado y luego lo Increado, no habrían hecho del hombre un dios omnisciente; no se figurarían que la cima del arte o del pensamiento es ponerse en estado receptivo, esperar y anotar las imágenes que pasan. Sin duda, el verdadero místico se sitúa ante Dios en estado receptivo, pero, previamente, trabaja constantemente en hacer a todos sus órganos físicos y psíquicos capaces de recibir a Dios. El adepto oriental sigue esta disciplina según un sistema de conocimiento tradicional, en lo que se equivoca, pues todo sistema de conocimiento es provisional. El servidor de Cristo olvida su propio perfeccionamiento para pensar sólo en obedecer en el trabajo y porque deja a su Maestro actuar en su lugar, no se equivoca y alcanza la meta.

Si las lecciones orales del Verbo encarnado eran en parábolas, las acciones del Verbo eterno también son parábolas. Él lanza a las criaturas a los campos del Universo y, como el grano sembrado en invierno reconoce al grano del otoño siguiente, reconoceremos al término del año cósmico a los mismos granos que fuimos al principio, aunque multiplicados y crecidos. Con la diferencia, sin embargo, que si el grano de la recogida es idéntico en su naturaleza al grano de las semillas –y todavía habría que decir ahí arriba, pues la vida siempre quiere ascender–, si la elipse en la materia se cierra más o menos para nosotros, los humanos, el sacrificio del Verbo abre esta elipse, trasladando el segundo foco al infinito y transformándola en parábola.

Y si los hombres, portadores, sin saberlo, de una palabra del Verbo, están tan a menudo tristes, preocupados o extraviados, si ven mal o no ven es porque no han aceptado la palabra divina que el Verbo murmura en ellos, no la quieren. Quiero decir: por el momento tienen miedo, se rebelan contra ella; más tarde la aceptarán, pero ¡después de cuántas batallas! Sin embargo, podrían ser

enseguida felices del todo, pero la materia, el mundo, la razón les fascinan. Nosotros somos una elipse, el adepto busca volverse un círculo, quier unir en uno solo los dos focos, pero nuestro Cristo enseña que hay que, por el contrario, abrir la elipse, proyectando uno de sus focos hasta el infinito. Las curvas cerradas, en efecto, son el Destino; las curvas abiertas son la Libertad y todos los rostros a nuestro alrededor, cuyas bocas son tan amargas y sus miradas tan secas, ¿no es por causa de una lucha colérica contra la Fatalidad? Ellos la niegan, se proclaman libres, rechazan toda herencia, no quieren más leyes, ni jerarquías. Pero sólo se sublevan contra su tirano. Es por esto que se sienten prisioneros. No quieren admitir que cada una de sus revueltas aprieta un bucle más sus trabas.

Hoy tenemos un gran número de hombres extremadamente inteligentes; han leído todo, analizado todo, comprendido todo, admirado todo lo que pertenece a lo humano; han adquirido un exceso de cultura, su cerebro sufre una indigestión y sus nervios están al límite. Los temperamentos más ricos de estos artistas y poetas intentan reencontrar algo fresco y apetitoso retornando a las formas primitivas del arte, a los balbuceos de los lirismos prehistóricos y sólo consiguen hacer lo ingenuo, artificial. El entusiasmo espontáneo no se simula, el hombre solo no puede volver al candor del niño; le es necesario aceptar para eso el socorro del gran Médico de las almas, pero no quiere. Esperemos entonces, pues ninguna rebelión cansa la paciencia divina.

Además, toda palabra puede llegar más lejos que quien la pronuncia. Puede ocurrir que las ideas que la preceden se reencuentren un día próximo, en alguna proclamación de una nueva escuela. Nuestros discursos siguen también sus pequeñas parábolas. Las historias que Jesús contaba a Sus discípulos no eran, lo repito, alegorías; cuando Él las explica, no las comenta a la manera de los antiguos iniciadores. Jesús no es un narrador ordinario, cuando dice algo, lo cree. Cuando nos habla de granos sembrados en distintos suelos, o de árboles o levadura, o perlas, no son imágenes, habla de Él. Estas simientes, son Él; el grano muy pequeño, es Él; la cucharada de levadura es Él; la perla es Él. En un lugar secreto viven la perla, la levadura, la simiente; estas cosas ya están en el Reino eterno. En el momento que Jesús las nombra, descienden al alma de la Tierra y comienzan a existir aquí. Lo que los hombres no quieren comprender es que la perla inestimable reposa a su alcance, que la milagrosa levadura sólo tienen que cogerla, que los granos de Luz donde duermen la Verdad, la Belleza, la Bondad eternas sólo tienen que recibirlos y nutrirlos. Estos hechos, estos fenómenos, estos objetos situados en el centro de nuestro mundo, irradian por la palabra todopoderosa del Verbo; cuando sus rayos caen sobre las piedras de este globo, o sobre las plantas o animales, se produce un cuerpo, un vegetal o un animal nuevo; cuando cae sobre el espíritu de un hombre y se refleja sobre su intelecto, su sensibilidad o su cuerpo, esto engendra una idea más verdadera, un arte más bello, una fuerza mejor. Y todo esto, con muchas otras consecuencias colaterales, es el lento descenso del Reino de Dios, la realización progresiva de la voluntad de Dios.

PARÁBOLA DEL SEMBRADOR.

Esta parábola parece a primera vista susceptible de numerosos comentarios. Podemos imaginar fácilmente que hay otros sembradores como el Verbo, que los genios, los dioses o los ángeles siembran también la persona humana, que las formas vivas del mundo físico siembran nuestra sensorialidad como los sentimientos pasionales, las emociones artísticas fecundan nuestra sensibilidad o como los conceptos germinan en nuestra inteligencia. Podemos imaginar igualmente que somos, los unos en relación con los otros, por turnos, sembradores, granos y suelos. Tales hipótesis no se corresponden con la verdad y sólo las reproduzco para poner un ejemplo de la distancia que separa el significado práctico y realista de las lecciones evangélicas con los simbolismos que les quitan su sabor. Estas tentativas van probablemente a multiplicarse en este siglo, en el que florece la seguridad de los novatos muy orgullosos de repetir viejas cosas que ignoran.

Lo propio de una semilla es llevar en sí la suma dinámica de la criatura de la que proviene y el poder de reproducir uno o varios ejemplares. La piedra posee su virtud seminal, como la planta, como la bestia, como el hombre, como el aborigen del mundo invisible; pero esta virtud se detiene en la reproducción de la forma física. A pesar de lo que dicen nuestros fisiólogos los padres no transmiten a sus hijos lo esencial de su temperamento, ni de su mentalidad, por el contrario, el Yo para el que ha llegado la hora de trabajar aquí, mediante las fuerzas morales o intelectuales, es dirigido a la pareja de padres, cuya fisiología y psicología le suministrarán el medio más favorable para las experiencias que su destino le impone. Los seres, las cosas, los acontecimientos, los medios no crean en nosotros; imprimen las imágenes, nos solicitan o nos apartan, nos sugieren, a veces nos tiranizan, pero no pueden hacer salir de nosotros un ser nuevo, tampoco nosotros podemos crear verdaderamente, solamente podemos copiar.

No se encuentra más que un solo sembrador en los campos del Universo: es el Verbo Jesucristo. Sólo Él siembra la vida, porque sólo Él es la vida. Ésta no es la vida que damos a nuestros hijos, es la existencia y todavía, no se la damos, sino que se la transmitimos. Si se quiere nacer a la vida, es preciso comprender, sentir y ver que no vivimos, que nada en nosotros vive realmente, que nos movemos en un mundo de sombras, que nos apasionamos con fantasmas, que pensamos con imágenes. Y, al mismo tiempo, hay que respetar estas sombras, querer estos fantasmas, tomar estas imágenes, porque en ellos y en ellas yacen, como el grano en el polvo del camino, las posibilidades maravillosas de nuestro nacimiento en Dios.

Estas conclusiones, permitidme repetirlo una vez más, se aplican tanto al individuo como al pueblo, y en el individuo, a cada una de las formas de su actividad, a cada uno de sus puestos sociales y, en la nación, a cada uno de sus organismos, de sus obras, a cada una de sus actividades hacia las otras naciones.

El Verbo es el único sembrador auténtico. Todos nosotros, razas, pueblos e individuos, cuerpos, almas o espíritus, somos las únicas tierras, pues sólo el hombre posee el privilegio de poder comunicar inmediatamente con Dios; las otras criaturas, salvo los ángeles, reciben de Él la Luz eterna. Es pues importante es supremo grado, aprender a recibir las simientes de eternidad. ¿Cómo no ser ni el duro suelo del camino, ni las rocas ni la maleza? Jesús nos lo dijo: hay que tener un corazón bueno y honesto, y realizar el mandato divino con perseverancia.

Tenéis bastante experiencia para comprender la profundidad y sentir la riqueza de estas palabras tan sencillas. Pero a menudo tenéis que tratar con gente que gustan de las complicaciones. He aquí algunas ideas que podréis utilizar en vuestras conversaciones con el exterior.

Consideremos, por ejemplo, el trabajo general del espíritu humano.

Este trabajo consiste en investigaciones sobre el mundo, los hechos, las ideas, sobre los métodos de nuestro perfeccionamiento individual y de nuestras construcciones morales, intelectuales y sociales. Hay dos formas de conducir estas investigaciones. La primera es la de los sentimentales, los intuitivos, los apasionados, los librepensadores, es, a títulos diversos, la de los seguidores del romanticismo: Montaigne, Rousseau, Delacroix, Proudhon, Bergson. La segunda es la de los sistemáticos, los tradicionalistas, los partidarios de la autoridad, son los seguidores del clasicismo, la teología católica: Bossuet, Ingres, Auguste Comte, Maurras. La primera es el genio oriental, la segunda el genio greco-latino. La perfección reside en una síntesis de ambos procedimientos, pero es rara y no permanece. Flaubert la señala en su diálogo del Fénix y la Quimera; Dante, da Vinci, Racine lo han alcanzado alguna vez en sus vías particulares, pero, en la vía común y universal, el Cristo es el modelo inigualable y el Evangelio el método perfecto.

A nuestros contemporáneos les exasperan las reglas, no quieren ni obedecer una regla que ellos mismos hubieran dictado. Olvidan que, en virtud de la impotencia en la que el hombre se debate de culminar para siempre sus deseos, es en la obediencia donde encuentra la felicidad más sólida y la fuerza más duradera. Ante sus perpetuas desilusiones, el orgulloso se vuelve pesimista, como Châteaubriand, pero el humilde se vuelve hacia el Cielo, se humilla a fondo y pronto recibe toda la certeza y la paz compatibles con la naturaleza humana. Es la gran lección de Jesús que alcanza la armonía perfecta haciéndose sencillo y natural. Pero se le comprende mal; según su carácter, unos toman sólo la parte disciplinaria, otros la libertaria. Así es como un exceso de autoridad engendra las revoluciones y un exceso de dejadez, las tiranías.

No nos alejemos de nuestra parábola. La simiente divina, la Vida, la inteligencia verdadera, el sano sentir, la energía de la voluntad, pueden caer sobre el camino, las rocas, entre la maleza o en buena tierra.

La buena tierra es la armonía orgánica hecha de una combinación normal de todos los elementos: la arena del camino, algunas piedras, restos de matorrales silvestres, forman el abono, donde el grano encuentra un alimento completo. La

maleza es la vegetación desordenada de la tendencia libertaria. Las rocas son la árida desnudez de la tendencia autoritaria que se esteriliza a sí misma en su paroxismo. El polvo del camino es lo amorfo, lo anárquico, lo inconsistente donde acaban fatalmente los excesos de uno u otro sistema.

Venimos del polvo, retornamos al polvo, y no solamente nuestro cuerpo. Tanto el ciudadano, como el obrero, el pensador, el artista o el religioso comienzan por debatirse en el polvo; cada uno debe hacer su elección. Pero la calidad misma de esta elección es importante en extremo. ¿Elegiré someterme a una o a otra regla? ¿Elegiré por el orgullo de decirme libre? De la respuesta depende estar en la armada del Anticristo o en la falange de Cristo. Pero no basta con enrolarse, es necesario hacer el oficio de soldado, volverse bueno para las tareas incómodas y para la batalla. Hay que aprender a obedecer libremente. Siempre la síntesis de los contrarios; el Verbo, el “primer móvil” y el único perfecto, Él mismo se siembra sobre la tierra, en lo inerte.

El catolicismo también es doble; es el cristianismo interior de cada creyente y es la Iglesia exterior, monumento de piedra indestructible, en el orden social y en el orden intelectual. Mirad Israel, el pueblo antaño más fuertemente organizado en su religión y en su política. Desde que fue dispersado y perseguido, se ha vuelto el más activo de los fermentos revolucionarios, el microbio quizás victorioso de las sociedades europeas. Sin duda, digo las cosas en grueso —o groseramente—, desdeñando los matices y las transiciones, exagerando los volúmenes; anoto aquí unos puntos de referencia para ordenar vuestros estudios, pues todo es infinitamente complejo y cualquiera que sea el campo explorado, los postes indicadores son útiles, aunque no indiquen las distancias.

En todo esfuerzo que no tenga a Dios por objeto, guardémonos de los extremos. No nos fiemos tampoco del todo de nuestra inteligencia ni de nuestra voluntad, fiémonos de nuestro corazón, en la medida en que saneemos sus entusiasmos con una disciplina inflexible sobre sus egoísmos y nuestra pereza. El concilio de Trento estableció que la atrición, es decir, un arrepentimiento provocado por temor al infierno, no basta para asegurar nuestra salvación, siendo necesario el arrepentimiento de haber ofendido a Dios, o sea, la contrición. Esto resulta de sentido común.

Llevando esta observación al plano colectivo de las sociedades, comprendemos que todas las maneras de ser son útiles en la vida de una raza. Se necesita una disciplina como la de Roma, una libertad como la de la Reforma e, incluso, en ciertos momentos, individualismos excesivos como los de los Judíos hoy. Pero, por encima de todo una raza necesita el Amor, ese Amor silencioso que el polvo, las piedras o la maleza rechazan de la Vida, pero que la buena tierra cultivable le ofrece. Ésta se entrega entera a la semilla, las otras se guardan, sólo se aceptan a sí mismas.

Así, el voluntarioso, el libertario, el inerte fracasan igualmente, sólo triunfará aquél, hombre o pueblo, que haya sabido recibir y luego organizar; quien haya sabido ser pasivo y luego activo; jónico y después dórico; entusiasta y voluntarioso; tirano de su egoísmo y fraternal del prójimo; duro consigo mismo y

tierno para los demás.

*

Sin embargo no olvidemos que todo favor comporta una responsabilidad. La mota de tierra donde cae el grano no queda inerte, trabaja y se esfuerza igual que el grano. Imitémosla. Lo que el gran Sembrador nos confía pide toda nuestra solicitud; debemos ponernos manos a la obra en cualquier ocasión, simplemente, humildemente, discretamente, pero constantemente.

El minúsculo grano que ha sido sembrado en nosotros pide crecer; vuestras numerosas demandas lo llevarán a lo alto, como el aire y el sol tiran del tallo hacia arriba; vuestras disciplinas y tristezas lo alimentarán, como el humus nutre el germen, por abajo.

Os pido un cultivo paciente y cuidadoso del grano recibido; una preparación libre, holgada, confiada, alegre para recibir otras semillas preciosas, pues el gran Sembrador, al que pretendemos servir, nadie imagina cuántas penas Se dió para descender hasta aquí, para dejar en nuestros oscuros corazones las brillantes simientes de la Luz; para reducir hasta la miserable capacidad de nuestro torpe coraje las formidables estrellas del Infinito; para debilitar los deslumbrantes destellos de los Cielos no revelados con el fin de que al tocarlos, nosotros y este pobre globo que nos acoge, no seamos reducidos a cenizas al instante. Nuestro riguroso deber es poner toda nuestra fuerza en reconocer las inmensas fatigas de Aquél que, únicamente en el mundo, nos ama de verdad.

*

El tiempo en el que vivimos es de los más deprimentes; la situación de nuestra patria es muy incierta, se parece a la peor de aquellas situaciones en que se encontró nuestro frente varias veces durante la guerra; todo el mundo está ansioso, no podemos dejar de sentir la inquietud general y, sin embargo, no debemos caer en ella.

Esta inquietud parece más profunda hoy de lo que fue en otras épocas igualmente críticas de nuestra historia. Antaño los cimientos sociales no parecían sólidos porque estaban en vías de construcción, mientras que hoy, cuando se mueven, tememos que no sea por su antigüedad. Además, los caracteres son mucho menos comprometidos. Demasiada gente no quiere ya la tradición, demasiada gente no quiere la autoridad ni la esperanza divina, ni la simple razón. No podemos hacer nada en esto. Hemos nacido en esta época, no debemos gemir, sólo tenemos que mirar la situación de frente.

Cuando estéis cansados, llevad vuestra mirada a la constancia de nuestro Padre, a la perseverancia incomprensible de Su Hijo. No hablo de lo que hace por el universo desde el primer minuto del tiempo, la perspectiva sería demasiado vasta. Pero mirad lo que hace por nuestra tierra, desde hace veinte siglos y por nuestra raza. Él Se representa bajo la figura del sembrador, pero la

siembra que practica no es tan tranquila como la de los campesinos, porque Él es el sembrador y también el grano. El campesino lanza sus puñados sobre la buena tierra y luego espera el sol y la lluvia; pero el Verbo no arroja desde lo alto del Cielo las semillas de Luz, se toma la molestia de descender primero a través del zodíaco. Este viaje dura siglos, ya lo sabéis, y cada uno de los pasos del eterno Peregrino es una encarnación sobre el astro donde pone Su pie. Imaginad lo que esto representa de sufrimientos, inquietudes, crucifixiones, esperanzas infinitas frustradas sin cesar. Pensad que desde Su ascensión nuestro Cristo no ha cesado de mirar este mundo, y que sólo ve piedras y zarzas donde ninguna espiga crece. Pensad que quizás a veces ha vuelto a tomar en secreto un cuerpo para impedir que este planeta vaya hacia la nada. Pensad que, desde su existencia histórica, de los miles de millones de seres humanos que han vivido, Él ha encontrado solamente algunos cientos de espigas que llegaron a la madurez. Sin duda las generaciones no se renuevan constantemente, las mismas vuelven varias veces; a pesar de esto, los resultados de la paciencia divina parecen bastante escuetos para nuestra impaciencia.

Pensad que cada uno de vosotros estáis, como Cristo, a la cabeza de un mundo; nosotros mismos somos nuestro campo y somos los sembradores y, como nuestra persona es minúscula, comparada con un astro, los granos que debemos hacer crecer son igualmente pequeños y de vitalidad débil. No nos desanimemos. ¿Se desanima Jesús? ¿No nos ha dado un trabajo en proporción a nuestras fuerzas? ¿No siente el soldado crecer su ánimo a medida que la lucha se hace más dura? ¿No sabemos que es nuestra la victoria?

Perdonadme si digo cosas que no os satisfacen, pero, como a veces me confiáis vuestras fatigas, vuestros descontentos, vuestros éxitos también, sin decirme nada de la alegría profunda donde vive el soldado del Cielo, pienso que no la tenéis. Y, como sé que el Cristo la da sin falta a quien Le sirve sin dudar, concluyo que debéis pasar por malos momentos. No es necesario. Podéis hacer que la paz del Cielo abunde en vosotros deliciosamente.

*

Debemos todo al Cielo y no hacemos nada por Él. Si nos fuera posible ver los innumerables dones que el Padre distribuye sin cesar y lo imperceptibles que, a cambio, son nuestras pobres virtudes, estaríamos aterrorizados y desesperados. Recibimos el Océano y echamos algunas gotas de agua sobre el suelo árido de nuestro campo. Felizmente, no medimos la espantosa desproporción. Por todas partes, en la Naturaleza, hay caminos arenosos, de piedras y zarzas y solamente una cuarta parte de buena tierra, pero depende del hombre mejorar estas arenas, piedras y espesuras. El hombre es el rey de la creación, pero desgraciadamente sólo quiere ser rey para exprimir a sus súbditos y no para distribuirles todas sus riquezas. Nuestra dignidad nos aplasta ante la Justicia y tampoco reconocemos la inagotable Misericordia.

Tendríamos que estar constantemente atentos a la posibilidad de recibir un grano del gran Sembrador. Contrariamente a lo que creen los sabios, la Creación no ha terminado, continúa, y cada minuto terrestre, cada lugar, cada órgano puede ser el punto de caída de un parcela de la Vida divina.

Sería preciso, pues nuestro corazón es demasiado débil todavía para encontrarse en dos lugares simultáneamente, utilizar cada segundo libre para ponernos ante Dios, sin reflexionar, sin estar tensos, tranquilamente, dulcemente, sin exaltaciones, pero sin derrumbarse nunca.

Sería necesario primero y ante todo no dejarse distraer de Dios. Y seguidamente, que las pruebas no nos aparten de Él. Nuestro corazón es de piedra, recubierto de una delgada capa de mantillo; para disgregar esta piedra, para pulverizarla y transformarla lentamente en tierra de siembra, hacen falta la nieve, la lluvia, el sol, el fuego de la tormenta y también el pico de algunos Labradores, quiero decir los diversos sufrimientos que tan mal aceptamos, la pobreza, las calumnias, las decepciones, los fallecimientos. Sería preciso aún que no dejemos crecer en nosotros los deseos de los bienes terrestres que, vistos a la Luz, no son más que maleza. Sería preciso, en fin, como dijo expresamente Jesús, que nuestro corazón se vuelva completamente honesto: que no haga daño a ninguna criatura, y completamente bueno: que haga el bien a todas las criaturas.

Observad aquí que los estados psíquicos y mentales son, en realidad, seres vivos. Vicios, defectos, virtudes, tendencias, preexisten antes y después de su manifestación en nosotros, bajo formas vegetales, animales y pseudo-humanas. Las parábolas son alegorías para los moralistas y los fisiólogos, pero exactas descripciones para aquéllos a los que el Espíritu ha abierto los ojos.

Pongamos el máximo cuidado en resistir a las influencias temporales. Aceptemos sólo las eternas, miremos primero al Cristo.

PARÁBOLAS DEL GRANO.

El deber de quien ha recibido es transmitir a su vez: puede ser una luz intelectual, una fuerza compasiva, riqueza, un poder terapéutico, es necesario hacer parte a todos, totalmente. Uno de los efectos de la obra mesiánica es situar en alto lo que estaba abajo hasta entonces, poner en la luz a los habitantes de las cavernas, hacer comprensibles los misterios. Tener en secreto sólo lo que puede servir al mal o los defectos del prójimo.

Todo hombre recibe con la existencia una chispa de la Luz divina. Pero quien no la aprovecha, quien no se la da como alimento, puede vérsela arrebatada, para ser conferida a alguno de sus hermanos que tendrá cuidado de ella. Cuando oigamos o veamos algo de dios, aceptémoslo con reconocimiento, con humildad, pongámoslo en práctica. Al orgulloso se le quitará incluso lo que cree tener.

Ésto es solamente para que nuestro trabajo tenga como resultado directo el

crecimiento de los granos espirituales que están en nosotros, mejorando el terreno de cultivo y despejando las nubes que tapan los rayos del sol místico. Una vez sembrado el trigo y abonado el suelo, la espiga crece sin que el labrador sepa cómo. Sólo tenemos que cumplir nuestro deber lo mejor posible, el Cielo se ocupa del resto.

Éste no es el único en sembrar de hecho los campos de nuestro espíritu. El adversario también ha recibido este poder. En la inmensa mayoría de los casos, la mala hierba ahoga el trigo, pero también ocurre que éste mejora un poco la cizaña. Incluso en el dominio de nuestro libre arbitrio, las buenas o malas acciones son también granos, por eso cosechamos a menudo disgustos, tristezas y apatías.

El bien y el mal están codo con codo, y los ángeles del Señor los dejan crecer juntos, por miedo a destruir un poco del bien si escardan cuando la cosecha aún es joven. Sólo cuando venga el gran Juez los malos serán echados al fuego del sufrimiento y los buenos verán aumentar el tesoro divino al constituirse, en el mismo lugar del mundo donde han evolucionado, una colonia del Reino. En cuanto al infierno, es eterno, en el sentido que, desde el comienzo hasta el fin de la creación, se encuentran allí siempre unos sitios donde se sufre, aunque nadie permanece para siempre bajo la férula de los demonios. Los segadores angélicos no dejan que nada se pierda, pero tampoco destruyen nada. Nosotros mismos estamos en un campo donde el maestro ha puesto el trigo y, por la noche, el hechicero aparece, cuando los guardias se han vuelto de espaldas, sembrando la cizaña. El suelo tiene el deber de nutrir preferentemente al trigo. Si no lo hace así, sabed que será removido de arriba a abajo por el maestro, antes de confiarle nuevas semillas.

ÚLTIMAS PARÁBOLAS.

“No hay para el hombre más frutos reales que los que crecen de su propio fondo”, dice Lodoïk, conde de Divonne. El Cielo nos da el grano; para que crezca, son necesarios tiempo y esfuerzos, porque, en la naturaleza, todo está supeditado a la ley del tiempo, ya que nada es independiente en ella. Una facultad psíquica necesita una base, un suelo para echar raíces. Si, por ejemplo, la bondad crece en nosotros, su ejercicio implica prudencia, tacto, ingenio, cualidades mentales, fuerza muscular, imperio sobre uno mismo, sin lo cual nos faltaría la energía necesaria para los actos caritativos, haciendo que la virtud se marchitara en nosotros.

Cumpliendo nuestro trabajo cotidiano, sólo tenemos que esperar con confianza los resultados del cultivo místico. Los primeros pueden parecer insignificantes desde la razón; el Cielo tendrá cuidado de Su obra.

Lo mismo que un poco de levadura hace elevar tres medidas de harina, la Luz actúa en nuestro espíritu, nuestra vitalidad y nuestro cuerpo, pero su acción es tan sutil que apenas la sentimos. También penetra en todos los planos del

mundo, aunque quede oculta. Es lo que los teólogos han comprendido parcialmente cuando explican que la mujer del Evangelio es la Iglesia, que oculta en las tres grandes familias humanas la levadura de su doctrina (D. Guéranger)

Estas enseñanzas, que parecen tan sencillas a los que, pueden oír las, no las conocían los antiguos Sabios. Ellos no tenían la noción de la presencia divina, activa y real; la concebían como un río de fuerza fluidica, como un soplo descendido desde las altas cimas del mundo, cuyos espléndidos habitantes enviaban a los hijos de la Tierra, de vez en cuando, un influjo vivificante. Pero el camino que lleva a lo Absoluto no estaba trazado entonces, en su época; no podían percibir, en el drama cósmico, más que el juego equilibrado de los intercambios naturales.

El labrador encuentra, sin buscarlo, en el curso de su labor cotidiana, el tesoro celeste. El marchante busca y sólo encuentra una perla, aunque tenga un alto precio. El Reino está más al alcance de los sencillos. Y, en efecto, desde que Jesús ha hecho sentir en nosotros Su presencia, otra cosa nos resulta indiferente. Se abandona todo: amistades, amores, riquezas, ciencias, celebridades y los lugares que estos huéspedes de paso ocupaban en los apartamentos de nuestro espíritu, quedan libres; todas las fuerzas se ponen ahora al servicio del Maestro, todas las inquietudes se desvanecen, todos los deseos se unifican, toda ignorancia se ilumina en la llama victoriosa del Amor.

La parábola de la pesca es análoga a la de la cizaña.

Esta serie de similitudes traza todos los modos de la solicitud divina: la distribución de la Luz, su cultivo, su crecimiento, la lucha de la dulzura contra el mal, la expansión todopoderosa del Espíritu, Su misterio, la beatitud que dispensa y la clasificación de los discípulos. Los que han llevado sus cadenas y, además, han ayudado a los otros a llevar las suyas, son admitidos en la libertad total.

Cuando los niños se portan bien, el padre, a la tarde, vacía los cofres donde guarda los objetos preciosos que ha coleccionado y se los muestra poco a poco, instruyéndolos mientras los entretiene; la curiosidad de los pequeños despierta sus aficiones, aviva su inteligencia y les indica a veces su vocación. Igualmente Cristo vino para que admiremos algunos de los esplendores de Su Reino, para que nos nazca el deseo de verlos todos un día, de que nos sirvan, según lo que nos prometió en el nombre de Su Padre.

Pero hay otras muchas maravillas no descritas en el Evangelio. Vendrá el tiempo seguramente en que podremos contemplarlas en la casa de Dios. Para llegar allí, no es necesario buscar directamente la recompensa; la comprensión que podemos adquirir por nosotros mismos de los misterios sólo puede ser parcial, cargándonos con un fardo demasiado pesado; la cabeza engordaría mientras que el cuerpo se quedaría raquítico. Debemos hacer nuestro deber; cuando hayamos dado el último toque, el Padre nos dará la herencia. Nuestro yo, tanto en su parte consciente como en su inconsciente, se compone de fuerzas venidas de la Naturaleza, que sólo pueden alimentarse de alimentos naturales,

es decir, relativos; las ciencias y los poderes que resultan de ellas son, como consecuencia, forzosamente incompletos, mezclados con errores. Sólo el Espíritu puro comporta el verdadero absoluto, porque no lleva ninguna cadena, ni del tiempo, ni del espacio.

Esperad pues el bautismo del Espíritu y sabréis todo y todo os será dócil.